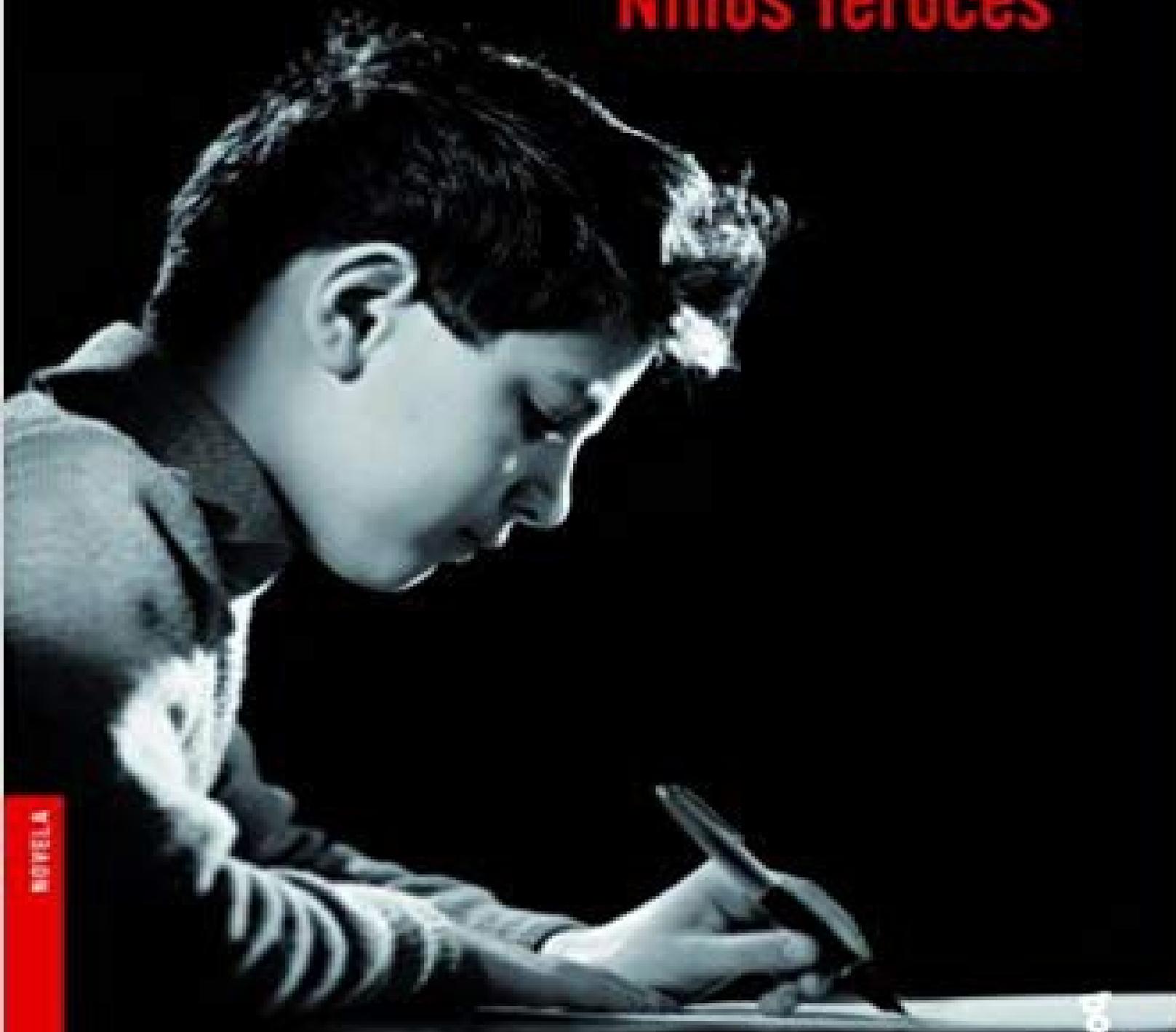

LORENZO SILVA

Niños feroces



NOVELA

book&art

Para Noe y Carlos, mis más leales camaradas

Para Lorenzo, un niño sabio

La guerra debería ser un deporte reservado únicamente a los hombres de más de cuarenta y cinco años, a los Josés y no a los Davides. Sí, querido papá, ¡qué orgulloso me siento de que sirvas a tu país como un valiente caballero dispuesto a realizar el sacrificio supremo! ¡Cómo desearía poder tener tu edad: con qué placer me pondría mi armadura y me lanzaría a combatir contra aquellos nombrables filisteos!

ROBERT GRAVES, *Adiós a todo eso*

*Als alles in Scherben fiel,
hat man uns Jungs, dem Letzten Aufgebot,
nicht mehr die Kennzahl der Blutgruppe
in des Armes Innenhaut tätowiert.
Das soll nun nachgeholt werden;
die Helden von heute bestehen darauf.
Aber ich halte nicht hin;
bin schon gezeichnet für jeden, der lesen will^[1].*

GÜNTER GRASS, *Dummer August*.

Advertencia previa

Ésta es una historia de ficción. Lo son sus personajes principales y por tanto la secuencia de acontecimientos que forma su peripecia. Lo reflejado en estas páginas, sin embargo, se corresponde de forma sustancial con hechos realmente acaecidos, e indagados hasta donde permite la documentación existente, a veces parca y con frecuencia contradictoria. El autor ha procurado que los personajes reales que aparecen a lo largo del relato, identificados con sus nombres, queden retratados en él tal y como son o fueron, sin atribuirles otras acciones que las que en cada momento llevaron a cabo. Pero esa tarea, como ya descubrió y demostró el griego Heródoto hace más de dos milenios, es algo que queda siempre en grado de tentativa.

Soy un hombre que habla a través de otro hombre que habla a través de otro hombre que habla a través de otro hombre.

O casi.

Quiero decir que el último de la cadena no es un hombre, propiamente hablando. No tiene lo que debería para merecer esa palabra, tal y como la entiendo yo, el primero de todos. Puestos a exigir, tampoco tengo la sensación de que el penúltimo dé la talla.

La experiencia enseña a aborrecer la imprecisión. Es defecto de mal narrador y una forma de injusticia. No caeré en esa negligencia. En toda circunstancia, ya sea al elegir las palabras o al buscar blanco con la mira del fusil, conviene darle a cada uno lo suyo.

Para que nadie se equivoque: no es que estos dos no hayan llegado a la edad adulta, o que alguno de ellos carezca de atributos viriles. Bien podrían ser mujeres, y formar parte del club del que creo que debo excluirlos. He conocido a varias que entrarían. Incluso, con perdón de los pudibundos, las he tenido encima y debajo. Lo mismo vale para los niños: con algunos me he topado que eran hombres de una pieza. Recuerdo, por ejemplo, a aquel chaval sujetando el Panzerfaust con un solo brazo, en un cráter fangoso de la Moritzplatz, mientras al fondo rechinaban las cadenas de los T-34 que venían a hacernos picadillo. Con dos pelotas como dos melones.

Me explico, pues, para evitar malentendidos: les niego el título de hombres porque carecen del aprendizaje que nos hace humanos en toda la extensión de la palabra, como sólo sabemos los que hemos pasado por él. No hay humano completo sin la noción del horror. Eso descarta al cuarto, tan tierno e ingenuo, aún. Y en cuanto al tercero, a quien por edad algo ha debido

de tocarle, no llena la palabra «hombre» porque con eso no basta. Quien sólo se tropezó con el espanto no deja de ser un adolescente: le falta algo. Sólo apura las posibilidades de lo humano quien, además de *conocer* el horror, ha llegado a *serlo*: quien se lo ha infligido a otros. Ésa es la ciencia en la que yo me doctoré e hice de maestro. De eso, de mí, de mi discípulo y de nuestro legado humano (por espantoso) van estas páginas.

Rectifico, pues: soy un hombre que habla a través de otro hombre que habla a través de un adolescente que habla a través de un niño. Así sí: cómo alivia llamar a las cosas por su verdadero nombre.

Ya está. Todo claro. Ahora puedes empezar, chaval.

¿Puedo empezar? ¿Estoy seguro? La verdad es que no mucho, para qué voy a engañarme o engañaros, hipotéticos o quizá inexistentes lectores. Por lo pronto, es muy dudoso que aquel hombre se expresara así, con esas palabras que acabo de poner en sus labios. He tratado de reescribirlo para acercarlo más a lo que pudiera haber sido su forma de hablar, pero confieso que no logro expresar de otra manera lo que busco decir: lo que imagino que él pensaría, al verme a mí, tantos años después, tratando de recobrar su historia a través de otros dos intermediarios. O más bien lo que yo siento acerca de mí mismo, al compararme, desde la facilidad de mi vida en retaguardia, con él y con otros que conocieron o conocen la exposición de la primera línea... Umm, tengo que tener cuidado. Mis últimas lecturas me están contagiando las metáforas castrenses, y no es previsible que eso guste mucho a mi público. Escribo en un país, conviene no olvidarlo, que abolió la mili hace más de una década. Lo militar es retro, casposo, rancio. Y ahora que lo pienso... ¿Cómo voy a evitar el lenguaje castrense? Eh, ¿debo seguir con esto?

Unos segundos para respirar hondo. Ya.

Mi profesor lo llama El Pánico. Así, con mayúsculas. También lo llama El Frío en la Nuca. Con mayúsculas también. Dice que junto a la papelera (esto, admite, se lo tomó a Robert Graves, que lo escribió en *Adiós a todo eso*, otro libro sazonado de términos castrenses, por cierto) es el mejor y más imprescindible amigo del escritor.

—No dejes de sentirlo, Lázaro —me dice, recalcando mi nombre—. No dejó de sentirlo nunca Kafka, así nos consta, ni ninguno de los grandes. El día que no te cale los huesos El Pánico ni sientas El Frío en la Nuca, el día en que

no temas que lo que estás escribiendo puede ser una gilipollez con la que vas a hacer el ridículo más atroz y a cosechar el más ominoso de los fracasos, ese día funesto en que tu vanidad derrote a tu juicio, estarás acabado como novelista.

Yo siempre le respondo que para estar acabado antes tendría que haber estado empezado alguna vez, y ahí es cuando ya nos enredamos en la discusión sobre la que en buena medida se asienta nuestra relación profesor-alumno y, al calor de ella, nuestra muy sui géneris (así lo determina el desnivel de años y de logros) amistad.

Y qué tal si empiezas por el principio, y permites que el lector tenga en cada momento una mínima noción de esas cuestiones tan simples y agradecidas, como de dónde vienes y adónde vas. Ésa es la nota que, llegados a este punto, él pondría al margen del texto. Vale. Le haré caso.

Me llamo Lázaro, tengo 23 años (casi 24), he empezado dos carreras y creo que terminaré una. Bueno, no sé si llamarle carrera a esto de lo que me parece que con un par de años más de bostezos me darán el título; al menos no es lo que yo entendía por tal en el bachillerato, o lo que me imaginaba cuando leía, por esos mismos años, *Retorno a Brideshead*. Aunque Charles Ryder y Sebastian Flyte disfrutaban de abundantes horas de ocio durante su vida estudiantil en Oxford, en algún momento, según la novela, tenían que chapar para que no les suspendieran. Yo, que no pertenezco en modo alguno a ese infeliz colectivo antes etiquetado bajo el crudo epíteto «superdotados», y ahora bajo el profiláctico circunloquio «con altas capacidades», he podido superar las asignaturas sin necesidad, hasta el instante presente, de hincar los codos. Dejo al lector perspicaz adivinar cuáles son los estudios a los que mi indolencia me ha conducido.

La alusión al libro de Evelyn Waugh, y no a los de Harry Potter (que, por cierto, juraría que algo le toman prestado a Waugh para su astuto *patchwork* narrativo, léase una obrita titulada *Charles Ryder's Schooldays*), me acredita, me temo, como un miembro algo anómalo de mi generación. Admito mi culpa y la expongo al escarnio general: nací en una casa con cinco mil libros y me leí una buena parte. Aún hoy, me leo entre tres y cuatro libros por semana, unos veinte al mes y más de doscientos al año. Diez veces más que

el que me sigue en volumen de lecturas entre mis compañeros universitarios. Sí, lo sé. Soy un tarado, una aberración de la naturaleza, un anormal. Lo tengo admitido desde hace muchos años. He sentido demasiadas veces *esa mirada* posada en mí. Pero qué le voy a hacer. Me gusta leer. Me gusta más que ver vídeos en YouTube. Más que ir al cine a ver secuelas de *Matrix* o de *Terminator* o de *Torrente*. Más que hacer botellón o meterme en un antro donde un montón de petardas y de clones de Cristiano Ronaldo se restriegan entre sí. No es que todas las petardas me parezcan indeseables, uno tiene su fisiología y sus instintos, pero me da pereza invertir en ellas los esfuerzos que demandan. Prefiero esperar a que alguna caiga sin abonar tales peajes. Y como parece que la espera va a ser larga, la distraigo leyendo.

Pero soy aún más estrafalario. Además de leer, escribo. Lo hago desde pequeño, no me acuerdo con exactitud, pero más o menos desde los siete u ocho años. Mi primer cuento, eso sí lo recuerdo, iba de un extraterrestre que bajaba a la Tierra y se encontraba con un subnormal. Lo escribí así, «subnormal», y ahora me pregunto por qué, porque a mí ya me inculcaron (y asumí) que había que llamarlos «discapacitados psíquicos». Sería culpa de mi abuela, que me cuidaba muchas tardes en aquellos días de mi infancia, y a la que bien pudo escapársele, desaprensiva ella, la palabra prohibida. El caso es que mi extraterrestre entablaba relación con el retrasado, lo estudiaba y luego se metía en su platillo y volvía a su planeta. Allí daba este informe sobre la Humanidad: una especie con inteligencia bastante limitada, pero muy amable y generosa. A partir de los datos de aquel calamitoso explorador, los extraterrestres iban a planificar la invasión pésimamente. Quería ser un relato humorístico, creo.

En fin, perdón por la digresión: la nostalgia. Lo que quiero decir es que la escritura forma parte de mis intereses desde edad bien temprana. A ella me he entregado siempre de forma autodidacta, y con resultados constantemente insatisfactorios. Por dos razones, sobre todo. Primera: nunca consigo creerme nada de lo que escribo. No tengo ningún inconveniente en creerme a Tolstói o a Galdós, aunque sé que lo que cuentan, incluso cuando se inspiran en hechos reales, está inventado por ellos. Tampoco me cuesta creerme a Philip K. Dick o a Bioy Casares, aunque sepa que lo que cuentan es imposible. Pero

lo que escribo yo me parece siempre una pamplina. No lo puedo evitar. Y la segunda gran razón de mi insatisfacción: puedo, aun sin alcanzar credibilidad alguna ante mí mismo, resultar medianamente ingenioso y más o menos convincente, a ojos de otros, en las distancias cortas; pero nunca he logrado pasar de los doce folios. Es mi límite infranqueable, la cota de mi impotencia, el arrecife contra el que se hace astillas, una y otra vez, la nave de mi inventiva. También lo describo para mí de un modo más amargo: es lo máximo que puedo estirar mis historias que no me creo, la longitud máxima de los cuentos nacidos de mi inconsistente imaginación.

Quizá por eso, hará un año decidí apuntarme a unos talleres de narrativa. Los vi anunciados y me llamaron la atención por tres motivos: primero, eran gratis (punto a favor, para un estudiante insolvente como yo); segundo, estaban a tiro de metro (otro punto a favor, véase motivo anterior más abono transportes); y tercero, el que los daba era un experimentado escritor y periodista, con alguna obra ya a sus espaldas, más o menos reconocida. No es que fuera un Shakespeare, ni siquiera un Ellroy, pero el hombre había logrado varias veces eso que yo no conseguía: levantar una historia de unos cientos de páginas y lograr que se tuviera en pie. Lo podía certificar porque había leído un par de ellas: ninguna iba a cambiar la Historia de la Literatura, pero la factura era decente. Tampoco yo tenía grandes aspiraciones, más allá de poder superar mi frustración de cuentista ralo e incrédulo de mí mismo. Quizá pudiera orientarme.

Bueno, hubo un cuarto motivo, si se quiere anecdótico, para que al ver anunciados sus talleres me llamaran la atención. El escritor se llamaba como yo: Lázaro. No he conocido a muchos Lázaros. O lo que es lo mismo, a muchos que hayan tenido que soportar mil veces la bromita bíblica («hombre, Lázaro, levántate y anda») o ese ingenioso chiste literario («anda, Lázaro, ¿de Tormes?») que está al alcance de cualquier ignorante que haya terminado la secundaria. Supuse que también teníamos eso en común. Me dio buena espina.

Así que me apunté. Y conmigo, otros quince o veinte. Todos más o menos por la misma edad. Una de las condiciones que al parecer había puesto el autor para encargarse del taller era que los alumnos fueran jóvenes. Un

rasgo de valor, o de imprudencia, juzgué yo para mí, sabiendo lo que la peña daba de sí a la hora de coger papel y bolígrafo y tratar de convertir en palabras los pensamientos. Pero el taller funcionó. Funcionaba. Había varios que escribían no sé si mejor que yo, pero desde luego con mucha más facilidad. Uno de ellos, Raúl, hasta había terminado ya una novela. Me pasó el manuscrito y tuve que constatar (con cierto bochorno, porque era un año más joven que yo) que se dejaba leer más que razonablemente. El profesor, desde su edad que doblaba la nuestra y su obra que multiplicaba cualquiera de las nuestras por x , para x tendiendo a infinito, o así lo sentíamos nosotros, se esforzaba semana a semana por dialogar tan de igual a igual como le era posible. Por escucharnos, tanto como por hacerse escuchar. Así fue como surgió lo de mi problema, que era el de la mayoría del grupo: por qué, salvo Raúl, no podíamos pasar de quince o veinte páginas, y eso, sudando tinta china.

El tema se convirtió en frecuente asunto de debate en el taller. Cada uno de nosotros ponía sus excusas, mientras el profesor buscaba las razones. Al principio las planteaba con prudencia diplomática, pero luego, a medida que fuimos conociéndonos todos y acortando distancias, las expuso en tono algo más mordaz, con su buena dosis, deduje con el tiempo, de provocación calculada:

—La culpa la tiene vuestra educación, me temo —decía—. La del cole y el instituto, donde no os han hecho nunca saber lo que es un examen final, todo a sorbitos. La de la tele, que es la que educa a la población en general, y donde no hay discurso que dure más de seis minutos para que la gente no haga *zapping* y se pase al *share* de otro. Y la de Internet, vuestro medio, ese a través del que miráis al mundo y en el que os movéis como pez en el agua, donde la unidad de discurso es el post bloguero o, cada vez más, el vídeo de YouTube. En tiempo, ¿cuánto? ¿Tres minutos? ¿Dos minutos y medio? Por no hablar de la chorrada en el muro de Facebook o del bendito *tweet*. Habéis recibido un relato fragmentado de la realidad. Si queréis hacer una novela, tenéis que aprender a integrarlo. A entrelazar. Pero no como sabéis. Lo que sabéis es *vincular*: encadenar *links* en una red casual, fortuita, amorfa. Quien quiere hacer un relato largo tiene que construir un mundo. Tiene que levantar

un edificio donde las interrelaciones sean sólidas, significativas, fundadas, necesarias. Tiene que hacer justo lo contrario de la gimnasia en la que están ejercitadas vuestras mentes. ¿O habría que decir atrofiadas?

En este punto, los menos sutiles se le echaban encima. Otros, los que nos olíamos por dónde iban sus intenciones, nos callábamos. Tras unos segundos de bullicio, el profesor levantaba las manos en señal de rendición, sonreía y les replicaba a los ofendidos:

—Eso es lo que quiero que me digáis. Que estoy equivocado. Pero más aún quiero que me lo demostréis. Que dejéis de estar cagados y saltéis del avión confiando en que se os abrirá el paracaídas.

Alguna vez, cuando me sentía locuaz, que no era muy a menudo, trataba de darle mis propios argumentos. No le negaba algo de razón en sus ácidas suposiciones: era posible que pesaran algo en nosotros esas formas empaquetadas y limitadas de transmisión del pensamiento que en cierto modo constituían la atmósfera que nos envolvía. Pero discrepaba de él, y así se lo dije, en cuanto a que la generación a la que pertenecíamos estuviera tan absolutamente condicionada por ellas. Nosotros no habíamos nacido ya con esto, nos lo habíamos encontrado por el camino. Con diez, once, doce o trece años, dependiendo de los casos. Quizá su teoría valiera para los que ahora tenían esas edades, y que ya abrían los ojos bajo esas coordenadas. Antes de consumir ese relato masivo de la realidad reducida a fragmentos o, lo que es lo mismo, antes de tocar mi primer ordenador conectado a Internet y poder utilizarlo con cierta asiduidad, yo ya me había leído *El conde de Montecristo*, *Moby Dick* y hasta el *Quijote*. Había aprendido a valorar y a disfrutar, una y otra vez, libros extensos y trabados, pequeños mundos de ficción en sí mismos. Y sin embargo, me costaba horrores concebir algo ni remotamente parecido, y me sentía incapaz de emprender nada que fuera a prolongarse mucho más allá de diez páginas. En mi sentimiento, era más bien otra cosa. Algo que tenía que ver con la falta de fe.

Una de aquellas tardes, al término del taller, el profesor me llamó. No sé si yo había estado más elocuente o más vehemente de lo habitual, tampoco puedo precisar ahora qué variante concreta de mi discurso le solté ese día. Pero sin duda mencioné lo de la fe. Porque, cuando estuvimos solos, me miró

a los ojos y me preguntó:

—¿Qué fe es la que te falta?

Me quedé descolocado. Había, imagino, aludido al asunto de una forma vaga. No podía decirle que me faltaba fe en mí mismo. O quizá sí podía, pienso ahora, pero aún no lo sabía. De modo que me salí más o menos por la tangente, una técnica que domino bien:

—Pues fe en que tengo una buena historia, supongo.

Siguió observándome, imperturbable.

—Lázaro —le gustaba decir mi nombre, supongo que porque era el suyo y tenía pocas ocasiones de pronunciarlo—, eres bueno. Si tuviera que apostar, diría que eres el mejor. No debe sorprenderte, ni envanecerte tampoco. Eres de largo el que más ha leído, y entre eso y tu inteligencia, que es algo más que mediana, dispones de un punto de partida que sería un delito que no aprovecharas. No veo por qué razón has de ser incapaz de tener en tus manos una buena historia. O por decirlo con tus palabras, una en la que tengas fe.

—El caso es que no se me ocurren.

—Las historias no se le ocurren a uno. Se encuentran.

—Pues no las encuentro. Será que no sé buscar.

—Sabes, cómo no vas a saber. Pero, si crees que ése es el problema, te lo resuelvo. A estas alturas, yo ya he encontrado más historias de las que voy a poder escribir. De hecho, tengo una que encontré hace años, pero que nunca he terminado de encajar. Ha vuelto a salirme al paso esta mañana, mira qué coincidencia. Te la regalo.

—¿Cómo?

—Que ya es tuya. Que ya la has encontrado. Y es buena. Créeme. Sobre esto, tengo alguna experiencia. Para bien y para mal.

—Eso no lo pongo en duda. Te he leído.

—No me hagas la pelota. ¿Mañana por la mañana estás libre?

—Eh, sí, tengo clase, o sea, nada.

—Muy bien. A las nueve aquí.

Estaba allí a las nueve. He madrugado siempre y he aprendido a ser puntual. Es lo que tiene depender del metro o de autobuses que pasan a una hora y, o ahí estás, o ya no llegas. Mi profesor, en cambio, se veía que hacía tiempo que no padecía esas miserias. O eso, o que tenía demasiadas cosas que hacer, el pobre. Ganarse la vida juntando palabras no es cosa fácil, incluso aunque vendas libros, y él los vendía (*todavía*, añadía él siempre, no se sabía bien si en alusión al pirateo digital o a un posible disfavor futuro del público). El caso es que no apareció hasta las nueve y diecisiete, como anoté siguiendo su propio consejo, tantas veces repetido en el taller:

—Sed concretos, siempre: detalles concretos, y pertinentes, claro está. La abstracción es la madre de todos los coñazos.

Su coche era grande, para mi gusto demasiado. Familiar, ranchera, casi tan aparatoso como un avión. Luego, cuando alcanzamos algo más de confianza, le pregunté cómo era que ganando pasta no se compraba un coche más de capricho, uno así deportivo y recogido para la ciudad. Me miró como si hubiera dicho una memez.

—Tengo hijos. Los hijos equivalen a impedimenta. Y con hijas, como es el caso, aún más. Necesito esta capacidad de carga, y mi condición, tanto de padre como de autónomo a la intemperie, me veda el darme caprichos. Este furgón tiene que servirme para todo.

En honor a la verdad, comprobé cuando me instalé en el asiento del copiloto, el *furgón* era bastante cómodo y silencioso, y respondía con prontitud a las exigencias de su conductor. Era un detalle que me asombraba de aquel tipo. Siempre había creído que los intelectuales eran gente dispersa y poco práctica, y él en cambio demostraba su pragmatismo en todos los

ámbitos de la vida. También sobre esto le pregunté, más adelante, y no dejó de responderme:

—No tengo otra. Uno es siempre capaz de lo que necesita hacer. Quien no es capaz de algo, ya sea una cuestión mecánica, logística o técnica, es que no lo necesita con la suficiente desesperación. Por eso los mandamases acaban dejando de saber sacarse la minga para hacer pipí, mientras sus secretarias desmontan impresoras.

Aun sin haber recibido esta aclaración, deduje que si había llegado tarde era porque podía permitírselo, es decir, porque el lugar al que nos dirigíamos no estaba lejos o no acudíamos a una cita que estuviera fijada a una hora perentoria. Me equivoqué en ambos extremos. Desde la localidad periférica donde se impartía el taller, debíamos trasladarnos nada menos que al centro de Madrid (en plena hora punta, además, lo que multiplicaba en tiempo la distancia). Y cuando le pregunté qué nos aguardaba allí, me dijo:

—El final de tu historia.

—¿Cómo?

—A ver, usa tus dotes deductivas. Qué puede ser.

—La verdad, no me creo tan listo como para con tan poco...

—Cómo acaban todas las historias. Humanas, se entiende.

—Eh, bueno, depende de lo que uno crea.

—Hasta donde está comprobado.

—Pues con la muerte, supongo.

—Bien, nos vamos orientando. Y dónde suele cerrarse la historia.

—Eh, también depende...

—Sea cual sea la forma de morir, adónde va el muerto.

—¿Al cementerio?

—Bingo, mi lentísimo Maigret.

—¿Vamos a un entierro?

—No exactamente. A una incineración.

—Esto, ¿y a qué hora es?

—A las diez.

Miré mi reloj. Marcaba ya las nueve y veinticinco. Pasadas.

—¿Y vamos a llegar?

—Llegaremos. Ten fe. La fe moverá tus montañas, siempre.

Llegamos, para mi pasmo, y sin que pueda decir que cometiera ninguna infracción. Bueno, es posible que entre la M-45 y la M-40, tramo que hicimos por una vía de peaje para mí desconocida, no se mantuviera a 100 todo el tiempo. Al final, estábamos aparcando en las inmediaciones de la capilla del cementerio a eso de las diez y cinco. El coche fúnebre hizo su entrada dos minutos después.

Ahora me toca describir lo que nos encontramos cuando accedimos al lugar donde se celebraba la ceremonia. Confieso que tardé unos segundos en reponerme del *shock*, y que durante algunos más no pude dejar de mirar de reojo a mi profesor, quien empezó a inspirarme al punto sospechas tan inesperadas como alarmantes.

En aquel sepelio habría, tirando por lo bajo, un centenar de asistentes. La inmensa mayoría eran varones, y de éstos, a su vez, la mayoría iban uniformados con camisas azules sobre las que portaban variedad de distintivos de inspiración fascista. No pocos de ellos eran gente muy entrada en años y, según tuve ocasión de observar en un repaso algo más meticulado, varios de estos últimos llevaban sobre la camisa una medalla que reconocí no por mis conocimientos de condecoraciones militares, escasos, sino porque tal vez sea la más famosa de ellas: la Cruz de Hierro alemana. Todos aguardaban en un silencio tenso, apenas interrumpido por algún saludo, deduje que de reencuentro, entre los más ancianos.

Me volví hacia mi profesor. Con la mirada me hizo saber que no era momento de preguntar ni de comentar nada, sino de mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Nos situamos a un extremo, desde el que teníamos buen ángulo para ver lo que ocurría y la suficiente distancia como para no sentirme demasiado incluido en aquella singular congregación. En esa posición vimos venir el coche, que se detuvo ante la pequeña capilla en la que iba a celebrarse la ceremonia. Había empleados de la empresa de servicios funerarios para asegurar el cómodo traslado de la caja desde el vehículo al interior del templo, pero un pelotón de camisas azules se abalanzó para asumir el transporte. Lo formaban los más jóvenes, lo que no excluía algún septuagenario, que a duras penas mantuvo el equilibrio al tratar de

acompañarse al ritmo y a la fuerza de los cuatro veinteañeros que representaban, interpreté, el futuro de la idea. Al final, se arreglaron y emprendieron a paso lento el camino de la capilla. Tras el féretro siguieron varias parejas de uniformados (me refiero siempre a la camisa azul) portando otras tantas coronas con cintas rojigualdas y rojinegras, e inscripciones que no alcancé a descifrar por la lejanía. Sobre el ataúd alguien extendió una bandera preconstitucional.

Entramos de los últimos en la capilla. Nos situamos atrás del todo, como los intrusos que éramos (o, al menos, así me sentía yo). La primera parte de la ceremonia fue digamos normal. Consistió en un breve responso, pronunciado por un sacerdote de unos treinta y pocos años, de color. Tampoco este extremo tenía nada de raro, pensé, aunque su acento delatase su condición de extranjero. La escasez de vocaciones patrias, que se observaba tanto en los seminarios como en las obras de asfaltado en agosto, había conducido a la forzosa importación de sustitutos foráneos, y África era un buen vivero de ellos en ambos sectores de actividad. La presencia del negro presbítero era pues un fenómeno corriente, y tampoco los asistentes mostraron especial extrañeza ni rechazo, quizá por la excepción que para ellos suponía la fe en los impulsos xenófobos que en otros órdenes de la vida exhibían como frecuente seña de identidad.

Fue acabada la intervención del clérigo, y al invitar éste a hablar a los deudos del fallecido (cuyo nombre de pila era Jorge, según averigüé por las palabras de condolencia del cura), cuando la cosa empezó a transitar por derroteros menos trillados. En particular, cuando, aceptando la invitación, se destacó junto al altar uno de los encamisados de azul, portador además de la germánica medalla, un hombre que estaría ya más cerca de los noventa que de los ochenta, pero que conservaba un porte enérgico y una voz que se hacía oír. Y, como en seguida se vio, había venido dispuesto a usarla.

Lamento mucho no haber podido tomar notas de lo que dijo el orador fúnebre. No ayudaba la coyuntura y no creo que mi profesor me hubiera dejado, pero es que además me había olvidado de llevar papel y bolígrafo. En fin, es lo que hay. Por no traicionar la voz de aquel hombre, de quien ignoro el nombre y al que no he vuelto a ver, pero a quien nada me autoriza a

suplantar por mi desmemoria, prefiero sintetizar el sentido de su parlamento, que eso, como su dicción épica e imperativa, lo recuerdo suficientemente.

Comenzó dirigiéndose a todos los que allí estábamos presentes como camaradas. No sé si todos lo serían, pero confieso que al verme así interpelado me recorrió el cuerpo un escalofrío. Luego explicó el sentido de su apelación: camaradas de Falange, los más, y los menos, pero con todo y con eso bastantes, de la gloriosa División 250, que, cito aproximadamente sus palabras, dejó sobre los campos helados de Rusia bien alto el pabellón de la España verdadera y eterna, frente al más salvaje y siniestro de sus enemigos, el comunismo estalinista. Esa bestia con la que, apostilló, tantos contemporizaron durante tantos años, para acabar descubriendo, demasiado tarde, lo que ellos ya sabían cuando en plena juventud tomaron el fusil para acudir a exterminarla en su propia madriguera.

Con tal convicción lo dijo que reconozco que sentí alivio por no haber tenido nunca nada que ver con el comunismo estalinista, ni directa ni indirectamente, aun cuando las circunstancias no hicieran pensar que pudieran dar en interrogarme al respecto.

Jorge García Vallejo, prosiguió, y así conocí el nombre completo del fallecido, era, uso su expresión, «uno de los nuestros». Falangista y divisionario y, como tal, iluminado desde edad temprana con las ideas que, además de prevenirlo con insobornable intransigencia contra la barbarie marxista, lo colocaban en sintonía con la esencia intemporal de la patria, y por tanto frente a todos sus enemigos: además de los ya citados acólitos de Marx y Lenin y de su georgiano intérprete, los oligarcas y los caciques improductivos, los sin Dios y los que querían separar a los pueblos que bajo el yugo y las flechas habían escrito una gloriosa historia común.

Por aquellas fechas, no estaba demasiado familiarizado con el pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera y de sus seguidores. Pero lo poco que sabía encajaba como guante en la mano con aquella gavilla de aversiones tan escrupulosamente enumeradas en tan solemne ocasión. Y también, dicho sea de paso, con la idiosincrasia de quienes dedicaban aquel momento de duelo a inventariar adversarios, antes que a expresar solidaridades. Volví a preguntarme qué hacía yo allí y, sobre todo, qué hacía

allí mi profesor. Pero seguía estando claro que no era el momento en que iba a encontrar la respuesta a esa pregunta, así que seguí poniendo la oreja.

Jorge, continuó el orador, había tenido el desdichado privilegio de verles muy pronto la cara a los enemigos de España, y eso forjó en él una convicción tan temprana como indestructible. No pudo, por joven, sumar sus esfuerzos al combate para expulsarlos del solar patrio, coronado en 1939, pero no dejó de alistarse para ir a Rusia, donde probó su temple una y otra vez, y en especial en la batalla de Krasny Bor, donde el Ejército Rojo, temerariamente poseído por una prematura borrachera de victoria, supo lo que valían los guerreros españoles. Se extendió el anciano falangista en algunas consideraciones sobre este episodio que, por serme completamente desconocido entonces y carecer de la experiencia e instrucción militares que él sin duda había tenido, no alcancé a comprender del todo.

«Pero no se quedó ahí», dijo, con recobrado énfasis. Cuando la División Azul regresó, cuando los más bravos de ella, agrupados en la Legión Azul, también regresaron, y cuando en fin se prohibió a cualquier español sumarse a la lucha de Alemania contra los Aliados, Jorge, de espíritu indómito como genuino falangista, no se arredró por las dificultades y desoyó la prohibición. A él no le valían las consideraciones que llevaran al Caudillo (oí la mayúscula), en su sabiduría estratégica, a distanciarse de un Hitler al que sabía derrotado y que no iba ya a contribuir al porvenir de España. «Los demás podíamos entenderlo, y aceptar el paso atrás del jefe», matizó, y me sorprendió este atisbo de indulgencia, aunque tuviera tan peculiar destinatario, en un discurso hasta ese momento tan justiciero como inflexible. «Pero Jorge no», aclaró. Jorge estaba hecho de la pasta de los elegidos, de los que no desmayan. Él no iba a dejar de luchar hasta que la lucha fuera imposible, y aun después lucharía.

Así, continuó el orador, cada vez más exaltado, Jorge cruzó la frontera, se presentó a los alemanes y ellos lo mandaron con el resto de los soldados europeos contra el marxismo, a la legión de voluntarios en la que, junto a lo mejor de Alemania, se batían siempre en primera línea para impedir que el demonio de Moscú se zampara todo el continente que había alumbrado la civilización occidental. «Sí, camaradas, Jorge, como otros de los mejores de

nuestros hermanos, sirvió en las SS, y nunca se avergonzó de ello ni lo ocultó, ni tenemos nosotros que hacerlo ahora que él no puede proclamarlo. Él no estuvo en ningún campo haciéndole nada a nadie indefenso. Sino en la trinchera, en la alambrada, plantando cara con su cuerpo, su fusil y poco más, a los miles de tanques y de cañones y de aviones que los yanquis, en su ceguera criminal, le dieron al asesino del bigote rojo. Y así hasta Berlín, en abril del 45, cuando sólo él, y unos pocos más, extranjeros casi todos, defendían la cancillería en ruinas, donde ya el Führer, agotada hasta el final su numantina resistencia, decidió quitarse la vida. Éste fue nuestro camarada, y nadie conseguirá que dejemos de sentirnos orgullosos de que lo fuera, como lo hemos estado hasta hoy y como esta mañana lo estamos al gritar, como un solo hombre, camaradas, Jorge García Vallejo...».

«¡Presente!», aulló el auditorio.

Admito que aquel rugido casi unánime y aquellas palabras que lo habían inmediatamente precedido me impresionaron. Por eso me he atrevido a ponerlas entre comillas, a diferencia de otras partes del discurso, que no recuerdo con tanta exactitud. Pero, si a mí me impresionaron, puede imaginarse el efecto que causaron en el sacerdote, no perteneciente, precisamente, a la raza superior que invocaba el titular del carné número 1 de esa cofradía a la que, por excepcionales que fueran las circunstancias, se había unido sin mayores aspavientos el difunto Jorge García Vallejo. Le sorprendí una mirada de horror, no sólo a quien acababa de hacer uso de la palabra, sino también a la caja que contenía al otro de cuerpo presente.

Cuando se repuso de su estupor, el sacerdote dio a toda prisa las últimas bendiciones, hizo con la cabeza una seña al empleado de la funeraria y se apresuró a escurrirse por un lateral. Entonces, el empleado accionó el mecanismo que servía para hacer desaparecer el ataúd por una trampilla en la pared, camino del horno, y en la megafonía de la sala comenzó a sonar una de esas melodías que se supone que han de suavizar el trance, algo de Bach o de Mozart o de Albinoni. No puedo precisar más porque los violines quedaron al punto sepultados bajo un coro de viriles voces que cantaban:

Cara al sol, con la camisa nueva

que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver...

Y ya que estamos de confesiones, confesaré que esa mañana, por primera vez, oí la letra completa de aquella canción. Y que no sólo la oí, sino que la escuché. Y que no me pareció desagradable ni mal escrita, y que al ver a aquellos hombres, muchos de ellos ancianos, cantándola con toda su alma, varios con los lagrimones regándoles el cuero reseco de las mejillas, estuve a muy poco de que me conmoviera, como jamás habría imaginado que pudiera conmoverme. Quizá porque la emoción es así, arbitraria e inoportuna, y gusta de atacarnos cuando estamos más desprevenidos. Pero en seguida me rehíce, me recordé dónde estaba, qué oía y qué había representado aquel cántico, y recobré una compostura precaria, pero suficiente para no abandonar del todo el talante de frío observador.

Cantaron el himno completo, y sólo entonces, aunque hacía ya un par de minutos que el ataúd había desaparecido, comenzó el desalojo. A la salida se formaron algunos corros y la fila de circunstantes para darles el pésame a los familiares. No eran muchos: un matrimonio de unos sesenta años y un par de treintañeros, hombre y mujer. Para mi asombro, mi profesor fue a ponerse en la fila. Ahí sí que no pude ya quedarme callado. Mientras le seguía, por no quedarme solo en medio de aquella gente, le pregunté, presa de la angustia:

—¿Tenemos que...?

Me miró, con malicia.

—Tú no. Pero si yo fuera tú, no me perdería nada.

Como yo ya era yo, y como ya empezaba a tener más que suficientes sobresaltos, pensé que muy bien podía perdérmelo, pero algo, vergüenza quizá, me impidió salirme de la fila. La hice entera con él, y al llegar a los parientes vi cómo se dirigía al hombre joven.

—Lo siento mucho —dijo.

—Muchas gracias por venir —le respondió el otro, con visible cordialidad. Y dirigiéndose al matrimonio mayor, les explicó—: Papá, mamá, es el escritor que os dije, ha tenido el detalle de...

—Muchas gracias —dijo el hombre, tendiéndole la mano.

La mujer no dijo nada, se limitó a bajar levemente la barbilla mientras le daba la mano a su vez. Luego posó en mí sus ojos empañados de lágrimas, tesitura en la que lamenté carecer del poder de autodesintegración instantánea. Mi profesor se apiadó de mí:

—Es Lázaro, mi ayudante.

No dijeron nada. Yo balbucí:

—Lo siento.

Y les di la mano. Los hombres apretaban y la tenían caliente. Las mujeres la dejaban muerta y la tenían más fría. No sé si estos detalles aportan demasiado, pero, como reparé en ellos, los pongo.

Tras este momento surrealista, como broche del acto, mi profesor echó a andar hacia donde habíamos aparcado el coche. Durante acaso medio minuto no dijo nada. Pero cuando estuvimos lo bastante alejados como para que nadie pudiera oírnos, inquirió:

—¿Y bien?

No supe muy bien si me pedía mi opinión o me examinaba.

—¿Quieres una valoración?

—No sé, dime lo que te pase ahora mismo por la cabeza.

—Que eran un montón. Y que su portavoz andaba algo despistado, ¿no? Porque ir contra los sin Dios uniéndose a los ateos nazis...

—No te precipites, Lázaro. Había gente, sí, pero mucha menos que en el funeral de Sepp Dietrich, uno de los generales más duros de las SS, que murió en los 60 y que congregó a miles de ex camaradas en su entierro, a plena luz del día. Y quién te contó que los nazis eran ateos. Himmler solía decir que no se fiaba de los que no eran creyentes. De ateos nada; si acaso, paganos, y tampoco todos.

—Ya. —Traté de asimilar sus palabras—. ¿Y a partir de aquí?

—Pues ahora hay que juntar el resto de las piezas. La historia has de contarla de principio a fin. No necesariamente en ese orden, pero sí conviene que el que te lea sepa todo lo relevante cuando la acabe. Tengo más material para ti. Mira, echa un vistazo a esto.

Y me tendió un folio doblado en tres. Lo extendí. Era una esquila. La

transcribo: «MIGUEL EZQUERRA SANCHEZ [*sic*]. Vieja Guardia de la Falange, alférez provisional, voluntario de la División Azul, teniente coronel de las Waffen S.S. hasta la caída de Berlín. Falleció el 29 de octubre de 1984». Seguía el texto usual, con el que sus deudos rogaban una oración por el «eterno descanso de su alma».

—Ya ves que Jorge no fue el único —me dijo, en cuanto alcé los ojos del papel—. Vamos, tengo que contarte algunas cosas y darte algunos libros. Te aseguro que material no va a faltarte, compañero.

Y ahí mismo, en el coche, empezó a suministrármelo.

Tengo alguna ventaja para representarme la escena porque conozco el lugar. También conozco el impulso que llevó a aquel joven veinteañero a escabullirse de sus obligaciones y buscar los senderos del parque para disfrutar del sol tibio de aquella mañana de otoño. Yo mismo lo he sentido y lo he seguido más de una vez. Y en alguna ocasión el destino de mis pasos ha sido ese mismo parque.

Se trata de la Dehesa de la Villa, en las inmediaciones de la Ciudad Universitaria de Madrid. No lleva mucho acercarse hasta allí, ni desde mi facultad ni desde la que a la sazón cuenta a nuestro joven como alumno, por lo que en ambos la tentación resulta comprensible. Y más en mitad del otoño, la más agradable de las estaciones, con diferencia, para quienes viven o laboran en la capital.

La fecha es el 10 de noviembre de 1989. Una jornada como cualquier otra... hasta cierto punto. Nuestro joven lleva doblado bajo el brazo un periódico en el que se lee el siguiente titular: «Desaparece el muro de Berlín, último símbolo de la guerra fría». Quizá faltaríamos a la verdad si dijéramos que el portador del diario tiene en ese momento la marcada conciencia de estar viviendo una jornada histórica, o memorable dentro de su biografía. Berlín queda lejos; de hecho, nunca ha estado allí. Y esa mañana en lo que él piensa es en que se ha saltado el ladrillo de la clase de Derecho Procesal.

En cualquier caso, no es uno de esos mozalbetes a quienes nada importan los acontecimientos y los conflictos del mundo en que viven. No en vano ha destinado aquel viernes una parte de su escasa asignación semanal a adquirir el periódico, que además tiene el propósito de leer tranquilamente en su banco favorito del parque, disfrutando de esa libertad que ha conquistado

eximiéndose de un tributo estéril, como le parece el de escuchar a aquel profesor recitando lo que ya está escrito en un libro. Nuestro joven sabe leer por sí solo desde los cuatro años, y prefiere dedicarse a sus asuntos, o informarse, antes que comparecer en un rito sin sentido.

La noticia, piensa cuando lee el despliegue del titular, no es cualquier cosa. «Luz verde para todos los alemanes orientales que quieran viajar a Occidente». Al recapacitar sobre lo que esto significa, siente un leve remordimiento por el poco interés que le ha prestado hasta ese instante. En cierto modo, puede que sea el cambio más dramático que ha vivido, en cuanto al mundo que le rodea y en la perspectiva particular, y siempre limitada, que de él se le ofrece. Hasta ayer, a esos alemanes que querían cruzar el muro les aguardaba un disparo. Hasta ayer, ese muro era la bisagra ideológica que dividía en dos el orbe. Asistir a su derribo es un acontecimiento sólo comparable a aquel otro que vivió catorce años antes, cuando vio por la tele en un ataúd al señor que salía retratado en todas las pesetas, y de un día para otro vino a reemplazarlo en las monedas otra cara, mucho más joven y que además miraba en dirección contraria. Nació en una dictadura y en mitad de una guerra fría entre dos bloques irreconciliables e irreductibles. Y en sólo dos décadas de vida, su país y el mundo se han vuelto del revés. Ahora vive en una democracia donde el gobierno se dice socialista y, a escala planetaria, bajo la ya indiscutida hegemonía del capitalismo. Paradójico.

Es posible que en esta reflexión haya algo de ironía amarga. Nuestro joven, como muchos otros, habría querido poder votar en 1982, cuando tanta gente fue a los colegios electorales presa de la euforia. Pero no ha podido hacerlo hasta 1986, cuando ya quedaban de manifiesto las renunciaciones y las transacciones de todo tipo que el poder impone a quien desea conservarlo, y poco fue el entusiasmo con que acudió a depositar la papeleta en la urna. En la universidad tampoco ha optado por el activismo político. Puede ser una casualidad sin mayor significado, pero quienes dirigen la militancia en los círculos universitarios le parecen los más oportunistas, menos auténticos y (*last but not least*) menos brillantes de sus condiscípulos. Eso lo ha arrojado a una suerte de desmarque abúlico, que por momentos le avergüenza un poco;

aunque era un niño entonces, recuerda toda aquella propaganda de las primeras elecciones, cuando se insistía a la gente en el valor que tenía participar, después de tantos años sin poder hacerlo. Pero también se dice que le asiste el derecho de no adherirse a lo que no le convence, y a no olvidar, si ha de escoger entre males, que preferiría tener otras opciones. Aquella noticia parece querer decir que el mundo evoluciona hacia una visión única de las cosas. No precisamente la que más le satisface, aunque no siente ninguna lástima por el colapso del comunismo. De todos los pelmas politizados de la facultad, y eso que la competición está bien reñida, los comunistas son acaso los que más le aburren.

Sumido en estos pensamientos y en la lectura del periódico, no se ha percatado de que en el banco se ha sentado otra persona. Al fin advierte su presencia. Es un hombre de unos setenta años, pero todavía enérgico y de mirada penetrante. Va bien vestido, con un abrigo de corte austero bajo el que se adivinan las hechuras de una americana y una corbata anudada al cuello que protege además con una bufanda. Cuando nuestro joven repara en él, se da cuenta a la vez de que el hombre está contemplando, casi hipnotizado, la portada del periódico, presidida por una foto a cuatro columnas del muro y, al fondo de la imagen, la Puerta de Brandemburgo. Al verse cazado en esa tesitura, fisgando el diario ajeno, el anciano aparta con brusquedad los ojos. No exactamente azorado. Lo prueba el hecho de que, en lugar de hacerse el distraído o de fingir que la mirada fue casual, se dirige al joven con voz firme y elocución precisa:

—Me perdonará usted, joven. No he podido evitarlo. Esa noticia, y sobre todo esa foto. Remueve cosas profundas en mí.

El joven no sabe cómo reaccionar. Tampoco de qué puede estar hablando aquel hombre. No es retraído, pero tampoco muy desembarazado a la hora de relacionarse con desconocidos. Para salir del paso, escoge una interpretación trivial de sus palabras:

—¿Ah, sí? ¿Ha vivido usted en Berlín?

El anciano asiente, con aire pensativo.

—Una breve temporada. Pero intensa, eso sí.

—Ah, entonces se comprende —observa, por decir algo—. Si lo ha visto

dividido, debe de parecerle mentira que vaya a reunificarse.

—No, no lo vi dividido. O, bueno, no por ese muro.

El joven, que siente que ha metido la pata, trata ahora de hacer deducciones correctas y de no responder con otro patinazo.

—¿Vivió allí antes de que lo levantaran?

El anciano inspira hondo. El joven juraría que se le han empañado los ojos. ¿Qué puede afectar tanto a su interlocutor?

—Bastante antes —explica—. Viví en Berlín durante la primavera de 1945. Bueno, si aquello era vivir, y si era una primavera. El humo, los escombros y la metralla ponían un poco difícil darse cuenta.

Lo ha dicho como si nada. Como si acabara de decirle dónde estaba el apartamento en el que pasó sus últimas vacaciones. O dónde la fábrica en la que trabajó de contable. O dónde el instituto donde hizo el bachillerato. En este punto, el joven duda si el viejo no le estará tomando el pelo, o si no tendrá alguna cañería del cerebro atrancada, pese a su empaque físico y verbal, o si no le habrá colado una trola, para darse importancia. Ha leído por ahí que la gente mayor a veces exagera su participación en hechos pasados, incluyendo la presencia en acontecimientos históricos cruciales o el trato con personajes célebres, no por insinceridad o torpe afán de engrandecer su propia biografía, sino porque llegan a creerse realmente conectados con todos ellos, confundiendo en la memoria lo que vivieron, lo que leyeron en los periódicos y lo que otros les contaron.

—¿De veras? —pregunta, para tentar la firmeza de su recuerdo.

El anciano lo mira entonces con un mohín de disgusto.

—De veras. Para qué me lo iba a inventar, chaval.

—¿Y puedo preguntarle qué hacía usted allí, justo en aquellos días?

El desconocido lo escruta ahora con profunda atención. Tan profunda, que llega a resultarle incómoda. ¿Está evaluando acaso su idoneidad para recibir la confidencia? Si es así, no parece que el escrutinio arroje un resultado positivo. Algo debe de haber, en su ropa, o en su semblante, o en su juventud, que lo descalifique.

—Puedes preguntarlo —le dice—. Pero no sé si debo responderte.

—¿Tiene que ver con alguna clase de secreto?

A veces, el joven es así. No es audacia, ni impertinencia, ni afán de provocar. De hecho, suele arrepentirse de su atrevimiento. Lo que le puede es la curiosidad, la imposibilidad de quedarse a medias en el conocimiento de algo. La comezón le da el valor que no tiene.

—¿Secreto? —exclama el anciano, risueño—. No, qué secreto. Está todo publicado, hace años. Pero no creo que lo entendieras.

—¿Soy demasiado joven, quizá?

Ha optado por poner directamente en palabras sus suposiciones y arrojárselas a aquel hombre al que acaba de conocer, sin tapujos, como si no le importara que el tipo se levantara y se marchara de golpe. Pero no es así. Si el viejo ahora se pusiera en pie y se fuera sin decirle nada más, se sentiría profundamente frustrado. Para su fortuna, parece que el desparpajo que acaba de exhibir no le desagrada al anciano, que le sonrío de forma franca y distendida.

—Nunca se es demasiado joven, amigo. Algunos dirían que yo lo era entonces, quizá tú has cumplido ya más años de los que yo tenía, pero por aquellos días eso no significaba nada. En aquella ciudad, nadie era demasiado joven. Ni para luchar, ni para morir.

—¿Entonces? ¿Qué me impide entenderlo?

—No te lo tomes a mal. No es personal. Te hablo por mi experiencia con otra gente. No suelo encontrar a muchos que lo entiendan. Para entenderlo, habría que saber cosas que la gente no suele saber. Y los que las saben, han preferido olvidarlas. Al final eso es lo que hacemos todos, olvidar, más o menos, para poder soportar mejor los días. Pero todo lo que olvidamos nos entontece un poco.

—Yo no soy otra gente. Tampoco soy olvidadizo, más bien lo contrario. Y además leo libros. Aunque a lo mejor no se lo crea, tengo algún conocimiento de lo que ocurrió en Berlín entre marzo y mayo de 1945. La culpa la tiene uno de esos libros, justamente.

La revelación parece impactarle. O interesarle, al menos.

—Vaya, eso no es común. ¿Qué libro, si puedo saber?

—John Toland, *Los últimos cien días*.

—Ah, sí. Un autor informado. Aunque sesgado, como la mayoría. ¿Y

puedo saber de dónde te viene ese inusual interés?

—Se va a reír.

—No importa. Me gusta reír. Dicen que alarga la vida.

—El libro llegó a casa porque somos del Círculo de Lectores y ese trimestre mis padres no sabían qué pedir y me dijeron que lo eligiera yo. Y yo elegí éste para averiguar más sobre aquellos días, porque soy aficionado a los dioramas militares y quería hacer uno con alguna escena de los últimos combates. Para inspirarme, vaya.

Ha logrado descolocarle, al viejo. Primero abre unos ojos como platos. Luego se echa a reír, mientras se palmea la rodilla.

—Dioramas militares —dice, como si no se lo creyera—. Es lo último que me habría imaginado que pudieras hacer, al verte.

—Ya ve, las apariencias engañan.

—¿Y has hecho la mili, o has pedido prórroga? ¿O eres de esos que ahora se dicen objetores de conciencia?

—La hice, en Aviación. La más *light* que había, o eso me dijeron. Voluntario, con 18. No quería perder ningún año de carrera.

—Vaya, vaya. Un calculador.

—Psé, sólo de cuando en cuando.

—¿Y qué estudias?

—Derecho.

—Otro picapleitos. Ya hay demasiados, ¿no crees?

—Ya se verá qué hago con el título, si termino de sacarlo. Y usted, ¿va a contarme qué hacía en Berlín en la primavera de 1945?

—Eres muy curioso. Y porfiado.

—Tengo mucho tiempo libre. Apruebo sin ir a clase.

—¿Y un poco soberbio, tal vez?

—Sólo en estas cuestiones, tengo mucha facilidad para memorizar. Para otras muchas cosas soy un desastre, no se crea.

—No, no me creo. Y ganas me dan de responderte, para ponerte a prueba. A ver si sabes y entiendes tanto como aseguras.

—Póngame a prueba.

Entonces el anciano se levanta del banco. Sin dejar de mirar al joven, se

coloca el abrigo y la bufanda. No hace frío, pero se ve que vela por su salud. Un poco de relente basta para resfriarse. Antes de ponerse en movimiento, le explica, como si le desafiara:

—En la primavera de 1945, yo era *Unterscharführer* de las Waffen-SS. Lo que viene a ser como sargento. Mis compañeros y yo intentamos que los rojos que levantaron ese muro que ha caído ayer no pasaran. Pero pasaron, y los que quisimos pararlos nos convertimos en unos apestados. Ahora, ya ves: teníamos motivo. Si quieres saber más, suelo venir por aquí todas las mañanas a esta hora. Tú verás. Y yo veré, también, si quiero contártelo. No estoy seguro.

Ahora es el joven el boquiabierto. Sin prisa, el viejo echa a andar.

No sorprenderé a nadie, lo sé, diciendo que el joven volvió a ese banco del parque. Lo hizo el lunes siguiente, pero no encontró al anciano. Tampoco el martes. El miércoles no lo intentó: por excepción, tenía una clase a la que le interesaba ir. Como sin querer ni creérselo mucho, el jueves volvió a probar suerte. Y el viejo estaba allí.

Le explicó que había estado enfermo. Algo de las vías respiratorias, que se le habían quedado vulnerables después de cierta experiencia de su juventud. Que también tendría que contarle, si se decidía a confiar en él, para que terminara de entender su historia. El joven le dijo que naturalmente no podía obligarlo, pero que le había demostrado su interés genuino, volviendo a acudir allí, después de no encontrarlo por dos veces. Que esa constancia a lo mejor le invitaba a tener un detalle, ya que no se lo debía por otra razón.

El viejo le hizo entonces la pregunta:

—¿Y por qué te interesa mi historia?

Y en el momento en que me contaba esto, yo mismo me hice la pregunta y se la trasladé a mi profesor, interrumpiendo acaso desconsideradamente su ejercicio de evocación y de nostalgia:

—Ahora que lo mencionas. ¿De verdad crees que ésta es la historia con la que debo intentar hacer mi primera novela?

Mi profesor trató de buscar el sentido oculto de mi interrogación:

—¿Qué problema le ves?

No lo hago a menudo, pero me dio por mostrarme sarcástico:

—Oh, ninguno. Mi protagonista es un SS. O sea, alguien que se incorporó a la organización que a lo largo de la Historia más cerca ha estado de encarnar el mal absoluto. Llevó en el cuello las mismas runas que quienes se

dedicaban a gasear y explotar hasta la muerte a millones de hombres, mujeres, niños y ancianos...

—Ahí te equivocas, tienes que documentarte mejor. Ésos llevaban al cuello una calavera en vez de las runas.

—Poca diferencia introduce eso...

—El matiz es el matiz. Él nunca fue carcelero, sólo soldado.

—Así y todo. Algo he leído sobre la forma en que los SS, incluso los que sólo eran soldados, aplicaban las leyes de la guerra. Lo mires por donde lo mires, se trata de lo peor entre lo peor.

—¿Y?

—¿Cómo que y?

Mi profesor me hizo entonces objeto de su displicencia (infrecuente, todo hay que decirlo). Con el gesto y con la réplica:

—Si Dostoievski hubiera compartido tus aspavientos, no tendríamos a Raskólnikov. Si Nabokov hubiera sido tan mojigato como tú, no tendríamos a Humbert Humbert. Y si Shakespeare hubiera padecido tus estrecheces, sencillamente no sabríamos de él. Búscame una sola de sus grandes tragedias donde no haya tiranos, asesinos o incluso genocidas en los que descansa el peso de la historia.

—¿*Romeo y Julieta*?

—Sólo con esos dos, Shakespeare no sería Shakespeare.

—Es un SS. Y es el protagonista —insistí—. No puede gustar.

—No tienes que gustar al lector. Tienes que perturbarlo. Sacudirlo. Zarandearle las ideas asumidas, meterlo en contradicciones.

—Y éste es el camino...

—Éste es un camino. Y un compañero de viaje ideal.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Desembucha.

—¿Tienes una visión positiva de este tipo?

—Ni positiva, ni negativa. Porque no me preocupo de juzgarlo, sino de tratar de componer su historia, con todas sus piezas. Que lo juzguen otros. A mí me toca comprenderlo. Que, contra lo que piensan los simples, es algo muy diferente de justificarlo. Mi oficio, el tuyo, no tiene nada que ver con

condenar o justificar a nadie.

—Pero te cae bien.

—No me cae peor que otros. A mí me trató mejor que otros, que me debían más o, por decirlo de otro modo, en los que hice más gasto que en él. Pero eso son mis sentimientos privados, que debo gestionar al margen. Y a ti, que eres quien va a escribir, no tienen por qué afectarte. Tu historia se nutre de otra sustancia: de lo que hacen y de lo que dicen tus personajes. Nada más. Y a partir de ahí, deja que el lector lea, y justifique, o condene, o se limite a bostezar.

—Así y todo, yo...

—Hechos y dichos, Lázaro. Y a ser posible verdaderos. Y si no son verdaderos, que nos los podamos creer. Tú junta eso, preocúpate de que sea original, y que los otros lo interpreten. Y sobre todo, que no te preocupe nunca lo que vayan a pensar los suspicaces o los catequistas. No escribimos para ellos. Ellos leen otras cosas.

—Está bien, trataré de convencerme. Perdona por la interrupción.

—No hay nada que perdonar. Todo esto viene a cuento.

—¿De qué?

—De cómo logré convencerle de que confiara en mí. Creo que influyó algo la forma en que respondí a aquella pregunta.

—«¿Y por qué te interesa mi historia?»

—Esa misma.

Regresemos, pues, al otoño de 1989. A esa mañana menos radiante que la que vio su primer encuentro, cuando el joven le sostiene la mirada al anciano, sabiendo lo que le va en ello, y con toda parsimonia, y con una seguridad que no sabe de dónde le viene, porque no se ha preparado en absoluto aquella contestación, le dice:

—Escribo historias, desde hace muchos años. Bueno, los muchos que caben en los pocos que tengo. Desde chaval, para entendernos. Y me gustan las que te dejan pensando y no te permiten sacar una conclusión fácil. Por ejemplo, *Frankenstein*. ¿La ha leído?

—La conozco.

—Me refiero al libro, al de Mary Shelley.

El viejo meneaba la cabeza. Y sin ningún empacho reconoce:

—No, el libro no lo he leído.

—Si acepta consejos de un imberbe, léalo. No es simple, como las películas. Lo que mueve al monstruo no es el odio, sino un impulso ciego de amor a los humanos, entre los que quiere vivir. Pero la gente con la que se cruza le trata vilmente, y eso lo trastorna y lo vuelve un homicida. Cuando uno termina de leer ese libro, tiene las ideas y los sentimientos entremezclados. Ésas son las historias que me gusta leer y que me gustaría escribir. Así es como intuyo la suya.

—¿Me estás llamando monstruo, muchacho?

La desafortunada ambigüedad del ejemplo socava de pronto la desenvoltura con que el joven se venía expresando. Teme haberse pasado de listo, haber pisado más fuerte de la cuenta.

—No, ni mucho menos —se apresura a aclarar—. Sólo trato de hacerle ver cómo soy yo como lector, qué es lo que busco en una historia, y por qué me parece que la suya me puede interesar.

El viejo guarda silencio durante unos segundos. Está sopesando visiblemente lo que le ha dicho el joven. Éste lo observa y repara en su hechura física. Ha debido de ser un hombre alto para su época, todavía hoy conserva buena talla y envergadura. De pronto, de forma caprichosa, su imagen se le solapa con la de Boris Karloff. Algo de monstruo sí que tiene: las cejas pobladas, la mirada febril. Pero justo cuando está pensando esto, el viejo afloja el semblante.

—De acuerdo —dice—. Pongamos que me has convencido. Pero te advierto que a lo mejor descubres cosas que preferirías no saber.

—No hay nada que prefiera no saber.

—Se nota que eres muy joven. Si dentro de cincuenta años sigues diciendo lo mismo, es que además estás loco.

—No puedo descartarlo. De sí mismo, uno nunca puede.

—De todos modos, ahora que sé que eres escritor...

—Aprendiz, sólo.

—Eso ya tiene el suficiente peligro. Ahora que sé que escribes, comoquiera que lo hagas, me veo obligado a ponerte una condición.

—Póngala.

—Antes de ponértela, ¿eres un hombre de honor?

La pregunta le deja fuera de juego.

—Esto, ¿a qué se refiere?

—A qué me voy a referir, hombre. ¿Tienes palabra?

—Ah. Sí, desde luego.

—No lo digas así como así. Pocos hombres la tienen. Y de nada sirve ponerle una condición a quien te dice que la acepta y lo dicho no le supone luego el menor impedimento para saltársela.

—Tengo palabra. Y va a misa. Aunque yo no vaya.

—No soy cura, no voy a regañarte por eso. Está bien, ahí va mi condición: si algún día escribes mi historia, o la utilizas para algo, tendrás que contarla completa. No la cortes a tu conveniencia. O toda, o nada. Traicionarás mi confianza si no te atienes a esto.

—No le traicionaré. Me comprometo.

Procura sonar convincente. Lo que es la voz, no le tiembla.

—Está bien —acepta el anciano—. Ahora que estamos de acuerdo, empecemos por el principio. Todo tiene un porqué, y eso es lo primero que voy a contarte. Aunque a lo mejor te choca un poco. Me imagino que te has hecho una idea de mí como una especie de verdugo. Un soldado de la calavera, un exterminador. Pero de entrada me vas a ver haciendo un papel muy diferente. Justo el contrario. Y te juro que sólo voy a decirte la verdad. También cuando llegue la hora de contar mis crímenes, porque respondo de ellos.

Y el viejo empieza a hablar. Y el relato sigue durante varias mañanas más. Y el joven escucha y lo graba en su memoria. Y veinte años después, cuando ya no es joven, se lo cuenta a otro. Completo, como el viejo quiso. Así lo reproduzco: desde el principio.

El principio. Getafe, Madrid, verano de 1936.

Jorge tiene trece años. Los suficientes como para darse cuenta de que no vive en un país normal. No es normal, o eso le parece a él, que a la gente la asesinen un día sí y otro también, y que los periódicos traigan todos los días fotos de cadáveres. El último que ha visto es el de un diputado de derechas, Calvo Sotelo, a quien dicen que se han llevado por delante unos guardias simpatizantes del marxismo. Pero días antes le tocó a uno de esos guardias, un teniente llamado Castillo. Y, antes de él, a un falangista llamado Sáenz de Heredia. Por más que lo intenta, Jorge no logra hacerse una idea cabal de qué representa el marxismo. Tampoco la Falange. Sólo sabe que los marxistas alzan el puño cerrado y en sus banderas y distintivos utilizan mucho el rojo, y que los falangistas levantan el brazo y visten camisa azul. Los marxistas son muchos más, y además han ganado las últimas elecciones. Los falangistas son pocos, pero ruidosos. Todos son violentos, como lo es el país, y cuando Jorge le pide aclaraciones a su padre, no obtiene muchas. No ha logrado, por ejemplo, que le diga quiénes tienen razón, los rojos o los azules. A esa pregunta, el padre se encoge de hombros y lanza un bufido. Su madre parece tenerlo más claro: los marxistas son la peste y la Falange la salvación. Pero el padre la oye hablar y mira a otro lado.

El padre de Jorge es militar de Artillería. Comandante. Sabe que eso es lo que representa la estrella de ocho puntas que luce en la bocamanga de la guerrera. Lleva varios días de permiso, pero en la mañana de ese 20 de julio se ha puesto el uniforme para acudir al cuartel. Al verlo así, le pregunta adónde va, si no está de vacaciones. El padre no le responde. Le pasa el dorso de la mano por la mejilla. Luego lo abraza y le da un beso. Hace tiempo que

su padre no tiene esas efusiones con él, o él con su padre, no sabe bien. En todo caso, le parece la señal de que algo raro sucede.

La despedida de sus padres tampoco es corriente. Ni el abrazo, ni la mirada desencajada que su madre le dirige a su padre.

—Cuida de tu madre y de tu hermana —le dice el padre a Jorge, y a continuación le pide a su mujer—: Procura estar tranquila.

—Estoy tranquila —dice la madre—. Estás donde tienes que estar.

—No lo sé —dice el padre—. Supongo.

Y sale. Jorge tiene entonces el presentimiento de que no volverá a verlo. Pero, como tantas veces sucede con los presentimientos, se equivoca. Las horas pasan lentas y opresivas. Jorge trata de entender lo que está ocurriendo, sin lograr salir de su confusión. Su hermana, que sólo tiene siete años, juega inocentemente. La madre está sumida en un estado a medio camino entre la angustia y la rabia. Cuando habla, es para decir cosas que Jorge entiende sólo a medias:

—¿Ves como yo tenía razón? No hay otro camino. Tienes que estar orgulloso de tu padre. Al final, ha cumplido con su deber.

En ningún momento él habría imaginado que su padre, hiciera lo que hiciera, no cumpliera con su deber. Es lo que le ha inculcado una y otra vez, desde que tiene uso de razón. No puede representarse a su padre sino haciendo lo debido, sean cuales sean las circunstancias. Aunque sean tan malas como parecen. Jorge sabe bien lo que son esas explosiones que se oyen a lo lejos: cañonazos. Su progenitor le ha enseñado a distinguir, incluso, las piezas por el ruido. Aquellos son cañones Schneider de 75 milímetros, como los de las baterías que manda su padre. Pero ¿hacia dónde disparan?

Al rato se oyen otras explosiones, muy diferentes. No se corresponden con ningún cañón que su padre le haya enseñado a reconocer. El ruido de motores que le llega a continuación le da la clave. Son aviones bombardeando. Pero ¿dónde caen las bombas?

La respuesta a estas preguntas la obtiene Jorge poco después, cuando su padre reaparece en casa, jadeante, desarmado y sin gorra ni guerrera. Parece que ha corrido durante un largo trecho y trae la desesperación pintada en el rostro. Se dirige a la madre:

—Haz una maleta, deprisa. Sólo con lo indispensable.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la madre.

—Los aviadores nos han bombardeado —explica el padre—. La gente está en armas y ha rodeado el cuartel. No hay nada que hacer, todo ha fracasado. Ahora es el sálvese quien pueda. Voy a quitarme esta ropa y nos marchamos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo que no hay nada que hacer? —protesta la madre.

—Tienen la aviación. Y los guardias. Y han armado a la gente. Todo ha salido mal. Ha sido una chapuza, Matilde. Vámonos.

—Pero...

—Que hagas ya la maleta, coño —estalla el padre.

Nunca antes le ha visto gritarle a su madre. Es un hombre templado y por lo común seguro de sí mismo. No habla de más, ni se desdice nunca. Oírle reconocer su fracaso, su apuesta por una aventura equivocada, y verle fuera de sí, es para Jorge un acontecimiento completamente extraordinario, que acentúa la sensación de desastre que se ha apoderado de su casa. De repente, siente miedo.

Pero lo anterior es nada al lado de lo que viene cuando, con la maleta hecha a toda prisa, su padre ya vestido de civil, salen a la puerta de la casa y se dan de bruces con un piquete de hombres armados. Llevan pañuelos rojos al cuello y correajes sobre sus ropas de paisano. Uno de ellos esgrime una pistola reglamentaria y otro, armado como los demás con un mosquetón Mauser, lleva un casco del ejército, que le está grande y resulta ridículo en combinación con la camisa de color claro y los pantalones oscuros que viste. Jorge está habituado a la uniformidad de las compañías de soldados que ha visto formadas en las celebraciones de la Patrona, en el cuartel de su padre, a las que asiste desde pequeño. Aquel pelotón más propio del ejército de Pancho Villa le produce un hondo desagrado.

—Señora, meta a los niños en la casa —ordena el de la pistola.

La madre le replica, furiosa:

—No me da la gana. Quién es usted, qué autoridad tiene.

—Llévatelos, Matilde —pide el padre, mortalmente pálido.

—No quiero. ¿Quién es este matón? ¿Qué pasa, le avergüenza que los

niños le vean? ¿Qué va a hacer? Hágalo delante de ellos...

—Matilde... —murmura el padre.

—Usted sabrá, señora. —El miliciano se encoge de hombros—. Tienes que acompañarnos, fascista. La aventura te ha salido mal.

—No soy ningún fascista, pero he apostado y he perdido. Voy con ustedes, no tienen que hacerle daño a nadie.

En ese momento, uno de los milicianos se adelanta.

—Vamos, arrea, fascista, que no hemos venido a charlar.

Y le propina un empujón que le hace perder el equilibrio. A partir de ahí, los acontecimientos se precipitan. La madre se abalanza sobre el que acaba de pegarle a su marido, el otro se la sacude de encima y Jorge arremete contra él, mientras oye gritar al padre:

—No, Jorge, no... Parad, hijos de puta.

Antes de recibir el culatazo que lo deja inconsciente, durante el infructuoso forcejeo con aquel hombre dos veces más fuerte que él, ve a su padre revolverse bajo los golpes de los que no están ocupados en reducirlos a él y a su madre. Y aún le oye increparlos:

—Cobardes, ¿ésta es vuestra revolución, pegar a mujeres y a niños?

—Vamos a acabar con esto de una vez —ordena el jefe.

—Lo vais a pagar, escoria —aúlla la madre.

Y esto es lo último que oye Jorge. La madera se estampa contra su cráneo y queda inerte. Cuando vuelve en sí, su hermana pequeña llora sin hacer ruido, acuclillada junto a él. La madre, detrás de ella, lo mira aturdida, como si no estuviera allí.

De nuevo le asalta el presentimiento. Esta vez, es verdad: Jorge García Vallejo no va a volver a ver, ni vivo ni muerto, a su padre.

(Nota: existe un libro sobre la guerra y revolución en Getafe, debido a la pluma de un puntilloso historiador, Sánchez del Pozo. Leyéndolo, uno asiste a la otra parte de la película. La sublevación del cuartel de artillería, que ya intuía la población, causó cólera entre los getafenses, máxime después de que los artilleros emplazaran varias piezas con las que bombardearon la base

aérea, cuyo personal simpatizaba con la República y gozaba del aprecio mayoritario de los ciudadanos. En represalia, los bombarderos de la base despegaron y soltaron su carga explosiva sobre los artilleros rebeldes. Para complicarlo todo, algunos soldados del cuartel, contrarios al alzamiento, colgaron sábanas blancas de las ventanas, y cuando un grupo de milicianos y de militares de aviación avanzó hacia la puerta, creyendo que los de dentro estaban dispuestos a parlamentar y deponer su actitud, elementos afectos a los sediciosos les dispararon a bocajarro. Todo esto encrespó aún más los ánimos y desencadenó una dura reacción. Según atestigua Sánchez del Pozo, treinta oficiales del regimiento de Getafe fueron detenidos aquel día. Semanas después se les sometió a un consejo de guerra, que se saldó para la mayoría de ellos con abultadas condenas de prisión. Los cinco más belicosos, incluido el coronel jefe, pero curiosamente ninguno de los comandantes, fueron sentenciados a la pena capital y ejecutados.)

Sé cómo era el padre de Jorge. Conozco su cara por una foto, que según mi profesor le facilitó el propio Jorge, para que se hiciera una idea de aquel hombre de cuyo amparo le despojaron en plena adolescencia. Es una foto en blanco y negro y en ella se ve a unos cincuenta soldados con uniformes oscuros y tocados con el gorro cuartelero redondo propio del ejército español durante los años veinte. Son todos bastante jóvenes, reclutas en edad de hacer el servicio. En medio de ellos hay un oficial, de rostro aniñado y muy serio. Es de suponer que les saca al menos un par de años a los otros, pero apenas lo parece. Destaca mucho en el conjunto porque es el único con uniforme claro y gorra de plato. Todos, soldados y oficial, llevan el distintivo del arma de Artillería. La imagen es magnífica, como corresponde a aquellos fotógrafos y a las enormes placas que utilizaban. Las texturas de los botones metálicos o del cuero del correaje del oficial se aprecian con una nitidez sobrecogedora.

En esa foto, el padre de Jorge es sólo teniente y puede tener unos quince años menos que en el momento de su detención por los milicianos. Cuando le tomaron aquella instantánea, aún no tenía hijos. Ni siquiera estaba casado. Sin embargo, en su semblante hay una circunspección poco común, que sugiere un acendrado sentido del deber y de la responsabilidad. También el uniforme, impecable, da testimonio de su pulcritud en el cumplimiento de sus obligaciones castrenses, entre las que se cuenta ofrecer un aspecto acorde a la dignidad de su condición de oficial. Por lo demás, su rostro es el de un hombre decente. La mirada es diáfana, frontal. Nada esconde a la cámara, aunque en su expresión se percibe un trasfondo de fatalidad y amargura. O a lo mejor eso lo superpongo yo, que miro la imagen sabiendo lo que luego había de suceder con aquel hombre.

De hecho, sé lo que sucedió con él y con otro de los que posan en esa fotografía. Está un par de filas por detrás, también muy imbuido de la disciplina militar, aunque sólo sea un soldado de reemplazo. Según mi profesor, a quien Jorge le facilitó la información, ese soldado, andando el tiempo, se haría policía. O, para ser más exactos, miembro del Cuerpo de Seguridad, luego refundido por la República en el Cuerpo de Seguridad y Asalto. Jorge lo conoció con ese uniforme, algunos meses después del apresamiento de su padre. Concretamente, porque su memoria guardó la fecha, el 9 de noviembre de 1936. El guardia se presentó a última hora de la tarde en casa de sus tíos, en la calle Bravo Murillo de Madrid. Allí, en el antiguo hogar familiar de sus abuelos maternos, se habían refugiado su madre, su hermana y él tras las fatídicas jornadas de julio. La que había sido su casa quedó en seguida demasiado cerca del frente (de hecho, a aquellas alturas, ya se hallaba en zona nacional), y en el piso de Bravo Murillo, además de quedar menos expuestos a los combates y a los milicianos, estaban más próximos a la cárcel Modelo, donde los rojos (como los llamaba su madre) tenían preso al comandante.

Cuando vieron aparecer al agente, su madre y su tía se temieron lo peor. Pero aquel hombre no venía a castigarlas por su parentesco con un fascista (o con dos, si se contaba a su tío, simpatizante clandestino de Falange, y además bastante activo). Para empezar, venía solo, lo que no era ni mucho menos la norma para ese tipo de actuaciones. Y, tan pronto como le abrieron la puerta, se descubrió respetuosamente y se apresuró a tranquilizar a las dos mujeres:

—Disculpen que las moleste, tan tarde —dijo—. Pero acabo de salir de servicio y creí que debía venir sin demora a verla, señora.

Lo último lo dijo mirando a los ojos a la madre de Jorge, lo que la hizo palidecer ostensiblemente. Al advertir su reacción, el guardia bajó los ojos y se llevó la mano al bolsillo superior derecho de su guerrera. De él sacó una cuartilla doblada en cuatro y lentamente, como si se tratara de algo muy frágil, se la tendió a la mujer.

—Su marido me pidió que se la entregara. Serví a sus órdenes, hace muchos años, y puedo dar fe de que como oficial sabía ganarse el aprecio de los soldados. Al verlo allí, entre los detenidos, me puse a su disposición,

dentro de lo poco que permitían las circunstancias. Yo... siento no haber podido hacer más, señora. En estos tiempos todo está demasiado revuelto, y por desgracia son las peores personas las que muchas veces dicen lo que ha de hacerse y cómo.

La madre no le replicó. Leyó el mensaje, breve y escrito con visible precipitación. Dispongo de un facsímil, cuyo texto me parece que conviene que transcriba en este punto:

Querida Matilde:

Ha querido Dios que en medio de esta desgracia tan grande y tan sin remedio me encuentre con un buen hombre que se ha ofrecido a ayudarme en lo que pueda, que es bien poco. Le he pedido que al menos te haga llegar estas que me temo son mis últimas letras. Han empezado a llevarse a la gente y esto no tiene buena pinta. Mucho he vivido ya, no pensé que llegara a ver el fin del verano. Sabed tú y los niños que si acaban conmigo me iré con vuestro nombre en los labios y, visto el comportamiento de mis verdugos, en la creencia de que al final, por más que dudara en su momento y por mal que saliera todo, hice lo que debía. Espero que esta gente no se salga con la suya, pero te pido, os pido, que pase lo que pase no os dejéis reconcomer por el odio. No seáis como ellos, sed más grandes, mejores. Cuida de los niños. Y cuídate tú. Tenéis que sobrevivir a esta locura. Os quiero.

La madre dobló la cuartilla con manos temblorosas. Apenas se atrevía a mirar a aquel hombre, y menos a preguntarle.

—Él —musitó al fin—, ¿quiere decir usted que...?

El guardia dio un par de vueltas a la gorra en sus manos, como si le costara encontrar las palabras para darle la noticia.

—Se lo llevaron anoche —dijo—. No sé decirle adónde. Las tropas rebeldes están a las puertas de la ciudad, en la Casa de Campo. El gobierno se ha ido. Los que mandan ahora son unos indocumentados y están muy nerviosos. Sólo les preocupa la quinta columna y además no tienen entrañas.

Yo, señora... me temo lo peor.

La madre cerró los ojos. No gritó. No lloró. No insultó a aquel hombre, el heraldo de la mala nueva, ni tampoco a sus jefes. Se agarró al pomo de la puerta que tenía más cerca y respondió:

—Está bien. Lo esperábamos. Antes o después. Le agradezco lo que ha hecho por él. No sé qué pinta del lado de esos facinerosos, pero al menos a él le ha servido de algo que estuviera usted allí.

El guardia meneó la cabeza, con gesto abrumado.

—Ya me gustaría a mí también, señora, saber dónde está el lado correcto, como solía. En su día creí que debía obedecer a mis jefes y al gobierno. Y es lo que sigo creyendo, pero cada vez veo menos rastro de ellos y a más delincuentes con mono dando voces.

—Pásese —terció la tía—. Ayude a acabar con estos asesinos y con sus amos extranjeros luchando junto a los buenos españoles.

El guardia respiró hondo y volvió a ponerse la gorra.

—No se preocupe por mí. Será lo que haya de ser. Pero, si ustedes pueden irse de Madrid, cuanto antes lo hagan mejor. Esto sólo puede empeorar. Váyanse al campo, si tienen parientes allí.

—Quiero saber dónde está —dijo de pronto la madre, como saliendo de un sueño—. Quiero enterrarlo como Dios manda.

—Mire ahora por usted y por sus hijos, señora.

—¿Es que ni siquiera van a dejar que lo entierremos?

—No lo sé. Pero no lo espere. Lo siento. Buenas noches.

Al comandante García lo enterraron en una fosa común en el término municipal de Paracuellos del Jarama, junto a otros muchos presos más. Las cifras varían, según quién las dé, pero parece seguro que de los 11 000 que en esos días atestaban las cárceles madrileñas, al menos 2000 corrieron su misma suerte. Las sacas (hubo varias, entre el 7 de noviembre de 1936 y hasta diciembre de ese año) se hicieron, según varias fuentes, por instigación de agentes soviéticos, con la más que probable participación de las milicias comunistas, responsables de la delegación de seguridad de la Junta de Defensa de Madrid, y la aquiescencia de las anarquistas, encargadas de los caminos y carreteras, y por cuyos controles hubieron de pasar los camiones

que llevaban a los prisioneros. La cárcel Modelo, donde estaba el padre de Jorge, fue la primera en vaciarse por su proximidad al frente de la Ciudad Universitaria. Quienes tomaron la decisión buscaban neutralizar con un duro escarmiento a la llamada «quinta columna», los partidarios de los sublevados que en el interior de la capital los aguardaban para unirse a ellos y que, durante esos días, se hacían además presentes con francotiradores que desde tejados y azoteas hostigaban al cobijo de la noche a las fuerzas gubernamentales. Algo de eso sabía el tío de Jorge, que apenas paraba por casa, y que, después de que aquel guardia les trajera la noticia, se entregó por completo a sus *cacerías*, como las llamaba.

He querido imaginar cómo pudo ser la última noche del comandante. La llegada de los milicianos, la salida a empujones de las celdas, acaso bajo la mirada adusta e impotente de su antiguo subordinado y del resto de los guardias de uniforme, cuya autoridad en aquellos días era poco menos que inexistente. La subida a los camiones, con destino desconocido, y el ánimo fluctuante entre la certidumbre del final y la exigua esperanza de que alguien, en el último momento, se apiadara de ellos. El traqueteo por las carreteras, las detenciones en los controles de los anarquistas, cada una de ellas un instante de angustia con el corazón desbocado. Hasta que llegara el momento de la verdad, cuando los bajaron en aquel descampado a oscuras y los arrastraron hasta el talud donde acabaron con ellos, con esa cobardía y esa crueldad que sólo el odio, el miedo o la suma de ambos es capaz de infundirle a un hombre armado.

Me consta que este mismo ejercicio de imaginación lo hizo Jorge, empujado una y otra vez por su madre, que desde aquel 9 de noviembre nunca más volvió a sonreír ni a vivir para otra cosa que la venganza. Lo hizo durante la guerra, una vez que empezaron a correr los rumores acerca de dónde se habían llevado a los de las sacas del otoño, y cuando aún no podía ir hasta el lugar maldito. Y después, tras la victoria, cuando acudió allí a arrodillarse en la tierra sobre la que su padre cayó y dejó escapar su último aliento.

Contra el consejo recibido, Jorge y su familia permanecieron en el Madrid sitiado hasta 1939. Vivieron las privaciones del asedio y el luego

llamado «terror rojo», pero también la progresiva normalización y organización de la resistencia republicana. En el verano de 1938, Jorge volvió a coincidir con el guardia que les había traído la carta de su padre. Junto a otro agente lo vio parar a un par de individuos, que se decían militantes comunistas y pretendían que les dejaran andar a su antojo. El guardia echó mano al arma y les dijo:

—Me da igual lo que seáis, vosotros dos. A ver, dónde está vuestra unidad y dónde el permiso para estar aquí y no en el frente.

Al año siguiente, Jorge formaba parte del gentío que recibía a los vencedores brazo en alto en las calles de Madrid. Su tío, que había sobrevivido milagrosamente a sus correrías, se paseaba con camisa azul, desenmascarando a los rojos que ahora pretendían hacerse pasar por víctimas. Pero también tuvo un rasgo de misericordia: cuando vino a verlos la mujer de aquel guardia que les había llevado el último mensaje de su cuñado, aceptó interceder por él. El guardia tuvo suerte. Tan sólo le echaron para siempre de la policía.

Miro, en la foto, su rostro de joven artillero. Imagino su vida posterior, vencido por un tiempo oscuro de lealtades imposibles.

Fue un día de 1940, Jorge no iba a apuntar la fecha exacta. A la sazón contaba diecisiete años. Su tío, que en premio a su heroísmo suicida durante la guerra y a la calidad y cantidad de sus delaciones en la hora de la victoria era ahora un preboste significado de la Falange, le trajo un libro que acababa de salir de la imprenta. Olía la tinta, el papel, la encuadernación. Se lo tendió con aquella solemnidad autoritaria que ponía en todos sus ademanes y le dijo:

—Toma, sobrino. Es un resumen de las ideas de nuestro jefe, por las que los infrahombres que lo encarcelaron se sintieron en la obligación de fusilarlo. Pudieron matarlo a él, pero no su pensamiento. Ahí lo tienes. Te dará fuerza. Te empujará hacia el futuro.

Por aquel entonces, su tío ya había empezado a parecer un hombre mayor, y a Jorge le producía un poco de grima verlo vestido con el uniforme blanco, que no era ni de marinero ni de primera comunión pero evocaba en cierto modo la puerilidad de ambos. Aunque Jorge ya era falangista, y más que se iba a hacer en adelante, lo que a él le parecía auténtico era la camisa azul, un color mucho más recio y viril que ese otro con el que se disfrazaban los jerifaltes.

Jorge tomó el libro y lo abrió con un respeto reverencial. Le había sido narrado con todo detalle, cómo no, lo que se sabía del martirio del malogrado líder, apresado por los rojos antes del alzamiento, trasladado a Alicante (que quedó en la retaguardia más segura de la zona republicana, una vez iniciada la guerra) y finalmente ejecutado por el solo delito de defender una visión patriótica que ofendía por igual a los caciques caducos, a los capitalistas voraces y a los comunistas que pretendían reemplazar a los otros con su ideal resentido. Más o menos con estas palabras se le había resumido el destino

histórico de aquel hombre, José Antonio Primo de Rivera, a quien toda su familia materna veneraba como apóstol de la España verdadera y eterna, y al que el nuevo régimen había elevado a la categoría de santo laico (o no tan laico). Sin propiciar nunca, eso sí, su odiosa comparación con el triunfante Caudillo, quien lo invocaba con frases formularias y reproducía su retórica con astucia selectiva.

Mientras pasaba las primeras hojas, el tío le explicó:

—Lo ha preparado un literato, también camarada, y le ha hecho un prólogo que si quieres te puedes saltar sin ningún remordimiento. Los literatos tienen tendencia a perderse en palabrerías y éste no se libra de ese vicio de su gremio. Pero la selección no está mal.

El libro en cuestión se titulaba *José Antonio Primo de Rivera. Antología*. Constaba de 310 fragmentos de discursos, cartas, ensayos y artículos, estructurados en torno a las principales ideas del fundador de la Falange. El antólogo, un tal Gonzalo Torrente Ballester, del que Jorge nunca había oído hablar, había hecho un trabajo meticuloso. Cada una de las tesis joseantonianas estaba convenientemente ilustrada por textos pertinentes y a la vez lapidarios, en los que el difunto líder aparecía investido de un aura de radical coherencia ideológica, dialéctica y hasta filosófica. Aquellas palabras restallaban como latigazos, secas e inapelables. Su tío tenía razón: en comparación, el verbo del literato resultaba exánime, rebuscado y farragoso.

No tengo a la vista el ejemplar que leyó Jorge, ni siquiera otro de la misma edición. Pero he accedido al texto en Internet, y he podido catar, como hizo aquel exaltado adolescente, la prosa coyuntural del que años después, aunque ahí costara sospecharlo, iba a merecer, en calidad de sutil y celebrado novelista, el Premio Cervantes.

Refiriéndose, por ejemplo, a las tres maneras en que según él puede considerarse la figura de José Antonio, y llevado por el ardor apologético y un notorio afán de lucimiento, escribe Torrente:

La segunda [manera] es la expresión del mito, es decir del «modo de estar operante» con que José Antonio vive en las conciencias juveniles contemporáneas; manera que se considera propia de poetas,

a cuyo trabajo y numen se entrega; entendiendo bien que importa al futuro que cantos bien timbrados y pulidos, subidos de acento y cautos y exactos en el concepto, acompañen la memoria de José Antonio; por aquello de que la calidad de las emociones suscitadas entre los contemporáneos valen [sic] bien para calibrar el propio valor...

La malicia que me ha contagiado (me temo) el trato con mi cáustico profesor me obliga a notar el error gramatical de la última frase (discordancia de número entre sujeto y verbo). Un detalle que me produce, como escritor inédito, ese regocijo ruin que nada nos inspira tanto como el desliz del consagrado. Por lo demás, a partir de este fragmento soy capaz de imaginarme la indiferencia con que Jorge debió de atravesar por aquel prólogo, que aun para un correligionario como él debía de venir impregnado de ese tufo de insuficiencia que siempre exhala el plumífero cuando ensalza al tribuno.

Sin embargo, en medio de la alambicada logorrea adulatoria del antólogo resuelto a probar ante el mundo su adhesión inquebrantable al movimiento, amén de la sobreabundancia de su arsenal léxico, una frase del propio José Antonio, resaltada por Torrente como ejemplo de la aptitud del fundador para mover a los demás con la palabra, estalló ante los ojos de Jorge como un fognazo: «La revolución es la tarea de una resuelta minoría inasequible al desaliento».

Esa frase, recordaría Jorge muchos años después, ante un muchacho desconocido en un banco de la Dehesa de la Villa, marcó un antes y un después en su existencia. De ahí en adelante, se iba a convertir en la divisa a la que sujetaría sus acciones. Así había de vivir: resuelto, inasequible al desaliento. Y siempre en minoría.

Durante las semanas siguientes, aquel libro, y la voz vehemente que en él resonaba, se convirtieron en su lectura de cabecera y el alimento de su espíritu impetuoso y agraviado. Todas las ideas de aquel hombre golpeaban en su corazón con la potencia de una verdad deslumbrante, genuina y rebosante de audacia. Parecían estar escritas para él: un joven lleno de

energía y cargado de motivos para desahogarla, pero que no vislumbraba, una vez concluida la guerra que otros habían ganado y en la que él por edad no había podido participar, dónde y cómo dar salida a sus impulsos. José Antonio se había dirigido siempre a los jóvenes, a esos que en su tiempo estaban «a la intemperie», y de quienes había de surgir la regeneración de una nación aplastada entre dos losas, la de los intereses mezquinos y la de la falta de ambición histórica, indeseable legado de sus adocenados mayores. Unos jóvenes que no podían alinearse con la rancia derecha conservadora, empeñada en mantener privilegios injustos, ni con la izquierda marxista y destructiva encarnada por el comunismo, que bajo la inspiración de la Rusia soviética aspiraba a aniquilar el alma de España. Unos jóvenes llamados a hacer la revolución que enfrentándose a unos y a otros devolviera a la patria sus esencias y la defendiera del empuje de la barbarie roja.

Todo le sonaba a nuestro adolescente como música en los oídos. Ni con lo viejo fenecido ni con lo nuevo abyecto (y mera copia invertida de lo anterior): era el de José Antonio un camino propio, luminoso y convincente, abierto con la fuerza de aquellas ideas y aquellas palabras y, allí donde éstas no bastaran, con los puños y las pistolas. A la furia de Jorge convenían tanto las armas dialécticas como las que escupían plomo; a ninguna hacía ascos y de ambas apetecía servirse, si se le daba la oportunidad. Tampoco era remiso al espíritu de servicio y sacrificio al que una y otra vez se refería el líder muerto: «Toda existencia humana es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil». Jorge aceptaba de buena gana el camino de la dificultad, convencido de la recompensa que prometía el jefe: «Las posiciones espirituales ganadas así, en lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se instalan más hondamente en nuestra autenticidad».

De la nobleza de aquel hombre le hablaba también la generosidad que le impedía regatear méritos a sus adversarios. Por doquier oía Jorge ridiculizar al último presidente de la república derrotada, pero he aquí lo que de él decía José Antonio: «un dialéctico exigente, frío, exacto y original». Y de Marx y los socialistas, a quienes todos daban por errados y sin fundamento: «¿Se equivocó Marx en sus previsiones? Los que se equivocan son los que le achacan tal error. El socialismo tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento.

Los obreros tenían que defenderse de aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa». El que a renglón seguido José Antonio explicara cómo Azaña o Marx o sus seguidores acabaron desviándose de lo que para él era la recta senda no le impedía dejar constancia de su admiración. Ahí el joven Jorge sintió, acaso demasiado borrosamente aún para poder formularlo, que aquel hombre tenía un coraje intelectual que les faltaba a aquellos que lo habían abatido, pero también a los vencedores que, tan predispuestos a apelar a su memoria, jamás daban en reproducir esa parte de su discurso. Y menos aún su reivindicación del 14 de abril de 1931 como fecha gloriosa y revolucionaria, por arrojar el cadáver de la putrefacta institución monárquica al muladar de la Historia, aunque luego defraudara las esperanzas que hizo surgir. Leyendo aquellas cosas, Jorge tenía a veces la extraña sensación de estar leyendo algo subversivo; tanto más extraña porque era su tío, uno de los que cuidaban de que nadie tuviera la tentación de alumbrar herejías semejantes, quien le había dado el libro en que estaban escritas, negro sobre blanco.

Con aquel librito, Jorge construyó los fundamentos de su pensamiento político, pero también hizo algo más. Forjó con arreglo a él su carácter, lo que había de tener consecuencias inmediatas. En el otoño de 1940 se matriculó en la universidad y se afilió al SEU, la organización estudiantil de Falange. Escogió la carrera de Derecho, la misma que había hecho José Antonio. El primer curso tuvo excelentes calificaciones. El segundo no llegó a iniciarlo. Algo pasó en el verano de 1941. Algo a lo que Jorge no iba a poder sustraerse.

Me veo forzado a hacer un alto en el camino. Releo lo anterior y de pronto tengo una sensación de incomodidad. En mi esfuerzo por trasladar a mi improbable lector la seducción de mi personaje por el discurso de José Antonio, temo haber cargado la suerte. Mi espíritu racionalista, crítico y democrático me impone dejar constancia de todos los puntos flacos que aquel Jorge adolescente no vio. Como la apelación suprema a un concepto como el de «patria», no menos romántico, discutible y peligroso, tomado en un sentido absoluto, que el de «nación», que asociado a los nacionalismos periféricos el fundador de Falange desprecia como debilidad aldeana y romántica. O la continua referencia al líder o conductor, cuyo impulso resuelto y nítido es preferible a la confusa e indecisa voluntad popular expresada en las urnas a través de la partitocracia. Aunque de las insuficiencias de ésta sabemos, y seguimos teniendo muestras, de los despeñaderos a los que acaban llevando a los pueblos esos conductores carismáticos y alérgicos a las curvas ya levantó acta la Historia, poco después, arrumbando al desván el delirio cesarista.

Por no hablar del talante colérico y violento que constantemente se percibe en los textos de aquel infortunado profeta, y que de poco sirve a un mundo escaldado por las matanzas subsiguientes.

Pero, mientras me veo escribiendo esto (tan poco narrativo y que tan poco ha de gustarle, lo sé, a mi maestro), no sólo me repele su aire de justificación o de toma de distancia prudente y demasiado explícita respecto de una figura inconveniente. También constato que con ello trato de defenderme de algo más preocupante. No niego, y se notará, que muchas de las palabras que Jorge halló tan fascinantes despiertan en mí la tentación irónica, siempre tan

confortable. Pero hay otras que me he abstenido de citar y que me producen el escalofrío de poder suscribirlas al cien por cien. Y lo que es peor: de poder hacerlo desde la más estricta contemporaneidad.

Cuando habla, por ejemplo, de los efectos del maquinismo, a uno se le vienen a la cabeza los de la revolución tecnológica:

El desplazamiento del hombre por la máquina no tiene ni la compensación poética que se atribuyó a la máquina en los primeros tiempos, aquella compensación que consistía en aliviar a los hombres de una tarea formidable. Se decía: «No; las máquinas harán nuestro trabajo, las máquinas nos liberarán de nuestra labor». No tiene esa compensación poética, porque lo que ha hecho la máquina no ha sido reducir la jornada de los hombres, sino, manteniendo la jornada igual, poco más o menos, desplazar a todos los hombres sobrantes.

Y más elocuente y actual, si cabe, su descripción de cómo hace frente el capitalismo a las crisis que periódicamente sufre:

Pero, después, una de las notas más simpáticas y atractivas del periodo del capitalismo liberal falla también; era aquella arrogancia de sus primeros tiempos, en que decía: «Yo no necesito para nada el auxilio público; es más, pido a los poderes públicos que no se metan en mis cosas». En cuanto vinieron las épocas de crisis, acudió a los auxilios públicos; tan refractario a una posible socialización de las ganancias, en cuanto vienen las cosas mal es el primero en socializar las pérdidas.

Y el crudo corolario de todo lo anterior:

Al hombre se le ha ido librando de todos sus atributos, se le ha ido dejando químicamente puro en su condición de individuo; ya no tiene nada; tiene el día y la noche; no tiene ni un pedazo de tierra donde

poner los pies, ni una casa donde cobijarse; la antigua ciudadanía completa, humana, íntegra, llena, se ha quedado reducida a estas dos cosas desoladoras: un número en las listas electorales y un número en las colas a la puerta de las fábricas.

Sustituyo las fábricas por el INEM, añado el cómputo del individuo como febril consumidor de *gadgets* diversos, miembro de redes sociales e integrante de audiencias varias, y tengo la tentación de creer que el diagnóstico que llevó a este hombre a abrazar el fascismo y empujar a él a otros valdría para el momento actual.

No voy a aceptar fácilmente semejante conclusión, y menos aún admitiré que el fascismo pueda ser la vía, sea cual sea el diagnóstico que corresponda al caso presente. Pero de pronto me entra una duda, algo que no se compadece mucho con mi visión previa sobre el conflicto civil que sacudió a mi país hace ahora setenta y cinco años: en qué medida las ideas de aquel hombre pudieron catalizar, al menos en parte, una fuerza poderosa, como es la de la juventud, gracias a su falta de remilgos a la hora de cuestionar un orden injusto. O lo que es lo mismo: hasta qué punto José Antonio acertó a desencadenar una revuelta juvenil contra eso que al joven de todas las épocas repugna íntimamente, pero que no siempre acierta a soliviantarlo (y pienso, cómo no, en mis aturridos congéneres de aquí y ahora, de quienes me parece inverosímil esperar alguna clase de reacción)^[2]. Siempre había visto el movimiento que derribó la Segunda República como un subproducto de la España más rancia, que en Franco encontró por eso mismo y sin demasiados esfuerzos a su paladín y caudillo natural. Pero en las palabras de quien impulsó la Falange los interpelados son siempre los jóvenes airados. ¿En cuánto contribuyó ese factor a la victoria final de la rebelión militar?

Lo discuto con mi profesor. A diferencia de otros, su acercamiento a la Guerra Civil como tema literario ha sido ocasional y más bien escueto. Pero quizá por eso parece haberse documentado con meticulosidad y lo que de ella dice suena al menos meditado:

—No te equivoques, Lázaro. Lo único que movilizó aquel tipo fue una insignificante partida de aventureros, llenos de contradicciones, porque los

más de ellos eran descendientes de señoritos que decían oponerse a los caciques cuyos genes llevaban. La sempiterna guerra contra papá, que luego se reprodujo en sus hijos, cuando se hicieron rojos en los sesenta. Sus pistolas ayudaron a encender la llama, pero la guerra la ganaron otros: los militares sublevados, las tropas de choque africanas y la Legión Cóndor que mandó Hitler. Y, sobre todo, los dos últimos, que fueron los que marcaron la diferencia, porque ya se vio lo que hizo Mola con el trozo del ejército de leva que logró sublevar en el norte: nada. Franco fue el jefe porque tenía a los legionarios y a los regulares de Marruecos y porque había negociado con el irascible Adolf que le prestara sus aviones de guerra. A José Antonio lo desactivaron, con su prisión y fusilamiento, que poco se esforzó el zorro del Ferrol por impedir. Y sus seguidores, con alguna excepción, contribuyeron sobre todo a sembrar el terror en la retaguardia. Bueno, y a suministrarle a Franco toda la parafernalia de su fraseología, para que la aprovechara y se ahorrara el esfuerzo de inventar una. Pero la Falange, aquella Falange revolucionaria que soñó su fundador, rugió y pasó como una nube de verano.

No es mi profesor proclive a los juicios categóricos, o por lo menos no suele dejar de limarlos cuando se le escapa alguno. Porque lo sé y me interesa que se explaye más, lo pongo a prueba:

—¿Así de simple?

Me mira, sabiendo que sé. Sonríe, con aire resignado.

—Es la visión que más me convence. Otros te contarán que aquellos falangistas, que no eran tan pocos, y que estaban bien organizados, bien conectados con la conspiración militar y resueltos a todo, fueron cruciales para que el golpe no fracasara y luego nutrieron las fuerzas de primera línea del bando nacional, donde mostraron más combatividad que nadie. La versión no es del todo inexacta, pero para mi olfato desprende un aroma de falsificación épica. Lo cierto es que Franco les impuso a todos la disciplina militar y no les dejó marcarle el paso: los domó y los neutralizó. La revolución se quedó pendiente, porque no era una urgencia para el general monárquico, provinciano y burgués que se puso al frente del cotarro.

—Tanta furia para tan poco efecto. ¿Es tu resumen?

—Algún efecto tuvo, tampoco nos pasemos de cicateros. Reciclado y

marginal, pero no irrelevante. Por ejemplo, la forma paternalista en que el régimen ordenó las relaciones laborales, y que aún seguimos arrastrando, en reductos como la función pública y alguna gran empresa. Al final, la España nacional siguió siendo capitalista hasta las trancas, burlando las prédicas joseantonianas, pero con un barniz de beneficencia y una estatalización de buena parte de la economía que lo compensaba en parte. Y entre los falangistas algunos siguieron cultivando las esencias y tratando de mantener viva la llama. Unos pocos llegaron incluso al extremo de revolverse contra el general superlativo, cuando se les hizo demasiado evidente que los había utilizado y traicionado miserablemente. De ahí los virajes posteriores de Dionisio Ridruejo o de ese Torrente Ballester al que tanto te ha divertido encontrar como prologuista de José Antonio. No pasó de ser un efecto marginal, desde luego, pero interesa por su virulencia y porque a la larga esa fiebre acabó convirtiéndose en una insidiosa mosca cojonera que a su modo puso su granito de arena para que se produjera la disgregación del régimen. Eso en términos generales. Ahora bien, lo que cuenta es ¿por qué te interesa a ti?

—Porque mi personaje contrajo esa fiebre —le respondo— y, aunque yo no termine de entenderlo, ya no le abandonó nunca.

Asiente, satisfecho.

—Eso es. Las ideas que aniquila la Historia se sobreviven en las historias. Y de eso se trata aquí: de una historia, con minúscula. Veo que vas encaminado. Tienes un sentido para tu cuento.

El 22 de junio de 1941, 153 divisiones alemanas atravesaban la frontera que habían pactado poco tiempo atrás Von Ribbentrop y Mólotov y entraban en territorio ruso. *Unternehmen Barbarossa* (u Operación Barbarroja), lo llamaron. El acontecimiento, inmenso, se vivió con especial entusiasmo en el entorno de Jorge. Su tío, el falangista antaño temerario y ahora ya apoltronado, exclamó:

—Ya lo sabía yo. Hitler sólo podía pactar con la bestia de Moscú por razones tácticas. Lo que quería era preparar mejor su ataque, apartar peones de en medio para darle jaque mate a Rusia.

Su análisis venía a coincidir con el que años más tarde dejaría escrito un sugerente autor alemán, Sebastian Haffner, en un librito sumamente esclarecedor titulado *El pacto con el diablo*. Cuando le pedí a mi profesor orientación para entender mejor el contexto histórico de aquel ataque y, sobre todo, de los extraños vaivenes entre la Alemania nazi y la Rusia soviética, me remitió a él. Haffner hace un recorrido completo por las peculiares relaciones entre alemanes y rusos entre 1917 y 1941. Desde los tiempos en que el Káiser ayudó al menesteroso exiliado Lenin a infiltrarse en la Rusia zarista, para lanzar una revolución que la sacara de la Gran Guerra, hasta el reparto de Polonia y otros despojos en el pacto *contra natura* que concluyeron los ministros Ribbentrop y Mólotov en 1939. Con curiosos interludios como el Tratado de Rapallo de 1922, vigente hasta 1941, y con el que la Rusia bolchevique le había dado un balón de oxígeno a la aislada y deprimida Alemania de Weimar, víctima de la arrogancia francesa plasmada en el vengativo Tratado de Versalles. Un itinerario digno de análisis, porque Lenin creía que era en Alemania, la patria de Marx y verdadero corazón de Europa,

donde iba a producirse la gran revolución proletaria, de la que la gesta de los soviets era tan sólo un acto preparatorio. Y los sucesivos dirigentes alemanes, por su parte, pactaban con los comunistas rusos para buscar el respiro que les negaban los vencedores del oeste, y de paso tener controlados a sus propios revolucionarios, por suerte para ellos bastante ineptos en comparación con Lenin, Trotski y compañía.

Gracias a esa relación, pudieron los alemanes rearmarse ya antes de 1933. Cuando el NSDAP ganó las elecciones y Hitler ocupó la cancillería del Reich, ya habían los militares alemanes desarrollado y probado las nuevas armas, aviones y carros de combate sobre todo, en los polígonos que a tal efecto les cedió Moscú en territorio ruso, a salvo de la mirada inconveniente de franceses e ingleses. A cambio, los militares rusos se instruyeron en las técnicas alemanas, muy superiores a las suyas. Una más entre las muchas paradojas que ofrece la Historia: a partir de ese verano de 1941, iban a chocar en el campo de batalla jefes que habían compartido filosofía y ejercicios.

Lo que asombra es que la entente continuara con dos tipos como Stalin y Hitler en el poder, por lo antitéticas que a priori resultaban sus posiciones. Y sin embargo, explica Haffner, es perfectamente coherente con su psicología: dos seres fríos, tramposos e implacables. Stalin no compartía los delirios internacionalistas de Lenin: su proyecto estaba en Rusia, en engrandecerla y robustecerla al máximo, para sostenerle el pulso al capitalismo. Aliarse con los nazis era dividir ese bloque capitalista, y de paso retrasar, si no podía evitarse, su zarpazo. Hitler, que desde el principio codiciaba Rusia como ampliación del *Lebensraum* o espacio vital de Alemania, no quería acometer la tarea sin haber limpiado antes de estorbos intermedios el campo de batalla. Los peones que decía el tío de Jorge: Polonia, los países bálticos, Checoslovaquia, Bulgaria, etcétera. El pacto suscrito entre Ribbentrop y Mólotov era, dice Haffner, la forma de resolver esta operación previa del modo más sencillo. No importaba cederle territorio a Stalin, como se hizo con Polonia y los bálticos, porque ya lo recuperarían después las tropas de la Wehrmacht.

Como pasa con todos los planes, algunas cosas fallaron en el de Hitler. Al atacar Polonia, los franceses y los ingleses le declararon la guerra, cosa que

creía que no se atreverían a hacer. Eso impuso retrasar la operación rusa, pero Hitler afrontó el contratiempo: arrolló a los franceses (para entender por qué, nada como leer otro librito que me recomendó mi profesor, *La agonía de Francia*, del periodista español y testigo privilegiado Manuel Chaves Nogales) y reembarcó a los ingleses rumbo a su isla en Dunkerque. Consta que dudó si no debía invadir Gran Bretaña antes de ir a por Rusia, pero finalmente calculó, equivocadamente, que tendría tiempo de acabar con Stalin antes de que los británicos se rearmaran y los americanos, como temía, entraran en la guerra a su lado. No era tan disparatada su estrategia, si todo le hubiera salido bien. Con Rusia incorporada a su imperio, la fortaleza de la Europa nazi habría sido simplemente inexpugnable. La alianza anglonorteamericana habría necesitado el triple de divisiones de las que podía movilizar para tomarla.

Así fue como en diciembre de 1940, después de algunos coqueteos con Stalin para mantenerlo entretenido mientras se aclaraba la cuestión británica, Hitler resolvió lanzar el ataque en la primavera o el verano del año siguiente. Las distracciones que le supusieron las campañas balcánica y africana, forzadas por la incompetencia de su grotesco aliado Mussolini, le obligaron a ir a la segunda opción. Por eso Jorge pudo terminar el primer año de carrera, y por eso, a la postre (aunque lo que pudo ser y no fue siempre quede en una nebulosa de incertidumbre), la jugada les salió mal a ambos. Como dice Haffner, evocando la frase del oráculo de Delfos («Si Creso cruza el Halys, destruirá un gran imperio»), ese 22 de junio de 1941 Adolf Hitler dio comienzo a la labor de demolición de una gran potencia mundial: la propia Alemania que en su insania había alzado.

Pero nada de esto se intuía en medio de la euforia de aquel verano madrileño en que Jorge tomó la decisión que marcaría su destino. El júbilo entre los falangistas era indescriptible. El ataque a Rusia, la gran instigadora y responsable, según el discurso oficial del movimiento, de los horrores de la guerra en España, impedía mantenerse en la pasividad especuladora de que había hecho gala el Caudillo, al negarse a permitirle a Hitler atravesar el territorio español para tomar Gibraltar y cerrarles el Mediterráneo a los británicos. Hay testimonios de que Franco no obraba así porque sí: estaba

convencido de que los ingleses arrastrarían a los americanos, y entre ambos le doblarían el brazo a Alemania. Sobre esa convicción declinó ayudar a quien le había ayudado o, para ser más precisos, a quien le había hecho posible llegar a ser quien era, lo que provocó en Hitler una comprensible cólera tras su desencuentro en Hendaya.

Pero con las *Panzerdivisionen* planchando la llanura rusa, no podía quedarse quieto o, mejor dicho, frenar a la facción germanófila de su propio régimen, de la que los falangistas eran la punta de lanza. Germanófilos eran los más díscolos, como el «castigado» Hedilla, pero también el «domesticado» Serrano Súñer, cuñado de Franco, que fue quien desde la sede del Movimiento, en la calle de Alcalá, se dirigió aquel 22 de junio de 1941 a una multitud enardecida y dijo:

—¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra Guerra Civil. Culpable del asesinato de José Antonio, nuestro fundador.

Jorge estaba allí, en la calle de Alcalá, vibrando entre el gentío. Esa misma mañana había hecho su último examen, y sobre la sensación de liberación del estudio, acumuló la exaltación de aquel momento histórico que abría horizontes luminosos para Europa y que a él le brindaba, lo intuía aunque no pudiera acertar a prever aún cómo, la oportunidad que tanto había deseado y no había tenido.

La intuición se confirmó en los días siguientes. Franco hizo un cálculo de los suyos, de triple o cuádruple beneficio. Enviar un contingente a Rusia, como le pedían aquellos gritones de camisa azul, le reportaba varias utilidades. En primer lugar, le permitía estar al lado de Hitler, en un momento en el que el viento parecía hincharle las velas, por si al final, y contra su primer pronóstico, se alzaba con la victoria. En segundo lugar, mandar una tropa de voluntarios, y sólo contra Rusia, le permitía situarse, aunque con ciertas dificultades, en el estatus de no beligerante, es decir, no enfrentarse a los ingleses, por si éstos se acababan llevando el gato al agua con la ayuda yanqui. En tercer lugar, le servía para devolverle a Hitler en especie la deuda que había contraído por su ayuda al alzamiento: gracias al valor de los servicios de guerra prestados por los españoles en Rusia, en poco más de dos años se pudo amortizar un buen trozo del saldo remanente de aquel pasivo.

Por último, no le venía nada mal aliviar a su ejército de posguerra de una parte de sus sobreabundantes cuadros, a los que ahora tendrían que pagar y alimentar los alemanes, y mejor aún le venía librarse de varios miles de energúmenos falangistas: que en vez de enredar en casa desahogaran sus energías sobrantes en las estepas rusas, en las que además, y por simple cuestión de probabilidades, se quedarían unos cuantos. Así que dio vía libre al experimento y autorizó la formación de la llamada División Española de Voluntarios (DEV), con oficiales y suboficiales extraídos del ejército y tropa reclutada entre los falangistas, los miembros de las ociosas unidades de choque, como la Legión y, en menor medida, gentes de pasado oscuro que alistándose purgaban sus viejas acciones o afiliaciones indebidas.

En fin, esto es lo que apuntan varios historiadores, no todos enteramente desafectos. Por no descartar posibilidades, puede que en algún momento llegara a entusiasmarse de verdad con el asunto, dentro de su carácter poco efusivo, como lo sugiere el discurso que pronunció pocos meses después, el día de San Valentín de 1942, en el que llegó a prometer que si los rusos llegaban hasta Alemania «un millón de bayonetas españolas» defenderían Berlín. Pero la promesa, llegado el supuesto de hecho, demostró tener poca consistencia. Poquísima. De eso iba a poder dar fe Jorge García Vallejo.

Volviendo al verano de gloria de 1941, en seguida se organizaron los banderines de enganche para la aventura rusa. El SEU, al que pertenecía Jorge, estuvo especialmente activo. Hay quien estima que pudo enrolar al setenta por ciento de sus afiliados. Su intervención fue decisiva para que se colaran numerosos menores de los veinte años que se pedían como edad mínima para alistarse. Pero también se apuntaron profesores, como un catedrático de la facultad de Jorge, Fernando María Castiella, que acabaría siendo ministro, y que fue a Rusia como soldado raso. Tampoco faltaron intelectuales, como el poeta falangista Dionisio Ridruejo. Este aporte humano justifica la orgullosa afirmación de los historiadores de la División: que aquella fue la más culta unidad militar que recuerda la Historia, y que eso explica su brillante desempeño en combate. No sé yo si termina de convencerme, no el juicio, sino el silogismo. Ya lo dice Shakespeare en el sobado monólogo de Hamlet: el saber produce más cobardes que valientes.

Quizá su valía guerrera les viniera de otras prendas, antes que de los diplomas que podían exhibir.

Jorge no se lo pensó dos veces. Al ver que la barrera de la edad, que tanto le había desalentado cuando supo de ella, era un impedimento bastante laxo, expuso a su familia su voluntad de ir a Rusia. No se opuso su madre, al contrario: se fundió con él en un abrazo y le dijo que era un digno hijo de su padre y que no esperaba menos de él. Y tampoco lo hizo su tío, que por aquellos días transitaba suavemente del fervor joseantoniano al pragmatismo que le permitiría seguir subiendo peldaños en el escalafón del régimen. No vio nada mal que su sobrino arrostrase, en nombre de la familia, un peligro que él mismo, después de agotar su cuota con su sobreexposición durante la victoriosa Cruzada, prefería no compartir.

Los primeros ejercicios de orden cerrado los hizo Jorge en un espacio que lo conectaba aún con su vida hasta ese momento: la Ciudad Universitaria, en la explanada frente a la Facultad de Medicina. Quienes daban allí las voces de mando eran camaradas, los más imbuidos de ese militarismo que tan caro era a todos los encamisados de azul, como lo había sido al difunto fundador, de quien no podían sino venirle ahora a Jorge a la memoria aquellas palabras:

No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar (o si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso).

Con algo muy próximo al fervor religioso se entregó a la instrucción, lo mismo en esos primeros momentos, bajo aquellos improvisados mandos aficionados, que días después, en el cuartel del Infante, en el cercano paseo de Moret, cuando las voces ya las daban militares profesionales. El ambiente de compañerismo era absoluto y espontáneo: compartían ahora las filas quienes hasta poco antes habían estado compartiendo bancos en las aulas. No había en aquellas compañías ninguno de esos soldados mayores, de variopinto perfil, con los que más adelante debería entenderse. Y con los

militares, en quienes veía el reflejo de los recuerdos infantiles de su padre, sentía Jorge una afinidad inmediata, aunque no dejó de haber algún incidente que logró desconcertarlo. En particular, los que se empezaron a producir cuando les repartieron uniformes y los falangistas insistieron en vestir debajo la camisa azul y sacarse el cuello por encima del de la guerrera. Los militares lo sintieron como un desafío a su autoridad y lo prohibieron, lo que vino a crear un conflicto en el que el disciplinado Jorge no supo bien qué partido tomar. El entuerto lo zanjó el general Muñoz Grandes, a quien se había designado al frente de la división, y que era por tanto el militar profesional de mayor graduación del contingente: se puso él mismo la camisa azul y se sacó el cuello, como hacían los hombres que iban a servir a sus órdenes. Con ese gesto devolvió la concordia a la unidad y también propició su nombre oficioso: División Azul.

Resuelto aquel engorroso problema, y bajo los mejores augurios, Jorge se entregó a su recién iniciada vida militar. Una forma de existencia simple, en la que podía llevar a cabo el ideal de sacrificio que había adoptado y en la que no veía la más mínima sombra que enturbiara su ánimo. Sentía que estaba donde debía estar, como su padre le había inculcado que era el deber de un hombre. Nada temía, porque tampoco tenía de la guerra otra percepción que la oportunidad de ir a devolver el golpe y la visita que el comunismo soviético les había hecho a los suyos poco antes. Era joven, se sentía invulnerable, y si por un azar caía, pues se iría, como decía la canción, y nada habría que llorar ni lamentar. Llorando y lamentándose había estado hasta entonces. Ahora podía empezar la lucha. La vida.

Jorge salió con la primera expedición de la División, el 13 de julio de 1941, desde la estación del Norte. Iba a pasar en Rusia, aunque eso aún no lo sabía, dieciocho meses y dos inviernos. Ocho meses más que la media de los divisionarios. Volvería para contarlo, al contrario que otros muchos. Pero lo que no iba a poder contar era la fulgurante victoria hacia la que creía partir aquel día de julio.

Aquel largo viaje ferroviario, a través de una España enfervorecida (los vencidos no eran visibles, o no en las estaciones en que fueron haciendo parada) y una Francia mucho más apagada y hosca, quedaría grabado de forma indeleble en la memoria de Jorge. Era la primera vez que se alejaba tanto de su lugar de nacimiento. Su padre, sometido a los vaivenes de destinos propios de la carrera militar, se las había arreglado gracias a su buen número en la academia para quedarse siempre en Madrid, y al faltar él los recursos familiares no habían alcanzado para viajar más allá de El Escorial, donde pasaron algún verano con sus tíos. Con ojos muy abiertos iba descubriendo cada lugar: la interminable meseta castellana, los verdes paisajes vascos y, al llegar a la frontera, la luz gris del Cantábrico y los primeros uniformes alemanes. Le impresionaron aquellos soldados orgullosos, impecables, frente a los que los españoles ofrecían, en comparación, un aspecto desastrado y polvoriento.

Fueron también hombres con ese uniforme, que pronto vestiría el propio Jorge, quienes los saludaron en las fantasmales y mucho menos bulliciosas estaciones francesas. Allí Jorge respiró por primera vez la humillación de un pueblo derrotado y sometido: todos los que no eran alemanes andaban con la cabeza gacha. Con una excepción. Sucedió a la entrada de una ciudad, en un momento en que el convoy resbalaba despacio sobre las vías, parando de trecho en trecho, pendiente acaso de algún cambio de agujas. Un grupo de gente los miraba con curiosidad desde el terraplén. Era comprensible, porque a pesar del cansancio aquella horda de guerreros causaba buen alboroto, por no hablar del colorido de sus boinas, camisas y estandartes. Se notaba a la legua que no eran alemanes, mucho más circunspectos en todas sus

manifestaciones, y Jorge pensó que eso era lo que llamaba la atención a los franceses. Pero de pronto un hombre se destacó del grupo. Se agachó, cogió una piedra y antes de arrojársela les increpó en un español sin acento.

—Al matadero, fascistas. A ver si hay suerte y no volvéis ni uno.

La pedrada dio justo en el marco de una ventana, desatando una oleada de improperios entre los expedicionarios. Alguno quiso bajar para darle su merecido a aquel tipo, sin duda uno de los rojos que después de su derrota habían pasado a Francia, pero el tren había reanudado la marcha y los oficiales se lo impidieron. Un teniente con la camisa azul, para contener a los más exaltados, dijo:

—Dejadle, no merece la pena. Ahora a ése le toca hacer como los gabachos a los que fue a pedir que le salvaran del coco. Lamerles el culo a los alemanes. No querías arroz, pues toma dos tazas.

Las carcajadas sirvieron para liberar la tensión, pero algo se le quedó revoloteando a Jorge después del incidente. Según recordaría muchos años después, aquélla fue la primera vez que le estamparon aquella palabra, «fascista», y que sintió el odio y la negación virulenta que sus tres sílabas encerraban. Con la pedrada acababan de imponerle una especie de insignia, de la que debía sentirse orgulloso, pero que aún tendría que aprender a llevar, no sin algún trabajo.

Muy diferente fue la impresión que a Jorge y a sus compañeros les produjeron las estaciones alemanas. Limpias, perfectamente organizadas, los andenes llenos de esa gente altiva y eficiente que a primer vistazo les parecía el no va más, por cómo habían puesto en pie un país que contrastaba en su riqueza, poderío y lustre, con la maltrecha y menesterosa España de la que habían partido. La formidable maquinaria alemana, que admiraban en su versión de retaguardia como poco después, en su versión ofensiva, admirarían en el frente ruso, sugería un pueblo lleno de energía y determinación, provisto de un vigor patriótico y moral superior al de los demás. Según le referiría mucho después Jorge a aquel muchacho algo escéptico que le escuchaba en un banco de la Dehesa de la Villa de Madrid, los acontecimientos posteriores, aunque también le mostraron aspectos de los alemanes que no consideraba tan envidiables, vendrían a ratificarle en esa

impresión primera. No había más que ver a todos aquellos ancianos, niños y mujeres (muchas de ellas, víctimas recientes de repetidas vejaciones sexuales) que en 1945 recogían a brazo los escombros de Berlín, dando comienzo a una reconstrucción que en apenas quince años devolvió a Alemania, desde la postración más absoluta, a su puesto como potencia económica mundial.

Completamente opuesto, y me veo obligado a anotar aquí por la intensidad del contraste, es el juicio que vierte un berlinés contemporáneo del auge del nacionalsocialismo, el ya aludido más arriba Sebastian Haffner, quien en su *Historia de un alemán* (otra recomendación, muy oportuna, de mi profesor) atribuye a la falta de carácter de sus compatriotas el que fueran capaces de levantar aquel engendro de apabullante apariencia que la historia conocería como Tercer Reich y que tanto le impactó a Jorge en aquel primer contacto con sus logros. Gracias a su escasa entidad moral individual, a su déficit de personalidad propia, viene a decir Haffner, pudieron tantos millones de personas, muchas de ellas capacitadas e instruidas, contribuir de forma tan dócil como eficaz al proyecto de los vulgares aventureros, los sórdidos inadaptados sociales, los antisemitas absurdos y los simples sádicos que constituían la jerarquía y la fuerza de choque del régimen hitleriano, con el propio Führer a la cabeza.

Haffner puede llegar a ser muy hiriente con los suyos:

Los alemanes son una nación poco fiable, enclenque, sin núcleo. Cuando llegó el momento de afrontar el reto, en ese instante en el que una nación de raza reacciona como si todos se hubieran puesto de acuerdo en tomar un impulso espontáneo y generalizado, Alemania reaccionó como si todos se hubieran puesto de acuerdo en asumir una actitud de pasividad y dejadez generalizadas y en optar por ceder y capitular.

En otro aspecto que a Jorge iba a serle de inminente y especial incumbencia, la existencia bajo esos uniformes que lo recibían en las

estaciones, no resulta menos demoledor el autor alemán:

El valor cívico, es decir, el arrojo necesario para tomar decisiones autónomas y actuar según la propia responsabilidad, es una rara virtud en Alemania. Y es una virtud que abandona por completo al alemán cuando éste lleva uniforme. Un soldado u oficial alemán, sin lugar a dudas excepcionalmente valeroso en el campo de batalla y casi siempre dispuesto a disparar sobre sus compatriotas civiles por orden de una autoridad, se vuelve cobarde como una liebre cuando se trata de enfrentarse a dicha autoridad. Como por arte de magia, esta idea en seguida pone ante sus ojos la imagen terrorífica de un pelotón de fusilamiento y eso lo paraliza totalmente. Bien es verdad que no teme a la muerte, pero sí a ese tipo concreto de muerte, y además su miedo es inmenso.

No soy nadie para decidir quién tenía razón, si el muchacho español deslumbrado por la potencia alemana, que juzgaba desde fuera y desde el contraste con un país arruinado por el odio fratricida, o el alemán exiliado que en 1939 (cuando se escribieron las líneas arriba citadas) sufría la necesidad de autoflagelarse en su condición de miembro del pueblo sobre el que entonces cabalgaba aquel demagogo histriónico rumbo a la perdición de ambos. Posiblemente los dos incurrieran en excesos personales, y posiblemente los dos, como suele ocurrir, acertaran a señalar una parte de la realidad.

Respecto de cómo se comportaban los alemanes uniformados, Jorge empezó a adquirir nociones directas en el acuartelamiento bávaro de Grafenwöhr, donde recibió la División Española de Voluntarios su instrucción para incorporarse como una unidad más a la Wehrmacht. En realidad se trataba de un enorme polígono militar, repleto de zonas boscosas entre las que se hallaban diseminados los alojamientos de la tropa. Éstos nada tenían que ver con la triste arquitectura cuartelaria española: más bien semejaban grandes chalets, contruidos en el estilo del país, que le daban a

aquel criadero de carne de cañón un extraño aire bucólico y vacacional.

Junto a las de sus cuadros españoles, los divisionarios se acostumbraron a escuchar las voces de mando de los instructores alemanes. Y en seguida surgieron las diferencias o, por decirlo de otro modo, empezaron a notarse los efectos de las diferentes concepciones del mundo que animaban a unos y otros. Un primer choque se produjo cuando los españoles descubrieron que aquella división no iba a ser, como ya se prometían, una unidad plenamente motorizada, de esas que la imagen legendaria de la *Blitzkrieg*, la guerra relámpago que aplastó a los franceses, había hecho creer a todos que representaban el prototipo de las Divisiones del ejército alemán. Por el contrario, hubieron de descubrir con amargura y decepción que la División 250, número que le correspondería a la DEV en el organigrama de la Wehrmacht, iba a ser, como la mayoría de sus divisiones de infantería, una unidad sólo en parte motorizada y mayoritariamente hipomóvil. La primera consecuencia desagradable de esta condición era que muchos cientos de sus hombres se convertirían en acemileros y cuidadores de ganado, labor que resultaba bastante poco apetecible y que iban a desempeñar con natural desgana. Imagínese el chasco de quien ya se veía a sí mismo abriendo fuego contra los rusos desde un moderno blindado y de pronto tenía que alimentar, arrear y tirarle de las riendas a un cuadrúpedo.

El otro gran choque entre las mentalidades de alemanes y españoles tuvo que ver con la forma de entender el espíritu marcial. Para los alemanes, la perfección del orden cerrado, la estricta observancia del reglamento en cuanto a la uniformidad y la organización y ejecución de los servicios, y la ciega obediencia a las prescripciones del mando eran la esencia de la milicia. Los españoles, en cambio, como consecuencia de su idiosincrasia pero también por la particular composición de aquella fuerza, mezcla imposible de soldados curtidos, muchachos inexpertos y militantes fuertemente ideologizados, tendían a un comportamiento mucho más caótico. Los instructores alemanes se desesperaban al verlos desfilar, se los llevaban los demonios al ver la laxitud con que cubrían los servicios y directamente se enfurecían cuando comprobaban que cualquier descuido del mando era ocasión propicia para que aquellos españoles se las arreglaran para

escabullirse de las tediosas obligaciones cuarteleras. Si a todo eso se le suma el empeñamiento de muchos de ellos en llevar bajo el uniforme aquella antirreglamentaria camisa azul, se comprende que acabaran por considerarlos como un caso perdido.

Jorge, en cambio, se tomó la instrucción con la seriedad de sus pocos años. Se esforzó por no desmerecer en su pulcritud de la de los alemanes, ya fuera al marcar el paso o al mantener en perfecto estado de revista correaes, botas, uniforme y armamento. Algunos de sus compañeros, sobre todo los más veteranos, dieron en mofarse de su celo castrense. Pero él, provisto de esa convicción que a menudo proporciona la inexperiencia, no dejó por ello de afanarse.

Todavía se aplicó más cuando comenzó la instrucción de tiro. Nunca olvidaría aquella mañana en que por primera vez abrió fuego con su fusil. Al sentir en el hombro su brusco retroceso, con aquel estampido que le atronó los oídos y el olor a pólvora que le llenó la nariz, se acordó de su padre. Ya era, como él, un verdadero soldado. Y sintió, feliz, que había encontrado su lugar en el mundo.

Al contar el sentimiento tan poco correcto que tuvo Jorge al empuñar y disparar un arma por primera vez, no puedo por menos que pensar que se trata de una experiencia que yo nunca he conocido. Para describir la sensación he tenido que preguntarle a mi profesor, que es lo bastante viejo como para no haberse llegado a beneficiar de la supresión del servicio militar obligatorio. Yo pertenezco a una generación que ya se ha visto relevada de esa servidumbre, y a la que se ha educado en la creencia de vivir en una paz que hace innecesario ese sacrificio. Una creencia errónea, según mi profesor:

—No estamos en paz, Lázaro —me explica, didáctico—, sino en retaguardia, que es cosa bien distinta. Por hablar de lo más evidente, ahora mismo hay soldados españoles en puestos avanzados en Afganistán, rodeados de talibanes y repeliendo ataques un día sí y otro también. Y si tomamos el mundo al que pertenecemos, son muchos los hombres en armas que tenemos desplegados por ahí, defendiendo el tinglado del que nos beneficiamos cotidianamente tú y yo y todos esos que pasan por la calle en sus coches. Lo que ocurre es que hemos acertado a subcontratarla, la guerra, igual que les subcontratamos la fabricación de todo a los chinos. Ahora las balas de nuestra guerra las disparan y reciben los sudacas, ya sean los que enrolamos en nuestro ejército o los que pesca el Tío Sam para nutrir sus batallones de marines, en ambos casos bajo promesa de un permiso de residencia que les permita mojar en la salsa de nuestra prosperidad. Ellos, y los que no tienen nada mejor que hacer, o los que conservan esa extraña vocación de exponer la pelleja por la patria, que son cada día más raros, y a los que el común de la gente mira con curiosidad y despacha al frente sin la menor inquietud. Lo que inquieta a un país es que en la trinchera estén los hijos de los ciudadanos

comunes. Por eso confundimos la retaguardia con la paz.

Pues bien, ya sea esto la paz o la retaguardia, si hay que aceptar la corrosiva teoría de mi mentor literario, el caso es que un tipo como yo ni ha apretado nunca el gatillo ni tiene la menor perspectiva de hacerlo, al menos mientras siga funcionando todo como hasta ahora. Y comoquiera que mi historia me exige familiarizarme con la personalidad y las sensaciones de alguien que sí se encuentra en ese caso, me pregunté cómo podía solventar la carencia. Dándole vueltas a eso andaba la otra tarde, mientras compartía con un grupo de compañeros de facultad, alrededor de unas cervezas y unos kikos, uno de esos entretenimientos propios de mi generación, y que quizá tengan algo que ver con nuestra exención del servicio militar y de la engorrosa obligación de arriesgar la vida en combate.

Estaba Lorena, una de las tres inquilinas del piso que acogía nuestra reunión, pasando en YouTube el enésimo vídeo chorra (verbigracia, uno en el que un japonés bizco vestido de mariachi canta en *playback* algo de Lady Gaga), cuando de pronto caí en la cuenta de que a mi lado tenía una posible fuente de información. Uno de mis colegas, Saúl, es un friki de los videojuegos. Más de una vez me ha calentado la cabeza con ellos, y esa tarde andaba dando la brasa con el último que se había agenciado. Soy detallista y me apunté el nombre completo: *Call of Duty: Black Ops*. Así, sin traducir. No deja de resultar notable que en un país donde seguimos sin aprender el inglés necesario para desenvolvemos en el mundo productivo, tengamos tanta soltura para utilizar la lengua de Shakespeare con lo que sí nos interesa, es decir, el ocio y el entretenimiento.

Según Saúl, el juego era extremadamente realista, y jugándolo con la Wii, con su mando vibrador, y en pantalla de plasma de gran tamaño, como la que acababan de comprar sus padres, era casi lo mismo que estar dentro del campo de batalla. No he sido nunca muy de videojuegos (todo lo más, he perdido alguna tarde con los de carreras de motos y coches), pero al oírle hablar me pareció que no estaría de más explorar el asunto, por si podía darme alguna pista útil para mi historia. Le pregunté a Saúl si me dejaría probarlo. Al principio se quedó descolocado, porque nunca había demostrado demasiado interés por esta afición suya. Ni siquiera cuando me contó acerca

del juego de submarinos al que jugaba en red, en el que salía a patrullar el Atlántico para hundir mercantes aliados en la segunda guerra mundial, y que al parecer era lo máximo, un desafío al que había consagrado noches enteras de emoción e insomnio. Pero Saúl, como buen jugador, no podía dejar de exhibirme sus destrezas. Quedamos para probarlo al día siguiente, en su casa.

El juego, en efecto, era muy realista. En la primera misión se trataba de matar a Fidel Castro, para lo que había que infiltrarse en un complejo fuertemente vigilado donde el líder de la revolución cubana echaba una canita al aire con una mulata. Bueno, lo de la cana quizá no proceda, porque la acción se situaba en los años 60. Viendo jugar a Saúl, que apretaba botones como un loco con los dos mandos de la Wii, mientras se deshacía de multitud de enemigos y andaba pendiente del resto de los miembros de su pelotón, ora para cubrirlos, ora para que le cubrieran a él, comprendí que el juego quedaba muy por encima de mis aptitudes. También saqué la sensación de que ser un combatiente de infantería en medio de una refriega es una ocasión poco propicia para la supervivencia, a no ser que uno tenga ojos hasta en el cogote y por completo automatizados todos los movimientos necesarios para hacer funcionar el arma. Saúl cambiaba con soltura de fusil, automático, semiautomático o de cerrojo, y con todos ellos se las arreglaba para recargar en los escasos momentos de tregua y hacer blanco una y otra vez, sin desperdiciar nunca munición. Para ser una máquina de matar, inmediatamente aprovechable en cualquier conflicto bélico, tan sólo le faltaba demostrar el mismo desparpajo sosteniendo el arma real, que pesaría unos cuantos kilos más que el mando de la Wii. Pero la teoría, el sentido espacial y los reflejos los tenía perfectamente ejercitados.

En cambio, yo acredité, en cuanto me cedió los mandos, mi nula capacitación y mi firme candidatura a volver en una bolsa de plástico de cualquier teatro de guerra al que dieran en enviarme. Antes de que pudiera terminar de apañarme con los botones y de situarme en el espacio, un francotirador al que le había ofrecido blanco me derribaba de un disparo en la cabeza, o cualquier revolucionario al que le había dado la espalda al rebasar una esquina me convertía en un colador con su Kaláshnikov. Saúl observaba mis sucesivas defunciones con un gesto de conmiseración, y trataba en vano

de explicarme cómo tenía que moverme y qué arma tenía que seleccionar en cada tesitura. Pero, cuando intentaba poner en práctica sus consejos, me hacía un lío y sólo conseguía ser aún más vulnerable. Para luchar adecuadamente, deduje, hay que aprender a tomar muchas decisiones sin necesidad de pensarlas, y yo, como especulador irredento, estaba impedido para prosperar en medio de aquel fregado.

—Para poder comerte un colín en esto necesitas todavía mucho entrenamiento, Laza —constató Saúl la evidencia—. Si me aceptas un consejo, yo empezaría por algo más asequible. Además, puedes ejercitarte en casa, para jugarlo te basta con un ordenador conectado a Internet. Es un buen juego, muy bien traído, pero sencillito.

Le hice caso. Desde pequeño he sido consciente de mis limitaciones y por tanto receptivo a las sugerencias de quienes me aventajan, en tantas facetas de la actividad humana. Me apunté el nombre que me dio Saúl y al llegar a casa lo busqué en Google. *Counter Snipe*, se llamaba, y era un juego de francotiradores en red y en 2D (más manejable para un novato como yo que las tres dimensiones del otro). Seleccionabas combatir en modo multijugador y el programa te conectaba instantáneamente con otro que estuviera enganchado al invento, en China o en Grecia o en Kentucky. A partir de ese momento, se trataba de ver quién abatía antes al otro. Había tres escenarios. En cada uno de ellos se escondía un francotirador con uniforme mimetizado, el enemigo que a su vez trataba de encontrarte a ti (el otro jugador, deduje, veía una pantalla idéntica). El primero que descubriera al otro y lograra neutralizarlo ganaba. Simple.

En mi primer combate mi adversario tardó tres segundos en localizarme y dejarme listo, de un solo balazo. La máquina me emparejó tres veces con él y las tres veces me aplastó del mismo modo. Su *nick* o apodo era KillerBeast, y sobre él aparecía la cara de un tipo patibulario, tuerto y con un habano en la boca. Además, ostentaba una estrella dorada (junto a la que se leía la palabra «general»).

En sucesivos enfrentamientos comprobé que en función de la experiencia y los puntos del jugador se iba subiendo de grado, y que los que no teníamos galones éramos los tiradores inexpertos. Uno de ellos me dio mi primera

victoria, que requirió tres disparos de mi fusil Remington 700 de cerrojo. Era aún más lento que yo. Mentiría si dijera que no me reconfortó ver estallar su cabeza en un churrete de color rojo, sensación que pronto me habitué a repetir.

A fuerza de ir sumando muertos, vi cómo me daban galones y puntos con los que podía ir comprando fusiles cada vez mejores, y que me ayudaban a progresar aún más. El francotirador, minúsculo, aparecía escondido en lugares inverosímiles, y a veces su uniforme mimetizado lo hacía casi invisible en el paisaje abigarrado que mostraba la pantalla, pero me fui aprendiendo todos los trucos y mejorando mis estadísticas. Ascendí a cabo, sargento, teniente, capitán y comandante. Y aumenté mi arsenal, desde mi humilde herramienta de partida, hasta completarlo con prodigios de la técnica como el espectacular CheyTac Intervention, un trasto (me picó la curiosidad y vi varios vídeos en YouTube) capaz de acertarle a un blanco de tamaño humano a 2300 metros, y con una capacidad destructiva suficiente como para que un único disparo fuera letal.

Durante un par de días estuve enganchado al juego. Acabé adoptando un *nick* y agenciándome un avatar de capricho. Para despistar a mis enemigos escogí una imagen femenina, una especie de *femme fatale* con el pelo teñido de fucsia, y me puse un *nick* en consonancia: GoGoGirl. Con él, y después de perpetrar varios cientos de homicidios, alcancé la estrella dorada de general. A lo largo del camino extraje unas cuantas conclusiones interesantes sobre mi propia psicología y la del común del personal, cuando de combatir se trata. Para que luego digan que los videojuegos no son instructivos.

Sobre todo, me sorprendió la frialdad y la rapidez con que desarrollé mi instinto de cazador. No sólo aprendí a reconocer de un solo vistazo el espacio de operaciones, sino que adquirí la capacidad de reacción suficiente como para localizar el blanco, apuntar y abatirlo en un tiempo récord. Llegué a cargarme al rival, con cierta frecuencia, en lapsos de tres y dos segundos, y hasta alguna vez en uno solo, lo que significaba que mi mente era capaz de procesar cada una de esas tres operaciones, de forma certera, en cuestión de décimas. Incluso me permití el alarde de renunciar a las armas más potentes para combatir regularmente con un modesto semiautomático Springfield M21

de pequeño calibre, que me exigía dos impactos, y necesariamente en la cabeza, para acabar con mi oponente.

Por otra parte, me resultó fascinante ver el peso que en el enfrentamiento tenía el factor psicológico de la condición del adversario. Muchos jugadores se rendían sin combatir en cuanto veían mi perfil (tirador experto, imagen femenina, *nick* de pécora); otros, en cambio, y sobre todo los más curtidos y de mayor graduación, parecían picarse y buscaban encontrarse conmigo una y otra vez. Algunos de éstos, en fin, acababan por rehuirme, después de haberlos humillado matándolos al instante y con un arma inferior. Igualmente noté cómo el perfil del enemigo me influía a mí: por ejemplo, cuando un simple soldado, por un golpe de fortuna o de inspiración, me dejaba fuera de combate; o cuando un tirador de élite superior a mí, que los había, me tumbaba una y otra vez sin opción a réplica. En esos momentos mi pulso se aceleraba, me volvía inseguro y esto aumentaba sus posibilidades de vencer y las mías de caer derrotado.

También descubrí otra cosa, bastante aleccionadora. Nunca llegué a ser tan bueno que no pudiera, en un instante de distracción o de torpeza, sucumbir ante cualquier novato. Y nunca me encontré con alguien tan bueno al que no pudiera, en un momento dado, llegar a sorprender. Lo hice un par de veces con el que ostentaba el récord absoluto de puntuación, un psicópata que tenía una imagen de Rambo puesta en su perfil y que por lo común no permitía sobrevivir más de un par de segundos al rival que tenía la mala suerte de verse emparejado con él por el sistema. Era inglés y se hacía llamar, no por azar, SoulReaper. Cuando lo envié al otro barrio, me imaginé con delectación cómo debía de haberle dolido caer ante una francotiradora española de pelo fucsia y portadora de aquel *nick*.

Ignoro en qué medida esta experiencia virtual puede ser indicativa de lo que ocurre dentro de un ser humano cuando tiene de verdad entre las manos un artefacto capaz de acabar con sus semejantes y se acostumbra a usarlo. Sospecho que la experiencia real deja menos margen para la frivolidad (o no, quién sabe). Pero también me huelo que esa espontaneidad que percibí en mí y en otros, a la hora de adoptar un comportamiento agresivo, e incluso disfrutarlo, sobre la premisa (tan obvia y perentoria en el videojuego) de que

destruir al otro es requisito *sine qua non* para preservarse uno, remite a cierta oscuridad natural en la condición humana. A esa fragua íntima donde se forjan los soldados en todas las guerras, incluso a partir de la materia prima más inverosímil. Porque más improbable que yo como soldado, la verdad, me cuesta imaginarme a alguien.

Ingenuo como soy, doy en contarle estas impresiones de *ciberterminator* a mi profesor. Me mira como si me hubiera abandonado el juicio, y quizá no va muy descaminado, porque dos días de matanza compulsiva han alterado algo mi percepción de la realidad.

—¿Te parece una chorrada? —deduzco, un poco avergonzado.

—No, no del todo —observa, con indulgencia—. A fin de cuentas, los videojuegos los usan para instruir a los soldados de verdad, hoy día, tanto entre los marines norteamericanos como aquí. Pero, si quieres saber más de la guerra real, creo que puedo conseguirte algo mejor. Tú sigue con tu historia y traslada a Jorge hasta el frente. Antes de que entre en acción trataré de organizarte un par de cosas.

Le haré caso. En vez de pedirle la Wii a Saúl, retomo el hilo.

La ceremonia de juramento del primer contingente de la División 250 tuvo lugar en el acuartelamiento de Grafenwöhr el 31 de julio de 1941. A ella asistió, como representante del alto mando alemán, el capitán general Friedrich Fromm. En su presencia, y tras una misa de campaña, los divisionarios españoles juraron solemnemente con una fórmula que Jorge García Vallejo jamás podría olvidar:

¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento?

Como el resto de los 16 000 a los que iba dirigida la pregunta, formados en aquella explanada del campo de maniobras de Kramerberg, con sus uniformes alemanes y la bandera española cosida en la manga derecha de la guerrera y estampada en el mismo lado del casco, Jorge respondió con un «Sí, juro» en el que puso el alma. Ciertamente es que el juramento contenía una deliberada restricción («en la lucha contra el comunismo»), pero no es menos cierto que se trataba de ponerse a las órdenes del autor de *Mein Kampf*. A continuación, ratificó el juramento el general jefe de la División, Muñoz Grandes, colocando su mano sobre la espada desnuda que ante él extendía el general alemán Cochenhausen, bajo la atenta mirada de Fromm. Tras esa dramática escenificación, dijo Muñoz Grandes:

—Lo que un español jura, lo cumple o muere.

Paradojas de la vida y de la Historia: aquel general Fromm, testigo del

compromiso de los soldados españoles, moriría fusilado tres años y medio después, por traición y por cobardía. Los cargos se le imputaron por su implicación en el complot de varios jefes militares alemanes para matar a Hitler y por apresurarse luego, tras el fracaso de la intentona, a fusilar a aquellos que podían delatarlo. Pero haber prestado su juramento ante tan poco fiable personaje no disminuyó un ápice la firmeza con que Jorge había de mantenerlo.

Después, el general Muñoz Grandes les lanzó una arenga que estremeció a Jorge. Con sus palabras, aquel general experimentado demostró ser buen conocedor de la psicología de la tropa.

—Vosotros, los voluntarios españoles, lo mejor y más selecto de mi raza—les dijo, entre otras cosas—, os habéis alzado gallardamente y, abandonando cuanto os era más querido, las aulas de vuestras universidades, vuestros talleres y vuestros campos, anudando el corazón y dejando a vuestras madres, os lanzáis resueltamente al combate, en el que, seguros de la victoria y en abrazo estrecho con vuestros camaradas alemanes, no aspiráis a conquistar riquezas ni botines y sí sólo a destrozar ese monstruo, azote de la Humanidad, y a que en su propia guarida, allá en las estepas siberianas, al lado de los alemanes, unas modestas tumbas españolas, regadas con sangre joven, fuerte y vigorosa, proclamen al mundo entero, con la fraternidad de estos dos pueblos, la pujanza de nuestra raza.

Al oír a su general hacer la promesa de su «sangre joven, fuerte y vigorosa», para algo tan poco alentador como regar tumbas, Jorge no experimentó la menor incomodidad. Tal era la ebriedad del instante, en el seno de la formación. Y aún embargado por ella escuchó cómo su general se dirigía al futuro traidor por partida doble:

—Decidle al Führer que estamos listos y a su orden, decidle el juramento prestado, y decidle que lo que mi pueblo jura lo cumple.

Fromm debió de asentir, complacido, ante la disposición al sacrificio de aquellos soldados morenos que se ponían a las órdenes de un jefe al que aún, como tantos otros militares seducidos por su determinación y por sus victorias, no debía de considerar una calamidad para Alemania. También es de imaginar que como buen general prusiano compartía el desprecio visceral

hacia los rusos, lo que le haría simpatizar con aquellos guerreros que parecían compensar su defectuosa marcialidad con su odio feroz por el enemigo.

La División contaba con tres regimientos de infantería, numerados como 262, 263 y 269. Jorge no se incorporó a ninguno de ellos, sino al regimiento de artillería designado con el mismo número que la propia división, el 250. Lo pidió en homenaje a su padre, pensando que así dispararía, contra los comunistas rusos, los cañones que él no había podido emplear contra sus secuaces españoles. Pero ya hubiera querido su padre tener aquellas piezas. Lo destinaron a una batería de obuses de campaña leFH 18 de 105 mm, capaces de machacar las posiciones enemigas a diez kilómetros de distancia.

(Y aquí consigno que la memoria de Jorge, en el relato que le hizo a mi profesor, viene a confirmarla la ficha técnica del arma, que he podido consultar y contrastar, providencialmente, en varios sitios especializados de Internet, junto a otros detalles pertinentes para mi narración. De ellos extraigo, para el lector profano, el dato exacto del alcance de aquel bicho, 10 675 metros, así como la definición de obús: pieza de artillería de tiro parabólico, por oposición a tenso, propio del cañón en sentido estricto, pero con un ángulo inferior a 45°, a partir del cual debe hablarse, en rigor, de morteros.)

La instrucción se prolongó todavía durante un mes. A lo largo de aquellas semanas agotadoras, Jorge se familiarizó con la laboriosa mecánica de la unidad artillera, de la que nunca le había contado mucho su padre. Desde el entretenimiento de la pieza, al que había que consagrar atención diaria, para mantenerla en perfecto estado de servicio, hasta las tareas relacionadas con su emplazamiento y transporte. Para los oficiales y suboficiales, que se limitaban a dar voces de mando, resultaba más sencillo. Pero para la tropa, a la que él pertenecía, todo eran fatigas. Entre ellas, por añadidura, se contaba atender a los animales que remolcaban la pieza y su dotación. Eran seis caballos de tiro, traídos de los Balcanes, y que los veterinarios de la División, según se quejaban los oficiales (la mayoría de ellos, dicho sea de paso, muy jóvenes e incorporados a toda prisa y a última hora desde la academia en España), deberían haber rechazado en su mayor parte por viejos, enfermos o ambas cosas.

Cuando llegó el primer ejercicio de tiro, y tras emplazar la pieza hicieron los disparos de instrucción, Jorge quedó sobrecogido por la potencia del artefacto. En cada disparo hacía temblar la tierra, levantando el polvo del terreno. A pleno rendimiento, aquel obús podía hacer hasta siete disparos por minuto, lo suficiente para desencadenar el infierno allí donde lo apuntaran. Lo que en ese momento Jorge no tenía todavía presente era que el enemigo también contaba con su artillería, en un volumen nada desdeñable (de hecho, las divisiones rusas estaban mejor artilladas que las alemanas), ni los quebraderos de cabeza y los desvelos que iban a provocarles, a él y a sus compañeros, las tácticas de contrabatería de los soviéticos. Pero en el campo de maniobras todo era fácil, y la moral de los nuevos artilleros y de los ya experimentados, al disponer de aquel material de primera clase, andaba tan alta como cupiera desear.

El 20 de agosto comenzó el traslado de la División al frente. A esas alturas, los ejércitos alemanes se encontraban ya a las puertas de Moscú y de Leningrado. Entre los españoles corrió la voz de que iban a ser destinados a reforzar el asalto a Moscú, que era, naturalmente, lo que sus jefes y los más exaltados de los divisionarios deseaban. Entrar en la capital del imperio soviético, rendir el Kremlin, desalojar de él a Stalin o, mejor aún, enterrarlo bajo sus escombros... Nada podía parecerles más apetecible a aquellos anticomunistas virulentos, lo que incluía también al propio Jorge, que soñaba con el momento en que pudieran apuntar su cañón a las coordenadas de la vieja fortaleza zarista que le servía de cubil al monstruo.

Pero Moscú estaba lejos de Grafenwöhr. En trenes los transportaron hasta Grodno, hoy en Bielorrusia, hasta 1939 en Polonia y entre 1939 y 1941 situada en el trozo arrebatado por los rusos a los polacos. Desde esta ciudad, antigua fortaleza medieval a orillas del río Neman, la División 250 emprendió la larga marcha hacia el frente. La mayoría de sus hombres, lo que vale para las unidades de infantería, la hicieron a pie. Para Jorge, en cambio, fue una ocasión para apreciar aquellos jamelgos balcánicos que tanta fatiga les causaban. Por el camino, los veteranos de la Guerra Civil señalaban, alborzados, los esqueletos carbonizados de los T-26 soviéticos, algunos con los retorcidos cadáveres de sus ocupantes visibles a través de los boquetes en

el blindaje. Esos mismos carros, que habían sido su peor pesadilla en los campos de batalla españoles, acreditaban ahora su inferioridad ante la avasalladora máquina de guerra alemana. Fueron cientos de kilómetros, pasando por Vilna y Minsk, hasta las proximidades de Smolensko. Allí recibieron una noticia desalentadora: no se dirigían a Moscú, sino a reforzar el cerco de Leningrado, donde los rusos oponían feroz resistencia. La batería de Jorge nunca podría ya ponerse a tiro del Kremlin. Ninguna batería del ejército alemán, de hecho, iba a disfrutar de semejante privilegio.

Marcharon a Vítebsk, adonde llegaron el 27 de septiembre, después de recorrer 750 kilómetros en total, más de 25 cada día. Desde allí los despacharon directamente al frente, en Nóvgorod, a 150 kilómetros de Leningrado. La coqueta ciudad de vacaciones, lugar de asueto de la aristocracia rusa, era un paisaje espectral devastado por la guerra; las antiguas villas de recreo estaban abandonadas a merced de la soldadesca invasora, las puertas abiertas a los saqueadores, la población huida. El despliegue de los españoles se completó a mediados de octubre en la orilla occidental del río Vóljov. El tibio verano bávaro, en el que Jorge y sus compañeros habían llegado a disfrutar de alguna excursión campestre en sus ratos libres, incluido el flirteo, sin mayor fruto, con alguna compasiva *Fräulein*, ya sólo era un lejano recuerdo. Ahora estaban en el frente oriental, el peor lugar del mundo por aquellos días, y llegaba el desapacible otoño ruso, con sus lluvias implacables. Los españoles ocupaban el terreno ideal para disfrutarlo: entre el Vóljov y el lago Ilmen, donde establecieron sus posiciones, se extendía una llanura pantanosa, en la que maniobrar era una pesadilla. Y la guerra, que en esos momentos seguía a marchas forzadas, no iba a darles tregua alguna.

Los alemanes estaban empeñados en una ofensiva en el sector de Leningrado, para la que el tiempo acuciaba: si no se daban prisa en estrechar el cerco sobre la vieja fortaleza báltica y reducirla, se les echaría encima el invierno y se verían muy comprometidas sus posibilidades de lograrlo. El 18 de octubre de 1941, después de una preparación artillera en la que Jorge y sus compañeros hubieron de poner su parte, los infantes españoles del 269º regimiento atravesaron el río. El objetivo estratégico era ensanchar la estrecha franja de terreno que aislaba a la ciudad de la retaguardia rusa, para

robustecer el asedio. Durante veinte días, junto a las fuerzas alemanas, los españoles sostuvieron un ataque que penetró hasta las aldeas de Possad y Posselok, donde establecieron posiciones a comienzos de noviembre. Pero los rusos, para quienes la resistencia de Leningrado era vital, contraatacaron con fuerza, y los divisionarios, aunque lo intentaron, no pudieron mantener el terreno arrancado al enemigo. Entre otras cosas, la lucha se desarrollaba ya bajo un clima que favorecía al adversario y al que ellos no estaban acostumbrados, amén de carecer del equipo necesario para soportar aquellas temperaturas. Otro tanto les sucedió a sus aliados alemanes, desbordados por los rusos en todos los sectores del frente. El 10 de diciembre, los españoles se vieron obligados a repasar el ya congelado Vóljov.

En los combates que siguieron, en torno a la Navidad de 1941, cayeron secciones enteras de la División, algunas copadas por el enemigo, como la que quedó en la llamada Posición Intermedia. A sus desdichados defensores los encontraron mutilados, desnudos y clavados al suelo con bayonetas y zapapicos, lo que provocó la oportuna venganza por parte de algunos veteranos del Tercio, que aplicaron a unos rusos desprevenidos el tratamiento que habían aprendido de los rifeños en el norte de África. En enero de 1942, otros divisionarios, los de la compañía de esquiadores, instruida de emergencia, se hicieron célebres al atravesar el Ilmen, con temperaturas de 50 grados bajo cero, para socorrer a los quinientos alemanes de la deshecha División 290 que resistían sitiados en la posición de Vsvad. Lograron llegar hasta ellos, pero, de doscientos esquiadores, sólo volvieron indemnes doce. Con aquel alarde, recompensado con 34 Cruces de Hierro, los españoles se ganaron el respeto de los alemanes, cuya suerte ahora adversa compartían. Al final, la contraofensiva rusa quedó detenida en la línea del Vóljov, pero la Operación Barbarroja, planeada para acabar con Rusia en unos pocos meses, había fracasado. El invierno les había caído encima, y ahora tocaba pasarlo como mejor pudieran. Hasta la siguiente primavera no dispondrían de otra oportunidad. Tenían por delante, como poco, un par de meses de gélida e insufrible guerra de trincheras.

Jorge, a la sazón, tenía otro motivo para el descontento. Aquellas acciones en que otros se habían distinguido nada habían tenido que ver con

él. Con su batería, emplazada detrás de las posiciones que defendían los infantes, seguía viendo la guerra desde lejos.

Un jueves más, termina el taller. Antes de salir, mi profesor me hace una seña. Temo que vaya a preguntarme por cómo llevo la novela. En los últimos días no he podido dedicarle el tiempo suficiente, y además me encuentro con dificultades que no vislumbraba al principio. A medida que avanzo en la narración, noto que me falta sustancia para alimentarla. Cada vez estoy más cerca de la acción y me pregunto cómo afrontar ese instante. Carezco de vivencias que me permitan dominar el meollo del asunto bélico, y así mal puedo escribir algo que suene poderoso, auténtico y original. La solución es copiar de algún lado, pero no quiero caer en el tono hueco de los relatos guerreros que conozco y que siempre me ha parecido ridículo, cuando no la mejor invitación al bostezo. Incluso he llegado a rehuir la escritura, porque no estaba seguro de que mis notas y la documentación que había reunido fueran suficientes para escribir algo medio convincente. Pero mi profesor no me pregunta nada. No lo necesita, ya sabe de mis zozobras, como si fueran tuyas.

En vez de eso, me tiende cuatro devedés.

—Espero que tengas el fin de semana despejado —dice.

—¿Por?

—Quiero que te veas todo esto antes del lunes.

Voy recorriendo los títulos: *Gunner Palace*, *Generation Kill*, *Redacted* y *Black Hawk Derribado*. Las dos últimas las conozco, son dos películas, de Brian De Palma y Ridley Scott. Ya había oído hablar de ellas, aunque no he visto ninguna. Lo primero resulta ser un documental, firmado por Petra Epperlein y Michael Tucker. Lo segundo es una serie de televisión, cuyo responsable es David Simon. Lo conozco de otras dos, una de policías de la

que me he tragado dos temporadas y otra sobre Nueva Orleans después del Katrina de la que he visto dos capítulos. En fin, lo que me han pasado mis proveedores piratas.

—Esto... ¿Puedo preguntar para qué o debería saberlo?

—No, no tienes por qué saberlo, aunque puedes imaginarlo. Quiero que las veas en el orden inverso al que has seguido ahora mismo. Empieza por la de Ridley, sigue por la de Brian, luego la serie y al final el documental. Prefiero que vayas de la ficción a la realidad, para que desmenuces un poco lo que ha hecho esa gente.

—Pero supongo que esta selección obedece a un criterio.

—La de *Black Hawk* es, entre las películas modernas, una de las que mejor muestra el caos del combate. Ha servido de modelo a todas las que han venido después. Por eso te la propongo, aunque la acción se desarrolla en Somalia y en 1993, que no son ni el lugar ni el año que nos interesan. Las otras tres sí que hablan del tiempo y el sitio en cuestión: Irak, una década después. La de *Redacted*, inspirada en un hecho real, es la mejor que yo he visto en el cine, pese a estar rodada con medios casi artesanales. La serie de David Simon es la más sólida ficción audiovisual en cualquier medio sobre el asunto, hasta la fecha, y una de las mejores películas de guerra de la Historia. Y el documental, en su sencillez, es una joyita. Con todo eso y un par de explicaciones que te daré en el camino, el lunes estarás medianamente preparado para lo que tenemos que hacer.

Ha debido de escapárseme un gesto reticente, porque mi profesor, sin abandonar su afabilidad, se apresura a consultarme:

—Espero que no haya otras ocupaciones que te lo impidan.

—No, no creo, tampoco tenía ninguna cita este fin de semana.

—Me refiero al lunes. Porque necesitaremos todo el día.

—¿Y eso? ¿Adónde vamos?

—Bueno, no tendremos que ir hasta Irak, aunque es de eso de lo que se trata. Nos bastará con acercarnos a Valladolid.

Con estas indicaciones, y a pesar de mi escasa sagacidad para los acertijos, comienzo a olerme por dónde van los tiros, nunca mejor utilizada la expresión. Me pregunto cómo demonios se las habrá arreglado para

organizarlo, pero me consta, por otras conversaciones, que mi profesor es un tipo de recursos y que en su agenda hay teléfonos que pueden llevarle a los lugares más insospechados. Así que durante el fin de semana me aplico a hacer los deberes.

No voy a contar aquí las películas, que para eso están las tiendas, físicas y *on-line*, y para los insolventes, al menos en mi país, los infinitos manantiales del ocio libre y alternativo. Pero me parece que no está de más dejar alguna constancia de las impresiones que me produce cada una de ellas. Son bastante diferentes entre sí, aunque el tema sea más o menos común. Y no puedo sino reconocer el acierto de mi profesor al prestármelas. En todas ellas me aguardan estímulos muy concretos, del tipo de los que estaba necesitando.

La película de Ridley Scott narra el absurdo descalabro que sufrieron los norteamericanos en Mogadiscio en 1993, y que les costó la vida a unos cuantos de los suyos (luego arrastrados sus cadáveres como trofeos por los somalíes) y a unos cuantos cientos de esos adversarios a los que hasta ese momento veían siempre desde lejos y desde una superioridad insultante que se resume en el mote que les pusieron: los *flacuchos*. En la película cuesta un poco saber quién es quién, yo al menos me perdía a menudo, pero está muy lograda esa sensación de desorden, fatiga física, miedo y pese a todo determinación de vencer la adversidad que muestran todos los soldados. Nada les sale a derechas, unos cuantos quedan allí y los que sobreviven lo hacen maltrechos y a fuerza de vaciar el cargador del arma contra aquellos negros que en medio de la orgía de pólvora y plomo dejan de ser personas para convertirse en alimañas a las que hay que destruir para poder regresar a la base. Controlándolo todo, desde el puesto de mando, hay un general, pero a medida que avanza la acción queda claro que al hombre se le ha ido la situación de las manos y que improvisa soluciones como buenamente puede.

La de Brian De Palma, que en la mayor parte del metraje adopta la apariencia de una grabación de vídeo casera, resulta quizá por ello aún más estremecedora. Nos cuenta la rutina diaria de un grupo de infantes yanquis en Irak: el agobio que representan para ellos los controles que mantienen en la calle, por los que cada día pasan cientos de civiles de quienes están siempre temiendo que traigan una bomba. Pero la bomba les llega y les alcanza de

otra manera, la peor posible: en una trampa en la que pica su sargento, el tipo que los amparaba y evitaba que perdieran la cabeza. La imagen de su voladura, en otro vídeo casero, pero esta vez de Al Qaeda, con el fondo sonoro del *Al-lahu akbar*, da paso a una atroz represalia sobre unos civiles, de quienes sospechan vagamente los soldados que puedan estar detrás del atentado. No necesitan pruebas, porque de lo que se trata es de vengar como sea la muerte del camarada, de dar salida a toda esa violencia acumulada que los inunda por completo.

Las dos anteriores se despachan en el tiempo habitual de un largometraje, pero para *Generation Kill* necesito toda la tarde del sábado hasta la madrugada. A partir de cierta hora, me la paso al ordenador portátil y la oigo con los cascos, para no despertar a mi familia con el ruido de los disparos. Cuenta las peripecias de una unidad de exploradores de los marines a los que les corresponde el peliagudo honor de ser los primeros en traspasar la frontera de Irak durante la invasión de 2003. Desde su perspectiva, vemos la guerra en primera línea, en la avanzadilla que representan los que van abriendo camino a los demás. Con todos los peligros que eso implica, no sólo por parte del enemigo (débil y proclive a huir ante un ejército tan superior, pero no por eso inofensivo) sino también de su propia gente. En especial, algunos oficiales, temerarios o acobardados, que de ambas especies los hay, o tan irreflexivos como para olvidar la protección de los suministros del batallón, lo que los obliga a racionar la comida y las municiones durante buena parte de la campaña.

Mientras empalmo episodios, voy cayendo rendido ante la fuerza narrativa y documental de la serie. Me fascina cómo cuenta la sobria táctica del pelotón de infantería (aunque en este caso sea motorizada, y vayan todos apiñados la mayor parte del tiempo en sus todoterrenos Humvee): una coreografía basada en el reparto meticuloso de sectores de tiro, y en que cada uno sepa en cada momento guardar la espalda y los ángulos muertos al compañero. O cómo refleja la psicología diversa de los combatientes, desde el zumbado que al leer las cartas de las colegialas que les desean que la guerra sea corta responde que él la desea larga, para poder matar a mucha gente, hasta el curtido, metódico y responsable sargento Colbert, alias *Iceman*

(o, lo que es lo mismo, el *Hombre de Hielo*), que nunca entra en combate sin tener toda la información disponible, ni provoca más destrucción de la estrictamente indispensable.

A la altura de los clásicos está la secuencia en la que ese sargento observa desde un talud con sus hombres una aldea iraquí, donde sospechan que puede haber morteros. Cuando se les acerca, jadeante, el periodista de *Rolling Stone* que llevan *empotrado* en el pelotón, y les sugiere que quizá el mortero esté bajo unos árboles que no están observando, Colbert le suelta una réplica de antología: «*Much as I appreciate Rolling Stone's tactical input, I'm confident on the birds.*» ^[3] Y como el periodista no entiende nada, el más tonto del pelotón le pide que se fije en los pájaros que hay sobre los árboles, y que certifiquen que debajo no hay nadie (como ya dice Sunzi en *El arte de la guerra*, que para eso lo tengo leído y subrayado, por lo que pueda valerme, y pillé el guiño oculto). El momento cómico es tanto más meritorio si se tiene en cuenta que el libro que inspira la serie lo escribió Evan Wright, periodista de *Rolling Stone* que vivió la experiencia real de ir incrustado con los marines. Pero a la sonrisa sucede el horror: cuando el pelotón se ha cerciorado de que en el poblado sólo hay mujeres y niños, las casas desaparecen en medio de una bola de fuego. Otros marines menos concienzudos que ellos han pedido a la aviación que las bombardee sin tomarse la molestia de reconocer el objetivo. El sargento se pregunta, y el espectador con él, cómo van a convencer así a los iraquíes de que vienen a liberarlos.

Con la retina aún impresionada por la secuencia final de la serie, en la que los marines avanzan en sus Humvees por el desierto iraquí, al son de *The Man Comes Around*, de Johnny Cash (una canción tan sobrecogedora como el momento merece), me voy a dormir a altas horas de la madrugada. Tengo la sensación de haber paladeado una obra maestra y estoy muerto de envidia y de miedo a la vez: cómo voy yo a lograr algo ni remotamente parecido en mi novela. Cómo igualar la contención, la exactitud, la brutalidad impecable que encierran esos casi quinientos minutos de televisión. Y cómo, aunque no venga al caso, soportar la vergüenza de vivir en un país donde en la televisión nadie hará nunca algo así, y seguirá repitiéndose hasta la náusea algo que

recibe el mismo nombre, televisión, pero que se le parece tanto como pueda parecersele una boñiga de vaca o un fétido vómito de borracho a la Capilla Sixtina.

Duermo hasta tarde, haraganeo un poco con el periódico y otros pasatiempos y ya por la tarde me siento delante del televisor para ver la última ración de guerra filmada que me ha sido prescrita. *Gunner Palace* cuenta la historia de un grupo de soldados de un regimiento de artillería que tras la derrota de Sadam Hussein se aloja en Bagdad en el palacio de uno de sus hijos. En medio del lujo hortera del lugar, que no excluye jacuzzi o una piscina en la que se refrescan cuando están francos de servicio, los soldados reflexionan sobre la experiencia de la guerra, a la que casi todos han llegado en plena juventud y que les parece llena de contrasentidos. Qué hacen patrullando a pie o en todoterrenos por las calles, vigilando a una población civil entre la que se esconde siempre la posibilidad de una emboscada, cuando ellos se supone que manejan cañones.

También aquí hay un sargento. Es negro, de mi edad, pero por cómo habla y cómo se desenvuelve podría ser mi padre. Le gusta el rap y canta uno compuesto por él. La letra habla de su edad, de todo lo que le ha tocado vivir y de cómo la guerra, que para la mayoría de sus compatriotas es algo que sale en la tele y que pasa muy lejos, para él es una rutina peligrosa que lo ha transformado. Tiene tan sólo veinticuatro años, pero cualquier hombre de cincuenta de los que siguen allá en América, en su misma ciudad, y que nunca han pisado el infierno, no es más, dice, que un niño a sus ojos.

Cuando acaba el documental, me acuerdo de pronto de las últimas imágenes de *Redacted*. Son atroces, de las más atroces que he visto en mi vida, y redondean el desasosiego que te deja la película: una larga galería de imágenes de niños iraquíes muertos durante los ataques. Repasando las cuatro historias, que se amalgaman ahora en mi cabeza, me doy cuenta de que no sólo esas víctimas, sino que muchos de los verdugos, desde los soldados atrapados en Mogadiscio de *Black Hawk Derribado*, hasta el sargento rapero de *Gunner Palace*, pasando por los furiosos vengadores de *Redacted* o los exploradores de *Generation Kill*, son sólo eso, niños, perdidos de pronto en medio del horror que los vacía de su inocencia para dejarles dentro una

oquedad que no es madurez, sino rabia y hastío.

Esa noche tardo en dormirme. Pienso en mi profesor: me ha dado, el viejo zorro. Qué me tendrá preparado para el día siguiente.

Esta vez, aunque hemos quedado muy temprano, mi profesor no llega tarde a la cita, que además, así me lo ha ofrecido para hacérmelo más fácil, es en mi propia casa. Bajo al portal a las siete en punto y lo veo ya en doble fila con su nave. Le toco en el cristal.

—Buenos días —me saluda, cuando abro—. Sube rápido y espera a que hayamos parado a tomar un café para entablar conversación. Sin cafeína en el depósito no respondo de mis palabras.

De modo que hacemos en silencio la ruta que nos saca de la ciudad y nos lleva hacia la sierra, por una autopista que de frente ya viene cargada y con retenciones. Paramos en la primera área de servicio después del peaje y pedimos un desayuno, que en su caso consta de café, zumo y bollo. Yo me contento con un cortado, he desayunado antes de salir de casa. Se mofa de mi frugalidad:

—Así no me vas a crecer. ¿No tomas zumo de naranja? Deberías. Yo antes me vacunaba contra la gripe, y no dejaba de pillarla. Ahora paso de vacuna y, aparte de ahorrarme las mierdas que según la prensa te meten con ella, la gripe ni me roza. Un zumo de naranja todos los días. Nada más. Bueno, y que ahora soy autónomo. Mejora drásticamente tu salud, o al menos acaba con tus días de baja.

Despacha su zumo de un trago y el café y el bollo, aunque le duran algo más, desaparecen pronto. He de espabilarme para apurar mi cortado antes de que se levante, como impulsado por un resorte. Inspira hondo, me palmea el hombro y me dice:

—Ahora sí, compañero. Vamos a la carretera y a la historia, y a disfrutar con una y con otra de que vemos amanecer este día.

Se nota que le gusta conducir. De que también le gusta hablar (¿escucharse?) ya tenía pruebas antes. Suelo prestarle oído, aunque no siempre esté igual de brillante, pero esta vez me tiene, para eso se lo ha preparado bien, algo más atento que de costumbre.

—El 4 de abril de 2004 —comienza, solemne, una vez que nos hemos reincorporado a la vía—. Recuerda la fecha, que además no es difícil. El 4 del 4 del 4. Ese día, a primera hora de la mañana, en la base Al Ándalus de la ciudad iraquí de Nayaf hay apenas trescientos soldados españoles. En el mismo lugar se aloja el personal de la Autoridad Provisional de la Coalición: unos pocos funcionarios americanos, protegidos por un grupo de mercenarios de la empresa Blackwater. Tipos jóvenes, arrogantes, que son quienes gobiernan el destartalado país que hasta poco antes obedecía a Sadam Hussein y a su partido, el Baaz. También hay militares salvadoreños, que se integran junto a los españoles en la Brigada Multinacional que ha recibido el nombre, cuando menos ampuloso, de Plus Ultra.

—Vaya, la música me suena.

—Es más modesta que tu División, no llegan a tres mil, incluidos los salvadoreños, hondureños, dominicanos y nicaragüenses que completan la brigada. Pero sí, también es una fuerza expedicionaria en una guerra lejana. Y también, como la División Azul, sirve para cubrir un expediente sin apostar más de la cuenta. El gobierno que los ha enviado, como hizo Franco, busca nadar y guardar la ropa. Se trata de estar allí, sin dar la impresión de que se está más de lo conveniente. Pero la guerra tiene su propia dinámica y toma sus propias decisiones, y ese día se lo va a demostrar a aquellos soldados.

—Leí algo sobre aquello. Hubo un ataque, ¿no?

—Algo más que un ataque. La base española está enclavada, y en cierto modo aislada, en una ciudad de dos millones de habitantes, que para colmo acoge el mausoleo del profeta Alí, el eterno líder de los chiíes. Al amparo de la mezquita, y bajo la dirección de un joven ayatolá llamado Muqtada Al Sadr, se han organizado en el llamado Ejército del Mahdi, que aprovechando la debacle del Baaz, donde mandaban los suníes, se ha hecho con la ciudad y está preparado para desafiar a los extranjeros. Los americanos, que no son tontos y tienen informadores, los suyos y los de la inteligencia española que

opera sobre el terreno, se han dado cuenta. Y le piden a la Plus Ultra que lance una operación de castigo contra el Mahdi, desmantelando los tribunales islámicos con los que Al Sadr tiene aterrorizada a la población. Pero el general español, Coll, no cuenta con fuerzas ni permiso de Madrid para emprender una operación tan peligrosa en un terreno tan comprometido. Entonces los americanos toman un atajo. Secuestran al lugarteniente de Al Sadr en Nayaf, un individuo llamado Al Yacubi con el que los españoles mantenían abierto un canal de comunicación para que la cosa no se desmandara. La acción se desarrolla en la madrugada del 3 al 4. Al amanecer, miles de manifestantes enfurecidos se dirigen contra la base Al Ándalus.

—Pero, cómo, ¿secuestraron a ese tío sin avisarlos?

—Es lo que tiene hacer de tropas auxiliares. Los que mandan te avisan cuando les viene bien. Y por lo visto, aquí no era el caso.

—Pero, es escandaloso.

—Para ti, mi ingenuo amigo. Nadie pidió formalmente explicaciones entonces, y nadie ofreció tampoco excusas. Así se hizo y así se montó la zapatiesta. Imagínatela: trescientos tipos rodeados en medio de una ciudad de dos millones de habitantes hostiles. Un almacencillo de municiones y un largo día por delante. De eso es de lo que vamos a hablar hoy, con algunos de los que estuvieron allí. Tengo un colega que los entrevistó para hacer un libro. Me ha pasado sus contactos y están dispuestos a hablar contigo. Son cuatro, tres hombres y una mujer. Los cuatro hicieron fuego en Irak. Al menos dos de ellos son conscientes de haber acabado con la vida de unos cuantos semejantes. No me dirás que no me preocupo por ti.

Trago saliva, mientras tomo conciencia de dónde me han metido. Me gustaría haber podido preparar aquello con algo más que cuatro películas y una explicación somera en el camino. Así se lo digo a mi profesor, que, al percibir la angustia en mi voz, me ofrece:

—Pregunta lo que quieras saber. Tenemos más de una hora de carretera por delante. Y también puedes improvisar, hombre.

Pero yo no lo veo tan fácil. Cuando un par de horas después me siento en una cantina militar frente a esas cuatro personas, siento que me tiemblan un poco las piernas. La sensación me avergüenza, y me hace imaginar lo pobre

que sería mi desempeño en caso de verme en peligro de muerte, cuando el simple trance de exhibir mi ignorancia y mi inexperiencia me provoca semejante estado. Antes de sentarnos con los expedicionarios de Irak, nos ha recibido un oficial, de quien al parecer ha obtenido el amigo de mi profesor conformidad para que mantengamos la conversación. Nos recuerda que lo pactado es que no utilicemos los nombres de ninguno de nuestros interlocutores, y que si escribimos algo lo hagamos sin salirnos de lo que ya ha sido revelado y publicado con anterioridad. Mi profesor me dice que no me preocupe, que entre lo que salió en su día en prensa y el libro de su colega ya está todo más que dicho, pero yo ya me veo encausado por revelación de secretos o alta traición.

—Qué exagerado eres, muchacho —se ríe.

—Que no pasa *na*, hombre —ratifica el sargento primero X, que es a quien nos ha recomendado, como contacto, el otro escritor.

Es un tipo dicharachero, simpático, flaco y fibroso dentro de su uniforme mimetizado. Andará al borde de los cuarenta. Él nos presenta, ya en la cantina, a los otros tres veteranos de Irak. Los llamaré el cabo Y, el sargento Z y la cabo María, que, tratándose de una española, es algo que no identifica a nadie. Él los llama por sus nombres de pila, y hechas las presentaciones añade, socarrón:

—Pero no les creas nada. De la mayor parte de la batalla ni se enteraron, y sobre lo que vivieron, a fuerza de exagerarlo, ya mienten más que hablan. Tú hazme caso a mí, que soy el más antiguo.

Hablamos primero del curso general de aquel día. De cómo lo que empezó como una manifestación, más o menos agresiva, se convirtió en un asalto en toda regla. Lo comprendieron cuando los policías iraquíes que en teoría debían controlar el tumulto acudieron en tropel a refugiarse en la base. Pronto empezaron los tiros desde el cercano edificio del hospital, que dominaba toda la zona, y donde el Mahdi colocó a sus francotiradores en los compases iniciales del combate. Uno de los primeros disparos derribó a un capitán norteamericano que estaba en la base y que había subido a la azotea para evaluar la situación. No murió, pero cerca estuvo. Después, y siempre bajo el fuego que les hacían desde el hospital, comenzaron los asaltos con

furgonetas cargadas de insurgentes, apoyados por disparos de lanzagranadas tipo RPG. Para hacerles frente, apostaron blindados en las entradas de la base y tiradores en la azotea. Y así estuvieron durante horas, repeliendo los embates enemigos.

—Por suerte —explica el sargento primero— eran muy malos. Sadam nunca dejó que los chiíes pintaran mucho en su ejército, y éstos apenas estaban familiarizados con las armas. Cargaban los RPG con las granadas que no debían, explosivas en vez de carga hueca, con lo que no podían perforarnos los blindados ni aunque les dieran, y tampoco les daban, aunque alguna pasó rozando. De todos modos, estaban muy cabreados, los flacuchos, y un hombre con mala idea y algo que dispare en la mano siempre te puede hacer una avería.

—¿Así los llamabais, flacuchos? —pregunto.

He decidido tutearlos porque se me hace raro tratarlos de usted, sobre todo a los dos cabos, que son sólo un poco mayores que yo. En abril de 2004, calculo, apenas pasarían de los veinte años.

—Así los llama éste, que es un animal, y que ha visto demasiadas veces *Black Hawk Derribado*, como muchos aquí —tercia el sargento—. La mayoría los llamábamos «ninjas». Por las ropas negras. Los milicianos del ejército del Mahdi iban todos de negro, encapuchados. Si tienes curiosidad, puedes encontrar fotos en Internet.

—Unos fantasmas —juzga el aludido—. Y aunque me regañe aquí el sargento, que se encarga de la sección humanitaria, si te interesa también los llamábamos moros. Y cuando nos disparaban, cabrones, cabronazos, hijos de puta y moracos de mierda. ¿O no, cabo?

La cabo asiente, con una sonrisa algo cohibida.

—Tenías que haberla visto, a la María, una noche que nos atacaron durante la patrulla. Ella iba de explorador, un puesto chungo, porque vas en la parte trasera del blindado, solo, para impedir que lo ataquen desde atrás, te pongan una carga o te metan un pepinazo. Venía conmigo y cerrábamos el convoy. No te la puedes imaginar, vaciando el cargador del HK contra todo lo que se meneaba. Lo de «moracos de mierda» fue lo más fino que salió de su boquita.

—Hay que ponerse ahí —alega la cabo—. Tenías que haber visto la jugada como la vi yo, mi sargento primero, para entenderlo.

—No, si yo te entiendo. Lo que no entiendo es que alguien se crea que con el que te está tratando de meter plomo puedes andarte con diplomacias. De ahí vienen todos los malentendidos, y que los políticos nos manden a dar caramelos sin darse cuenta de que cuando vas con un fusil colgado al hombro, y a decir lo que hay que hacer, no puedes dejar de joder a los autóctonos. ¿Me explico?

Me parece que la pregunta va dirigida a mí.

—Con bastante claridad —admito.

—Mejor así, las cosas claras. Me han dicho que quieres saber cómo es la guerra, para un libro o algo así. Pues mira, yo no he tenido más que una pequeña dosis, comparado con otros. Aquel día en Nayaf, tres o cuatro emboscadas y unos morterazos mal apuntados casi todas las noches. Tampoco es para que me tire el moco aquí contigo, ahora. Pero vaya, sólo con eso debo de ser de los que más guerra se han comido por estos pagos, con permiso de los que ahora mismo están en Badghis, Afganistán, y que andan metidos en una ofensiva de la que no vamos a contarte nada porque es secreta, pero con un poco de mala suerte ya la leerás en los periódicos. En fin, que me enrolló. Lo más parecido a la guerra que yo he vivido fue ese puñetero 4 de abril, cuando nos estuvieron atacando durante todo el día, y me pasé doce horas o más, que ya ni me acuerdo, metido en el puto blindado, endiñándoles cañonazos a los flacuchos, bebiendo agua sin parar para soportar el calor y meando en las botellas que iban quedando vacías, porque ni salir podíamos. Sudor, aire viciado, una porción de canguelo, por si alguno de los moros sabía manejar el RPG y cargarlo con el supositorio bueno, y mucha alegría cada vez que veía que mi artillero hacía volar por los aires alguna furgoneta del Mahdi o limpiaba de tiradores una ventana del hospital. Pero, sobre eso, nadie mejor que el propio artillero para transmitirte sus impresiones. Porque no es otro que el cabo, aquí presente.

El cabo, un chaval taciturno y de aspecto bonancible, baja los ojos. Me cuesta imaginarlo manejando un cañón. Disparando a alguien.

—Pues sí, era yo —dice—. No sé, qué quieres saber.

Parece persona de pocas palabras, y me siento violento fisgando en sus recuerdos de una situación así. Sólo logro balbucear:

—Lo que quieras contarme.

—El sargento primero lo ha contado casi todo. Estábamos defendiendo la puerta, con un VEC, un blindado de caballería, que era lo más potente que teníamos en la base. Monta un cañón Bushmaster de 25 mm, como el que tienen los helicópteros Apache...

—Poco calibre, pero mucha cadencia de tiro —explica el sargento primero—. Y preciso como un diablo. Dile cuántos blancos.

El artillero se ruboriza ligeramente.

—No es por vacilar, pero a la distancia a la que tiraba, todos.

De repente pienso en lo que me han contado. Que estuvieron doce horas allí, plantándole cara al enemigo. ¿A cuánta gente pudo liquidar en ese tiempo este muchacho apenas mayor que yo? Parece como si el sargento primero me hubiera leído el pensamiento.

—No hicimos la cuenta, y tampoco podemos saber cuántos quedaron heridos y cuántos liaron el petate —me aclara—. Por ejemplo, en el hospital, aquí mi cañonero se limitaba a meter el pepino por la ventana desde la que nos disparaban. Mirando bien, eso sí, que para eso lleva un visor de puta madre, y no como ese cafre del Abrams de Bagdad, que le arreó el zambombazo del 120 a un periodista que filmaba con una cámara. ¿Cuánta gente había tras la ventana? Misterio. Recuerdo, eso sí, cuando hizo volar por los aires una furgoneta cargada de flacuchos. No sé los que irían dentro, pero te aseguro que de ese lote se salvaron pocos. ¿Importa mucho la cifra?

—Bueno, no puedo imaginarme qué sentiría en su lugar —digo—. Quizá sí que me preguntaría a cuánta gente yo...

—Yo te puedo contar lo que sintió éste, cuando terminó el fregado. Los yanquis mandaron dos Apaches, una compañía de Bradleys y más mercenarios de Blackwater para dominar la situación. Después de darles cera de lo lindo entre todos, los del Mahdi entendieron que no tenían nada que hacer. Entonces éste se abrazó al cañón, que todavía echaba humo, y le plantó un beso a tornillo. Tal cual.

—Fue una cosa sin pensar —interviene el artillero—. La verdad es que

me salió de dentro. Nos había salvado, a mí y a mis compañeros. Y había parado a aquella gente. Si hubieran entrado...

—Si hubieran entrado —tercia otra vez el sargento primero—, pues lo mismo nos habrían colgado de los pies a las puertas de la ciudad, como a esos contratistas a los que pillaron despistados unas semanas antes. Salió en todas las teles, a lo mejor lo viste. Y no te digo yo que no tuvieran buenas razones para hacerlo. Sobre todo desde que los de Blackwater, que no obedecían a nadie, les mataron a los niños y a las mujeres que se acercaban a ayudar a los heridos.

—¿En serio?

—Te lo pueden testificar muchos compañeros que estaban allí ese día —corroboraba el sargento Z—. Y ellos mismos no lo negaban, cuando les preguntabas. Para justificarlo, decían que los niños y las mujeres, aparte de atender a los heridos, lo que hacían era recoger los Kaláshnikov para llevárselos a los insurgentes. Y que desde ese momento se convertían en combatientes. Blanco legítimo.

—Qué barbaridad —opino.

—Asesinos a sueldo, qué les vas a pedir —sentencia el sargento primero—. Pero ellos eran al final la punta de lanza de la Coalición sobre el terreno. Así les tienen los iraquíes a los yanquis ese cariño. Yo puedo ser un poco burro, o bocazas, pero soy militar, no un carnicero. Este cura nunca le dispararía a alguien desarmado.

—En fin —retoma el hilo el artillero—. No sé a cuántos pude... Pero no pienso mucho en eso. Sean los que sean, ni me siento orgulloso ni me siento culpable. Hice lo que tenía que hacer, nada más. No voy a presumir de aquello, pero no me torturo. Mi obligación, creo yo, era salir vivo de allí. Me tocó estar en el lugar donde había que dar el callo y apechugué. Yo no fui quien decidió que fuéramos.

El sargento primero me mira con aire malévolo.

—Bueno, chaval, veo que el tema te interesa. Pregúntale a María por lo suyo. También tiene algo que contar. ¿Eh, María?

—Poco más o menos lo que el compañero —dice la cabo—. No es algo para ir presumiendo. Hubo que hacerlo y se hizo, eso es todo.

—Pero cuéntale algo más, mujer.

La cabo lo mira y luego me mira a mí. Parece más segura y menos retraída que el artillero. Pero como él, y a diferencia del suboficial, tampoco parece que le guste hablar más de lo indispensable.

—Ese día estaba saliente de servicio —dice—. En teoría, tenía toda la mañana para dormir. Pero apenas apoyé la cabeza sobre la almohada oí ruido de disparos. No me lo pensé mucho. Cogí la MG y me fui hacia la azotea, para defender la base con mis compañeros.

—Cuando dice la MG —puntualiza el sargento primero— quiere decir una ametralladora MG 42, ¿sabes cómo es?

—Si es la que tenían los alemanes en la segunda guerra mundial, sí — respondo, tirando de mis recientes labores de documentación.

—La misma, básicamente. Un arma que ya ha picado carne en dos siglos, y nada mal. El juguete preferido de la cabo, si puede elegir.

Miro a la chica. Es un poco más alta que yo, lo que tampoco es decir mucho, la verdad. Y se la ve fuerte. Ha de serlo para manejar semejante ametralladora. Según me cuenta a continuación, estuvo todo el día disparando con ella desde la azotea. Por su alcance y potencia de fuego, le asignaban blancos alejados; por ejemplo, los francotiradores que se apostaban en las ventanas del hospital.

—Sé que le di a más de uno. Tampoco los conté. A veces, en las reuniones familiares, algún primo que ha bebido de más va y pide que cuente la historia. Siempre digo que no. Lo que vi y viví ese día se queda para mí. Duermo tranquila porque no le di a nadie que no quisiera hacernos daño, o eso creo. Y porque a mí no me toca decir si teníamos derecho a estar allí y si ellos nos disparaban con la razón o sin ella. Tampoco era el momento ni el lugar de preguntarse eso. Yo sólo me preocupé de apuntar bien.

Después de oírla, me quedo sin palabras. Supongo que debería preguntarle algo, para justificar mi presunto oficio, ese que siento que vengo a usurpar esta mañana, ante esta gente que ha estado al otro lado del mundo y de la raya que yo me moriré sin cruzar (que espero morirme sin cruzar) y que está dispuesta a contármelo.

—No te cortes. Pregunta —me empuja el sargento primero.

—Tengo, bueno, una curiosidad —improviso.

—Dime —me invita ella, mirándome dentro de los ojos, lo que hace aún más angustioso el no saber qué preguntarle.

—Es algo que, en fin... ¿Tuviste miedo? —le descerrajo de pronto.

Yo mismo me quedo sorprendido por la pregunta, tan directa, que se me acaba de escapar casi contra mi voluntad. La cabo entrecierra durante un instante los ojos y menea despacio la cabeza.

—¿Miedo? No, para nada. Sabía que podían matarnos, si pasaban, claro. Pero sólo me preocupé de mantener mi puesto. Y cuando vi que los demás también lo mantenían y que les dábamos una y otra vez, ni se me cruzó por la mente que pudieran pasar. Tuve muy claro que íbamos a pararlos, porque éramos mejores que ellos, en todo. Mejores soldados, mejor material, mejor instrucción. Cuando eres mejor que el que tienes enfrente, le ganas. No hay más.

Me mira como si fuera idiota. O soy yo el que se siente así. Idiota perdido. Un niño que no conoce, que nunca infligió el horror.

El último en contar su experiencia es el sargento Z. Hasta entonces ha dejado que la voz cantante la llevara el sargento primero, sin intervenir más que para moderarlo de vez en cuando. Y mientras hablaban los cabos, se ha mantenido en un silencio tan absoluto como el que observa mi profesor desde el comienzo de la conversación. La verdad es que me cuesta hacerme a la idea de que llevemos un par de horas hablando y aún no haya abierto la boca. Conociéndole, diría que tiene que hacer verdaderos esfuerzos. Pero en cierto sentido también lo está aprovechando. Como él suele repetirnos, el escritor es un observador. Nada mejor que encontrar un rincón oscuro desde el que poder mirar a los otros. Es incierto lo que estos hombres y esta mujer me servirán a mí para alimentar de sustancia el guiso de mi novela. Pero no me cabe duda de que todos, tanto ellos como yo, le estamos sirviendo a él para algún cocido futuro. No sé en qué olla nos echará, ni para qué, pero salta a la vista.

Z no tiene la propensión al espectáculo de su compañero suboficial, ni tampoco quiere competir con las experiencias de sus dos inferiores en grado, que claramente le aventajan, sin embargo, en cuanto a la cosecha roja, valga la expresión, que obra en su hoja de servicios. Parece el más reflexivo y templado de los cuatro, aunque no sea el mayor. Comienza quitándose toda importancia:

—Yo no puedo contarte mucho, desde luego tengo bastantes menos experiencias de combate directo que mis tres compañeros aquí presentes. No sé por qué te sugirieron hablar conmigo.

—Conociendo a mi amigo, por algo sería —dice mi profesor.

Me sorprende oír su voz. Casi había olvidado cómo sonaba. Alza las

manos, como pidiendo excusas. El sargento continúa:

—De entrada, yo no estuve en Nayaf cuando lo del día 4. Llegué al día siguiente, con los refuerzos, y lo que puedo decirte es que llamaba la atención. Sobre todo me impresionó una cosa: cómo, de un día para otro, habían pasado de tolerarnos, mejor o peor, a odiarnos sin reservas. Hay un vídeo en Internet que alguien grabó el día 4 entre los insurgentes que se dirigían a la base. Si puedes, míralo. Te servirá para ver el poco éxito que tuvo nuestra misión, al final, entre la población a la que se supone que íbamos a ayudar.

—Tampoco te pases de lúgubre —le recrimina el sargento primero—, que aquí el chaval se nos va a ir más mustio que vino.

—En fin —sonríe el sargento—. Había gente que sí nos valoraba. Intentamos ganárnoslos, tratándolos con respeto, procurando comprenderlos, y sin hacerles las barbaridades que hacían los americanos. Ya fueran los mercenarios sin escrúpulos, los chavales nerviosos o los reservistas amargados, que de todo había y a cada uno se le iba el gatillo por razones diferentes. Nosotros éramos profesionales decentes y queríamos demostrarlo. Había iraquíes que lo apreciaban, y que hasta nos veían como una oportunidad para librarse de los barbudos, que eran lo que se les venía encima después de que les quitaran de la chepa a Sadam. ¿A quién le va vivir en un lugar donde te condenan a treinta latigazos por vender cedés, como tenían por práctica común los tribunales *sharía* de Al Sadr? Pero, al final, tanto esfuerzo, para nada. Nos fuimos y allí los dejamos, a merced de ellos y de los yanquis quemados que nos relevaron. Luego los americanos quisieron acabar con este Muqtada, y lo sitiaron en la mezquita y todo, pero no pudieron con él. Acabaron pactando con el mismo tío al que querían que nosotros quitáramos de la circulación. Un esfuerzo inútil: ésa es mi triste conclusión, tras haberme dejado cinco meses de vida a tomar por culo de casa y jugándome el pellejo.

—Pero mira que eres cenizo —saltó el sargento primero, medio en broma medio de veras—. Habla por ti. Que te conste que yo discrepo. Algo hicimos, coño, aunque fuera que volvieran a tener agua, y gasolina, y un hospital en condiciones. Y mantuvimos el tipo y volvimos casi todos, que no es moco de

pavo. Que luego hubiera que dejárselo a los americanos, y que luego los ayatolás se salieran con la suya y les siguieran comiendo el coco, eso ya no es culpa nuestra. Lo que no te consiento es que digas que no sirvió para nada.

El sargento lo observa con mansedumbre.

—Tranquilo, tampoco digo eso. Corrijo, pongamos mejor que no sirvió para mucho. Tienes razón, algo hicimos. Aunque sólo fuera marcar la diferencia. —Y, volviéndose a mí, prosigue—: Hay una historia tremenda, que tiene que ver con el hospital, precisamente. Durante el asalto del día 4, cuando los americanos vieron que era desde allí desde donde más y con más peligro nos tiraban y, dicho sea de paso, que desde allí les habían tumbado al capitán, se empeñaron en pedir apoyo aéreo para que echaran abajo el edificio. El coronel español que mandaba la base, Asarta, que por cierto ahora está en el Líbano de general jefe de la misión, se negó en redondo. Les dijo que no iba a consentir que se destruyera a las primeras de cambio el único hospital moderno de la ciudad. Que él se encargaba de controlar el edificio con su gente, ventana a ventana si hacía falta.

—De ahí que estos dos le estuvieran arreando todo el día —explica el sargento primero, señalando a los cabos—. No lo echaron abajo, el hospital, pero te aseguro que le perjudicaron bien la fachada.

—A lo que voy —continúa el sargento—. Que el coronel nuestro se empeñó en que el hospital se salvaba y se salvó. Justo lo contrario de la técnica americana. Para que te hagas una idea, una vez les hicieron a un convoy de los americanos una emboscada en un sitio donde nos las hacían siempre a nosotros, y alguna me tuve que comer yo, así que sé de qué hablo. Nosotros repelíamos el fuego, sin pasarnos mucho, y seguíamos. Los americanos, que llevaban un carro Abrams en una góndola, lo bajaron y cañonearon toda la plaza hasta que no se oyó ni el vuelo de una mosca. Luego lo volvieron a subir y se largaron sin pararse a mirar los destrozos. En resumen, ¿sabes qué fue lo que pasó después de todo con el dichoso hospital?

—No —reconozco.

—Pues que en el mes y pico que tardamos en retirarnos de Irak, siguieron usándolo para dispararnos, y nuestra gente controlándolo artesanalmente. Los legionarios, que vinieron en el último relevo de la Brigada, el del repliegue,

llegaron incluso a enviar una unidad de operaciones especiales para sorprender a los del Mahdi in fraganti. Todo, para no cargarnos el hospital que tanto nos había costado preservar el 4 de abril. Pero cuando los americanos tomaron el control de Nayaf, lo primero que hicieron fue pedir un bombardeo aéreo y echarlo abajo. Esa misma noche, sin contemplaciones.

La revelación me resulta tan demoledora como la secuencia de *Generation Kill* en la que los aviones volatilizan el poblado. Con la diferencia de que en esta ocasión no se trata de una película. El sargento, después de fijarse en mi expresión, hace su resumen:

—Eso fue, si acaso, lo que les dejamos a aquella gente. El recuerdo de unos extranjeros a los que tampoco llamaron, pero que llegado el momento les tuvieron alguna consideración. Poco más.

Se hace un espeso silencio. Como es de esperar, lo rompe el sargento primero, que se dirige a mí, con gesto grave:

—El sargento es un sentimental, ya lo ves. Siempre le gusta provocar estos momentos tan emotivos. Pero, si eres capaz de contener el llanto, pregúntale lo que te parezca, que te lo responderá.

Cada uno tiene su forma de defenderse y está claro que el sargento primero la ha encontrado en el sarcasmo. Z está hecho de otra pasta. Me doy cuenta de que estoy ante un interlocutor especial, y comprendo, como ha dicho mi profesor, que su amigo no ha obrado al azar cuando nos ha dado su nombre y se ha ocupado de que nos atendiera. Debo estar a la altura, lo que en este caso no es seguramente hacerle ninguna pregunta ingeniosa, sino dejarle que él escoja, entre sus impresiones, las que juzgue más significativas.

—Eso, pregunta —me anima.

—Me gustaría saber —me lanzo— qué es lo que más te impactó de lo que viste allí. Lo primero que te venga a la memoria ahora.

El sargento se echa hacia atrás y piensa un poco. Pero no tarda en encontrar la respuesta. O las respuestas, mejor dicho.

—De la ciudad, el cementerio, sin duda. Allí están enterrados millones de chiíes, los llevan expresamente de todas partes para que reposen junto al profeta Alí. Una vez lo sobrevolé en helicóptero y me quedé acojonado. Es inmenso, una ciudad de muertos al lado de una ciudad de vivos, y no puedes

dejar de pensar que hay más gente, con diferencia, en el lado de los muertos. Es algo que tienen todos los ritos de los chiíes, ese punto tétrico, supongo que por la muerte cruel que tuvo Alí, y de la que esperan que vuelva un día, convertido en el Mahdi, el mesías que los redimirá para siempre. Pero si me preguntas por un momento, también lo tengo claro.

El sargento se interrumpe. Su compañero le apremia:

—Vamos, hombre, que has dejado al chaval en ascuas. Y a mí.

—Me pasó en el camino de Diwaniya a Nayaf —explica—. Un camino que había hecho un montón de veces, pero te hablo ya de cuando la cosa se puso fea, después del 4 de abril. Íbamos con mil ojos, temiendo una emboscada en cualquier recodo. Pero recorrimos unas tres cuartas partes del camino sin llevarnos más que insultos y alguna pedrada. De repente, sobre un talud, a mi derecha, se dibuja una silueta, no muy alta. Cuando me fijo, veo que es un niño, de apenas doce años. Y veo también que lleva en las manos un RPG. El tubo tiene una granada, lista para dispararla. Y el chaval lo empuña como si supiera hacerlo funcionar. No tiene más que levantarlo y apuntarnos. Instintivamente preparo mi HK, no hay otra reacción más rápida, no hay tiempo para pedirle a otro que se ocupe. Si el chico levanta el RPG y apunta, y no es muy torpe, a esa distancia es cuestión de segundos que nos convierta a mí y a los que me acompañan en carbonilla. Al verme tomar el fusil, agarra fuerte el tubo. Nos miramos durante un tiempo que no sé decirte cuánto es. A mí se me hace eterno, pensando si tengo que decidir que es un niño, y dejarlo vivir, o que es un insurgente, y llenarlo de balas antes de que pueda usar su arma contra nosotros. No sé decirte muy bien lo que pasó por mi cabeza en ese tiempo. Me gustaría decirte que pensé que ese pobre chaval, en un país normal y en un mundo justo, no estaría plantado con un lanzagranadas frente a un militar extranjero, sino en una escuela, donde alguien le ayudara a tener un mañana mejor, y que por eso decidí que merecía vivir. Pero creo que pasó algo más simple. Al final él bajó el tubo, dejó caer los brazos, y gracias a eso yo pude ahorrarme dispararle. Si se hubiera movido de otro modo, si en ese momento le hubiera pesado más la ira que el miedo, no habría tenido más remedio que dejarlo seco en aquel talud.

—Menos mal que no me puso a prueba a mí —confiesa el sargento

primero—. Porque entiendo lo que dices, pero con la mala hostia que se me ponía a mí en los convoyes, no sé yo si me habría...

La entrevista se extiende hasta la comida, que nos invitan a hacer con ellos. Seguimos hablando en la mesa, pero lo principal ya ha sido dicho y escuchado. Lo noto porque mi profesor interviene mucho más en la conversación, en la que no deja de preguntarles a los militares por infinidad de detalles, tanto de su experiencia bélica como de la rutina cuartelera. Supongo que lo hace a sus efectos, pero mentiría si dijera que no resulta provechoso a los míos. También está muy interesado, o eso me parece, por lo que pueda estar pasando en estos mismos momentos en Afganistán, un conflicto del que los medios informan, se queja, sorprendentemente poco. Los militares saben algo, tienen compañeros allí, pero se muestran más reservados que sobre Irak. Aquello, con todas sus sombras, es historia pasada, pero esto otro está vivo y caliente y se nota la diferencia.

—Ni misión de paz ni leches —dice el sargento primero, que sigue siendo el más locuaz—. Es una guerra contra los talibanes, a tiro limpio, y va de culo: ellos siguen controlando todo el territorio y nosotros estamos encerrados, como en Fort Apache. Pero me callo, que aquí mi sargento tuerce el gesto y ya he largado de más.

Después de la comida, nos acompañan hasta donde hemos dejado el coche. Pasamos junto al aparcamiento de la tropa, donde me llama la atención un coche deportivo de color fucsia, tuneado. Como he bebido un poco de vino, me tomo la confianza y pregunto:

—¿Y ese coche?

—Es el de María —me responde el sargento primero, muy serio—. ¿No te mola? —Y, echándose a reír, me tranquiliza—: Que no, hombre. Es de la Loli, una cabo de otro escuadrón. Una figura. Ya se ve.

Los otros se ríen con él. Yo me acuerdo de GoGoGirl, mi francotiradora de ordenador. Definitivamente, nada que se les ocurra a los programadores y a los jugadores de videojuegos está en condiciones de superar las ocurrencias del programador que ha diseñado esta hiperrealidad bizarra donde, nos guste o no, nos toca jugar.

El sargento Z me estrecha la mano con cordialidad, la fuerza justa. El

sargento primero se despide de mí con un recio apretón.

—Bueno, tío, sácanos guapos, ¿eh?

—Descuida —le prometo, con ayuda del tinto.

Ya en el coche, mi profesor me advierte:

—Ahora te toca cumplir. Eres tu palabra, no lo olvides.

Lo sé. Y se lo debo. Mi mente viaja ya de Nayaf a Leningrado.

Parque de la Dehesa de la Villa, Madrid, noviembre de 1989. Se acerca el mediodía y un relente súbito traspasa al anciano y al joven que comparten banco desde hace ya un par de horas. El anciano se alza el cuello del abrigo y se coloca la bufanda de modo que le cubra por completo la garganta. Lo hace sin prisa, aprovechando la prenda al máximo. La explicación sucede al gesto casi naturalmente:

—No imaginas qué frío, muchacho. Aquel primer invierno ruso, tan crudo y tan largo como sólo sabe quien lo ha vivido, me dejó jodidos los pulmones para siempre. Desde entonces tengo propensión a enfermarse de los bronquios, y a la edad en la que ya voy entrando se impone tener cuidado con estas cosas. Pero así y todo puedo darme por afortunado, porque me libré de la verdadera plaga que azotó la División: las congelaciones. Tardaron en traernos ropa que sirviera mínimamente para afrontar aquello. Entre tanto, cada uno se las arregló como pudo. A mí me salvaron los consejos de un tipo de los Ancares, en León, acostumbrado a vivir con la nieve varios meses al año. Lo principal, sobre todo con los pies, era mantenerlos bien aislados. Metí de todo dentro de las botas, y me ocupé de tenerlas siempre engrasadas, como él hacía. Nunca le estaré lo bastante agradecido. Cada día que me levanto, miro mis pies y veo que tengo todos los dedos, me acuerdo de él. Rufino, se llamaba.

—Un argumento inapelable para la gratitud —observa el joven.

El anciano lo mira con curiosidad.

—Inapelable... Sí, ésa es la palabra. Supongo que esto es lo que os distingue a los escritores, utilizar palabras que nadie utilizaría.

El joven baja la vista, como avergonzado.

—En realidad, se trata más bien de lo contrario —explica—. De encontrar las palabras que llegarán a pertenecer a todos. A cualquiera. Pero me temo que a mí me falta todavía bastante para eso.

Jorge García Vallejo sonrío. De pronto su mente parece haberse ido muy lejos, a aquellas tierras pantanosas y boscosas de los alrededores de Leningrado, donde junto con otros miles de españoles hubo de arreglárselas para sobrevivir. Les habían dicho que iban a pelear en las anchas estepas rusas. Pero la suerte de las armas no les sería tan favorable como para llegar hasta ellas. Pelea tuvieron, sí, y frío también; pero la estepa nunca los vio pasar.

—En fin —retoma el relato—. Se ha hecho un poco tarde, y me temo que me toca abreviar esta parte, que si no vamos a tardar siglos en llegar a lo que nos interesa. No te voy a contar la historia de la División Azul, que además ya está bastante escrita. Si tienes curiosidad, léete una novela, *División 250*. Es literatura, lo que supongo que te resultará más ligero, pero el tipo que la escribió, Tomás Salvador, al revés que tantos juntaletas, sabía de lo que estaba hablando. No te voy a decir que sea la octava maravilla, tampoco soy quién. A mí me parece un libro digno, que no es poco. ¿Lo conoces?

—Primera noticia —reconoce el joven, que se siente en falta, porque el tema le interesa y debería, piensa, haber estado al tanto.

—Bueno, puedes remediarlo fácilmente. No creo que te cueste encontrarla. Además, tengo otra razón para no extenderme demasiado sobre lo que hubo en los meses siguientes. Las operaciones no se pararon, pero después de que la ofensiva rusa se estrellara en el Vóljov nos atascamos en una guerra de posiciones en la que la intervención de mi unidad fue, por decirlo de algún modo, bastante decepcionante. Al menos para las expectativas que yo tenía, y para las ilusiones que me había hecho de ir abriendo paso con nuestros cañones a la infantería en su avance imparable hacia el corazón del territorio enemigo. Estábamos clavados en aquella línea defensiva, sin perspectivas de cambio en tanto no mejorase el tiempo. Lo que no quiere decir que no tuviéramos ningún sobresalto. En uno de sus ataques, los rusos rompieron la línea y se metieron un buen trozo en nuestro terreno. El mando reaccionó y se consiguió embolsarlos, con una maniobra en la que

tuvo bastante protagonismo la División. Ahí fue donde cayó prisionero el general Vlášov, que luego serviría a los alemanes, con un ejército de rusos traidores a los suyos.

—Sí, había oído hablar de él.

—Fue una buena hazaña, los alemanes cubrieron al personal de la División de medallas. Al general, Muñoz Grandes, le tocó el premio gordo, la Cruz de Caballero con hojas de roble. También cayó alguna para mis jefes, por una tarea en la que se especializó mi batería y que nos obligaba a movernos como ninguna otra de nuestro grupo. Nos apartábamos del resto y hacíamos los primeros disparos, para atraer el fuego de contrabatería ruso. Eran unos verdaderos artistas en la materia. Eso quiere decir que después de soltar unos pocos cañonazos nos tocaba recoger los bártulos a toda prisa y cambiar de posición, antes de que empezasen a machacarnos. Cuando los rusos abrían fuego, el resto del grupo, mejor emplazado, iniciaba el bombardeo verdadero, al que el enemigo ya no podía replicar en condiciones, tras haber apuntado contra nosotros. En fin, un truco idiota y peligroso, pero funcionaba y lo repetimos una y otra vez. Era lo que había, porque mi jefe de batería era el más moderno. Los artilleros, lo descubrí entonces, son muy mirados para esas cosas.

—A mí siempre me parecieron unos privilegiados, por lo de disparar siempre a distancia del enemigo —apunta el joven.

—Eso es cuando el frente está estabilizado, y nunca te olvides de que el enemigo también tiene cañones y aviones, y todo el interés en callarte las piezas. Para evitarlo no queda más que dar el callo: o bien camuflándolas, o bien cambiándolas de sitio. Pero los oficiales, que se limitan a dar instrucciones y dictar coordenadas, sí que tienen tiempo libre para preocuparse de esas minucias del escalafón. Me acuerdo ahora en particular de uno, que nunca me mandó directamente, porque estuvo en la plana mayor del regimiento y luego mandó la décima batería, del grupo de obuses pesados, los de 150. Ya entonces se veía que aquel tipo llegaría lejos. A los futuros generales se los conoce de tenientes. Y más aún de capitanes.

El hombre mayor se interrumpe y mira al muchacho.

—¿Sabes quién era? —le pregunta.

—¿Debería?

—No, aunque seguro que le conoces. Me apuesto por lo menos que el nombre te va a sonar. Llegó a ser famoso hace unos años, por un embrollo en el que lo metió su ambición. O eso es lo que dice la sentencia que le impusieron, que me tomé la molestia de leerla.

El joven se encoge de hombros.

—Estoy todavía más perdido que antes de la pista.

—Alfonso Armada Comyn, que llegaría a ser ayudante del Rey y segundo jefe del Estado Mayor. Aunque ya sabes que lo que le mandó a la cárcel no fue nada de eso. Digo yo que lo sabes, ¿no?

—¿Armada, el del 23-F? —pregunta el joven, incrédulo.

El anciano asiente, con una sonrisa mefistofélica.

—El mismo. Ya ves qué vueltas da la vida. Pero vamos, esto sólo es una anécdota. No puedo contarte mucho acerca de cómo era su estilo de mando. Yo apenas lo traté, tan sólo compartimos regimiento, lo que hablando de aquella campaña tampoco es decir gran cosa.

(Abro un paréntesis en el relato para confirmar que en efecto, según los datos a los que he podido tener acceso, el ya por aquellos días de 1989 ex general Alfonso Armada formó parte de la División Española de Voluntarios, a la que se incorporó en septiembre de 1941 con el grado de teniente. Por el camino ascendió a capitán, y con ese grado mandó primero la batería de plana mayor del IV Grupo —pesado— del regimiento 250, que no del regimiento mismo, como erróneamente recordaba Jorge García Vallejo. Sin embargo, hago constar que su memoria era exacta al atribuirle el mando de la 10ª batería, equipada con obuses de 150 milímetros sFH 18. Le fue concedida la Cruz de Hierro de segunda clase en noviembre de 1942 y en diciembre de ese año regresó a España. El propio Armada recordaba así su paso por la División, según cita que tomo de un libro de conversaciones con José Manuel Cuenca publicado en 2001:

A la guerra de Rusia fui como un profesional a luchar contra el

comunismo. Yo acababa de terminar la Academia cuando pidieron voluntarios porque se formaba una División que iba a Rusia. Y dimos un paso al frente todos. Dijeron: «Voluntarios para Rusia». Entonces eligieron a diecisiete capitanes, entre los cuales yo no estaba, porque entonces era teniente; luego pidieron oficiales voluntarios para relevar a los que estaban en Rusia. Nos apuntamos y eligieron a cuatro, y luego suprimieron a uno que fui yo, porque había tres más antiguos en el regimiento. Entonces me moví y mi padre me apoyó, con gran tristeza, para que fuera a Rusia porque consideraba que, habiendo terminado la Academia, debía demostrar mis conocimientos.

Resulta patente la frialdad con que el ex divisionario refiere la experiencia: como algo que no le apetece mucho recordar y que no obedeció a un impulso ideológico profundo. Justo lo contrario, pienso, que aquel hombre que lo evocaba irónicamente en el otoño de 1989. Y cierro el paréntesis, que no me he podido privar de abrir, porque escribo esto cuando justo se cumplen treinta años del golpe de Estado y no hace mucho leí una entrevista a Armada, en la que insistía en que él sólo se acercó al Congreso a tratar de ayudar para que el teniente coronel Tejero depusiera su actitud.)

—Lo que intento decirte —continúa el anciano— es que de ese año en la División apenas guardo recuerdos que justifiquen lo que me llevó allí. Luché, sí, supongo, pero de una manera que no me servía para desahogar todo lo que tenía dentro. Llegó el verano, por fin, pero trajo poco cambio. Incluso acabó convirtiéndose en una rutina, la guerra: un asunto aburrido que la gente distraía como mejor podía. Algunos, jugándose la piel. Eso vale para los que se liaban con las mujeres de las aldeas, que muchas veces eran espías, enviadas por los partisanos, y que a más de uno lo terminaron llevando a una isba donde su gozo se cortó bruscamente con un tajo de lado a lado de la garganta. Puedes considerarme raro, si quieres, pero eso fue algo a lo que yo nunca me expuse, porque en aquellos días las mujeres me preocupaban poco, al contrario de lo que sucedía con los soldados más veteranos, que algunos no

tenían otra cosa en la cabeza.

El joven observa, con cierta timidez:

—Si se me permite opinar, los entiendo más a ellos. Dicen que la inminencia de la muerte estimula el deseo sexual. ¿No le pasaba?

El viejo sacude la cabeza.

—No vamos a hablar de mi deseo sexual, joven. O no de momento. De piedra no he conocido a nadie, pero ya te digo que en mi cabeza había otras cosas. Y era un soldado serio, quizá demasiado. Seguía teniendo a los alemanes como modelo. Había cosas de ellos que me repelían, como a todos, como por ejemplo la crueldad con que trataban a los rusos, entre los que había muchos con los que podías entenderte, porque a nada le temían más que a la NKVD de Stalin. Nosotros desde luego nos entendimos, a lo mejor más de lo aconsejable. Pero, dicho esto, se agradecía el orden y la disciplina que los alemanes ponían en todo, aunque su intendencia tuviera fallos, tampoco vayas a creer que era perfecta. Cuando te estás jugando la vida, viene bien que alguien piense en tomar las debidas precauciones, cuidar de la logística, el buen funcionamiento del equipo, todo eso. Alguna vez, te lo confieso, llegué a avergonzarme de los míos.

—¿Por ejemplo?

El viejo hace memoria. Hasta aquí todo le ha salido fluido, como quien cuenta una película que le han pasado muchas veces.

—Por ejemplo —habla al fin—, algo que recuerdo de aquel verano del 42; finales de agosto, debía de ser. Coincidimos en una aldea mi grupo, un batallón de infantería de los nuestros y unos oficiales de Estado Mayor alemanes. Los españoles nos mezclamos con la espontaneidad propia de nuestro carácter, pero los teutones se mantuvieron apartados de nosotros, como para marcar claramente las distancias. Yo creo que para algunos de ellos, aunque nos apreciaban como combatientes, porque no aflojábamos nunca, en el fondo éramos tan *Untermenschen* como los rusos. Subhumanos, que es lo que viene a significar esa palabra. No hay manera de encajar de buen talante un desprecio así, en eso estamos de acuerdo, pero aquella tarde a uno de los nuestros, un cabo malagueño de infantería, se le fue la mano y a punto estuvo de meternos en un buen lío a todos.

—¿Se enfrentó a ellos? —aventura el joven.

—No exactamente. Algo peor. Los oficiales estaban sentados al aire libre, en unas mesas sobre las que tenían botellas de vino. Varios de ellos jugaban a las cartas, pero con esa rigidez tan alemana que casi lo último que parecía era que estuvieran jugando a algo. Otros miraban unos mapas, o algo por el estilo. Lo que hizo el malagueño fue acercarse sigilosamente y echar tras unos matorrales una granada. No veas el bote que pegaron todos, y el susto que se dieron, creyendo que nos atacaban los partisanos. Se abalanzaron como locos sobre sus armas y se tiraron con ellas a tierra como seguramente hacía siglos que ninguno se tiraba. Lo que todavía me pregunto es cómo pudimos salir de aquello sin consecuencias. En el momento temí que nos costara a todos un arresto, o algo peor, y odié al bromista. Ahora, ya ves, lo que tienen los años, me hace gracia recordarlo.

El viejo parece haberse olvidado de lo que dijo antes sobre la hora. Aprovechando la circunstancia, el joven mete baza:

—Hay algo que no puedo dejar de preguntarle, si me permite.

—Claro, hombre. Te lo permito.

—Ha bordeado la cuestión un par de veces, al hablar de los partisanos y de la crueldad de los alemanes con los rusos. Perdona si hurgo donde no debo, pero ¿no le pareció en algún momento, al ver todo aquello, que a lo mejor no estaba del lado correcto?

La expresión de Jorge García Vallejo se vuelve de pronto adusta y remota. Su joven interlocutor teme haber hablado de más. Pero no es eso lo que piensa el ex combatiente, sino todo lo contrario.

—Me parece que eso no es lo que me quieres preguntar, muchacho.

—¿Cómo? No entiendo.

—Que tú quieres saber otra cosa. Adelante. No seas tímido. La respuesta a esa pregunta que me has hecho es una obviedad, ya sabes tú que no pensé nunca que no estuviera del lado correcto.

El joven traga saliva. El viejo tiene razón. Quiere saber otra cosa.

—Está bien —admite—. Ha hablado de crueldades de los alemanes contra los rusos. ¿Qué fue lo que vio y, sobre todo, cómo logró mantener el convencimiento de que tenía que seguir luchando a su lado? Y ya que me

meto en el charco, hay otra historia de la que no me ha dicho nada. ¿No había ningún judío por allí? ¿No le llegó nunca ninguna noticia sobre lo que los alemanes hacían con ellos?

—¿Y ya está? ¿Nada más? Vamos. Suéltalo todo.

La malicia brilla en esos ojos que tanto han visto. Parece como si fueran capaces de leer en su interior. El joven se deja llevar por la invitación del viejo guerrero. Sin cortarse, llega hasta el final:

—Vale. Hay otro asunto que me intriga. Aparte de lo que les vieron hacer a los alemanes, lo que hicieron sus compañeros de la División que fuera más allá de lo que autorizan las leyes de la guerra.

—Ahora sí —asiente el viejo, con una sonrisa—. Ya sabía yo lo que de verdad te preocupaba. Eres listo, pero al final eres como todos los que no han tenido que asomarse al borde del precipicio. Necesitas formarte una idea simple, etiquetar a la gente. Te ayudaré.

Jorge García Vallejo se pone inesperadamente en pie.

—Un favor te voy a pedir —explica—. Que me acompañes hasta la salida del parque y me dejes contártelo mientras caminamos. Mi hija tiene siempre la comida lista a la misma hora y no puedo hacerla esperar. Llevo toda la vida dándole la tabarra con la puntualidad y diciéndole que retrasarse es faltar y faltarse al respeto.

El joven comprende que en ningún momento ha perdido aquel hombre la noción del tiempo. Le fascina su férreo autocontrol.

—Empiezo por lo de los judíos, que es más fácil. Las grandes limpiezas fueron en otra parte, y muchas estaban hechas antes de que llegáramos nosotros al frente. Sobre todo en Ucrania, que fue donde se pusieron las botas los *Einsatzgruppen*, donde por cierto estaba la peor gentuza de las SS, los antiguos policías que preferían perseguir civiles a combatir. Yo, para que te quede claro, sólo fui soldado, en la División y después, cuando acabé incorporándome a las SS. Sólo estuve en el frente y sólo disparé contra combatientes. De perro de presa no hice jamás. No voy a decir que no lo hubiera hecho si me hubieran obligado, nadie sabe qué puede llegar a hacer en esos momentos, pero nunca me ofrecí para ello y nunca se dio la ocasión. Yo no vi ningún transporte de judíos, de esos que sacan en las películas.

Alguna vez me llegó algún rumor, de alguien que decía que otro le había dicho que había visto. Eso fue todo. Yo nunca fui antisemita, y tampoco creo que fuera un sentimiento extendido en la División. Nuestra bestia parda era el comunismo, la obsesión de los alemanes con los judíos nos resultaba más bien extraña, como una especie de manía que tenían ellos y con la que había que convivir.

—Bueno, por desgracia fue algo más que una manía.

—Te hablo de entonces, chaval, no lo mires con lupa retrospectiva. Lo de la «conspiración judeomasónica», en el fondo, era una chorrada de Franco que no se creía nadie. Ni él mismo, diría yo. De ahí que sus diplomáticos ayudaran a salvar judíos. El enemigo era Stalin. Ahora hay chavales que dicen ser herederos de José Antonio y que se creen la mierda esa de los Sabios de Sión y se empeñan en que el Holocausto es un montaje de Hollywood. Por si te queda alguna duda, nada más lejos de mi ánimo. Lo que puedo decirte es que por aquel entonces yo ni imaginaba lo de los campos de exterminio.

—Está bien. Le creo.

El anciano sonrío, diríase que reconfortado.

—En cuanto al resto de tus preguntas —continúa—, no voy a andarme con rodeos. Aquello era la guerra, y los soldados del Ejército Rojo, como los partisanos, los que querían limpiarnos el forro en cuanto les diéramos ocasión. Si a los alemanes se les iba con ellos la mano cuando caían prisioneros, ya nos parecía que en otras cosas se pasaban un poco, y no era en ésta en la que íbamos a ponernos más estrictos para echárselo en cara. Sobre todo después de ver lo que los *russkis* habían hecho con alguno de los nuestros, ya te conté lo de aquellos pobres de la Intermedia. Y los partisanos, pues verás, las razones que pudieran tener nos fueron resbalando cada vez más, a medida que nos íbamos encontrando a gente de los nuestros con el pescuezo rebanado. Yo no participé en ninguno, pero claro que me consta que hubo fusilamientos de partisanos sin juicio y por la vía rápida. Lo que, francamente, está muy lejos de quitarme el sueño.

El joven no puede dejar de reconocerlo:

—No diré que ha eludido mis preguntas.

—No tengo por qué. Si te parece, nos separamos aquí. Mañana sigo con algo que espero que no te aburrirá. Cómo, en lugar de regresar a España con la gente de mi batería al cumplir el año de servicio, me quedé allí y pedí mi traslado al batallón de zapadores. Con el que me vi metido en la batalla de Krasny Bor, a las órdenes de un capitán llamado José Aramburu Topete. El primero de los dos hombres de quienes puedo y debo decir que me salvaron la vida.

En condiciones normales, yo no habría sabido ni remotamente quién era José Aramburu Topete. Cuando se jubiló yo debía de andar en la transición del biberón a los potitos, y la memoria que quedó en el registro colectivo de su participación en cierto acontecimiento histórico fue bastante exigua, eclipsada por la de otros intervinientes mucho más aparatosos o de más alto rango. Pero quiso el destino, o la simple casualidad, que el momento en que supe del nada común recuerdo de gratitud que de él guardaba Jorge García Vallejo fuera poco después de que los periódicos trajeran su necrológica. El día que dieron la noticia de su muerte yo me había hecho con un periódico abandonado en el metro, y cuando mi profesor dijo esos dos apellidos, tan poco comunes, no pude evitar acordarme:

—Aramburu Topete... Juraría que leí el obituario de alguien con esos mismos apellidos la semana pasada.

Mi profesor me observó, complacido.

—Veo que estás atento a los asuntos que parecen secundarios. Al leer el periódico, me refiero. Buena cosa. Y si vas a preguntarme si es el mismo Aramburu de ese obituario, la respuesta es sí.

—Estoy tratando de recordar lo que leí sobre él —dije.

—Lo hago yo por ti. Director general de la Guardia Civil el 23 de febrero de 1981, su intervención en las primeras horas fue decisiva para que el cuerpo armado a sus órdenes no secundara el golpe de Estado, iniciado precisamente por la acción de unos guardias civiles. Rodeó con su gente el Congreso y se instaló en el Hotel Palace para seguir las operaciones. Le pidió personalmente a Tejero que se rindiera, pero el teniente coronel le amenazó con pegarle un tiro y después pegárselo él, por lo que prefirió continuar las

negociaciones a través de intermediarios. Al final se impuso la razón y gracias a Aramburu puede decirse que, si bien unos guardias se sublevaron, la Guardia Civil se mantuvo leal al gobierno legítimamente constituido. Pero de él, como de otros que fueron cruciales para que aquella aventura fracasara, se guarda poco recuerdo. La gente, por alguna extraña razón, ha preferido recordar los nombres de los golpistas. Bueno, y algunos otros nombres, seguramente más ilustres, pero que no se acercaron al toro tanto como lo hizo Aramburu.

—La necrológica era muy elogiosa, por lo que recuerdo.

—Sí, es lo que suele suceder aquí. Te relegan al olvido, te sacan un ratito cuando la palmas y de vuelta al baúl. En años, sólo me he encontrado a uno que se acordase de aquel hombre. Y no tenía demasiado mérito, porque era un guardia civil. Que por cierto me habló de él con cierto resquemor, porque por lo visto en la noche de marras se le escapó una respuesta desafortunada. Fue cuando le preguntaron si respondía de la lealtad de la Guardia Civil, y al parecer dijo que de su propia lealtad respondía, pero que de sus hombres no estaba seguro. Según el guardia civil que te digo, esa frase delataba que Aramburu no dejaba de ser un militar de Ingenieros que no conocía a la gente que le habían puesto a mandar, y de la que habría podido responder sin esas dudas, como luego se demostró.

—Lo que yo estoy tratando de asimilar —confesé— es que ese mismo tipo, cuarenta años atrás, estaba en la División Azul.

—No sólo estaba. Era capitán de una compañía de zapadores, o, lo que es lo mismo, mandaba una unidad de choque que se veía bajo el fuego una y otra vez. Los alemanes le condecoraron con dos Cruces de Hierro, de segunda y de primera clase. Y antes de eso se había alistado voluntario en el bando nacional, y había participado en batallas como la de Teruel y la de Brunete, siempre en primera línea y jugándose el tipo entre los carros de combate. Vamos, todo lo contrario de los oficiales de artillería que recordaba Jorge García Vallejo, incluido ese Armada con el que Aramburu se las tuvo que ver el mismo 23-F, después de haber compartido división en Rusia.

—Comprenderás que me llame la atención el viraje.

—Pero eso no es lo que más debería importarte de él —me recriminó—,

aunque tenga su morbo. Debes meditar qué función cumple en tu historia, es decir, lo que significó para Jorge, que a lo mejor tiene que ver con las posiciones que Aramburu acabó asumiendo al final de su vida, tan lejos de las de sus inicios. Quizá te interese saber que rechazó un nombramiento de gobernador civil en los 60, y que escribió su testimonio personal de la batalla de Krasny Bor. Casualmente tengo aquí el enlace donde podrás bajártelo de Internet. Yo que tú lo apuntaría y me lo leería, forastero.

Me tendió su iPhone, sonriendo. Y yo lo miré, y apunté el enlace. A veces, la verdad, me irrita un poco resultarle tan predecible.

Varias semanas después de buscar (y leer) el testimonio de Aramburu sobre Krasny Bor, llego al punto de mi relato en el que me toca contar lo que Jorge García Vallejo vivió a las órdenes de aquel oficial. Pero antes de hacerlo me entra una duda que comparto con mi profesor, la siguiente vez que nos vemos. Me ha convocado a otra de sus enigmáticas excursiones, que esta vez nos lleva, según ha tenido a bien revelarme, a Toledo. Durante el breve viaje aprovecho para repasar las cuestiones que me va planteando la escritura.

—Ya he terminado de escribir lo que te contó Jorge la primera mañana —le informo—. Y he recogido la recomendación que te hizo sobre esa novela, *División 250*, de Tomás Salvador. Ya hemos hablado de esto, pero no sé yo si me convence mucho lo de no...

—¿No leerla? —recuerda, al instante—. Insisto en ello. O, para ser más exactos, te la prohíbo. Ni ésta ni las de Fernando Vadillo ni ninguna otra novela divisionaria. Naturalmente, puedes desobedecer mi prohibición, no tengo manera de imponértela. Pero, créeme, es mejor que me hagas caso. Lee todo lo demás. Novelas, cero.

—Pero seguro que...

—¿Seguro que tienen información útil, vas a decir? Desde luego. Y no te voy a decir que carezcan de interés literario, cada una a su manera y desde su perspectiva, claro, aunque como puedes imaginar hay algunas que leo con más gusto que otras. Pero son libros viejos, escritos por viejos, dicho sea sin afán de menospreciar a sus autores. Lo mismo te diría de mí si yo hubiera escrito algo al respecto. Tienes que escribir tu novela, y tienes que procurar que exprese tu mirada, tu voz, no las de otro. Prefiero que metas la pata antes que arriesgarte, por evitarlo, a impregnarte de una forma de contar que no es

la tuya. Te he dado libros de Historia, fotos, revistas. Tienes el recuerdo del propio Aramburu, que es una joya para reconstruir el episodio de Krasny Bor. Tienes lo que me dijo a mí uno que estuvo allí, que para eso me he molestado en contártelo. No necesitas novelas. Si quieres, léelas después, cuando hayas acabado, por si te ayudan a corregir algo. Pero nunca antes. Bajo ningún concepto.

Su vehemencia no admite réplica. Como él dice, puedo desobedecerle a hurtadillas, pero de ningún modo le haré cambiar de opinión. Ha emitido su veredicto sobre la cuestión y es inamovible.

—Está bien. —Me rindo—. ¿Piensas avanzarme algo de lo que va a pasar esta tarde, o me dejarás otra vez a los pies de los caballos?

—No te lo tomes tan a pecho, Lázaro, ni que te hubiera sometido a tortura o te hubiera vejado de alguna forma. Sólo trato de fomentar tu espíritu de cazador. Las historias no vienen cuando estás preparado, igual que la pieza no se te pone a tiro cuando tú quieres, salvo en esas patéticas monterías para banqueros donde les sueltan ciervos lelos criados en granjas, para que les den a pesar de haber perdido el hambre y los reflejos. La historia viene cuando quiere, como el animal salvaje aparece cuando le dicta su capricho soberano. *Le roi vient quand il veut*, que dice el maestro Pierre Michon. Lo que quiere decir que tienes que aprender a improvisar, compañero.

—Ya voy a tener que hacerlo. ¿No te parece que sería piadoso por tu parte darme al menos quince minutos para hacerme a la idea?

—De acuerdo. Concedido. Te he organizado esto antes de que te metas más en harina. Hay un tic frecuente en la literatura y el cine de guerra, que es hacer pasar a los jefes, es decir, a los oficiales, por imbéciles a quienes todo el rato salvan el culo sus sargentos. Empezó Burt Lancaster en *De aquí a la eternidad*, beneficiándose a la señora de su inepto capitán, y desde entonces son legión los oficiales ridiculizados, hasta llegar a los de *Generation Kill*, como has podido comprobar tú mismo. No te digo que el estereotipo no sea verdad en algunos casos, pero no lo es en todos, y sobre todo no lo es en la historia que a ti te ocupa y en el momento del relato en que te hallas. Así que, antes de que sigas, he creído que te vendría bien conocer a alguien que te ayudará a no caer en el tópico. Yo voy a conocerlo contigo, pero me han dado

todas las garantías. Y ya sabes que mis fuentes son de absoluta confianza. Lo has comprobado.

—¿Quién es él? Perdón, o ella...

—Un capitán de la Legión. Bueno, ya comandante, casi.

—Ah.

Me imagino lo que pensarían mis colegas de la facultad si les contara que dedico mi tiempo libre a relacionarme con oficiales de la Legión. En mi entorno, es posiblemente uno de los personajes que menos encajaría con la sensibilidad dominante. Yo mismo trato de representarme cómo será este hombre al que me llevan a entrevistar. Cediendo a la idea más extendida, imagino un tipo barbudo, despechugado y con tatuajes, que bebe todo el tiempo coñac o leche de pantera y que lleva en el reloj una bandera con aguilucho.

Cuando nos reunimos con él, en el parador de Toledo, compruebo hasta qué punto pueden resultar fallidos mis pronósticos. El capitán es un treintañero afable, perfectamente rasurado y vestido con ropa de *sport* tirando a discreta. No desentonaría en el centro comercial de una urbanización burguesa de la periferia. En su Viceroy de acero no hay más adorno que la marca del propio reloj, y la consumición que tiene ante sí (ha llegado antes que nosotros) es un Nester con hielo y limón. Me sacudo a toda prisa mis prejuicios y mis cálculos sobre cómo tratar con el sujeto patibulario que, manifiestamente, no es quien nos concede esta tarde su amable atención.

Mi profesor hace sin pérdida de tiempo las presentaciones y sitúa al capitán respecto a lo que esperamos de él. Como no es la primera vez que le veo hacerlo, me ratifico en la impresión de que, a esas alturas de su vida y de su carrera, ha desarrollado una capacidad insultante para abolir la distancia con los desconocidos y ganarse su confianza. Lo hace mezclando un calculado respeto por el interlocutor con una naturalidad pasmosa para hablar de sí mismo y dar la sensación de exponerse sin reserva alguna. Al final, lo que acaba pasando es que quien habla con él no consigue averiguar nada de su ser más profundo (aunque pueda obtener, eso sí, un buen reportaje acerca de su máscara), mientras que mi profesor se lleva clavados en su arpón los higadillos del otro. Pero el capitán legionario lo escucha con una especie de

neutralidad vigilante, que me sugiere que esta vez no le va a ser tan fácil (no nos va a ser tan fácil) consumir el ventajoso trueque habitual. Contra lo que había previsto, el capitán legionario me da la impresión de ser un tipo tirando a cauteloso, que mide bien sus palabras y escoge aún mejor sus silencios.

Hechas las presentaciones, entramos en materia. Es, como ya deduje en cuanto me anunciaron su condición, otro veterano de Irak, con experiencia de combate. Algo distinta de la de los otros.

—Yo estuve sobre todo en Diwaniya —nos informa—. Lo que quiere decir que me perdí la batalla gorda, la de Nayaf. Pero también tuvimos mis hombres y yo nuestra ración de tiros. La primera vez que estuvimos a punto de abrir fuego fue antes del 4 de abril. Había una aldea que conocíamos bien, porque en ella vivían una especie de gitanos, gente nómada que no respetaba las leyes de los chiíes. Sobre todo la conocíamos porque allí, al contrario que en el territorio dominado por los ayatolás, podía comprarse cerveza. Un día nos avisaron de que la estaban atacando con fuego nutrido de fusilería y de mortero. Como nuestra misión era, entre otras cosas, el mantenimiento del orden, allá me fui con una sección. Más preocupado que otra cosa, la verdad, y no porque me asustara aquella gente.

—¿Por qué, entonces? —acierto a preguntar, con un hilillo de voz.

—Muy sencillo —explica—. Las reglas de enfrentamiento que tenía no me permitían hacer demasiado. Repeler el fuego si nos atacaban. Pero no estaba autorizado a disparar yo primero, ni siquiera para tratar de detener una agresión entre iraquíes. Me fui para allá pensando cómo iba a meterle mano a aquello, si los que estaban atacando el pueblo no salían pitando en cuanto nos vieran llegar.

—¿Qué pasó?

—Que no salieron pitando. Eran los del Mahdi, y ya empezaban a estar muy crecidos. Aparecieron allí un par de clérigos y me dijeron que no nos metiéramos, que ya lo estaban arreglando entre ellos. Esos tipos estaban acostumbrados a la autoridad que tenían ante los suyos, y además intuían que nuestras posibilidades de intervenir eran limitadas. Negociábamos más que imponíamos, ya nos tenían tomada la medida. Mientras tanto, se seguían oyendo los morteros y los tiros. Estaban arrasando la aldea, literalmente.

Pensé en mis órdenes. Y pensé en si podría dormir después de dejar que aquella gente pisoteara a los de la aldea sin que nosotros hiciéramos nada. Me dirigí al intérprete y le pedí que tradujera bien. Le dije al ayatolá que tenía media hora para conseguir que se largase aquella gente. Que pasado ese tiempo, y le señalé mis blindados, cargaríamos con todo y no dejaríamos en pie a nadie que estuviera haciendo fuego contra el poblado. El ayatolá me miró a los ojos y tuve que echarme a la espalda algo francamente jodido. Convencerle con ellos de que estaba dispuesto a hacer eso que no estaba autorizado a hacer.

—¿Y funcionó?

—Depende de lo que entiendas por funcionar, en este caso. El ayatolá se volvió sobre sus pasos y los del Mahdi pararon el fuego y se retiraron. Pero cuando entramos en el poblado ya sólo quedaban ruinas carbonizadas, y la gente que vivía allí había salido despavorida. El nuevo Irak, que no era ni mucho menos ese de la democracia y la libertad que les habían vendido, había llegado a aquel agujero. A partir de ese día, dejó de haber donde comprar cerveza.

—Debió de ser frustrante.

El capitán se encoge de hombros.

—No, no más que otras cosas. Es un país grande, con mucha gente, y nosotros éramos muy pocos. Lo que podíamos hacer era impedir que nos mataran, pero aspirar a controlarlo todo era una quimera. Poníamos un parche allí donde podíamos, mientras la situación se nos escapaba de las manos. Pero no sólo a nosotros, también a los yanquis. Por eso acabó llegando lo del 4 de abril. Los del Mahdi sólo estaban esperando el detonante, y se lo dio el secuestro de su jefe en Nayaf. La prueba es que la bronca se lió en seguida y no sólo allí, sino también en Diwaniya. Y de ahí vino el incidente por el que me imagino que os habrán recomendado hablar conmigo.

—Sí —corroboraba mi profesor.

—En realidad, no fue nada del otro mundo. Pero en un ejército que lleva mucho tiempo en paz, y sin sufrir más escaramuzas que los pequeños percances que hubo en las misiones de los Balcanes, parece una gran experiencia. Lo que nos encargaron fue proteger una misión de negociación

con los jefes del partido chií, Al Dawa, en Diwaniya. Para eso teníamos que ir hasta la sede, que ellos llamaban del Mártir Sadr, el padre de Muqtada, en la ciudad. Llevábamos un oficial de operaciones psicológicas, para tratar de parlamentar con ellos y apaciguarlos. Pero tal y como estaba el percal, con toda la ciudad hirviendo de manifestantes encolerizados, en lugar de despacharlo en un todoterreno con escolta fuimos con una columna de blindados de infantería reforzada por dos de caballería. A mí me tocó el mando de la columna, porque el grueso de los que iban en ella eran mis legionarios. Y así fue como me vi metido en aquella ratonera, de la que salimos todos porque Dios es bueno, o español, que decimos los que estuvimos en Irak, por las pocas bajas que tuvimos en una misión que podría haber costado más cara.

El capitán hace una pausa para largarle un sorbo a su bebida, y quizá también para ordenar sus recuerdos y darles una forma más acorde con su temperamento, cualquier cosa menos enfático.

—Andar con una columna de blindados por una ciudad hostil es mucho más peligroso de lo que parece —explica—. A la vuelta de cualquier esquina te la pueden meter, y lo peor es que con trastos de quince toneladas no puedes maniobrar como si llevaras un Corsa. Cuando aquella gente se puso de uñas, hubo que hacer virguerías para protegernos. Y alguna que otra burrada, también. Por ejemplo, el reconocimiento por el fuego, que se inventó uno de caballería, y que consistía nada menos que en cañonear las azoteas antes de llegar a una plaza, donde era más fácil que te emboscaran cuando reducías la velocidad para hacer el giro. Aquel día no tuvimos muchas dificultades para llegar, pero menos mal que se me ocurrió pensar en cómo colocaba los blindados en la calle de la sede del partido y en la paralela, en lugar de meternos todos allí sin más.

—¿Por qué?

—Porque no hubo tiempo de nada. Tan pronto como llegamos a una distancia efectiva para que nuestro oficial de operaciones psicológicas se dirigiera a aquellos energúmenos, empezaron a dispararnos. Y no empezaron flojo, sino con un RPG que por poco no nos voló uno de los blindados. Hubo que abortar la misión de negociación antes de empezarla y organizar la

defensa y la evacuación de la columna. Bueno, no sé si queréis que entre en detalles. Está todo grabado: hay un vídeo que hizo el equipo de *combat camera* que llevábamos, y también está grabado el audio de la radio, no sé si os lo han pasado. Ya ha circulado, así que no hay problema.

Mi profesor extrae un cedé del bolsillo de su americana.

—Aquí lo tengo.

—Bueno, pues entonces os hago el resumen general. Lo principal era mantener a raya el fuego enemigo y, una vez contenido, establecer una secuencia para sacar a la columna, dividida en dos núcleos, de un avispero infestado de enemigos. Uno no puede mover todos esos blindados de cualquier manera, lo que a mí me tocaba era tener la cabeza fría para sacarlos por orden, de forma que ninguno estorbara a otro y ninguno quedara desprotegido. Como una especie de Tetris al revés, deshaciendo la figura que habíamos armado, pero bajo el fuego enemigo y sin contacto visual con la mitad de mi gente, que estaba en la otra calle. Por fortuna, todos respondieron bien y nadie se amontonó. Los americanos nos habían puesto de cobertura dos helicópteros Apache, que nos sirvieron para el movimiento final, cuando salimos todos y retiré el último blindado, de caballería, que había situado para controlar la sede del Mártir Sadr.

—Para controlar, ¿cómo?

El capitán se permite su primera sonrisa.

—Pues cómo va a ser, a cañonazos. En el vídeo lo verás. Sólo dejó de disparar cuando los dos Apaches se plantaron delante del edificio y empezaron a martillearlo con sus cañones. Pero todavía en el camino tuvimos que emplear nuestras armas para deshacernos de atacantes. Lo que puedo decir, y de eso me enorgullezco, es que volví con todos los vehículos con los que había salido, y con toda la gente que había partido en ellos. Todos ilesos y con el ánimo bien alto. Cuando entramos en la base y bajamos de los vehículos los formé y les pedí que recitaran el espíritu de combate. La verdad es que nunca había oído gritarlo así, y dudo que vuelva a oírlo.

—¿El espíritu de combate?

El capitán me observa, con un gesto inquisitivo. Parece querer calar en mi reacción más profunda ante lo que va a decir:

—El espíritu es como una especie de principio o regla de actuación para el legionario. Los redactó el fundador, Millán Astray, inspirándose en el *bushido*, la filosofía de los samuráis. Pero no sé si sintonizarás mucho con él —conjetura, con cierta retranca.

—Pues no sé. ¿Puede decírmelo?

—Claro, pero tutéame, hombre, que no soy tan viejo, ni tú soldado. El espíritu de combate dice así: «La Legión pedirá siempre, siempre, combatir, sin turno, sin contar los días ni los meses ni los años».

Como no se me ocurre qué comentario hacer, no hago ninguno.

—Y esto fue todo, grosso modo —concluye—. Pero ya te digo que no presumo de ello. Cumpí con mi deber y con mi responsabilidad, creo, y oímos bastante pólvora, pero menos que otros. Mis legionarios habrían podido con mucho más de lo que nos tocó.

—Supongo —me animo a sondearle— que a lo largo del combate, con tanta gente y tanto armamento disparando, le harían bastantes bajas al enemigo. Y me pregunto si en ese escenario, una ciudad, se pudieron cerciorar de que no dañaban a ningún civil inocente.

—Les hicimos unas cuantas bajas, sí —me responde—. No sólo las que yo pude percibir directamente, sino otras, de las que después o en el momento me dieron informe mis hombres. Pero pongo la mano en el fuego si digo que no cayó nadie que no hubiera tomado las armas contra nosotros. Entre los que yo vi caer, te lo certifico. De los demás, me fío de mis hombres. Tenían buena instrucción, y las distancias del combate eran muy pequeñas. Sabían a qué disparaban. En medio de una refriega así, más vale gastar todas tus balas con quien te crea peligro, en lugar de regarlas al tuntún. Un civil alcanzado no sólo es un error lamentable, sino también un combatiente enemigo al que dejas de darle lo que te conviene que reciba.

El capitán, acaba de disiparme cualquier duda que pudiera quedarme, es un sujeto seguro de sí mismo. Y como la práctica me hace más audaz, o inconsciente, me atrevo a ponerle a prueba:

—¿No ha pensado, perdón, no has pensado nunca que esa gente estaba en su país, luchando por su independencia, y que a lo mejor no fue del todo una buena acción ir allí y acabar con ellos?

El capitán se echa atrás. Toma aire.

—Sí, supongo que ésa es la pregunta. Para el que se queda aquí, quiero decir, y luego tiene que juzgar con su voto, o con lo que sea, a los que toman las decisiones. Pero yo soy un soldado, y estaba allí, y con gente a mis órdenes. No me alegra que mis legionarios mataran a aquellos hombres. Me habría gustado evitarlo. Íbamos a negociar con ellos. Pero no pudo ser, y a partir de ahí, te aseguro que para mí es mejor que fueran ellos los que mordieran el polvo y que los míos estén con sus familias. En la vida, y cuando llega la hora de la lucha se ve claro, no hay cosas buenas y malas, sino mejores y peores. El militar se entrena para que pase lo mejor para él y los suyos, y lo peor para los de enfrente. Y el oficial tiene un plus de responsabilidad: el de organizar el combate para que salga de ese modo. El valor y la competencia de sus hombres ya se dan por sentados.

La entrevista se prolonga con algunas otras cuestiones que, sin dejar de tener su interés, resultan menos contundentes que esta declaración que el capitán formula con una voz en la que no hay fisuras, como tampoco parece que las haya en su razonamiento.

Por la noche, en casa, escucho el audio del combate, tal y como se registró en el circuito de radio, y miro el vídeo que grabaron los cámaras militares de la operación. Son muchos los pormenores que me resultan útiles para mi tarea, pero hay dos detalles que me impresionan por encima del resto. Uno, la imagen del blindado de caballería percutiendo a cañonazos la fachada del edificio enemigo, de una violencia desaforada, y que tanto contrasta con la versión oficial del momento, según la cual los soldados españoles estaban en Irak en misión estrictamente humanitaria. Otro, la serenidad a prueba de balas, nunca mejor dicho, que se advierte en la voz del capitán, mientras ordena acciones ofensivas y dispone el repliegue, con una soltura y una seguridad que denota que tiene en la cabeza la posición de todos y cada uno de sus vehículos, y la mente tan ágil como para irlos moviendo sin cometer una sola equivocación.

Antes de dormirme, pienso en mi relato. Llego al momento en que Jorge sirve a las órdenes de un oficial cerebral, como aquél, y se cruza en su camino el espíritu de combate legionario. La entrevista de esta tarde ha sido

cualquier cosa menos fruto del azar. Está claro que mi profesor se está tomando a conciencia su labor de tutoría.

En septiembre de 1942, la División Española de Voluntarios fue trasladada del sector de Nóvgorod al de Kolpino, un arrabal de Leningrado. El movimiento formaba parte de una ambiciosa ofensiva alemana, cuyo objetivo era apretar el dogal sobre la ciudad para intentar rendirla de una vez. Las condiciones en que a la sazón estaban los habitantes de la antigua capital de los zares, tras cuatrocientos días de asedio (y aún quedaban quinientos más), eran dantescas. Según las crónicas, después de comerse todos los animales y las cortezas de los árboles, llegaron incluso al canibalismo, lo que quizá explica la desesperación con que mantenían su resistencia.

Pero al final la gran ofensiva se paralizó y los españoles volvieron a verse atrapados en una guerra estática. Los alemanes necesitaban todas las fuerzas que pudieran movilizar en el Volga, donde ya se gestaba por esos días la catástrofe de Stalingrado. El sector del frente ocupado por la División 250, en comparación, se volvió irrelevante. Por aquel tiempo, la composición de la División había variado sensiblemente. Agotado el entusiasmo inicial, y relevada buena parte de la primera hornada de voluntarios, se había llegado incluso a cubrir sus reemplazos con personal procedente del servicio militar obligatorio. Entre los que mantenían la llama estaba el para entonces reenganchado y ascendido a cabo primero Jorge García Vallejo, en un nuevo destino, buscado por el joven voluntario para conocer el fragor de un combate que, sin embargo, seguía rehuyéndole.

Había rehusado que lo repatriaran con sus compañeros de batería, como les fue ofrecido al cumplir un año de servicio. Para prolongar su estancia en Rusia, Jorge alegó su juventud y que hasta allí apenas había sufrido los rigores de la campaña. Admitida su solicitud, se presentó para cubrir una de

las muchas vacantes en una de las unidades sometidas a mayor desgaste de toda la División: el batallón de zapadores. Allí creyó que tendría por fin la acción que tanto había anhelado, y la noticia del traslado y de la ofensiva le hizo concebir esperanzas de que pronto podría probar su valor en batalla.

Pero pasaron los meses, y llegó de nuevo el invierno sin que a Jorge, en su nueva unidad, se le ofreciera otra actividad que la de los penosos trabajos de fortificación, minado y desminado, ni más peligro que el de las escaramuzas propias de la guerra de trincheras. Tuvo ocasión de odiar con toda su alma aquella tierra petrificada, en la que costaba Dios y ayuda abrir zanjas. Para desahogar su frustración, se hizo primero cabo y luego cabo primero. La máquina de guerra alemana perdía gas, o lo reservaba todo para el envite de Stalingrado, la ciudad que llevaba el nombre del líder soviético y cuya conquista era un hito simbólico para Hitler. En diciembre, el carismático general Muñoz Grandes, que se había hecho demasiado célebre, para el gusto del dictador que lo había seleccionado para aquella función, fue ascendido a teniente general y sustituido por un jefe competente, pero bastante más gris, Emilio Esteban-Infantes. Sumido en la relativa calma que reinaba en su sector, Jorge llegó a pensar en pedir el regreso a casa. Pero allí, en el batallón de zapadores, le aguardaba su destino. Un destino con tres nombres propios. El de un joven oficial, el de una aldea, el de un viejo soldado.

Aramburu, Krasny Bor, Laureano Grau. Por este orden llegaron a su vida, y por este orden habrá que dar cuenta de cada uno.

El capitán Aramburu, jefe de su compañía de zapadores, era un tipo cordial y sereno que se hacía sin embargo respetar. Lo acreditaba una hoja de servicios en la Guerra Civil cargada de hechos de armas y medallas, pero quizá por eso mismo se hallaba exento de la necesidad de darse importancia. Él fue el que lo animó, al conocerlo y advertir su sentido del deber y su entrega al servicio, a presentarse al ascenso. En él encontró, por primera vez, la referencia de un jefe al que podía admirar, y que estaba en todo momento pendiente de la suerte y las condiciones de sus hombres. No se le caían los anillos, aunque su grado le impidiera arremangarse como la tropa, a la hora de meterse con sus soldados en el campo y dar a pie de obra, o lo que es lo mismo, jugándose la piel, las instrucciones que fueran del caso. Más de una

vez lo vio Jorge tomar la pala, o coger una mina, para enseñarle a su gente lo que esperaba de ella que hiciera. También era un tipo con un notable sentido del humor, posiblemente el que se lo descubrió a un Jorge en cuya vida, hasta ese momento, apenas habían tenido cabida la tragedia y la solemnidad. Era para verlo cuando departía con los oficiales de enlace alemanes, a quienes desconcertaba con su desenvoltura y, por qué no decirlo, con esos ojos azules que tanto desentonaban para ellos con su procedencia meridional. Luego, cuando los alemanes se marchaban, resumía la jugada con algún chascarrillo, que servía para disipar de un plumazo la tensión que solían traer aparejada las inspecciones.

La aldea, Krasny Bor, era una pequeña población formada por un conjunto de isbas y algunos edificios de ladrillo, dispuestos en cuadrícula. Nada tenía de particular, aparte de la situación en que quedó dentro del frente en las primeras semanas de 1943. Para comprenderla, quizá sea oportuno ofrecer algunos antecedentes.

En el tránsito entre 1942 y 1943, la fortuna comenzó a volverles definitivamente la espalda a los alemanes. Las malas (o pésimas) noticias comenzaron a llegar desde el norte de África. En noviembre, una fuerza expedicionaria anglonorteamericana desembarcó en Marruecos y Argelia. Más al este, el *Afrika Korps* de Rommel empezó a retroceder. Pero el apocalipsis se avecinaba en Rusia. El VI ejército, que había quedado cercado en Stalingrado, sostenía una resistencia cada día más precaria, frente a un Ejército Rojo que enviaba oleada tras oleada de tropas a través del Volga para aniquilarlo. Las pérdidas de los soviéticos eran ingentes, pero ésa no fue nunca cuestión que preocupara en exceso a Zhúkov, el máximo jefe militar ruso, ni al resto de sus generales. La inacabable retaguardia asiática de la URSS ofrecía cantidades ilimitadas de carne de cañón, que podían gastar con toda prodigalidad. En aquel contexto, los alemanes empezaron a reaccionar a la desesperada, moviendo grandes unidades de un sitio a otro de sus larguísimas líneas. Por lo que se refiere al sector de Leningrado, ello les acarrió a sus defensores la pérdida de su única división Panzer, la 12ª. En adelante, deberían sostener las operaciones sin el apoyo de carros de combate, un recurso del que, en cambio, el enemigo dispondría en

abundancia. Tal disposición de fuerzas, en la práctica, impedía a la Wehrmacht una acción ofensiva sobre la ciudad, y abocaba al XVIII ejército, del que formaba parte la División Azul, a mantenerse a la defensiva. Junto a ella había otras seis divisiones de infantería, una de cazadores de montaña y la más pobre de las divisiones de las Waffen-SS, la 4ª, o SS-Polizei, formada con efectivos procedentes de las fuerzas policiales y tan escasamente motorizada y humildemente armada como la propia División Azul. Los SS eran sus vecinos en el sector del frente situado frente a Kolpino. Y justo ahí, en el extremo oriental de los treinta kilómetros que defendían los españoles, se situaba la aldea de Krasny Bor.

Durante los primeros meses del despliegue español, la importancia estratégica del enclave era relativa, sin resultar desdeñable. A fines de septiembre, los rusos habían intentado una ofensiva que habría podido alterar el panorama, pero los alemanes habían logrado detenerla, en lo que llamaron la primera batalla del Ladoga. No sería hasta enero de 1943 cuando las líneas empezaron a moverse peligrosamente. Una segunda ofensiva al sur del Ladoga, lanzada por los rusos el 12 de enero, falló en su objetivo principal, hacerse con el nudo ferroviario de Mga, crucial para restablecer la comunicación entre Moscú y Leningrado, pero logró arrinconar a las fuerzas alemanas en un frágil saliente que se convirtió en un nuevo objetivo estratégico. Para reducirlo, uno de los puntos de ruptura era precisamente Krasny Bor, que además se situaba en la línea de la vía férrea y la carretera de Moscú, y por tanto adquiría un doble atractivo para un alto mando ruso obsesionado por librar del cerco a la ciudad donde había estallado la Revolución de Octubre.

Allí, en Krasny Bor, al atardecer del 8 de febrero de 1943, se concentraba una veintena de compañías de la División Azul. Diez de ellas en primera línea, y el resto en segunda línea y reserva. Una de las situadas en segunda línea, la tercera de zapadores, era la del capitán Aramburu, donde servía Jorge. Aunque habían marchado durante todo el día, al llegar a la posición asignada no pudieron descansar. Esa misma noche les tocó fortificarla y prepararla para su defensa. Para hacerse una idea del escenario, todo el campo estaba cubierto de nieve helada, con lo que las tareas de fortificación y

minado hubieron de hacerse con las dificultades que cabe suponer. Pero no había más remedio que vencerlas, porque las informaciones de inteligencia no dejaban lugar a dudas: en el sector de Kolpino los rusos habían concentrado abundante artillería y las trincheras estaban a rebosar de gente. Un ataque a gran escala se estaba preparando sobre Krasny Bor, y las unidades españolas iban a llevarse, junto a los SS de la 4ª División, el grueso del golpe. Tan sólo diez días atrás, el VI ejército alemán del general Von Paulus había capitulado en Stalingrado. Para los rusos, que sentían de pronto al dios de la guerra de su parte, había sonado la hora del desquite. Aquellos españoles, ateridos de frío, aplastados en sus trincheras por un clima tan distinto del suyo, no podían ser un gran obstáculo.

Allí, en Krasny Bor, en la primera línea, en una posición próxima a la de Jorge, se hallaba ese 8 de febrero de 1943 el cabo de infantería Laureano Grau. A aquellas alturas, llevaba casi veinte años de servicio de armas, y bien habría podido decirse que ya no sabía estar sin un fusil entre las manos. Al término de aquella jornada, Jorge y él aún no se conocían. Lo que habían de vivir dos días después sirvió para reunirlos, en una historia que irá mucho más allá, y que es, en definitiva, la que cuenta este libro, o como sea más prudente calificarlo. Laureano Grau, quizá sea también el momento de decirlo, es el hombre al que intenté poner voz (con muy poco éxito, me temo) en su primera página. El que había de instruir, tutelar y proteger a Jorge García Vallejo, en su viaje hasta el fondo del horror. El hombre hasta el que he de llegar, si logro llevar hasta buen puerto mi relato, y en el que, en cierto modo, comienza y termina a la vez.

Y ahora que tengo ya casi juntos a estos dos futuros soldados de la calavera, permítaseme hacer un alto en el camino para tomar fuerzas y para celebrar, por qué no, el haber sido capaz de cubrir el trecho que queda recorrido. Honestamente, no creí que fuera capaz. En este punto, rozo ya el ecuador de mi empeño. Según dice mi profesor, a partir de ahí es todo cuesta abajo. Espero que tenga razón.

A las seis y media de la mañana del 10 de febrero de 1943, una hora después de que amaneciera, y cuando apenas empezaba a levantarse la niebla que cubría el terreno, el infierno se desató sobre Krasny Bor. Sé que es una forma tópica de decirlo, pero en esta ocasión me temo que resulta particularmente pertinente y exacta. La poderosa artillería rusa, formada por más de quinientas piezas, entre cañones, obuses y camiones lanzacohetes Katiusha (los llamados por los alemanes «órganos de Stalin»), arrojó sobre la aldea y sus alrededores una lluvia de explosivo que se prolongó durante cerca de dos horas. Algunas de las compañías de la División Azul perdieron, como consecuencia de aquel cañoneo, cuatro quintos de sus efectivos. La artillería de la División, que había abierto fuego poco después de las seis, se reveló impotente para contenerlo.

El bombardeo ruso machacó las posiciones de la primera y la segunda línea, incluida, por tanto, la que ocupaba la tercera compañía de zapadores. Cuarenta y cinco años después, Jorge García Vallejo evocaba así ante su joven interlocutor cómo logró sobrevivir:

—El capitán, Aramburu, nos ordenó que excaváramos una especie de cuevas individuales en la pared anterior de la trinchera. La tierra, helada, no se dejó cavar con facilidad, pero tenía la ventaja de que, una vez que la rompías, aguantaba bien el hueco. Cada uno se hizo su cueva, y cuando empezó el bombardeo nos acurrucamos en ella y protegimos el frente con mochilas, cajas y pertrechos varios. El resultado fue que de nuestra compañía sólo cayeron los que tuvieron la mala suerte de que el pepino les diera justo encima, y no como en otras, donde la metralla causó estragos. Por eso te decía, ayer, que le debo la vida a ese hombre. Y por eso, aunque al final de su

carrera se pusiera a las órdenes de quienes yo nunca podré creer los míos, le mantengo todo mi respeto. Tampoco esa pandilla ridícula a la que se enfrentó el 23-F, por cierto, tiene mi adhesión. A estas alturas, mi adhesión no la tiene nadie. Supongo que fue allí, en Krasny Bor, donde empecé a alejarme de todo y de todos, aunque entonces todavía era muy joven para darme cuenta. No puedes sentir la muerte rondándote, como yo la sentí con aquellas explosiones que te hacían retemblar por dentro y que deshicieron en una papilla de carne y huesos a más de un camarada, y seguir siendo el mismo.

A las ocho y media, las tropas de asalto rusas se lanzaron sobre lo poco que quedaba de la primera línea española. Jorge los vio venir, en medio de un griterío atronador, respaldados por las negras siluetas de sus carros T-34 y KV-1. Desde su posición, junto al resto de su unidad, asistió horrorizado al espectáculo de la heroica e inútil resistencia de sus compañeros. Una a una, aquellas diez compañías, o mejor dicho sus migajas, fueron aplastadas por el enemigo, que para rebasarlas hubo sin embargo de pagar un alto precio. En su desesperación, los españoles vaciaban una y otra vez sus armas contra las oleadas de asalto rusas, a las que, a lo largo de las casi dos horas que acertaron a contenerlas, lograron causar miles de bajas.

Jorge supo que no tardaría en tocarles a ellos cuando el capitán ordenó emplear todas las minas de reserva para plantar un nuevo campo en el flanco oeste de su posición, a fin de detener a los carros enemigos. Para dar la impresión de que el campo era más amplio, y por orden del capitán, colocaron también los envases vacíos de las minas, que entre la nieve y el barro levantado por las explosiones se confundían con las minas reales. A eso de las diez, los rusos llegaron a las posiciones de la segunda sección de su compañía, que se había desplegado a unos trescientos metros. Desde su trinchera, Jorge vio a sus compañeros repeler el asalto, pero el empuje del enemigo era tal que a duras penas podían con él. El teniente Carballo, jefe de la sección, cayó pistola en mano, mientras dirigía un contraataque. Ya estaban muy cerca. Al fin, Jorge García Vallejo se iba a ver las caras con los soviéticos. No como había imaginado, pasándoles por encima, sino intentando que no le pasaran por encima a él. La vida tiende a otorgarnos lo que le pedimos, pero lo sirve a su antojo.

A las diez y media, los rusos se lanzaron sobre su trinchera. Para defenderla, contra un enemigo que cargaba con todo, contaban sólo con armamento ligero: fusiles Mauser, unas cuantas metralletas MP 40, siete ametralladoras MG 34, granadas y un par de lanzallamas. La artillería de la División, formada en las inmediaciones de su posición por antitanques de pequeño calibre, los apoyaba como podía, en una refriega en la que se le amontonaba un trabajo manifiestamente excesivo para su capacidad de contención. Jorge, por primera vez, buscó blancos con su fusil, mientras ordenaba al pelotón a su cargo que hiciera otro tanto y procurase no desperdiciar balas. Imposible asegurarlo, en medio de aquel caos. El fuego, a discreción, se desató a un ritmo irregular, punteado en continuo por el tableteo de las ametralladoras. El olor a pólvora se expandía en el aire, mientras las vainas ardientes, al saltar de las recámaras, caían en la nieve, donde abrían pequeñas simas alargadas y humeantes.

—Mi primer contacto con el combate de verdad, ese en el que ves los ojos del de enfrente —recordaba Jorge—, me descubrió su rostro aterrador, que no es el de la amenaza particular que pueda suponer el enemigo, sino la sensación de que en cualquier momento y desde cualquier lado puede venirte cualquier cosa. La capacidad que tiene que desarrollar el combatiente es la de convivir con esa sensación sin salir corriendo, o sin tirar el arma al suelo y dejarse matar a la primera ocasión. Lo que más te ayuda es haberte adiestrado en los movimientos más mecánicos, y concentrarte en ellos. Yo busqué, en medio de los rusos, el punto más denso, y allí, en una fracción de segundo, escogí mi primera víctima. Apreté el gatillo, lo vi caer. Y a partir de ahí seguí, uno tras otro, repitiendo la operación. Cerrojo, apuntar, fuego, cerrojo, apuntar, fuego... Habían sufrido para pasar la primera línea y se notaba que no esperaban tanta resistencia. Cuando vieron que en la segunda les seguíamos dando, se vinieron abajo. Es algo que percibes, en medio del desbarajuste: cómo la masa de pronto flaquea, se va atrás, y ése es el momento en que tú te vienes arriba, y lo notas porque tus disparos son más certeros, porque la gente rompe a gritar para animarse, porque de pronto alguien a tu lado hace un chiste para festejar que ha tumbado a uno.

En este punto, el joven que le oía no pudo disimular.

—No me mires con esa cara de espanto, muchacho —le desafió—. Si tú hubieras estado allí, habrías reaccionado de la misma forma. Es la condición humana. Somos predadores, que podemos ser depredados. Lo dicen los científicos: por eso nos pusimos en pie y abandonamos las cuatro patas. Para ver mejor a los que querían cazarnos. Para ser nosotros quienes los cazáramos antes a ellos.

A eso de las once, desmoralizados, los rusos volvieron la espalda para emprender la retirada. En ese momento, el que espera todo defensor, los españoles aprovecharon la oportunidad que se les brindaba y lograron diezmar sus filas. Un carro de combate que quedó averiado en un campo de minas atrajo la atención de los zapadores. No contaban con medios blindados para acabar con él, pero a cambio tenían el arrojo y la insensibilidad al peligro de uno de ellos, que se arrastró hasta su posición y logró destruirlo metiéndole una granada de mano por el agujero del periscopio. La explosión confirmó el revés del enemigo y elevó la moral de los españoles.

El bombardeo había destruido todas las líneas telefónicas, por lo que los supervivientes de la tercera compañía de zapadores estaban aislados y sin comunicación con el resto de las fuerzas propias. Ellos habían resistido: apenas oían algunos disparos esporádicos y, a excepción de un asalto que repelieron hacia la una y media, los rusos parecían haber renunciado a tomar su posición. Pero lo que hubiera pasado a su alrededor era una incógnita. Un teniente, despachado por el capitán junto con los heridos al puesto de mando de la División, con encargo de pedir una radio, un médico e instrucciones, recibió del general en jefe una respuesta que bien resumía por sí sola el panorama: lo único que podía ofrecerles era una oración.

En esos momentos la situación, aunque aún tardarían en percatarse de ella en todo su alcance, era que las fuerzas rusas habían logrado desbordar la segunda línea española, a ambos lados de su posición. A la izquierda había pasado la 72ª división de fusileros; a la derecha, la 63ª de la Guardia. La compañía de Aramburu, junto a algunos elementos de la 3ª del batallón 250, que mandaba el capitán Oroquieta, la 7ª del regimiento 262 del capitán Campos (ambas replegadas desde la primera línea) y la 8ª del 262, del capitán Arozarena, eran las únicas unidades que habían resistido el ataque, entre las

dos divisiones soviéticas. Habían quedado, así, rebasadas y cercadas por el enemigo, que había conseguido empujar las líneas del conjunto de la División varios kilómetros a su retaguardia.

A las tres y media llegó a la posición de los zapadores un grupo de soldados de la compañía de Oroquieta, para avisar de la situación agónica en que se hallaban, rodeados por el enemigo y sometidos a continuos asaltos, pero resistiendo aún. Media hora después, mientras oscurecía sobre Krasny Bor, el capitán Aramburu escogió un grupo de hombres para ir en su ayuda. Jorge, junto a su pelotón, formaba parte de la partida. Y bien que lo iba a recordar:

—Trata de situarte allí. La noche cayendo sobre el campo helado, y nosotros avanzando entre los restos del combate, los rusos muertos, los cráteres de la artillería, en busca de no sabíamos muy bien qué ni, lo que era peor, dónde. A esas alturas desconocíamos si los de Oroquieta seguían resistiendo, y dónde habían podido atrincherarse exactamente. No parecía haber movimiento alrededor, todo hacía pensar que los rusos estaban lamiéndose las heridas de la jornada, pero no podíamos fiarnos a esa suposición. Al cabo de un rato nos tropezamos con un grupo de los nuestros. Eran todo lo que quedaba de la compañía. El capitán había caído prisionero, y sus hombres, entre los que había un par de alemanes, se unieron a nosotros para regresar a nuestra posición. Entre ellos me llamó la atención un cabo que me pareció muy viejo. El hombre tendría por aquel entonces treinta y seis o treinta y siete años, pero eso, al veinteañero que yo empezaba a ser por entonces, le parecía una edad fabulosa. A aquel individuo se le veía además bastante castigado, quiero decir, más aún de lo que por aquel tiempo se veía ya a un hombre de esos años, aunque parecía fuerte y en forma. En medio de la oscuridad pude distinguir sus divisas, y descubrí que tenía un grado inferior al mío, pero me costó hablarle como su superior. Fue él quien se me dirigió, antes de que yo pudiera abrir la boca. Nunca olvidaré sus palabras: «A tus órdenes, mi primero. O *mein Obergefreiter*, como más te guste. Se presenta el cabo Laureano Grau, de la 3ª del 250. ¿Te importa que me pegue a tu pelotón? Del mío ya no queda nadie».

El batallón de Reserva 250, al que pertenecía la compañía de Oroquieta, y

por tanto Grau, era la unidad de apagafuegos de la División. Conocido por el sobrenombre de *La Tía Bernarda*, solía tocarle la peor faena, tapar los agujeros allí donde se abrieran. En aquella jornada de Krasny Bor, por ejemplo, ponerse en primera línea a esperar el rodillo ruso. Entre su gente había muchos del perfil de Grau: veteranos de cien combates, procedentes muchos del Tercio; soldados, más que profesionales, impenitentes, dispuestos a tragar metralla hasta el fin de sus días. Jorge acogió a aquel hombre no sin cierta prevención, aunque no tenía el menor motivo para sentirse incómodo. Grau, al contrario que otros veteranos resabiados, respetaba sinceramente sus galones. Y más cuando se enteró de que Jorge era un *guripa*, un divisionario de la primera hora, y no un *mortadela*, como se llamaba de modo despectivo a los recién llegados.

Esa noche, tras regresar con los restos de la compañía de Oroquieta a su posición, Aramburu despachó un grupo de cuatro hombres hacia la retaguardia, para tratar de contactar con los suyos. No lo lograron, y en sus enfrentamientos con las patrullas rusas que se cruzaron en su camino quedó muerto uno de ellos. Según su propio testimonio, Aramburu se reunió entonces con los otros dos capitanes supervivientes, Arozarena y Campos, y entre los tres acordaron evacuar las posiciones que ocupaban y tratar de ganar las líneas alemanas con los 180 hombres que sumaba lo que quedaba de sus compañías. La decisión presentaba no obstante un problema de reglamento, derivado de la aplicación de las Ordenanzas de Carlos III, entonces vigentes, y cuyo artículo 21 imponía a los tres oficiales un mandato insoslayable: «El que tuviere orden absoluta de conservar su puesto, a todo trance lo hará». Órdenes tenían de defender sus posiciones, y en ningún momento habían sido relevados de ellas. Pero era evidente que la situación había cambiado radicalmente, desde el momento en que aquellas órdenes les habían sido impartidas, y el pragmático Aramburu recordó otra regla de las Ordenanzas: «Subordinará siempre el objeto de su combate a la finalidad general de las operaciones, sin caer en la vana satisfacción de un éxito estéril o no proporcionado a su coste». En la situación del frente, permanecer allí atrincherados tan sólo equivalía a sacrificar, sin rendimiento alguno, las vidas de los hombres a su cargo.

Solventado el escollo reglamentario, había que buscar una ruta para la retirada. Hacia el este, donde se desplegaba la 4ª División SS, las posibilidades eran muy inciertas: el frente era demasiado débil y difuso, y las fuerzas alemanas, como luego se confirmó, debían de haber sido desalojadas de sus posiciones. Hacia el oeste había una clara alternativa de escape, el río Ishora, tras el que era probable que el regimiento 269º de la DEV, apoyándose en la barrera natural, hubiera logrado resistir la ofensiva. Pero la distancia era demasiada para recorrerla con garantías de éxito, atravesando un territorio ya en poder del enemigo. Así que los oficiales optaron por la retirada hacia el sur, por la carretera Leningrado-Moscú, aprovechando la protección que les ofrecían sus pronunciadas cunetas.

Acordaron salir a medianoche. Antes de ponerse en marcha, enterraron a los muertos y destruyeron el material que no podían acarrear. A esas alturas, aquellos hombres llevaban casi treinta y seis horas sin dormir, pero de nada servía alegar cansancio. Los heridos, cargados en trineos, debían ser arrastrados por sus propios compañeros, a los que se unió por la fuerza, convertido en animal de tiro, algún prisionero ruso. Jorge, junto con su pelotón, al que se había adosado el cabo Grau, ocupó un puesto en la vanguardia de la improvisada columna, lugar asignado a los efectivos de Aramburu, que eran los que estaban más enteros. En esa posición iniciaron la marcha, con los ojos puestos en el bosque que se extendía al sur de Krasny Bor, y en el que confiaban que hubiera podido detenerse la retirada alemana. Hasta allí, debían cubrir unos seis kilómetros, que en medio de la noche se antojaban una distancia infinita.

Fue Grau el primero que avistó a una patrulla soviética. Le echó la mano al hombro a Jorge y le indicó que permaneciera agachado. Los rusos venían hacia ellos, el encuentro era inevitable. Grau meneó la cabeza y se pasó el índice por la nuez: había que exterminarlos. Jorge vaciló un instante: temió que la acción que proponía Grau atrajera la atención del enemigo sobre la columna y que le pidieran cuentas por ello. Pero la situación no les dejaba otra salida, el choque ya era ineludible y confió en el criterio del curtido cabo. Anticipándose a los rusos, acabaron en cuestión de segundos con la mitad de la patrulla y pusieron en fuga al resto. A lo largo del camino, los zapadores de

Aramburu aún tuvieron un par de tropiezos más, que solventaron de la misma manera expeditiva y sin que en ningún momento se hiciera necesario detener la marcha de la columna.

Finalmente, alcanzaron el bosque. El pelotón de Jorge formaba de nuevo parte de la avanzadilla y recibió el encargo de tratar de conectar con las líneas alemanas, si es que, como esperaban, se encontraban allí. Con la expectación y los nervios del momento, Jorge cometió el error. Una ametralladora crepité y sintió que un zarpazo de fuego le desencajaba el hombro. Cayó al suelo, con el arma perdida, y desde ahí, todavía sumido en la confusión, oyó gritar:

—*Kameraden, Spanien, nicht schiessen!*

Aunque el acento alemán de Grau era bastante mejorable, sus alaridos surtieron efecto. Por desgracia, no de inmediato. Los alemanes aún tuvieron tiempo de lanzar otra ráfaga, que le alcanzó al propio Grau en el costado derecho. A ambos tuvieron que arrastrarlos en los trineos hasta las posiciones de la 212ª División alemana, de la que, en cruel paradoja, les llegó el plomo que no habían acertado a meterles en el cuerpo los rusos. Así, casi al mismo tiempo, se acabó para Laureano Grau y para Jorge García Vallejo la campaña de Rusia y su aventura en la División. Porque es así, bruscamente, como se trunca el afán del soldado, cuando se interpone en su camino una bala y lo suma, inapelable, a la cifra de bajas de su unidad.

La historia de aquella batalla, a partir de aquí, no tiene mayor interés para mi relato, pero creo que no debo dejar de dar alguna información complementaria. En Krasny Bor, la DEV sufrió más de 3000 bajas y causó a los rusos cerca de 14 000, lo que acabó deteniendo su ofensiva tras una ganancia de tan sólo unos pocos kilómetros. La División quedó en situación muy comprometida, tanto que Aramburu, con los hombres que logró salvar de la quema, recibió órdenes de tomar de inmediato posiciones en la nueva línea del río Ishora, sin tiempo para reponerse de los combates de aquella jornada. Pero la maniobra rusa, en conjunto, fracasó en sus objetivos, mucho más ambiciosos que empujar un poco el frente. La frustración para ellos fue tal que, según refieren algunos españoles que cayeron prisioneros, los comisarios políticos rusos que los interrogaron, utilizando como intérpretes a republicanos españoles alistados en sus filas, se empeñaban en averiguar qué

clase de armamento secreto habían empleado, porque no podían creer que sólo con fusiles y ametralladoras les hubieran causado semejante destrozo.

A Jorge, su destacada intervención en la operación de retirada le valió recibir la Cruz de Hierro de segunda clase. Pero no presumía demasiado de ello. Así valoraba aquella condecoración:

—Me la dieron yo creo que porque caí herido, y caí herido de una forma completamente estúpida. La que sí tuvo mérito fue la que se ganó un soldado de mi compañía, un tal Antonio Ponte. El capitán lo envió en una misión de enlace al puesto de mando del batallón. Cerca de allí vio un T-34 que estaba atacando un puesto de socorro. De un campo de minas que había por allí cogió una M-42 y se echó debajo del carro. Voló con él. Es el tipo de cosas que no se entienden, pero que pasan, no me preguntes por qué. Le dieron la Laureada de San Fernando, que es la medalla que resulta más difícil de lucir. Más que nada porque, de los que la merecen, son muy pocos los que llegan a vivir para enterarse de que se la han concedido.

A Grau y a Jorge los evacuaron al hospital de campaña de Mestelewo, donde los operaron de urgencia de sus heridas. A los dos les aguardaba una larga convalecencia, que llevaba aparejado su traslado a uno de los hospitales de retaguardia de la División. El mes de febrero de 1943 no lo vieron concluir en Leningrado, sino en Riga. Desde allí siguieron en adelante los sucesos del frente. Krasny Bor, el episodio que más alimentaría luego la leyenda de la División Azul, significó para ambos el final de su contribución a ella. A finales de marzo, les llegó la noticia de su repatriación. Según se les hizo saber, su sacrificio por la causa ya había sido suficiente.

(Y ahora que está contada la batalla y resuelta la papeleta, por mi parte, de narrarla desde la más absoluta ignorancia táctica y estratégica, con la ayuda inestimable del propio Aramburu y de varios historiadores militares, un detalle anecdótico: hay un grupo musical llamado Krasny Bor 1943, que firma un tema con el mismo nombre. Buscando información sobre la batalla, me encontré con un vídeo en YouTube: un montaje de la canción con imágenes de *Stalingrado*, de Joseph Vilsmaier. Todavía estoy bajo la

impresión.)

Madrid, noviembre de 1989. Jorge García Vallejo y el joven al que ha decidido convertir en su confidente pasean por el parque.

—No he vuelto a estar ingresado tanto tiempo en un hospital —dice Jorge—, lo que supongo que puedo contar como una circunstancia afortunada de mi biografía. Pero mentiría si dijera que guardo un mal recuerdo de aquello. Tras pasar el trago de la herida, que quizá fue el menos duro, luego el de los traslados, la primera operación de emergencia en Mestelewo, los dos días siguientes de dolor infernal, y sobre todo el deplorable tren de heridos, rodeado de carne humana destrozada, aquellas semanas en Riga las recuerdo como uno de los periodos más felices de mi vida. Se me hace raro pensar que nunca he vuelto allí. Y es que llegué a cogerle el gusto, sobre todo cuando pude empezar a pasear por sus calles, donde después del suplicio de aquel invierno volví a disfrutar de la primavera.

Riga, la vieja capital de Letonia, antes sueca, rusa y que un año más tarde se haría soviética para cinco décadas, era la sede del principal hospital de retaguardia de la División Azul. Allí convalecían los heridos graves, después de la atención urgente que solían recibir en Mestelewo, situado en la retaguardia inmediata de sus posiciones. Era el de Riga un buen hospital, bien provisto y atendido. De que los enfermos recibieran cuidados adecuados se encargaban decenas de enfermeras españolas, las divisionarias femeninas, cuya máxima responsable era una tal Mercedes Milá, una combinación de nombre y apellido que yo conocía por alguien más joven y de muy distinto oficio, y que me asombró descubrir que, como la relativa rareza de la coincidencia onomástica sugería, era de su misma sangre. Junto a ellas trabajaban enfermeras rusas, alemanas y letonas, de quienes los españoles

guardarían el mejor recuerdo.

—Imagínate —invita Jorge a su joven interlocutor—, después de tantos meses en el frente rodeado de tíos, y sin más elemento femenino a la vista que las lugareñas con las que te jugabas el pescuezo, verte rodeado de todas aquellas mujeres, que además se desvivían por cuidarte y en quienes podías confiar. Eso valía desde luego para las enfermeras españolas, que hablaban tu idioma, y con las que era fácil establecer en seguida un trato amistoso. Pero también para las rusas o las letonas, a quienes no entendías ni jota, pero lo compensabas con el lenguaje de gestos y con la afinidad de carácter, que aquella gente, pese a todo, tiene muy parecido al nuestro. Alemanas había menos y eran algo más distantes, pero tampoco faltó quien se amistó y hasta se encariñó con ellas. El peligro era que, en cuanto las heridas dejaban de dolerte, te olvidabas de que estabas en una guerra y de que tan sólo te habían dado una tregua. La vida del hospital, con los horarios fijos, la comida caliente y abundante, y la gente mirando por ti, se convertía en una especie de vicio placentero que te absorbía y al que te acostumbrabas sin darte cuenta y más de lo que a lo mejor estabas dispuesto a reconocer. Me pasó a mí y les pasó a otros muchos, incluido Grau, el hombre que estaba allí por haberse expuesto para que los nuestros no me mataran, y para quien la guerra era una forma de vida como cualquier otra.

Jorge García Vallejo y Laureano Grau, que hicieron juntos todo el recorrido desde Krasny Bor, en todas las estaciones del vía crucis, acabaron también en dos camas contiguas en el hospital de Riga. No fue así la asignación inicial, pero Grau se las arregló para negociar el cambio con la enfermera jefe, una cántabra recia y cuarentona que no se casaba con nadie y a la que Jorge nunca supo cómo el viejo soldado había conseguido engatusar. Allí, en Riga, Jorge empezó a conocer de veras a aquel hombre, con bastante profundidad en algunos aspectos, los que dejaba al aire la convivencia en aquella intimidad estrecha y forzada, y más superficialmente en otros, los que tenían que ver con un pasado que Grau dosificaba a discreción, y que en esas semanas Jorge no alcanzó la proximidad suficiente con él como para que le fuera revelado en todos sus detalles.

—Me contó que había nacido en Horta de San Juan, en la raya de

Cataluña con Aragón. Que se había alistado en el Tercio hacía muchos años, que había estado en Marruecos y que allí le había dado tiempo a pegarle algún tiro al moro, sin más pormenores. Que luego, en el 36, había pasado el estrecho en un Ju 52 alemán, su primer contacto con los *cabezacuadradas*, como los llamaba, y había marchado con la columna de Yagüe desde Sevilla hasta Madrid, tomando por el camino Badajoz, donde vio morir, a los pies de las murallas, a casi todos sus amigos. Que estuvo en el asalto fallido a Madrid y después en otros mil sitios más, incluidas la batalla del Ebro y la liquidación en el 39 de la resistencia en Cataluña. Cuando volvió a verla, tras lo del Ebro, llevaba más de una década sin pisar su tierra natal. Hasta Portbou había llegado, presumía, haciendo correr a los rojos. Pero no había en él ni rastro de la carga ideológica que teníamos los otros, los falangistas. Él era sólo un soldado, un profesional de las armas, y aquellos rojos, como antes los moros y ahora los rusos, los bultos de la trinchera de enfrente que el soldado necesita para que le sirva de algo el arma y servir de algo él mismo. No se planteaba mucho más, desconocía el ardor de las ideas como desconocía la tibieza de la piedad, y por si me quedaba alguna duda me lo terminó de aclarar cuando me contó su faena en la División.

La experiencia divisionaria de Laureano Grau había sido, podía decirse, todo lo contrario de la que había vivido Jorge García Vallejo. Había empezado entrando en combate en Possad y Posselok, en el invierno de 1941. Como no tuvo ningún empacho en reconocerle, había sido uno de los integrantes del escuadrón de la muerte, casi todo él formado por legionarios, que había vengado la masacre de los defensores de la Intermedia arrasando un puesto ruso y aplicando a sus defensores algunos correctivos rifeños, como desorejarlos a todos y decapitar a los que había dado tiempo. Amén de otras sevicias indeterminadas, o que Jorge no le precisó a mi profesor, pero que con sus indicaciones puedo colegir que implicaban la amputación de algún otro elemento corporal propicio al tajo. Después de eso, había participado en la primavera del 42 en la liquidación de la bolsa del Ilmen, que había acabado con la rendición de Vlásov y sus hombres, y en el otoño del mismo año, y ya en los arrabales de Leningrado, en otra bolsa, la de Demiansk, en la que esta vez se trató de todo lo contrario: evitar que los rusos

coparan a varias unidades de la Wehrmacht que habían quedado en situación precaria. En resumen, no se había ahorrado ni uno de los hechos de armas relevantes en los que había participado la DEV, y de todos ellos había salido indemne, tras causar al enemigo un daño nada despreciable.

—Que yo haya visto, y que no me quepa duda —dice Jorge que decía—, al menos una docena de mongoles no volverán por mi culpa a su tierra a preñar mongolas. Pero lo digo con todo el respeto, y hasta con un poco de pena, sobre todo por ellas, porque cayeron mirando a la muerte de frente, como los hombres, y a soldados así hay que hacerles el honor que merecen, si tienes tú el de matarlos.

Jorge no le aclaró nunca a mi profesor si los de la represalia por la Intermedia estaban dentro del cómputo, o de los honores, pero en su día le dio apuro a mi informante indagarlo y este punto oscuro debe quedar así en mi narración. Por lo demás, Grau parecía mostrar hacia Jorge un afecto y una gratitud que más bien habrían debido fluir en sentido inverso, visto el modo en que ambos habían llegado hasta aquella sala de convalecencia. Pero así como a Jorge, más por su juventud y por impericia en el manejo de sus propios sentimientos que por ingratitud, le costaba sentirse próximo a aquel soldado baqueteado y a ratos terrorífico, a Grau no daba la sensación de requerirle esfuerzo confraternizar con aquel muchacho de carácter voluntarioso y algo retraído, al que por momentos parecía haber adoptado como un hijo y, otras veces, distinguir con su más sentida amistad. Como si con ella quisiera infundirle una confianza en sí mismo que le faltaba, y de la que lo creía merecedor por encima de tantos imberbes a los que les habían caído encima los galones, y aun las medallas, por gracia de la tómbola, su arte para lamer culos o cualquier otra miseria cuartelera de parecido jaez. A propósito de esto, asombraba a Jorge que con semejante trayectoria Grau no ostentara condecoración alguna en su uniforme. Un día, incapaz de reprimir su curiosidad, se atrevió a preguntarle por la cuestión. El legionario, encogiéndose de hombros, le respondió en su estilo:

—Me dieron varias en la guerra nuestra, pero las dejé en España. Cuando vas a los tiros no hay que llevar encima chatarra de pavo real, sólo hierros que sirvan para la ocasión, o al menos ésa es mi manera de verlo. Y aquí no

me han dado ninguna. No me sé arrastrar como es debido, ni con los tenientillos españoles que vienen a recaudar estrellas ni con los teutones, que no tienen sentido del humor y que entre tú y yo me parece que aprecian más cómo te abrochas la guerrera que los cojones a la hora de mancharla de polvo del campo y de sangre del enemigo. No todos, claro, alguno me he encontrado que los tenía. Me acuerdo de un cabo en Demiansk, que además chapurreaba español. Pero me dijo que las agallas no le favorecían nada. Que cualquier lechuguino que se esmeraba en los taconazos y en sacar brillo a las botas le pasaba por delante.

Lo de las medallas alemanas para Grau se arregló no obstante poco después: por recomendación expresa del capitán Aramburu, le cayó como a Jorge la Cruz de Hierro de segunda clase, aunque no perteneciera a su unidad. El capitán insistió en que el mérito de los dos, haberse expuesto para abrir paso a la columna, era el mismo, aparte de haber pagado también el mismo precio, acabar sirviéndole de blanco al fuego amigo. No pudo el legionario lucirla durante su estancia en Riga, pero la concesión le llegó a tiempo de prenderla en su uniforme para volver a España con ella sobre el pecho. Lo que por cierto no dejó de hacer. Por despegado que quisiera parecer, aquella *chatarra*, después de todo, le enorgullecía exhibirla.

Al fin, un mal día de marzo, les llegó la noticia de la repatriación. Jorge la encajó con frustración y rabia, pero también con la impotencia que sentía a causa de un hombro al que aún le faltaba algún tiempo para poder volver a soportar el retroceso de un fusil. Grau, por su parte, la recibió con estoicismo. Las órdenes eran volver a España y perderse la diversión, pues qué se le iba a hacer. La vida del soldado es obedecer, tanto las órdenes que le elevan el ánimo como las que se lo amargan. Regresaría al Tercio, y a lo mejor a África. Tenía nostalgia de sol, moros y moscas, decía, después del atracón que se había pegado en los últimos dos años de hielo, rusos y mosquitos (estos últimos eran terribles a partir de la *rasputitsa*, el periodo de deshielo entre el invierno y la primavera, cuando todo se llenaba de lodo y de charcas en los alrededores de Leningrado).

Todavía pasaron en Riga un par de semanas, en las que sucedió algo que iba a dejar honda impresión en la memoria del joven Jorge García Vallejo.

Grau y él, en cuanto pudieron moverse con cierta soltura y recibieron el permiso médico para salir del hospital, se aficionaron a pasear por la ciudad vieja (hoy declarada Patrimonio de la Humanidad, por su gran concentración de edificios de estilo *art nouveau*). Jorge recordaba bien la silueta compacta de la catedral, y la alta aguja de madera de la iglesia de San Pedro, que fueron testigos mudos de sus paseos al calorcillo de aquel todavía débil sol de primavera. Pero en Riga había otra atracción, mucho menos turística.

—Ayer te dije algo —explica Jorge, en uno de sus infrecuentes momentos de vacilación— que esta noche pasada, haciendo memoria, me ha parecido que podía resultar una verdad a medias. Y como no quiero endilgarte nada de eso, lo puntualizaré. Te dije que no vi nunca trenes ni judíos camino de los campos, y es la pura verdad. Pero en Riga había un gueto. Si investigas un poco verás que para el año 1943 ya habían deportado a la mayoría de la población original, lo que no quiere decir que estuviera vacío. Lo habían rellenado con judíos de otras procedencias, a quienes mantenían recluidos allí. Yo nunca lo pisé, pero sí hablé una vez con uno de los nuestros que, ya lo bastante repuesto de sus heridas, había ido al gueto a montar guardia, tarea que me consta que hizo más de un divisionario, y de la que yo me libré porque no llegué a quedarme en Riga el tiempo suficiente como para recobrar la aptitud para el servicio. No vio nada, ni ejecuciones in situ ni nada que se le pareciera, pero me contó que los judíos los recibían aliviados, por librarse durante unas horas de la vigilancia de los alemanes. Eso es lo más cerca que estuve de enterarme del Holocausto, para terminar de responder a tu pregunta de ayer. Ésa es toda mi complicidad en ese crimen.

Durante aquellos paseos por Riga, Grau siempre buscaba un lugar para beber y, cuando estuvo restablecido de aquel balazo que le había interesado el pulmón, una herida más grave que la de Jorge, aunque de recuperación más rápida, quiso acercarse a los prostíbulos de los que se había informado por alguno de los que llevaban más tiempo en el hospital. Pero a Jorge no le atraía nada la perspectiva del sexo mercenario: había sido educado, sin padre, por una madre de estricta moral católica, y tampoco su temperamento era muy audaz en estos asuntos. Y el legionario acabó renunciando, por su peculiar sentido de la solidaridad, a buscar solaz al precio de dejar solo a su

joven compañero. Aunque ante sí mismo, y quizá por la dificultad de asumir tamaña privación, se justificaba:

—Total, de haber mojado poco no voy a poder quejarme cuando me den pasaporte. Y no vaya a ser que me entusiasme y se me descomponga el remiendo del pulmón, que está todavía reciente.

Pero una tarde, mientras paseaban, se tropezaron con un par de enfermeras del hospital que hacían lo propio, en su día libre. Una de ellas era una letona muy joven con la que Jorge, por la vía de la mímica y del poco español que chapurreaba ella, había entablado una relación cordial, aunque sin mayores avances por parte de ninguno. La otra, una rusa de unos treinta años y formas rotundas, era una de esas enfermeras resolutivas que se entendían bien con todos, sin hacer especiales migas con nadie. Al cruzarse y reconocerse, se detuvieron. Primero Jorge y la letona. Después Grau y la rusa. Jorge y la chica se saludaron con un «hola» en español algo envarado, cuyo cariz no pasó inadvertido a Grau, y menos aún el brillo en los ojos esquivos de ambos jóvenes. Con la mirada, veloz como el rayo, cerró su inteligencia con la curtida matrona rusa, y diez minutos después compartían mesa y charla, y la promesa de algo más.

—Esa tarde no pasó nada. Yo era demasiado tímido, y ella también. Y además tenía un novio, que estaba justamente en Leningrado por aquellos días: era uno de los letones con los que habíamos coincidido en nuestro sector, que por esas fechas juraría que ya habían pasado a las SS, y a los que los alemanes usaban para hacer el trabajo sucio. Por ejemplo, conducir a los prisioneros. Lo hacían poniendo delante y detrás de la columna una *tachanka*, un carro con ametralladoras tirado por caballos que habían inventado los bolcheviques en sus guerras revolucionarias. Era muy práctico, porque las ametralladoras, que apuntaban hacia atrás, permitían liquidar expeditivamente a cualquier prisionero que se saliera de la fila o que se quedara rezagado, y todo sin necesidad de apearse ni maniobrar.

En este punto, el viejo detiene abruptamente el tren de sus recuerdos. No es de eso de lo que le toca hablar, sino de algo más difícil de poner en palabras, para él, que las evocaciones guerreras, por atroces que resulten a los oídos de su joven interlocutor. Se trata de algo más profundo y personal. Se

fuerza a recobrar el hilo:

—En fin, a lo que iba. Todos sabíamos lo que valía la fidelidad a los novios o novias ausentes en tiempos de guerra, pero ella me sacó lo de su prometido en seguida, como si quisiera evitar cualquier posibilidad de ir a mayores. Y yo, que le tenía más miedo a verme solo con ella que a los cohetes Katiusha del Ejército Rojo, asentí como si la comprendiera. Pero todo fue inútil, porque Grau y la rusa, entre tanto y a nuestras espaldas, habían sellado un acuerdo que no sólo incluía su satisfacción recíproca, sino también que los dos niños vergonzosos que éramos ella y yo dejáramos de serlo. Esa tarde no pasó nada, como te digo. Pero a la siguiente sí. Yo no había cumplido veintiún años. Ella apenas tendría dieciocho. Se llamaba Daina y era una castaña de ojos negros, labios generosos, pechos altos, dedos largos y la piel más blanca, limpia y suave que yo haya visto.

Jorge se interrumpe para tomar aire. Y añade:

—Fue mi primer amor, Daina. O, mejor dicho, el único. Ya ves, lo que son las cosas: después de que me salvara la vida, también eso iba a tener que deberle a aquel legionario tramposo y cabrón.

—Ah, Lázaro, el amor. Arenas movedizas.

Con estas palabras, mi profesor me previene contra los deslizamientos que, según él, puede sufrir un escritor a la hora de abordar las escaramuzas amorosas, no menos comprometidas, en lo que al tono se refiere, que las de índole bélica. Y me los enumera:

—El deslizamiento cursi, cuando te dejas llevar y olvidas que lo más probable es que el que te lee no esté lo bastante enamorado como para comprarte tu tarro de almíbar. El deslizamiento melodramático, cuando te sumerges demasiado en los sentimientos y te empapuzas de amarguras que a la postre son contingentes y nimias frente a la amargura fundamental: la de estar aquí para consumirnos y hacernos trizas en el empeño. Y el deslizamiento pornográfico, el más tonto de todos, en estos tiempos, porque acredita tu necio afán de competir con tus perdigones contra la infinita cantidad de obuses de todos los calibres al alcance de cualquier internauta.

Dicho esto, adopta un tono más grave para añadir:

—Pero el asunto es importante, y no puedes renunciar a conmover al lector con él. Te sugiero un truco. Pásalo por tu tamiz personal, el de tus propios triunfos y descalabros amorosos, frente a los que sentirás la suficiente responsabilidad y el suficiente pudor como para no decir memeces. Y luego haz el esfuerzo de distanciarte de ellos, como si fueran cosa de otro. El mejor camino, a estos efectos, lo marca nuestro infalible poeta de Lisboa: finge que es dolor, el dolor que de veras sientes. Te he traído un ejercicio que he hecho yo mismo. No te digo que sea bueno, sólo es un ejemplo de la pauta que te doy. Y luego haz lo que debes hacer: lo que te dé la gana, siguiendo o no lo que acabo de decirte, y mucho mejor si no lo sigues.

Como siempre, tomo nota de sus consejos. Y no dejo de mirar con atención el texto que me da, dos folios impresos por una sola cara, en los que un narrador en primera persona refiere lo que viene a ser el amor de su vida. Los leo en casa, y me impresionan. Nunca antes me había dejado entrever nada de sus sentimientos íntimos, pero aquella revelación es a la vez honda y desgarrada. ¿O no es una revelación, sino una mixtificación a partir de su propia historia? Me inclino a creer esto último cuando le pido permiso para reproducir una parte, citando la fuente, y me lo concede impertérrito.

Pero es momento de volver a Riga y a la lejana primavera de 1943. Entre Grau y la enfermera rusa se ocuparon de buscar y preparar, con arreglo a la más depurada estrategia (otra enseñanza que le debo a Sunzi), el terreno más idóneo para plantear el choque de forma ventajosa. Lo encontraron en Jūrmala, una zona costera próxima a la ciudad, y lugar de recreo estival de sus habitantes. Allí abundaban los hoteles y alojamientos de vacaciones, que fuera de temporada, y con las estrecheces de la guerra, se ofrecían a precios irrisorios. Allí, en una habitación que daba a una playa de arena dorada y al horizonte gris del Báltico, Jorge y Daina, la joven enfermera letona, sin ofrecer apenas resistencia a los dos amantes más experimentados que ellos que les tendieron la llave y desaparecieron con la suya por un corredor, se olvidaron de sus miedos él, de sus lealtades ella, y se entregaron a cumplir la orden imperiosa que sus cuerpos jóvenes y sus mentes voraces les habían dictado, aunque ellos no la hubieran querido entender, desde el mismo instante en que sus miradas se cruzaron en las salas de aquel hospital de retaguardia.

No dispongo de información concreta sobre cómo fue. Jorge no se extendió demasiado al respecto. He visto, eso sí, algunas fotos de Jūrmala en Internet, repletas por cierto de letonas en bikini que favorecen poco la concentración. Según los expertos, que para todo los hay, en Letonia, debido a la mezcla de razas, las mujeres son de las más hermosas y perturbadoras del mundo. Imagino a aquella muchacha de tez blanca y ojos oscuros con ayuda de alguna de las chicas que salen en las fotografías. Y trato de representarme el deseo trémulo del joven combatiente, curtido ya por el fuego y por el plomo, pero inexperto en el roce de la piel, al desvestirla y acariciarla. Me

ayudo también, siguiendo el consejo de mi profesor, con alguna experiencia propia y reciente, y que viene como anillo al dedo, aunque no es del todo agradable para mí traerla a la memoria.

Y no lo es porque me temo que algo se me ha quedado enredado dentro, después de lo que sucedió con Lorena el otro día. También ella, como aquella Daina que el destino y las artes de Grau pusieron en el camino de Jorge, tiene novio, en la ciudad de provincias de la que procede. Y me dejó muy claro que era sólo algo que le apetecía, que no suponía ningún compromiso y, sobre todo, que lo último que debía entender que significaba era que estuviera dispuesta a cortar con el tipo que la espera al término de la carrera, y con el que si todo marcha según lo previsto tiene la firme intención de casarse.

Es posible que Jorge tomara la fruta con la misma mezcla de fingido desapasionamiento y real asombro con que lo hice yo. Es posible que, como yo, se repitiera una y otra vez que se trataba de un amor al paso, de una experiencia que el tiempo iría desdibujando en el recuerdo hasta convertirla en una suerte de ensoñación inverosímil. Lorena es con mucho la que está más buena de todas mis compañeras de facultad, y yo, en honor a la verdad, el que peores pronósticos sacaría en una casa de apuestas londinense entre todos los que tratan de ligar con ella entre clase y clase. Pero, por alguna razón, la otra tarde le hice gracia. Mi sospecha es que, como tantas otras personas, Lorena padece la pulsión del coleccionismo, y que, como todos los coleccionistas, tiene alguna debilidad por las piezas extravagantes o improbables. Así fue como se me concedió disfrutar, y no en pequeña medida, de algo con lo que otros tan sólo pueden fantasear, a uno y otro lado de la puerta de los lavabos.

Lo malo es que una vez que uno deja que sus labios se hundan en las mieles de lo inesperado, corre el riesgo de que la sensación le sacuda más allá de lo que calcula, estropeándole todos sus planes de seguir luego camino como si nada. Eso es lo que me ha pasado a mí con Lorena (que, por supuesto, no se llama Lorena, no vaya a ser que esto se publique algún día y me cueste un problema). La sé frívola, inconsistente y en el fondo una mujer poco recomendable para mí; pero la otra tarde acerté a atisbar (y algo más que atisbar) una dimensión de ella fascinante y arrebatadora, a la que me

enganché con una sola dosis. Y ahora sufro como un perro cada vez que me la cruzo en los pasillos de la facultad y me la imagino (con todo conocimiento de causa) desnuda bajo su ropa, sabiendo que lo previsible es que nunca pueda volver a verla así, y que, si llega a darse el caso, será mucho peor, porque caeré aún más infectado por el virus de su añoranza y entonces será un calvario tener que vivir con la clara conciencia de que no es ni será nunca mía.

Y eso, o algo parecido, fue lo que le ocurrió a Jorge con la dulce Daina, a la que tuvo para sí no una, sino varias tardes en aquel fantasmagórico hotel para veraneantes de Jūrmala, sabiendo sin posibilidad de ignorarlo que más pronto que tarde llegaría el día de la partida, y que entonces ella se convertiría en una ausencia que le iba a quemar como no habían logrado quemarle las dos balas del 7,62 con que le habían perforado el hombro las ametralladoras de la 212ª división de la Wehrmacht en el bosque de Krasny Bor. Por eso mismo la devoró con un hambre de meses, o, mejor dicho, con el hambre de toda una vida, durante la que sin ser consciente había ansiado aquel preciso momento, aquel exacto cuerpo femenino, aquella mirada de niña asustada por su falta y de mujer orgullosa de su poder sobre el hombre que le rendía el homenaje más irrefutable.

La tuvo y la perdió, y se le quedó en el alma para siempre, durante el resto de una vida en que le tocaría temer, según el momento y el estado de ánimo, que ella podía haber muerto bajo las bombas soviéticas o, peor todavía, haber muerto para él uniéndose a aquel letón desconocido, a quien no pudo dejar de desearle la justa cólera de algún ruso de esos a los que los suyos trataban como animales, cuando los arreaban en los convoyes de prisioneros. Exactamente igual que yo, aunque esté feo declararlo, deseo que el novio de Lorena, opositor a notarías, cargue todas las convocatorias que sean necesarias para que ella deje de ver en él un buen partido.

Hasta aquí he fabulado un poco, pero hay algo de lo que sí tengo constancia: Jorge nunca la olvidó. Según le confesó a mi profesor, fue la mujer a la que su corazón permaneció siempre fiel.

—Todos estos años —le reconoció, con la voz súbita e inusualmente embargada por la emoción— me he acordado de ella. Todas las veces que a

lo largo de mi vida he pensado en la posibilidad de morir, ha sido su nombre el que ha venido a mis labios. Tuve una mujer, una buena mujer, aun con sus cosas, como las tienen todas. Me dio una hija y cuando me dejé viudo te juro que la lloré de veras. Pero nunca he estado enamorado de nadie más que de Daina, con quien apenas pasé unos pocos días de aquella primavera arrancada a la guerra, en una burbuja de felicidad que supe que sería irrepetible. No he vuelto a sentir lo mismo por una mujer. Y no me estoy quejando. Sé que muchos hombres se mueren sin sentirlo jamás. Por eso me siento afortunado, y me he negado siempre a tomar por amor lo que no era más que un sucedáneo. Como dice el poeta: «Quien lo probó, lo sabe». Después de probarlo, a mí me tocó echarlo en falta. Pero lo he hecho sin que me pesara, porque ella lo merecía.

Jorge García Vallejo no quiso dar más detalles de aquella chica, ni de su idilio, ni de su despedida, que imagino tierna y algo patética. Pero hubo algo que no dejó de explicarle a su joven oyente:

—¿Sabes lo que significa *Daina*? Ella me lo dijo, con una sonrisa que parece que la estoy viendo aún: ‘canción’. Y ella fue la que me enseñó a cantar bien las dos canciones rusas que me había mal aprendido, como tantos otros de la *Blau*. Una de ellas se llamaba *La tachanka*, y hablaba del carro armado que quizá, mira tú qué sarcasmo, condujera su novio. Todavía la recuerdo. Comenzaba así:

*Ty leti s dorogi, ptitsa,
Zver, s dorogi ukhodi!
Vidish, oblako klubitsia,
Koni mchatsia vpered!* ^[4]

No era un cantante excepcional, pero quien le oyó asegura que entonaba con cierta solvencia, y sobre todo que la letra le acudía a la memoria sin el más mínimo titubeo. Como la de la otra canción, la famosa *Ojos negros*, que era la que más asociaba al recuerdo de ella, aunque sus ojos no llegaran a tener ese color. También rememoró el viejo soldado los primeros versos,

antes de que la voz se le quebrara por la nostalgia. Pongamos que llegó a cantar este trozo:

*Ochi chornyie, ochi strastnyye,
Ochi shguchiye i prekrasnyye,
Kak lyublyu ya vas, kak boyus' ya vas.* [5]

Mi profesor no puede tampoco ocultar que le conmueve evocar al viejo divisionario cantando en la lengua de sus enemigos aquellos versos, escritos por el poeta ucraniano Evgenii Grebenka. Cuando pudo recuperar el dominio de sí, Jorge García Vallejo inspiró profundamente. Acaso avergonzado por haber mostrado aquel sentimiento, regresó al hilo de su relato, con forzada frialdad:

—Y ya está, aquí se acabó mi campaña de Rusia, con esta última batalla perdida entre las sábanas de un hotel barato, por culpa de mi inexperiencia. El verano de 1943 ya lo vi empezar en Madrid, después de un largo viaje de regreso. Esta vez entré por Portbou, donde cambié con tristeza y una oscura sensación de derrota al tren español. Me separé de Grau en Barcelona. Le dejé mis señas, dando por hecho que jamás volvería a saber de él. También pensé que nunca más empuñaría un arma, y que la guerra seguiría sin mí, hasta un desenlace que cada vez parecía menos favorable a quienes, después de luchar codo a codo con ellos, habían de ser para siempre los míos, aunque ya no vistiera su uniforme. Pero me equivocaba. Volví a ver a Laureano Grau, y con él regresaría al combate.

(Según mi profesor, aquí se interrumpieron ese día las confidencias. Jorge no volvió a hablarle de Riga. Tampoco le contó que, mientras él gozaba del amor con Daina, un tipo llamado Eduard Roschmann, que moriría tranquilamente en Paraguay en 1977, se aplicaba con entusiasmo a liquidar a los judíos del gueto de la capital letona. Es un detalle desagradable, pero que completa el trasfondo de aquel amor juvenil. Para resumir su espíritu, tomo prestadas del texto (¿autobiográfico?) de mi profesor estas palabras, que me

vienen al pelo: *Tú, en quien mi alma encontró su única casa, condenándome a vivir para siempre a la intemperie; tú, que eres cuando me miro a solas la esposa a la que me debo, y no la que tengo a ojos del mundo. En fin, que espero que se me pase lo de Lorena, si ha de llevársela un notario.)*

Jorge García Vallejo sufrió una enorme decepción al regresar a España en la primavera de 1943. O, mejor dicho, no una, sino varias consecutivas. La primera tuvo que ver con la indiferencia que percibió entre sus compatriotas, y también en el régimen, hacia la gesta que por aquellos días sus compañeros seguían sosteniendo a las puertas de Leningrado. Desde luego, no sintió que a él le recibieran como a un héroe, y lo mismo cabía decir del resto de los divisionarios que, cumplido su compromiso o, como él, a causa de sus heridas, regresaban del frente. Habían salido en loor de multitudes, y a su vuelta se encontraban con que eran una visita inoportuna, el feo recordatorio de unos días y una fiebre que ahora convenía olvidar. Hacia mediados de 1943, empezaba a ser evidente que la fortaleza alemana estaba a punto de ser asaltada desde todas las direcciones, por una coalición de enemigos tan poderosa que sólo un milagro podía impedir que sucumbiera ante ellos. El ferviente germanófilo Serrano Súñer hacía meses que había sido apartado del ministerio, y el gobierno franquista, que por añadidura padecía una angustiosa dependencia de los Estados Unidos, su principal proveedor de derivados del petróleo, reconstruía a toda prisa los puentes con los Aliados, con vistas a un futuro sin Adolf Hitler y en el que, con toda probabilidad, la Rusia estalinista sería el enemigo común.

Pero siendo esto doloroso para aquel joven voluntario que volvía del frente aún convaleciente de sus heridas, lo fue más percibir esa misma indiferencia, por no decir un sordo pero ostensible rechazo, en quienes le eran más próximos. Comenzando, cómo no, por su madre. Aquella mujer visceral que lo había despachado a Rusia sin temblarle un músculo (y hasta quizá con el secreto deseo, acabó dando en pensar Jorge, de que le sucediera lo mismo

que le había sucedido a su padre, para así poder presumir doblemente de su condición de ofendida por el comunismo) lo acogió de regreso al hogar con una amabilidad distante, que cuando bajaba la guardia se convertía en una especie de resentimiento. Tal vez porque el hijo había caído en la lucha, sí, pero no muerto, sino sólo herido y, para mayor escarnio, como torpe víctima del fuego propio.

Después de la primera conversación con su tío, Jorge terminó de atar cabos. El mismo que antaño le animara a alistarse en las filas de la Wehrmacht tenía ahora una visión muy diferente. Una visión que, también Jorge había madurado lo suficiente como para darse cuenta, no podía sino influir en una hermana platónicamente enamorada de él, en quien veía, con una devoción sórdida a ojos de Jorge, al hábil combatiente y al decidido triunfador que el infeliz de su marido, entre sus dudas y su mala suerte, no había acertado a ser.

—Has cumplido bien, sobrino, y España está orgullosa de ti —le explicó el tío, a la vez compasivo y didáctico—. Pero la Historia se mueve y hay que acompañarse a ella. Los alemanes se han creído demasiado fuertes, han querido abarcar mucho y ya no pueden seguir apretando. No es el momento de comprometerse más de la cuenta con ellos, por muy agradecidos que les estemos. Ya hacemos bastante con no retirar a los nuestros de Rusia. Pero a lo mejor llega el día en que hay que hacerlo. Hay que ser realistas. Tarde o temprano, los ingleses y los americanos comprenderán que les conviene entenderse más con gente civilizada, como somos nosotros, que con ese bárbaro asiático de Stalin. Ya lo verás, es cuestión de tiempo. Lo único que están haciendo es aprovecharse de sus hordas de mongoles para desgastar a Hitler. Si los alemanes son listos, acabarán haciendo la paz con ellos, para concentrarse en el frente ruso. Y si no, pues habrá que seguir adelante, con lo que resulte.

Jorge, que había visto cara a cara a los *mongoles*, avanzando sobre su trinchera en los arrabales de Leningrado, aullando y dispuestos a acabar con él si no lograba matarlos antes, escuchó entre náuseas la disertación de su tío (quien, dicho sea de paso, había ganado sin desaprovechar uno solo los diez kilos que él había perdido en Rusia en aquel año y medio). En ese momento

supo que aquel arribista estaba del lado contrario del mundo y que, dondequiera que su tío se situara, él tendría que buscar un extremo que pudiera sentir como el opuesto. Pero esta convicción sólo se tradujo, en aquel momento, en un asco indefinido. Debía recuperarse del todo de sus heridas y, pensando en ocupar el tiempo de algún modo, volvió a matricularse en la Facultad de Derecho. Aquel de 1943 fue, acaso, el verano más extraño y desubicado de su vida. Y en octubre, cuando volvió a las aulas, la sensación de extrañeza distó mucho de disminuir.

Para entender a aquel guerrero bruscamente reintegrado a la paz desde la dureza de un frente como el que conoció Jorge García Vallejo me ha sido de gran utilidad un libro titulado *El club de lectura de los oficiales novatos*, escrito por un joven militar británico, Patrick Hennessey, que abandonó el ejército con el grado de capitán tras volver de la guerra de Afganistán, donde le tocó tomar parte, junto a las tropas del ANA (Ejército Nacional Afgano, en sus siglas inglesas), en las sangrientas operaciones que tuvieron lugar contra los talibanes en la zona de Helmand en el año 2007. El libro, recién salido, me llegó por el conducto habitual, esto es, el consejo y préstamo de mi profesor, y contiene páginas impagables sobre el absurdo del combate y la guerra en general. Por ejemplo, cuando el joven oficial británico, que trata en vano de someter a la rutinaria disciplina que le han enseñado en la academia a un negligente miembro del ANA, escucha estupefacto cómo ese soldado al que afea su poca marcialidad recuerda, sin darle la más mínima importancia, que en cierta ocasión capturó a cuatro talibanes él solo y al no poder llevarlos consigo los tiró a un pozo y arrojó una granada dentro. Pero, además, es especialmente ilustrativo al describir las sensaciones del soldado que regresa a la seguridad y la paz de la retaguardia desde la crudeza, la violencia y el desgaste físico y psíquico del teatro de operaciones. Todo se resume en un viejo proverbio del valle del Panshir, que un oficial afgano le cita al autor, poco antes de volver a casa, vaticinándole que, contra lo que piensa, no estará a gusto allí: «Los que han conocido la tempestad, se asquean de la calma.»

Porque sí, reconoce Hennessey, a pesar de las condiciones delirantes de la guerra en Afganistán, que combina asaltos a la bayoneta al estilo de la primera guerra mundial con el lanzamiento de misiles Javelin que revientan

al enemigo a kilómetros de distancia; pese a que los soldados un día se ven defendiendo blocaos levantados a toda prisa en medio de la nada con celdas de Hesco Bastion, y al día siguiente metidos en bases hiperconectadas donde miran en las pausas entre combates su Facebook (al que muchos son adictos) o se inflan a ver series de televisión pirateadas (incluso mientras se supone que tendrían que estar vigilando a prisioneros talibanes); pese a que defender la civilización occidental entre aquellos riscos, en resumidas cuentas, es lo más parecido a una pesadilla a ratos futurista y a ratos medieval, los que la han conocido la echan de menos. Y así es como lo describe, sin andarse con contemplaciones:

¿Cómo confesar que el sentimiento que nos dominaba eran los celos de la 52ª Brigada que ahora estaba en las que fueran nuestras bases, con nuestros afganos, disparando a nuestro enemigo? ¿Cómo racionalizar esos momentos en que ante un semáforo en rojo te entraba un sudor frío, apretabas los dientes a medio camino entre las lágrimas y la carcajada sin saber por qué? ¿Cómo explicar que habías gozado de todo aquello cuando la gente te sondeaba de buen rollo, delicadamente? ¿Cómo explicar que ahora todo te parecía insulso y que estabas triste...?

Tampoco tiene desperdicio la percepción del frío recibimiento por parte de los que se quedaron en casa, mientras ellos combatían, y que releo ahora sin poder evitar pensar en Jorge García Vallejo, tratando de recuperar los dos años perdidos en la facultad:

Éramos la punta de lanza contra la que las fuerzas de la tiniebla medieval se habían estrellado en una pelea de patio de colegio a la que todo el mundo estaba invitado a participar y que estaba teniendo lugar en el quinto infierno del mundo, la lucha por lo que nosotros considerábamos civilización y el derecho de nuestras futuras hijas a aprender y a llevar puesto lo que desearan. Y de vuelta en casa,

después de no haber cedido ni un palmo de terreno, nos encontrábamos con que la gente pasaba de nosotros y encima teníamos que pagar atrasos del peaje urbano.

Pero sobre todo me alcanzan estas palabras extrañas y algo hipnóticas, que condensan las reflexiones del autor al leer *Despachos de guerra*, el clásico de Michael Herr sobre la guerra de Vietnam, a la luz de su propia experiencia como combatiente en el infierno afgano:

Cuanto más te metías en la guerra, en la jungla, en el corazón de las tinieblas, más escamas de normalidad se te iban desprendiendo. Los parámetros normales carecían de sentido, las reglas eran inexistentes, el tiempo, flexible, y sólo el calor y la extenuación eran lo bastante reales como para recordarle a uno que aquello no era una pesadilla. A los filósofos del siglo XX se les escapó una. Su mundo no estaba en los cafés parisinos sino aquí en la Zona Verde, donde significativo y significado estaban tan lejos el uno del otro que ya no sabíamos lo que estaba pasando.

Tras haber intentado en vano entender lo que pudo ocurrir en la mente de aquel muchacho que habiendo logrado salir vivo del infierno decidió regresar a él para defender una causa manifiestamente perdida, en estas palabras de un joven capitán británico del siglo XXI creo haber hallado la clave. Después de su experiencia rusa, y singularmente después de la carnicería de Krasny Bor, Jorge García Vallejo perdió las escamas de normalidad suficientes como para pasar a pertenecer a esa alucinación que enajena al combatiente y lo incapacita para la paz. Como remate, y para complicarle las posibilidades de acomodarse a un regreso que era también una renuncia y en cierto modo una capitulación, allí hubo de conocer a Laureano Grau, que hacía tanto tiempo que había perdido esas escamas que ya ni recordaba cómo era la vida bajo su capa protectora.

En noviembre de 1943, la División Española de Voluntarios se retiró del

frente ruso. La llegada de sus últimos efectivos a España, en diciembre de 1943, no pudo despertar mayor frialdad en una población que ya descontaba la victoria aliada, y ante la que los divisionarios eran unos aventureros a los que no había sonreído la fortuna. Ni el régimen ni el ejército, que nunca vieron con mucha simpatía a los falangistas ultramontanos que formaban el grueso del contingente, estaban por rendirles mayor homenaje, e incluso se permitieron ningunearlos de diversas formas. En Rusia quedó sólo un pequeño contingente, la llamada Legión Azul, con los recalcitrantes que querían seguir luchando a favor del Eje. Pero también a éstos se les ordenó volver en marzo de 1944. Desde ese momento, España dejó formalmente de tener tropas en campaña y volvió a ser neutral.

A todos estos acontecimientos asistió, con creciente contrariedad, el taciturno estudiante de segundo de Derecho que Jorge García Vallejo se empeñaba en ser, a falta de una solución mejor para desahogar su frustración y su aversión al mundo y a los que le rodeaban. Y en eso estaba, preparando los exámenes finales, cuando en mayo de 1944 recibió una carta de Laureano Grau. La abrió, la leyó y en ese mismo momento cerró los libros. Tardaría dos años en presentarse a aquellos exámenes. La tempestad, irresistible, lo reclamaba.

Lunes, 20 de noviembre de 1989. Es la tercera mañana de confidencias y Jorge García Vallejo parece recuperado de la melancolía que le secuestró el ánimo el viernes anterior. Ha entrado en la materia que notoriamente le es más querida, la de su aventura personal, aquella que emprendió de forma clandestina, sin vítores ni auspicios oficiales, convertido al fin en la máxima expresión de esa «resuelta minoría inasequible al desaliento» de la mitología joseantoniana.

—Podría darte un cúmulo de razones por las que mi respuesta, cuando recibí la carta de Grau diciéndome que había gente que estaba pasando la frontera para unirse a los alemanes y que él pensaba hacer otro tanto, fue la que fue —alega, con convicción—. Y, desde luego, dudo que coincidieran con las tuyas. No creo que él sintiera la misma repulsión que yo sentía al ver a Franco y a sus lameculos, incluido mi tío, que, después de haber tenido la inestimable ayuda de los alemanes para trepar a sus poltronas, ahora los dejaban abandonados a merced del enemigo. Tampoco creo que a él le hirviera la sangre, como me hervía a mí, al recordar aquellas masas vociferantes de carne de cañón que había visto embestir nuestras trincheras, en las afueras de Leningrado, y pensar que acabarían arrasando Europa, para mayor gloria del asesino de Moscú. El mismo cuyos agentes en Madrid habían decidido en 1936 que un hombre digno como mi padre muriera como un perro en un descampado. Y menos aún creo que estuviera detrás de su impulso de regresar al norte, como lo estaba en el mío, el secreto deseo de acercarme un poco, aunque me constara que volver a verla era prácticamente imposible, a esa Riga donde le había dejado empeñado el corazón a una mujer.

El joven que le escucha no puede dejar de apreciar la mezcolanza tan dispar de motivos, para una decisión cualquier cosa menos insignificante. Pero tampoco, extrañamente, la coherencia que su suma arroja, teniendo a la vista la historia que la antecede.

—Algo sí compartíamos —prosigue el viejo—. A los dos nos parecía que teníamos el deber, contraído con todos a los que habíamos visto sufrir y morir en Rusia, de desoír las órdenes y las amenazas del régimen y volver a la lucha. Que se hicieran las más duras advertencias, penas de cárcel incluídas, a quienes trataran de cruzar la frontera para ponerse a las órdenes de aquel gobierno extranjero que había dejado de ser aliado, no era sino un acicate para nosotros. Nada más honroso para un soldado que irritar a los traidores, por jugarse el pellejo para seguir en su puesto. Y algo más voy a decirte. Uno no termina nunca, en la vida, de saber dónde está su sitio. Pero sí llegas a ver, y cada vez más claro, dónde no está. Y una de las cosas que más claras tenía, en los días de los que te hablo, era que mi sitio no estaba en aquel Madrid mustio, lacayo y cobarde.

Jorge García Vallejo recuerda aquellos sentimientos con voz firme, y un convencimiento tan absoluto como el joven que le escucha no le ha visto exhibir hasta entonces. No deja de ser toda una paradoja, cuando lo que está contándole es cómo dio el paso que lo llevó al peor de los sitios donde un hombre pudo estar en el siglo XX.

—Ni siquiera me despedí —evoca el ex combatiente—. Puse en una maleta pequeña lo imprescindible, y una mañana temprano salí de la casa familiar rumbo a la estación. Contaba con que no iba a volver nunca, tanto si me mataban en el frente como si una ración extra de fortuna me permitía salir vivo de la guerra. Fue un viaje interminable, en aquellos trenes renqueantes atestados de gente, la mayoría uniformada: los miles de soldaditos inútiles que el gallina de El Pardo mantenía vegetando en los cuarteles, en lugar de mandarlos a dar la cara allí donde un hombre armado debía estar, o así era como lo sentía yo entonces. Cuando llegué a la estación de Barcelona, en el andén me esperaba un Grau sonriente, vestido de civil como yo. Me dio un abrazo aparatoso y con los ojos húmedos me dijo: «Te las vi aquella noche en Krasny Bor, las pelotas. Por eso te escribí. Me alegro de que la vista no me

engañara». Así de cabestro era, Grau, pero a la vez, y por chocante que te parezca, tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Y, de eso, nadie como yo puede dar fe.

Jorge sólo pasó una noche en Barcelona, en una pensión mísera del barrio chino donde Grau parecía tener a la sazón su morada. Luego supo que en ese momento su camarada era técnicamente un desertor: a la vuelta de Rusia, y recuperado de sus heridas, se había reenganchado en la Legión, y era aprovechando un permiso como había organizado la expedición a la que le había invitado a sumarse. A la mañana siguiente se dirigieron a la estación de Francia para tomar el tren que los conduciría a Portbou, desde donde pensaban dar el salto al territorio controlado por los alemanes. Según le contó Grau, era lo que le habían dicho otros veteranos de la *Blau* que les habían sugerido en la embajada alemana en Madrid, ante la prohibición de las autoridades españolas. Para no enturbiar las relaciones, los alemanes no podían colaborar oficialmente con los voluntarios; pero, si se las arreglaban para atravesar la raya fronteriza por sus propios medios, alguien estaría esperándolos al otro lado.

En este punto debo abrir un paréntesis para contar lo que pasó hace unos días. Por nuestras conversaciones regulares, mi profesor está al tanto de mi grado de avance en la historia, que si a mí me sorprende y por momentos hasta me pasma, él acoge con esa complacencia de quien sabe más que otro y sólo ve demostrada la hipótesis que ya aventuró antes. Pues bien, hace dos semanas, y hallándose al corriente de que me acercaba al momento de recrear la fuga de la España franquista de Jorge García Vallejo, me llamó al terminar el taller y me hizo una de esas preguntas que él ya se ha respondido con un sí previamente (y por eso se las permite):

—¿Podrías sacar cuatro días la semana que viene?

—¿Cuatro días? ¿Cuáles?

—Del viernes en adelante —dijo, sobre la marcha.

—¿Puedo preguntar para qué?

—Naturalmente que no.

—Esto está empezando a convertirse en una costumbre sospechosa —protesto—. De sadismo por tu parte, quiero decir.

—Es intencionado. Así te acercas a las sensaciones del soldado en la guerra, al que nunca le dicen adónde va ni qué va a pasar al día siguiente. Lo descubre cuando ya no hay vuelta atrás. Se hace para que la gente no se cague por los pantalones abajo antes de tiempo. Pero al grano: ¿puedes o no puedes sacar esos cuatro días?

—Ya veo que si digo que no seré un cagado. ¿Y si digo que sí?

—Descubrirás cosas. Que te interesarán y te serán útiles. Hay algo que no hemos hablado aún. La importancia de los lugares, en un relato. Cómo impregnan lo que cuentas, y al revés, cómo se quedan impregnados por las historias que han sucedido en ellos. Hay quien cree que un escenario es sólo un marco físico para una acción: no sabe que los lugares tienen alma, y que el alma de los lugares se alimenta de las almas de los hombres que pasaron por ellos. Tú no puedes ser uno de esos ignorantes. No puedes renunciar a ese aliado en tu novela. Y para poder reclutarlo para tu causa, sólo hay una técnica: pisar los lugares en cuestión. Sentir allí la brisa de la noche o el frescor de la amanecida. O la fetidez del mediodía, si es el caso. Tu libro tiene demasiados lugares como para que los pises todos. Pero sería imperdonable que no pisaras alguno. Haré una excepción y te daré una pista, porque me está preocupando la cara de susto que estás poniendo. Vamos a Francia, y por desgracia, porque me habría ahorrado algún oneroso contratiempo con las mujeres, no soy gay, ni bisexual, así que tu honra está por completo a salvo.

Así fue como volví a embarcarme en un viaje por carretera en su furgón, el más largo y extraño hasta la fecha. Salimos muy temprano y del primer tirón viajamos hasta Barcelona, donde abandonamos la autopista para, en un alarde de nulo sentido práctico, seguir subiendo hacia Francia por una atestada carretera costera. Cuando le hice notar que nuestra velocidad había bajado bastante, me observó con una especie de conmiseración y tuvo a bien explicarme:

—No desafiamos al crono, Lázaro. ¿Qué observas a tu derecha?

—Eh... ¿El mar?

—Un pelín más acá.

—¿Una vía de ferrocarril? —dudo.

—En efecto. Estás viendo lo mismo, omitiendo los despropósitos de siete décadas de especulación inmobiliaria, que vio Jorge aquella mañana de mayo de 1944 cuando tomó el tren a Portbou.

Me fijé mejor en el mar, que hasta ese momento era una estampa azul como tantas otras. En su luz poderosa y plácida a la vez, en la profundidad del horizonte, y en cómo podía haber acompañado a aquel muchacho criado en la seca meseta castellana y encallecido prematuramente en la ratonera glacial o pantanosa del cerco de Leningrado. Y me pregunté si no le asaltó por un momento la duda, si no tuvo la tentación de desistir del propósito que había de devolverlo a un festín de muerte y oscuridad, para empezar a gozar de ese otro lado de la vida que representaba la serena extensión azul.

A la altura de Gerona retomamos la autopista, que volvimos a abandonar un poco antes de llegar a la frontera. Por una carretera estrecha que serpenteaba entre calas y pueblecitos caprichosamente asomados a ellas, acabamos llegando a un túnel tras el que apareció Portbou, el antiguo pueblo fronterizo por donde escaparon los republicanos en el éxodo de principios de 1939, tal y como muestran unas muy conocidas fotos con la garita del Coll de Belitres, la última construcción, casi en el último metro antes de pisar Francia. Desde que se abolieron los límites interiores de la Unión Europea ha quedado como un residuo espectral del pasado, con su inmensa estación y sus ahora inútiles edificios aduaneros. Caía ya el sol cuando entramos en el casco urbano, y apenas hubimos recorrido un breve trecho, mi profesor tomó un giro a la derecha y subimos una pronunciada pendiente. Como en tantas otras ocasiones, se cuidó mucho de darme ninguna explicación. La cuesta conducía hasta el cementerio, situado en el punto más alto del pueblo y asomado a la escueta y abrigada bahía (dicen que Portbou viene de *port bo*, en catalán, por sus aguas calmas, refugio siempre seguro para pescadores). Allí quitó el contacto, se desabrochó el cinturón de seguridad y con aire misterioso, como si aún le hiciera falta, me anunció:

—Vamos a rendirle homenaje a un amigo.

Bajé con él, preguntándome qué amigo podía tener allí. Sin decir palabra, se acercó a una insólita estructura metálica, cubierta de herrumbre y encajonada en la montaña. Vi que era un pasadizo con escalones que

descendía, daba la impresión al verlo desde arriba, hasta la misma espuma de las olas que rompían abajo. Mi profesor se internó en él y comenzó a bajar. Le seguí, qué otra cosa podía hacer. Al final no aguardaba el vacío, como me había parecido desde lo alto, sino un recio cristal blindado en el que podía leerse esta frase en varios idiomas, de los que escojo la versión castellana:

Es una tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres. La construcción histórica se consagra a la memoria de los que no tienen nombre.

Al llegar ante el cristal, mi profesor se detuvo a leerlo (o releerlo, deduje, porque se me hizo evidente que ya sabía lo que ponía allí, y que era de todo punto intencionado llevarme a descubrirlo). Luego, con un gesto teatral, sacó del bolsillo de su trinchera un libro de pastas desgastadas, lo abrió y leyó en voz lo bastante alta para sobreponerse al rumor de las olas que rompían a nuestros pies:

El crecimiento de los medios técnicos, de los ritmos, de las fuentes de energía, urge un aprovechamiento antinatural. Y lo encuentra en la guerra que, con sus destrucciones, proporciona la prueba de que la sociedad no estaba todavía lo bastante madura para hacer de la técnica su órgano, y de que la técnica tampoco estaba suficientemente elaborada para dominar las fuerzas elementales de la sociedad. La guerra imperialista está determinada en sus rasgos atroces por la discrepancia entre los poderosos medios de producción y su aprovechamiento insuficiente en el proceso productivo. La guerra imperialista es un levantamiento de la técnica, que se cobra en material humano las exigencias a las que la sociedad ha sustraído su material natural. En lugar de canalizar ríos, dirige la corriente humana al lecho de las trincheras; en lugar de esparcir grano desde sus aeroplanos, esparce bombas incendiarias sobre las ciudades.

Hizo una pausa, como para cerciorarse de mi escucha. Y siguió:

Fiat ars, pereat mundus, dice el fascismo, y espera de la guerra la satisfacción artística de la percepción sensorial modificada por la técnica. Resulta patente que esto es la realización acabada del *art pour l'art*. La Humanidad, que antaño, en Homero, era un objeto de espectáculo para los dioses olímpicos, se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción como un goce estético de primer orden.

—Escrito hace setenta y cinco años —explicó, terminada la lectura—. Walter Benjamin, *La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica*. Honor a ti, Walter, honor a la inteligencia, desde este tiempo y este mundo en que siguen medrando y decidiendo los bárbaros.

Confieso que en este punto mi perplejidad era total. Borrosamente entreveía algo, pero no quise especular ni hizo falta. Me pidió que le siguiera y entramos en el cementerio. Mínimo, construido en terrazas sobre la ladera de la montaña. La mayoría de las tumbas eran nichos. En la segunda terraza, a la derecha y al fondo, había una tumba en tierra. Sobre ella, un monolito y una inscripción:

WALTER BENJAMIN
BERLÍN, 1892 - PORTBOU, 1940

—La verdad, no sé si está aquí debajo —dijo—. No apostaría por ello. En un principio lo tiraron a una fosa común, de la que dudo que luego sacaran e identificaran sus restos debidamente. Pero esto es lo que hay, y lo que te enseñé antes, el monumento en su memoria. Vamos al hotel, mejor te cuento la historia por el camino.

En el coche, y antes de registrarnos en el pequeño hotel que daba a un espacio abierto, a la vez rambla, plaza y paseo marítimo, porque las dimensiones del pueblo y de su playa no daban para tener de cada cosa por

separado, me proporcionó los hechos básicos. En algún momento de la noche del 26 al 27 de septiembre de 1940, en un mísero cuartucho de un hotel barato, posiblemente como consecuencia de una sobredosis deliberada de morfina, moría en Portbou Walter Benjamin, uno de los más hondos pensadores de Alemania. Había llegado huyendo de la Francia ocupada por Hitler, donde sus días, como judío y significado intelectual antifascista, estaban contados. Traía un visado para entrar en Estados Unidos y otro para pasar a España, expedidos en Marsella. Pero quiso su infortunio que un día antes de su llegada se pusiera en vigor una nueva reglamentación, sin duda aprobada para agasajar a los victoriosos alemanes, que exigía para entrar legalmente en España traer un permiso de salida expedido por las autoridades de la Francia de Vichy. Ante la perspectiva de ser devuelto al otro lado de la frontera, donde le aguardaba la peculiar hospitalidad de la Gestapo, prefirió morir en ese pueblecito ínfimo, tan lejos del mundo y de su patria.

Después de tomar posesión de nuestras habitaciones (modestas, pero suficientes) nos sentamos ante un par de cervezas en una terraza. Frente a la pequeña ensenada, de una rara e irresistible belleza a pesar de su tamaño (o quizá a causa de él), mi profesor me suministró el resto de los detalles de aquella historia tristísima:

—Lo acompañaban otras dos personas, judíos como él. Por sus testimonios, y los de algunos lugareños, sabemos que Benjamin llegó agotado, sucio, con una ropa desbaratada que olía a varios días de llevarla puesta. Traía una sola maleta, a la que se abrazaba como un náufrago a una tabla de salvación. En ella guardaba el manuscrito en que estaba trabajando. Los demás los había llevado a la Biblioteca Nacional de París, donde se los había recogido un funcionario, el también escritor Georges Bataille, que los salvó para la posteridad. Pero Benjamin acarreó consigo esas sus últimas letras, que eran también sus últimas ideas y pensamientos, de los que no se supo nunca más. Corren mil historias, incluida una que dice que no se suicidó y que en la maleta había importantes documentos por los que los agentes que la Gestapo tenía en el pueblo acabaron con él, para hacerse con ellos. Cuál no sería su aspecto de derrota y fatiga, que los guardias civiles que lo interceptaron y le anunciaron su devolución a Francia no lo encerraron en el

cuartelillo, sino que le dejaron alojarse bajo palabra en el hotel más próximo. Esa noche, Benjamin le confesó a uno de sus acompañantes que prefería morir allí a que lo entregaran. A las diez de la mañana del día 27 lo encontraron muerto en su cama, junto a su maleta. El médico certificó su fallecimiento y sin mayores indagaciones ni autopsia lo enterraron discretamente en la fosa común. Lo sucedido impresionó tanto a los guardias que a sus acompañantes les permitieron seguir viaje, pese a carecer como él de los requisitos que tenían que exigirles.

Terminadas nuestras cervezas, echamos a andar, por las calles vacías del pueblecito sobre el que se cernía ya el frescor de la noche primaveral. Apenas cien metros de camino bastaron para llevarnos hasta la casa-cuartel de la Guardia Civil, un edificio de porte imponente pero ajado, como si nadie hubiera hecho nada por él desde aquellos lejanos días. A su derecha vimos la hoy llamada calle del Mar, que en 1940, según me reveló mi profesor, llevaba el nombre de General Mola. Veinte pasos más allá me señaló la casa situada en su número 5: era una vivienda particular, de fachada roja y con aspecto de haber sido rehabilitada en fecha muy reciente.

—Ahí lo tienes —me dijo—. Eso era en aquellos días el Hotel Francia. Y ahí mismo, tras ese balconcito del segundo piso, estaba la habitación en la que se alojó Benjamin. Tras esa pared murió, solo como un perro, uno de los hombres más sabios y lúcidos del siglo XX.

Observé la fachada estrecha, pulcramente revocada, las ventanas y balcones, conservados del edificio original. Y traté de imaginar, a partir de ellos, el viejo hotel fronterizo. El letrero, supongo que pintado de algún modo burdo y deslucido, que proclamaba su nombre. Y la amargura infinita de ir a apagarse allí, con tanto por decir.

—Lo que son las cosas —volvió a hablar mi profesor—. Fue en este mismo Hotel Francia donde a principios de mayo de 1944 se alojaron Laureano Grau y Jorge García Vallejo, antes de cruzar la frontera para volver a formar parte de la maquinaria siniestra que trituró a Benjamin. Me gustaría poder decirte que sé en qué habitación estuvo y que era justo la número 4, donde murió el filósofo, por la paradoja. Pero no me dio el detalle; él no prestaba atención a esos pormenores y yo diría que no supo nunca de lo

ocurrido aquí cuatro años antes de que él viniera. Sólo se hospedó una noche. Al día siguiente ya estaba en Francia. Al servicio del Tercer Reich.

Esa misma noche, de un tirón, me leí el opúsculo de Benjamin. Me pareció asombrosamente profético sobre muchas cosas (por ejemplo, la devaluación del arte por la tecnología que permite su copia ilimitada y lo despoja, entre otras cosas, de su aura). Pero sobre todo me impactó su cita del ideólogo fascista Filippo Marinetti, todo un canto al arretrato que arrastraba al furioso joven de mi cuento:

La guerra es bella, porque inaugura el sueño de la metalización del cuerpo humano. La guerra es bella, ya que enriquece las praderas florecidas con las orquídeas de fuego de las ametralladoras. La guerra es bella, ya que reúne en una sinfonía los tiroteos, los cañonazos...

La mañana es casi fría, a la primera luz del amanecer sobre el desierto Coll de Belitres. La ahora inservible garita del puesto fronterizo es el único testigo de nuestra conversación. A nuestros pies, abrazado a su diminuta bahía, Portbou duerme aún bajo la vigilancia de la espigada torre de su iglesia neogótica, mientras sostiene, como si la llevara a hombros, la mole de la anacrónica estación internacional, *el Portaaviones*, como la llaman los vecinos.

Hemos dejado el coche en la cuneta y mi profesor evoca aquel momento, que no es precisamente un momento cualquiera:

—Según me contó Jorge, cruzaron por aquí mismo. Con un par. Grau traía la idea de pasar por una de las rutas de los contrabandistas, que en aquellos días registraban tráfico fluido en ambas direcciones. Pero por esa misma razón, les dijeron los lugareños, con los que Grau se entendía oportunamente en catalán, estaban más vigiladas que de ordinario. La más utilizada, por la que vino el pobre Benjamin, suponía además varias horas de marcha por el monte. Y al legionario, sin más, le dio pereza. La víspera del cruce, mientras tomaban un vino en la rambla, le señaló al guardia que estaba de plantón ante el cuartelillo, y le soltó de pronto: «Tú y yo, que nos las hemos pelado con los cabrones de los tártaros, ¿vamos a arrugarnos con estos lilas? Nos los llevamos por delante y en paz. Sólo hay que esperar a la noche, a que haya sólo uno o dos en el puesto».

Mi profesor se planta en mitad de la calzada. No viene nadie y puede hacerlo sin la menor aprensión. Mira hacia el lado español, dando la espalda a Francia. Se ve que ya le ha hecho efecto el café que acaba de tomar y reanuda su relato, con voz vibrante:

—Por ahí subieron, aquí debían de estar los guardias. Eran dos y estaban

echando un pitillo a la puerta del puesto. Aguardaron a que les dieran la espalda y Grau desarmó a uno de ellos limpiamente. Con el máuser tumbó de un rápido culatazo al otro y, visto y no visto, tiró de cerrojo y apuntó al que seguía consciente, para entonces ya inmovilizado por Jorge. Le dijo: «¿Te vas a estar callado o te abollo el colodrillo a ti también?». El civil calculó juiciosamente sus opciones. Con un gesto dio a entender que aceptaba el trato. Grau le dijo que se pusiera de cara a la pared del puesto, del lado francés. Cuando el guardia obedeció, le dio con el chopo sin contemplaciones. «Sólo le he ayudado a cumplir su parte», le explicó a Jorge, con esa sonrisa de canalla que tenía. A Jorge, que no entendía lo de faltar a la palabra dada bajo ningún concepto, le costó aprobar su acción, pero comprendió que era mejor asegurarse. Grau dejó el fusil apoyado en la pared y echaron a andar hacia el puesto de los franceses, unos cuantos cientos de metros más allá. Cuando los otros se percataron de su presencia, Grau les gritó en su alemán macarrónico que eran camaradas. Una voz en francés, que sonaba algo insegura, replicó algo que no entendieron bien, mientras chascaban un par de cerrojos de fusil. Jorge les repitió el mensaje. Una voz en alemán les gritó que avanzaran despacio y con las manos bien visibles.

Subimos a continuación al coche y marchamos despacio por la carretera. Llegamos, a la vuelta de un recodo, al feo y abandonado puesto fronterizo francés, que no parece que sea el mismo de 1944: se trata de una construcción mucho más moderna, pintada en un color marrón bastante lóbrego. Las puertas y ventanas enladrilladas de las antiguas tiendas de frontera, en los edificios adyacentes, dan cuenta de que la Historia ya pasó por aquí para no volver.

—Y el resto, ya te lo conté en su día —me recuerda—. Ahora relájate, no pierdas detalle del paisaje y pon música si quieres. Nos quedan novecientos kilómetros hasta París. Lo bueno es que en las autopistas gabachas no hay que ir a 110. Ocho horitas, poco más.

Tras Cerbère, el primer pueblo del lado francés, seguimos viaje costeando hasta Port-Vendres. Allí tomamos la nacional que nos lleva hasta la autopista. Ya en ella, acelera hasta 140. Como me muestro indeciso a la hora de conectar mi iPod al equipo de sonido del coche, conecta él su iPhone y pone

un disco de Franco Battiato. He oído alguna canción suya antes, pero no lo conozco mucho. Al llegar a una en particular, sube el volumen y reclama mi atención:

—Mira, esto nos viene muy a propósito.

Aplico la oreja y escucho el comienzo:

*E per vivere in solitudine
nella pace e nel silenzio
ai confini della realtà,
mentre ad Auschwitz
soffiava forte il vento
e ventilava la pietà... [6]*

La sigo y entiendo borrosamente que habla de una religiosa que hace vida retirada tras sentir la llamada de Dios, y cuyo recogimiento contrasta con la violencia del mundo que la rodea. La historia, por la mención del campo de exterminio, tiene lugar bajo el nazismo, que amenaza de alguna manera a la monja recluida en su vida contemplativa. Hasta que el estribillo me proporciona una pista:

*Dove sarà, Edith Stein?
Dove sarà...? [7]*

—Stein... ¿Una judía? —pregunto.

—Pero no una cualquiera. Edith Stein, discípula dilecta de Husserl, una de las filósofas alemanas más destacadas de su tiempo, reputada metafísica y pionera en defender la enseñanza femenina, que se convirtió al catolicismo en la edad adulta y tomó los hábitos cuando ya andaba por los cuarenta años. La canción se llama *Il Carmelo di Echt*. Por el nombre del convento holandés en el que se escondió, y en el que estuvo a salvo hasta que la Gestapo la encontró y la llevó a Auschwitz, donde acabó sus días bajo una ducha de Zyklon-B.

—¿Estaba preparado, o es una casualidad?

No me responde, el muy ladino.

—Lo digo porque parecería que alguien se está esforzando en que recuerde por qué debo considerar abominable la biografía del tipo sobre el que trato de escribir una novela, por indicación tuya.

—Todo puede ser. Pero eres capaz de lograr que eso no te impida hacer bien tu trabajo. Al revés, la conciencia le dará más fuste.

Atravesamos el Languedoc bajo un radiante sol primaveral que nos acompaña hasta las colinas y los bosques que rodean Lyon. Me fascina, como quizá fascinara a Jorge, el caudal apabullante de los ríos franceses, desde el Ródano al Saona. Durante el trayecto, vamos comentando las noticias del momento. Hay una que le encorajina especialmente y sobre la que no deja de reclamar mi atención:

—¿Has leído la última noticia de la nueva guerra en la que nos hemos metido? Gadafi ha llamado a filas a los chavales de diecisiete años. Se le acabaron los hombres y ahora obliga a los niños a morir por él. Cuándo aprenderán estos fantoches que ése es el momento en el que toca rendirse, o exiliarse con todo lo que han robado, o mejor, si quieren acabar con gallardía, dejarse matar. Cómo es posible que lo más mugriento de la Historia vuelva una y otra vez.

El viaje prosigue, hora tras hora, sin más interrupciones que las necesarias para repostar, contentar el estómago con un sándwich y no forzar más de la cuenta la vejiga. Al llegar a la Borgoña, nos reciben unos campos esplendorosos, de un verde esmeralda salpicado de cuadrados de color amarillo intenso. Al verlos de cerca compruebo que son parcelas a reventar de flores recién abiertas. En ese momento reúno valor y pido permiso para enchufar mi iPod.

—Claro, dale —me dice—. Pon lo que más te guste. Así aprendo algo de lo que escucháis ahora, los jóvenes de tu generación.

¿Va con ironía? Le pongo a prueba. Escojo a Nacho Vegas:

Dónde estabas tú cuando perdimos la guerra,
tal vez mirabas desde tu ventana a un ciclista pasar...

La escucha atentamente. Y asiente al llegar a donde dice:

Y dónde estabas tú cuando grité mis secretos en el bosque
y nadie respondió y así volvieron a mí.

—Se me hace un tanto blandengue, pero no es malo —opina.

—Celebro que lo apruebes —ironizo.

—Sí, no está mal. Aunque oyéndolo, y si esto es lo que te gusta, entiendo tus dificultades para escribir la historia de Jorge. Tiene mucho mérito tu esfuerzo de ponerte en el pellejo de aquel tipo.

—No sé cómo debo interpretar eso.

—Pues no lo interpretes —dice, subiendo el volumen.

Rebasamos Dijon. Al pasar bajo el cartel que indica la salida, me informa, para que no piense que lo ha pasado por alto:

—Pararemos en Dijon a la vuelta. Ahora nos conviene seguir, si queremos llegar a París antes de que se nos haga de noche. Como te conté, aquí hicieron escala y durmieron Jorge y Grau, en su viaje al norte para reunirse con los otros voluntarios españoles. Y algo debe de tener que a Jorge le impresionó. Me dijo que la recordaba mucho, pese a que nunca había vuelto a poner los pies en ella.

Aunque adelante acontecimientos, diré ahora que a la vuelta visitamos la vieja capital de los duques de Borgoña, y que paseando por sus callejas medievales entiendo muy bien la nostalgia de Jorge. Como otros burgos borgoñones, da una impresión de tiempo detenido, de vestigio íntegro de una época que en España sólo puede recobrase en retazos aislados, cuando no adulterados por la superposición desconsiderada de las sucesivas modernidades.

Al aproximarnos a París, el tráfico se espesa. Pero antes de que se convierta en atasco, el denso *bouchon* de la aglomeración parisina, tomamos la desviación a Versalles. Como he hecho mis deberes de documentación, sé perfectamente por qué nos salimos aquí. La explicación exige retroceder de nuevo a la primavera de 1944.

Los alemanes del puesto fronterizo de Cerbère estaban avisados de lo que

tenían que hacer. Tras proporcionar alojamiento a Grau y a Jorge, facilitaron su traslado a Perpiñán, donde había un centro de reagrupamiento de fugitivos españoles. Varios de los que pasaron se quedaron allí, en el sur de Francia, reclutados por el SD, o *Sicherheitsdienst*, el servicio de seguridad interior del Reich que había organizado y dirigido el temible Reinhard Heydrich (para entonces, ya ejecutado por comandos checos en la emboscada de Praga). Estos voluntarios españoles fueron muy útiles para luchar contra la Resistencia, y en particular contra los muchos compatriotas republicanos que se habían unido a ella. Pero a ellos los enviaron más al norte. Por tren llegaron hasta Dijon, y allí los recogieron para llevarlos por carretera hasta Versalles, donde tenía su sede en Francia el Sonderstab F, una unidad especial dependiente de la Wehrmacht. Ella iba a ser la que acogiera e instruyera, en un principio, a todos aquellos españoles que venían a compensar la defección de su país.

Según algunos historiadores, aquella unidad había entrenado antes a gente de lo más insólito. Un primer Sonderstab F se había creado para adiestrar a los voluntarios árabes reclutados tras la insurrección iraquí contra los británicos en mayo de 1941. De él había salido un regimiento árabe de granaderos que había prestado buenos servicios al *Afrika Korps* del general Rommel en la zona de Bengasi. Otros historiadores niegan la continuidad entre ambas unidades, que sólo coincidirían en el nombre, y afirman que este Sonderstab F se creó específicamente para instruir y encuadrar a los voluntarios españoles. Sea como fuere, no tardaron en surgir los roces con los que iban llegando al acuartelamiento. Muchos de ellos eran gente problemática, carne de presidio, tipos pendencieros que en la guerra habían encontrado su rutina y que no tenían nada que perder. Otros eran veteranos de la División que reclamaban que se les reconociera el empleo militar que habían alcanzado en ella, a lo que los alemanes se negaron en redondo. Por muy cabo y cabo primero que hubieran sido, respectivamente, Grau y Jorge se vieron devueltos a la condición de soldado raso y obligados a demostrar su valía para que se les concedieran de nuevo los galones. No les fue muy difícil. Al cabo de mes y medio de instrucción, durante el que observaron un comportamiento disciplinado, bastante más que la media del improvisado

contingente, los alemanes, que entendían que necesitaban gente de fiar entre aquella tropa, les restituyeron su grado. Pero eso ya no fue en Versalles, sino en Stablack, en Prusia Oriental, adonde los enviaron a completar el grueso de su entrenamiento.

Aparcamos en la plaza que recuerda al general Hoche, y que preside una estatua del militar napoleónico, defensor de Dunkerque y conquistador de Renania (además de tocayo mío y de mi profesor, que no es que abunden). A unas decenas de metros se encuentra el Quartier de la Reine, una antigua caballeriza de la época de Luis XIV, reconvertida luego en cuartel, y que hoy día es la sede del tribunal de apelación de Versalles. Ocupa el número 5 de la rue Carnot, así llamada en honor de un miembro del Directorio que, ironías del callejero, ordenó encarcelar en 1794 al general que preside la plaza contigua. El edificio, como el resto del casco antiguo de la ciudad, ofrece un aspecto que no debe de ser muy diferente del que tuviera en mayo de 1944, cuando llegó allí Jorge García Vallejo. En lo que antaño fuera patio de armas, no demasiado amplio, hay unos contenedores de material y unas casetas de obra. Parece que se disponen a emprender al fin la rehabilitación de los centenarios pabellones, cuyos muros se ven descoloridos y descascarillados bajo un cielo de pronto gris. A medida que nos acercábamos a París han ido aumentando las nubes, que justo en este momento han logrado velar el sol que va declinando ya hacia la línea del horizonte.

Sobre los adoquines irregulares que ahora miro volvió Jorge a marcar el paso bajo el uniforme de la Wehrmacht, al que como cuando estaba en la División le cosió, lo mismo que sus compañeros, una bandera española en la manga. Pero aquel pequeño grupo de combatientes, formalmente, no era más que una unidad apátrida, repudiada y proscrita por las autoridades de su país, y demasiado insignificante para adquirir la entidad que los alemanes reconocieron a las fuerzas que, procedentes de Francia, Bélgica, Escandinavia o incluso los Balcanes, combatían a sus órdenes. Incluso en el caso de que se hubieran juntado más de los pocos cientos que llegaron a sumar se les habría rehusado el reconocimiento. Alemania seguía necesitando materias primas estratégicas de la España de Franco, y no tenía mayor interés en hacer ver que reclutaba a sus nacionales en contra de su nuevo estatuto de neutralidad.

Estaban condenados, les gustara o no, a ser unos soldados fantasmas. Para los suyos, para el enemigo, para los propios alemanes y para la Historia.

El paseo por la ciudad, por las mismas calles que debió de recorrer mi personaje en sus pocos momentos francos de servicio, me produce una sensación de rara intensidad. Tiene razón mi profesor. Los lugares se impregnan, cuando uno los mira sabiendo de esa dimensión invisible que es la huella de los hombres. Imagino que Jorge se quedó más de una vez contemplando la figura altiva de Lazare Hoche, aquel general al que le dio tiempo a ganar su bastón de mando y a morir antes de cumplir los treinta, y que empezó siendo, como él, un soldado casi niño (aunque ignoro si él tuvo, como la tuve yo, la curiosidad de indagar en su biografía). También debió de entrar alguna vez en la vecina iglesia de Notre Dame, cuyas torres gemelas dominan con sus cúpulas azules la perspectiva desde la plaza. Y supongo que se acercó siempre que pudo, como hacemos mi profesor y yo, hasta los enormes y suntuosos jardines del palacio de Versalles, donde llama mi atención la estatua de un hombre agachado y desnudo que parece afilar lo que no termino de decidir si es una hoz o un puñal curvo. Mirándola, con los jardines al fondo, no puedo dejar de pensar en el joven que en aquel preludeo del verano de 1944 volvía a afilar sus armas para entrar de nuevo en combate, y que muy bien pudo fijarse en ella como me he fijado yo.

Poco después, seguimos camino hacia París. Su descarada belleza no es para mí una novedad. Me la descubrieron mis padres hace doce años, cuando me trajeron (cómo no) a Eurodisney, y regresé hace seis en el viaje de fin de curso de bachillerato. Ahora sí encontramos atasco, en los accesos y más aún al llegar al *périphérique*. Tardamos un buen rato en abandonar la atestada circunvalación. Mi profesor ha reservado un hotel modesto en el barrio de Belleville.

No nos consta que Jorge llegara a conocer la capital. Nunca habló de ello. El motivo de dormir allí es otro, que averiguo a la mañana siguiente. Nos reunimos en el desayuno, durante el que mi profesor se muestra taciturno, como de costumbre, y extrañamente contristado. Después de tomar su café, me desvela al fin el motivo:

—Ayer se murió Ernesto Sabato, en su casa de Santos Lugares. Le

faltaban menos de dos meses para cumplir cien años. Hace treinta, cuando yo era todavía un muchacho, le escribí una carta impertinente. La petulancia idiota de la juventud. Me respondió con una nota tan dolida que me vi obligado a disculparme. Y volvió a escribirme, para quitarle importancia. Nunca olvidé la última frase de aquella carta: «Escriba y escriba, es la única forma de salvación».

No añada nada más. Deduzco que lo que procede es que me sume a su silencio. Tras el desayuno, nos acercamos caminando hasta el cementerio de Père Lachaise. No le es posible estar en París, explica mi profesor, y no presentar sus respetos a Marcel Proust. Encuentra pronto la tumba. En tierra, pequeña, de mármol negro, sencilla en comparación con tanto túmulo pretencioso que la rodea.

—Míralo, Lázaro —me dice—. Y míranos. Somos el testimonio de su triunfo. Del triunfo de la palabra sobre la ignorancia y sobre el olvido. Él, como Benjamin, o como Sabato, ordenó el mundo en su escritura, redimiéndolo de la injusticia, la fealdad y la barbarie. Eres de su estirpe, para eso escribes. Que ése sea tu orgullo, siempre.

Me pone la carne de gallina. Y durante un segundo, que los dioses le perdonen y me perdonen la inmodestia, llego a creerle.

Recuerdo muy bien dónde estaba cuando me enteré del derribo de las Torres Gemelas: comiendo en mi casa, después del instituto. Con trece años, aquel pasmo de ver caer a los dos colosos de hormigón, cristal y acero fue mi particular manera de tomar contacto con la Historia. Aquel día, así es como lo sentí y lo siento, empezó esta era confusa en que me ha tocado vivir, y morir acaso.

Creo que también recordaré siempre, y con una nitidez semejante, dónde estaba cuando supe que por orden del presidente Barack Obama un comando de los Navy SEAL había acabado en su guarida de Abbottabad, Pakistán, con Osama Bin Laden, el fanático y escurridizo artífice de aquella masacre. De nuevo, la noticia me llegó a través de la tele, en un motel de carretera de Tarragona, mientras desayunaba con mi profesor después de una larga jornada en ruta y una noche de sueño tan profundo como hacía mucho que no recordaba. Fue él quien descubrió y me señaló la coincidencia:

—No me digas que no es curioso enterarnos aquí, en Tarragona, donde se juntaron los pilotos suicidas para terminar de poner a punto la acción. Que haya pasado una década casi justa desde entonces le añade a la casualidad una redondez francamente sugerente. Si es que estas carambolas de fechas o de lugares significan algo.

—El día tampoco es cualquiera: 1 de mayo —observé.

—Bueno, eso si te riges por nuestra hora o por la de los americanos, que en Pakistán ya había empezado el 2 —dijo—. En todo caso, no deja de ser una fecha llamativa para la ejecución de un rebelde.

—Habrà que ponerse de acuerdo en el día —sugerí—. El dato tendrá su trascendencia para los historiadores. Alguno sostendrá que fue la fecha en

que terminó la guerra que había empezado el 11-S.

—No me seas iluso, Lázaro. La guerra no acaba nunca.

Ante mis cejas alzadas, me explicó que la frase no era suya, sino de un poeta catalán, Joan Margarit. Conste así para que nadie piense que hubo la menor tentativa de apropiarse del verso ajeno.

Cinco horas después, estábamos en Madrid. Me pidió disculpas por el atracón de carretera que nos habíamos metido en las últimas veinticuatro horas. Pero tenía sus motivos, como me explicó:

—En este instante está a punto de expirar el permiso conyugal que obtuve para llevarte. La prole nunca deja de apretar, y hay que dar el relevo. Espero que al final te haya servido de algo la expedición, tocayo. A mí, la verdad es que me ha venido muy bien.

—¿Para?

—Para algo que ya se verá. Todo el roce con el exterior que uno le mete al cerebro acaba dando sustancia a la mente. Ya lo dijo Michel de Montaigne, y aquel hombre, aunque admitía la posibilidad de que se le escaparan, o por eso mismo, no solía decir tonterías.

—A mí me ha servido, también —admití—. No estoy seguro de ser capaz de terminar algo que merezca el nombre de novela, pero lo que sí sé es que de ésta voy a acabar en deuda contigo.

Meneó la cabeza. Y como despedida, apostó:

—Esa deuda la saldarás, y de sobra. Salud, y a escribir.

Y mientras la guerra sigue, como él vaticinó, me toca continuar con la campaña de Jorge García Vallejo, que a mediados de mayo de 1944 fue transferido junto con otros voluntarios, entre ellos Laureano Grau, al acuartelamiento de Stablack, en Prusia Oriental. A poco más de 20 kilómetros de Königsberg, la patria de Immanuel Kant, cuyo imperativo categórico pocas veces a lo largo de la Historia fuera tan sistemática y unánimemente inobservado como por aquellas fechas. A apenas 60 kilómetros estaba Rastenburg, donde se encontraba la *Wolfsschanze* (o «Guarida del Lobo»), el cuartel general de Adolf Hitler, desde el que éste seguía los acontecimientos, cada vez más preocupantes, del frente oriental. Y un poco más lejos, Insterburg, la plaza en que por aquellos días estaba

destinado un joven comandante de caballería llamado Roland von Hoesslin, veterano de las campañas de Polonia, Francia y el norte de África, donde había resultado gravemente herido. Por su heroísmo en combate se le había concedido la Cruz de Caballero, pero a aquellas alturas de 1944, todavía no repuesto del todo, se encontraba aparcado en un destino de retaguardia. Mandaba un destacamento de instrucción de aspirantes a oficiales de unidades blindadas de reconocimiento, cuyo cometido era formar a toda velocidad jóvenes para cubrir las bajas constantes que se producían en el curso de las ya catastróficas operaciones. Su historia, estremecedora, la conocí por un libro titulado *De la Cruz de Hierro a la horca*, escrito por un antiguo compañero de su regimiento, August von Kageneck. Otra gentileza de mi profesor, en su afán de complicarme la empatía con mi protagonista.

Y es que en esos días de mayo de 1944, mientras Jorge García Vallejo volvía a ponerse al servicio del Reich, Von Hoesslin, horrorizado por la carnicería sin esperanza a que se sometía a sus compatriotas y por las atrocidades que los escuadrones de la muerte de las SS habían cometido en Rusia y Ucrania, acababa de comprometerse con el coronel Von Stauffenberg para sumarse a la operación *Walküre*, cuyo objetivo era acabar con el poder de Hitler y establecer en Alemania un nuevo régimen que negociase la paz con los Aliados. Su unidad, pobremente armada y equipada, pero estratégicamente situada en Prusia Oriental, a apenas 100 kilómetros del cuartel general del Führer, era por su emplazamiento una pieza valiosa para el éxito del complot. La tentación de seguir en paralelo estas dos peripecias, la del joven alemán rebelde a la demencia terminal del nacionalsocialismo, y la del joven español que se le ofrece al mismo tiempo en sacrificio, es demasiado fuerte como para resistirla. Cederé a ella. Aunque tengo mis dudas sobre sus posibilidades narrativas, tal vez me sirva para desquitarme de la emboscada de mi profesor.

En Stablack, Jorge y Grau cayeron bajo la férula de un antipático oficial germano apellidado Panther, nada proclive a entender la idiosincrasia de la tropa española con la que le tocaba lidiar y que, en gran medida formada por soldados curtidos, acataba de pésima gana aquella instrucción en orden cerrado, llena de *Links*, *Rechts* y *Eins-zwei-drei-vier* y más propia de reclutas

inexpertos. Allí, mientras dedicaba el día a desfilar inútilmente, supo Jorge del desembarco aliado en Normandía, con el que la Alemania hitleriana pasaba a estar atrapada entre dos fuegos y se hacía patente que se precipitaba a pasos agigantados hacia su fin. Pocos días antes, como los demás españoles acantonados en Stablack, y encuadrados en la llamada *Freiwilligen Einheit Stablack* (o «unidad de voluntarios de Stablack»), había tenido que renovar su juramento de fidelidad al Führer. La fórmula, distinta de la que había empleado en la División Azul, era la misma con la que se hacía jurar a los voluntarios procedentes de los territorios del este que acataban la disciplina alemana:

Yo juro ante Dios que, en la lucha contra los enemigos bolcheviques de mi patria, guardaré al jefe supremo de la Wehrmacht, Adolf Hitler, una obediencia total, y estaré dispuesto a ofrecer mi vida por este juramento.

También allí, en Stablack, durante unos pocos días de mayo, coincidió Jorge por primera vez con un conflictivo voluntario llamado Miguel Ezquerro, que alegaba su pasado como alférez provisional en la Guerra Civil y como veterano de la División Azul para exigir que los alemanes lo reconocieran como oficial de la Wehrmacht, algo que los responsables de aquella unidad tenían órdenes de rechazar de plano. Los voluntarios debían empezar de soldado raso y sólo tras demostrar sus méritos podrían alcanzar rango de clase de tropa (cabo o cabo primero, como fue el caso de Grau y de Jorge). Pero los galones de teniente o capitán, que con menos no se conformaba aquel pendenciero peticionario, eran impensables.

Al final, Ezquerro acabó levantando el vuelo, en busca de aires más ventajosos. Y los acabó encontrando en el SD, el servicio de seguridad adscrito a las SS, que por su carácter paramilitar era menos exigente a la hora de otorgar galones, y donde no le costó alcanzar el deseado nombramiento de oficial. A cambio, sus funciones tendrían más que ver con la labor de información en retaguardia que con el campo de batalla. Al menos, esto sería

lo que contara en la primera versión de sus memorias, publicadas en Portugal poco después de la guerra. En una versión revisada que publicó en España en la década de los 70, cambiaba el SD por el Abwehr, el servicio secreto militar dirigido por el almirante Canaris. Tenía un buen motivo para modificar la versión de los hechos, le dijo Jorge a mi profesor: entre una y otra edición, el SD había sido declarado organización criminal en los juicios de Nüremberg. Personalmente, Jorge se inclinaba por la primera versión, aunque no podía confirmar ni desmentir su exactitud. En los meses siguientes, ni él ni los demás voluntarios supieron nada de Ezquerria. Pero sus caminos iban a volver a cruzarse.

También Grau y Jorge salieron pronto del embrutecedor ambiente de Stablack. A finales de junio estaban en Hall in Tirol, cerca de Innsbruck, donde junto a un numeroso grupo de voluntarios españoles, y siempre bajo las órdenes del estirado alférez Panther, recibieron formación como tropas de montaña. Aquella instrucción era dura y físicamente exigente, recordaría Jorge, pero al menos tenía un remoto parecido con la acción; bastante más, desde luego, que la rutina frustrante de marcar el paso sobre los adoquines del cuartel.

Según averiguaron más adelante, este entrenamiento era el paso previo a su envío al frente. Buscando qué hacer con aquellos voluntarios españoles, a los que por su deficiente disciplina y heterogénea calidad se había catalogado como tropas de utilidad mediana, tirando a baja, el alto mando alemán había decidido adscribirlos a la 3ª División de Montaña, que guarecía el paso de los Cárpatos, en Rumanía. Su misión consistía en mantenerlo abierto para que a través de él pudieran cruzar las tropas que se retiraban en masa desde el frente oriental, ante el empuje de la arrolladora potencia militar soviética. En ese arduo empeño, a los españoles iba a tocarles la peor tarea: conducir y proteger los convoyes que abastecían las posiciones de la División dispersas en la montaña. Un trabajo de segunda, propio de tropas auxiliares, pero no por ello menos peligroso.

A principios de julio de 1944, mientras Jorge y Grau aún andaban adiestrándose para incorporarse a las tropas alpinas, la operación *Walküre* progresaba rápidamente hacia su desenlace, con bastante desorden y no poca

imprudencia. El comandante Roland von Hoesslin sondeaba ya sin recato a sus oficiales subalternos sobre su descontento con la marcha de la guerra, granjeándose la simpatía y la adhesión de algunos y despertando inoportunas y peligrosas sospechas en otros. La acción quedó fijada para el día 15, en que Von Hoesslin debería marchar con sus blindados sobre Königsberg para asegurar que la capital de Prusia Oriental se unía a la rebelión. Y así lo hizo, llegada la fecha, sin dar mayores explicaciones a sus hombres, que creyeron que se trataba de un ejercicio. Pero a medio camino recibió la contraorden: el golpe quedaba aplazado, porque el *Reichsführer* y máximo dirigente de las SS, Heinrich Himmler, había cancelado a última hora su viaje a Rastenburg, y el plan de Von Stauffenberg requería su eliminación junto al líder nazi. Con una mezcla de embarazo y aprensión, y sin darles cuenta del motivo, Von Hoesslin ordenó a sus hombres el regreso a la base.

Cinco días después, el 20 de julio, le llegaban casi a la vez las dos noticias: Von Stauffenberg había hecho estallar un artefacto explosivo en la sala del cuartel general donde se encontraba Hitler; pero sólo le había causado heridas leves, y la insurrección, tímidamente iniciada en Potsdam, Berlín y otros lugares, se deshacía al tiempo que comenzaban las detenciones y ejecuciones de los implicados, empezando por el propio Von Stauffenberg. Bajo la acusación de tener noticia de la conjura y no haberla detenido, la Gestapo también fue por su jefe directo, el general Fromm (ante quien Jorge había jurado por primera vez fidelidad a Hitler, tres años atrás). Desde ese momento, Von Hoesslin, que había permanecido quieto el día del atentado, porque nadie le avisó, fue consciente de que su suerte estaba echada. Era sólo cuestión de tiempo que llegaran a él.

Pero la conjura tenía muchos nombres, y había otros más obvios que el suyo. Los perros de presa del *Obergruppenführer* Kaltenbrunner, el jefe de los servicios de seguridad, tardaron un mes en atar los cabos que llevaban al comandante Von Hoesslin, quien en el ínterin, y ante el avance de los rusos, ya tan cerca de Insterburg que se oían sus obuses, fue trasladado con su unidad a Meiningen, en Turingia. Allí se presentaron el 23 de agosto de 1944 dos individuos vestidos de paisano. No necesitaban exhibir sus documentos para hacerle evidente su pertenencia a la Gestapo. Mandaron retirarse a su

ayudante y a él le comunicaron su arresto y la orden que tenían de conducirlo a Tegel, cerca de Berlín. De civil. El comandante, furioso, se negó a despojarse del uniforme que había honrado con su valor en el campo de batalla y exigió que esa orden se la diera su superior. Los de la Gestapo, impasibles, hicieron que así sucediera. A partir de ese momento, Von Hoesslin no opuso resistencia alguna.

Ese mismo día, el mariscal Antonescu dio un golpe y Rumanía se volvió contra Hitler. Allí estaban ya Grau y Jorge, camino de los Cárpatos, para hacer de ellos unas improbables Termópilas.

Madrid, noviembre de 1989. La tercera mañana de confidencias se acerca a su fin. Al menos así lo prevé el joven que las recibe, y que sabe que a las dos y cuarto, ni un minuto más tarde, el viejo acudirá a la cita que tiene con el plato y la mesa que le ha dispuesto su hija. También él se da cuenta, después de mirar el reloj y calcular con un retardo que sugiere cierta lentitud. Le pasa muy de vez en cuando, todavía es un hombre con la mente vivaz. Pero a veces tiene estas interrupciones, estas demoras, signos inequívocos de la edad que lo merma como antes o después ha de mermarnos a todos (salvo los que se vean abatidos por algún accidente mortal prematuro).

—Quiero dejarte contado hoy lo de Rumanía —explica—. Me había puesto como objetivo llegar justo hasta donde sé que a ti te interesa. Al momento en que me puse por primera vez una gorra con la calavera y una guerrera con las runas al cuello. Si me doy prisa, puedo hacerlo. Me disculparás si soy algo más somero que al contarte otros episodios. Porque lo de Rumanía tuvo tela. Vaya si la tuvo.

—Puedo esperarme, si va a causarle algún trastorno. Pienso seguir teniendo mañanas libres al menos durante dos meses más. Hasta febrero no tengo exámenes, ni prisa por estudiármelos.

El viejo soldado lo mira con alguna desaprobación.

—Desde luego, qué generación —se lamenta—. Bueno, tengo casi tres cuartos de hora. Voy a ir rápido, pero te lo contaré todo. Te vendrá bien saberlo, para valorar lo que tienes. Antes de plantarnos en los Cárpatos, tuvimos que llegar hasta Viena, y de ahí a Budapest, y de Budapest hasta la frontera rumana, y de ahí, cruzando medio país, hasta Vatra Dornei, donde estaba desplegada la División. Hicimos la mayor parte del viaje en tren, y

aquello era para verlo. Íbamos en sentido contrario a los convoyes cargados de heridos, a los refugiados que huían despavoridos hacia el oeste. Los rusos venían a toda máquina y de la ferocidad con que avanzaban no nos dejaban ninguna duda aquellos miles de soldados hechos cisco y aquellos civiles con el miedo metido en la mirada. Me acordé de la primera vez que había pisado el territorio del Reich, y de la impresión que me había causado su ferrocarril tan impoluto y tan eficiente. Todo eso había saltado en pedazos. Tres años después, aquella red ferroviaria modélica era un caos, que no daba abasto para mover tal masa humana y los suministros para el frente. Y más si tienes en cuenta que el enemigo no se privaba de bombardearla a placer.

Algo más transportaban en esas fechas los trenes de la red ferroviaria centroeuropea, como me hizo notar mi profesor al contármelo: los miles de judíos, por ejemplo de Hungría, que aún no habían sido exterminados y que era menester trasladar hacia la funesta estación *terminus* de Auschwitz-Birkenau, entre otras. Para ilustrarme me remitió a dos libros: *Sin destino*, de Imre Kertész, entonces un adolescente que fue hacia el matadero creyendo que iba a trabajar y a correr aventuras; y *Las benévolas*, de Jonathan Littell, que en un pasaje memorable (eso me dijo, y lo corroboro) muestra las tribulaciones de un burócrata de las SS, de la oficina de Adolf Eichmann, que suda tinta ante un mapa de la red ferroviaria. El hombre no sabe cómo mover a tanto judío, por aquellas líneas colapsadas por el flujo descomunal de pertrechos necesario para reaprovisionar a las acosadas tropas del frente oriental y por el volumen, no menos abrumador, de las bajas que cada día se producen en sus filas.

Con todo, los integrantes de la compañía española de voluntarios acabaron alcanzando su destino en la última semana de agosto. Para entonces Rumanía ya no era parte del Eje, sino que se había pasado con armas y bagajes a los soviéticos. Los antaño fiables aliados rumanos, que se habían batido como diablos en Stalingrado, engrosaban así los efectivos de un enemigo cada vez más temible y crecido. De nuevo mi profesor me sugirió un libro para ilustrarme: una novela de un tal Fritz Wöss, que narra las peripecias de un oficial alemán destinado con los rumanos en la ciudad del Volga, y que se titula *Perros, ¿queréis vivir eternamente?* (por lo visto, una

frase de Federico el Grande, proferida ante algunos de sus hombres que vacilaban en avanzar para que los triturase el fuego que les llegaba de enfrente en alguna célebre batalla). Pero decliné el ofrecimiento, porque bastante tengo con lo que tengo para contar mi historia, y aquí a cada paso se abre un abismo, es decir, una epopeya.

En Vatra Dornei, la ciudad enclavada en el paso principal de los Cárpatos, que ya fuera escenario de violentos combates en la Gran Guerra entre rusos y austríacos, los españoles se unieron a los hombres de la 3ª de Montaña, que resistían como alimañas aferradas a un terreno ya irremediabilmente hostil. Era, o había sido, una unidad distinguida. Sus cazadores, *Gebirgsjäger* en alemán, habían coronado el Elbruz, la cima del Cáucaso, y antes de eso habían tomado al asalto el puerto de Narvik, en Noruega, abocando a los noruegos a rendirse y privando a los británicos de un aliado crucial. Pero en aquel verano de 1944 eran tropas agotadas y diezmadas, a las que se había encomendado una defensa terminal que Jorge y sus compañeros vinieron a reforzar de forma testimonial, si no irrisoria.

—Así fue —recuerda Jorge— como vestí, aunque por poco tiempo, el uniforme de los cazadores alpinos. Teníamos unas botas especiales, mucho más cómodas, para trepar por el monte. Y llevábamos una insignia muy bonita, el *Edelweiss*, la flor de la montaña. Lástima que la cosa no estuviera como para pasear luciéndola por el pueblo. Apenas llegamos, nos enviaron a las trincheras. A nuestros jefes alemanes les dieron las instrucciones, que ellos, por lo que sacamos de los intérpretes, nos trasladaron de mala gana. Éramos una especie de compañía de apoyo, teníamos que reforzar los convoyes y acudir a las posiciones que estuvieran comprometidas. El objetivo era uno y era simple: mantener el paso abierto para los nuestros que todavía tenían que evacuar hacia el oeste, pero cerrado para los rusos. Yo no sabía entonces mucho de estrategia, pero ya vi que aquello era una misión imposible y, tal y como estaba la relación de fuerzas, bastante suicida. En algún momento Grau debió de darse cuenta de mis temores. Y los atacó, a su modo. Me puso la mano en el antebrazo, me lo apretó y me dijo: «El hombre que teme a la muerte muere mil veces. El que la desprecia, muere cuando le toca y ya está. Pasa rápido, como nos decían en el Tercio. Y estoy contigo.

Todavía no han podido con nosotros, y no se lo pondremos fácil». Te parecerá una estupidez, pero aquello me tranquilizó. Mucho.

Al recuerdo le sigue una sonrisa, que tarda en desvanecerse.

—Aquel lugar, a pesar de todo, tenía su encanto —prosigue—. Los valles, las montañas cubiertas de bosques espesos, como yo nunca había visto en España, y más bonitos, por lo escarpado del terreno, que los de Leningrado, llanos y mucho más anodinos. En invierno tenían pistas de esquí, las siguen teniendo, creo. Un sitio ideal para ir de vacaciones, y no a matar y a impedir que te maten.

Puedo confirmar esa impresión, aunque nunca he estado en Vatra Dornei. Encontré la página web de una empresa local que ofrece excursiones para turistas, con bastantes fotos. Todas ellas acreditan la belleza del paraje, en el corazón de la Bucovina. Entre las atracciones que se ofrecen a la clientela está la subida a una ermita ortodoxa perdida entre la espesura, la ruta por el parque natural de Calimani, con picos y lagos que quitan la respiración, y un recorrido por las trincheras de la segunda guerra mundial. Allí, donde bien pudo apostarse Jorge, se ofrece al turista la opción de jugar a las batallas con *paintball*. Me produce un escalofrío mirar la vieja excavación, y la frivolidad de jugar a la guerra en ella, una sensación que mejor me callo, aunque no tengo por costumbre sacralizar nada.

También encontré una rareza, la fotografía de un español vestido con el uniforme de cabo de las tropas alpinas alemanas. Que es español lo sugieren con bastante claridad sus facciones, del tipo mediterráneo, y lo corrobora el dorso. Es una tarjeta postal y el que la escribe utiliza el castellano para escribir estas letras a los destinatarios: «A mis queridos segundos padres con todo mi cariño. Su hijo». El cabo, muy joven, apenas veinteañero, posa sentado bajo un porche, con las piernas cruzadas y un pitillo en la mano izquierda, en la que lleva un anillo bastante aparatoso. No se sabe más de él. Bueno, algo más, sí. La postal está fechada el 14 de junio de 1944. Es, sin duda, uno de aquellos soldados fantasmas, españoles que seguían luchando por Alemania cuando su gobierno ya había decidido abandonarla y acomodarse en la neutralidad. Puede estar en el campamento de instrucción de Hall in Tirol. Pudo ir a los Cárpatos, con Jorge y Grau. O tal vez corrió

otra suerte, la de la otra compañía de la unidad formada en Stablack, a la que enviaron a Eslovenia a luchar contra los partisanos de Tito. Nunca lo sabré, probablemente, y de pronto la incertidumbre me corroe. Porque en esa mirada adolescente, tan derecha hacia la cámara, creo ver el alma de mi personaje. Pero cuando se la enseño a mi profesor me asegura que no es él. Aun sin haberlo conocido de joven, está seguro de que se trata de otra persona. Otro de aquellos niños feroces, voluntarios para la catástrofe.

Pronto se vieron los españoles arrojados al combate. Y pronto éste se reveló desesperado. Los rusos, que cerraban en grandes bolsas a las tropas alemanas en retirada, haciendo miles de prisioneros de cada vez, ejercían una presión creciente en el paso y en la forzosamente discontinua línea defensiva que trataba de sostener la 3ª de Montaña. Sus posiciones caían un día sí y otro también, cuando no quedaban cercadas y condenadas, con arreglo a las órdenes, a una autoinmolación que los alemanes aceptaban con una mansedumbre exasperante. Pero mejor dar paso a los recuerdos de Jorge:

—Allí —le cuenta al joven que le escucha ahora en silencio absoluto— supe lo que era de verdad combatir. Toda la acción que había echado de menos en Rusia, hasta Krasny Bor, que para mí pasó tan rápido que a veces creí que había sido un espejismo, la recuperé en la primera semana en Vatra Dornei. Y todo por un terreno imposible, que nos destrozaba literalmente, porque cada kilómetro valía por cinco, pero que al mismo tiempo nos protegía. De no haber sido así de malo, nos habrían arrollado sin más. En el monte, un grupo de infantes con determinación es un hueso duro de roer. Defendimos convoyes, reforzamos blocaos y nos colamos entre sus líneas para arrearles donde más les escocía: volando los puentes por los que tenían que pasar para abastecer sus posiciones. Hubo días que al final me dolía el hombro de disparar, y la muñeca de tanto darle al cerrojo. Pero en aquel roce constante con el arma, usándola todo el tiempo, me convertí en el soldado que no había sido antes.

Los ojos se le iluminan. Por un momento, vuelve a ser un niño.

—De allí —continúa—, salí capaz de clavar los cinco tiros del peine en el espacio de un puño. Aprendí a disfrutar del retroceso, a sentir la tensión de la línea del tiro desde el cañón hasta el blanco. Cuando llegas a notar la

consistencia de esa línea, cuando aprendes a contener la respiración, apretar el gatillo, recibir el golpe de la culata y ver la bala dando donde quieres, cuando tienes esa sensación de poder sobre ella y sobre las vidas que se te pongan a tiro, entonces, no antes, eres un guerrero. Allí, en los Cárpatos, fue donde yo me hice. Con el amparo insustituible de Grau, que me enseñó a afirmar mi puntería. Como solía decirme: «Al fusil no te hace ni la cuna ni la suerte, sino el afán de conocerlo. Eso lo aprendí de los moros. ¿Por qué son capaces de darle a un duro a una distancia que tú ni lo puedes ver? Porque tirar con un fusil es lo que más desean desde que tienen entendimiento, y en eso se empeñan desde que tienen fuerza para levantarlo. Lo quieren, y él les devuelve el cariño».

Llegó un momento en que Jorge y Grau combatían en un pequeño grupo, desconectado del resto. El aborrecido Panther, ya teniente, desapareció súbitamente de escena por obra y gracia de una misteriosa herida que, según la voz que se corrió entre los españoles, pudo ser una autolesión para eludir aquellas operaciones al límite. Ni quería morir encerrado en un blocao, ni disfrutaba especialmente de aquellas incursiones que eran, con diferencia, la parte que más le gustaba a Grau. El propio Jorge, pese al peligro, terminó por preferirlas, antes que la angustiosa defensa estática o el papelón de hacer llegar un convoy a lo alto de una cota sitiada. Al final, luchaban sin órdenes superiores, sin otra consigna que resistir a todo trance y como mejor entendía el oficial subalterno al mando. Hasta que les llegó la noticia: los rusos ya habían atravesado los Cárpatos por otro paso y, gracias a la vía libre que les habían abierto las nuevas autoridades rumanas, se hallaban a cientos de kilómetros tras sus líneas. Hasta los más tozudos cazadores del *Edelweiss*, dispuestos a defender sus míseros blocaos colgados de los riscos hasta la última bala, comprendieron que no tenía ningún sentido. Ahora el objetivo pasaba a ser otro. No caer en la bolsa que tarde o temprano se cerraría sobre ellos, garantizándoles un billete de ida a Siberia.

—Quien no ha vivido una desbandada así —le dice Jorge a su atento oyente—, no sabe lo que es huir. Fue la primera vez, en mi caso, y no había de ser la última. Íbamos en un grupo de lo más heterogéneo, juntado por el azar del combate: media docena de alemanes, otros tantos españoles y tres

Hiwis, auxiliares rusos, que eran los más interesados en escapar de los suyos. Y más cuando empezamos a ver cadáveres de otros como ellos, ahorcados o acribillados sobre la marcha. A los traidores a la URSS, los esbirros del padrecito Stalin no les daban ninguna oportunidad de sobrevivir, y a nosotros nos vinieron muy bien sus ganas de salvarse. Eran tipos duros, astutos y muy buenos soldados. Hacían casi todas las descubiertas y como entendían el idioma eran muy útiles para sacar información.

—¿Información? ¿Y eso? ¿Hicisteis prisioneros?

—No exactamente. No podíamos permitirnos ese lujo, y menos aún el de dejarlos a nuestras espaldas, para que informaran a sus jefes de por dónde íbamos pasando. Pero digamos que antes de acabar con ellos hubo alguna vez tiempo de preguntarles. No voy a entrarte en muchos pormenores. Imagina lo que fue recorrer cientos de kilómetros, a pie o en lo que podíamos robar, cuando podíamos, y hasta donde duraba el combustible que tuviera dentro. La ventaja era que en un frente que había quedado completamente disuelto, sin líneas fijas, un grupo pequeño como el nuestro tenía posibilidades de pasar. Pero no fue de balde. Nos llevamos a unos cuantos por delante y dejamos a algunos también. Al final llegamos a Viena diez despojos humanos. Cuatro españoles, cinco alemanes y un ruso. Habíamos atravesado Rumanía y Hungría por nuestros propios medios. Jamás he vuelto a pisar esos países. Ni ganas me quedaron.

A Jorge, Grau y los otros dos españoles los reagruparon en el campamento de Stockerau, no lejos de Viena, con el resto del contingente español, formado a aquellas alturas por nuevos voluntarios, otros supervivientes de Rumanía, elementos de la compañía que había estado en los Balcanes y trabajadores españoles de la Organización Todt, la sección del régimen hitleriano que se dedicaba a construir fortificaciones y a mantener a pleno rendimiento, incluso en aquellos tiempos de penuria extrema, la industria militar alemana. Entre trabajadores forzados (ex combatientes republicanos capturados en Francia, a los que los alemanes llamaban *Rotspanier*) y voluntarios venidos de la península huyendo del hambre, llegó a haber en las fábricas del Reich cerca de 50 000 españoles. A no pocos de ellos, incluidos algunos *rojos*, les convino enrolarse como combatientes. A

partir de cierto momento, había más probabilidades de morir en la cadena de montaje bajo las bombas de las fortalezas volantes norteamericanas que en el frente bajo la artillería enemiga. Según se cuenta, incluso Hitler, en estos momentos finales de la guerra, animó a sus subordinados a reclutar como soldados a los republicanos españoles, convenciéndolos de que el régimen nacionalsocialista velaba por los obreros, no como el burgués Franco, que aupado al poder por la oligarquía española, devolvía ahora el favor alineándose con las potencias capitalistas anglosajonas.

—De lo que te puedo dar fe —atestigua Jorge— es de que allí había gente que luchó con la República en nuestra guerra. Yo traté mucho a uno. Velasco, se llamaba. Había sido sargento del Ejército Popular. Nos lo contó a Grau y a mí cuando tuvimos algo de confianza. Los alemanes le habían hecho cabo, y cuando le preguntamos por su experiencia militar, dudó pero al final nos lo dijo. Y nos dio sus razones. Que después de trabajar durante cuatro años con los alemanes, había visto que aquel país funcionaba. Que incluso con las estrecheces de la guerra, la riqueza se repartía, y que los trabajadores, al menos los libres, disfrutaban de condiciones dignas. Que él era socialista, y algo sabía de las canalladas del estalinismo. Eso, más las pocas ganas de morir como una rata bajo una bomba de aviación, le había empujado a alistarse. Por suerte para nosotros, porque pronto nos hicimos inseparables, y porque tenerlo al lado, visto desde aquí, fue una bendición. En parte, si estoy aquí hablando contigo, es porque lo conocí a él y alguna vez me cubrió las espaldas. Pero ésa es una historia que no te contaré hoy. Es la hora. ¿Me acompañas?

Precisamente junto a Velasco, le dice Jorge en el camino hacia la salida, vivió el incidente que iba a precipitar su salida de Stockerau. Aquélla era una unidad de depósito, en la que junto a los españoles había croatas, de la brigada que combatía al lado de los alemanes. Los españoles nunca encajaron con los croatas, y viceversa. Para éstos, los españoles eran demasiado indisciplinados, y para los españoles, los croatas estaban demasiado acostumbrados a la retaguardia y ponían demasiado ahínco en los simulacros de marcialidad. Entre unos y otros, los oficiales alemanes que los mandaban se inclinaban por los croatas. Un día, Jorge, Grau y Velasco, a la sazón

instructores de un pelotón de nuevos voluntarios, en vez de colocarse entre ellos para que les pasaran revista los jefes, se quedaron fuera de la formación, conforme a la costumbre española. El atrevimiento les costó un feroz rapapolvo del coronel y un severo correctivo disciplinario. Incluso Jorge, el más prusiano de los tres, sintió que aquello era un atropello. Y en esto, vino el belga.

—Fue por culpa de él —recuerda Jorge, mientras traspone junto al joven los límites del parque, con la mano en el cuello para protegerse de un súbito relente—. Así fue como los tres nos hicimos SS. Pero mejor que los detalles te los cuente mañana, más despacio.

Es la cuarta de aquellas mañanas de noviembre, y será la última. Son apenas las once y el sol calienta aún débilmente. Jorge propone a su joven acompañante dar un paseo para no quedarse ataridos, en tanto sube un poco la temperatura. Mientras caminan, retoma el relato en el punto donde lo dejó la víspera. En lo del belga.

Antonio Alfonso van Horenbeke había estado en la Legión, durante la Guerra Civil. Allí había coincidido con Grau. Hablaba buen español y tenía incluso la nacionalidad. Iba a Stockerau con una misión, por cuenta del comandante de los voluntarios valones y jefe del partido rexista, Léon Degrelle. Enterado de la existencia de voluntarios españoles y de su descontento, Van Horenbeke le había propuesto reclutarlos para reforzar el contingente de su brigada SS, la *Wallonie*, que el líder rexista estaba empeñado en convertir en una división. Después de las pérdidas que había sufrido, en Estonia y antes en la bolsa de Cherkasy, sus necesidades superaban la oferta de voluntarios. Y como Degrelle no podía ni quería contar con los otros belgas, los flamencos (que además tenían su propio jefe y su propia división SS, la *Langemarck*), vio con agrado la posibilidad de incorporar a los españoles, con los que existía el viejo vínculo histórico de los Tercios, en los que los súbditos del reino de Castilla y los del ducado de Borgoña habían sido compañeros de armas.

Cuando llegó a Stockerau, Van Horenbeke dio con Grau en seguida. Acababan de arrestarlo, y no le costó convencerlo. Y, junto a él, a Jorge y a Velasco. Los tres aceptaron, sin pensarlo mucho.

—Supongo que te interesan las razones —dice Jorge, con una expresión malévola que se vuelve luego melancólica—. Yo mismo, durante estos años,

me he preguntado por ellas, y alguna vez me he cuestionado si fueron suficientes. Pero en aquel momento, para mí, hubo de sobra. No había estado jugándome la vida en Rumanía, después de convertirme en un proscrito en mi propio país, para caer bajo la bota de aquellos soldaditos de plomo y consumirme en su sopor cuartelero. O, peor todavía, para que nos mandaran juntos al frente y me machacaran en la misma papilla que harían con ellos los rusos. Lo que el belga nos ofrecía era ir a donde estaba la acción, con soldados de verdad, a dar la cara y a tener una oportunidad de hacer algo. Y Grau, de quien yo me fiaba, se fiaba de él. Incluso de la promesa que nos hizo, y que en nuestra situación, en aquel destino infecto, obligados a reírle las gracias a un coronel al que habíamos aprendido a odiar, y a convivir con aquellos croatas a los que a esas alturas despreciábamos, sonaba irresistible. Según nos dijo, querían formar una compañía de españoles, al menos, y podíamos contar, los tres, con nuestro ascenso inmediato a sargentos. En fin, a nadie le gusta que le pisoteen, y menos cuando se le ofrece ser respetado.

Era finales de octubre de 1944. Un par de semanas antes, el comandante Roland von Hoesslin (o mejor dicho ex comandante, tras su degradación) moría colgado en la prisión de Berlín-Plötzensee. Lo había entregado al verdugo el Tribunal del Pueblo presidido por el siniestro juez Freisler, uno de tantos profesionales que se pusieron al servicio del nazismo para medrar en la nueva Alemania, y que pese a su pasado comunista demostró un gran entusiasmo, en la persecución de disidentes en general y en el aplastamiento de Von Hoesslin en particular. Apenas dejó hablar a su abogado y le escupió toda suerte de improperios por su traición. Pero al joven oficial, del que se conservan imágenes durante el juicio, vestido con un traje modesto y con la mirada extraviada en el horizonte, nada de eso le importaba ya. Había pasado antes por el interrogatorio directo de Ernst Kaltenbrunner, el sabueso de Himmler, un gigante de más de dos metros con una horripilante cicatriz en la mejilla (y también doctor en Derecho, dicho sea de paso). Ante él había confesado sin ambages su implicación en la conjura. Nada esperaba. Ya se había despedido, incluso, de su familia y amigos, en una carta en la que, después de contarles su degradación, admitía que podía ser formalmente un traidor, por haber violado su juramento de fidelidad a Hitler, pero les

aseguraba que no se sentía como tal en su alma y que se encomendaba al juicio de la Historia. Las palabras finales de la carta, sobrecogedoras, merecen que las transcriba:

Ahora tenemos que separarnos. Yo avanzo por un sendero escarpado y al volverme vosotros os vais haciendo cada vez más pequeños; una bruma me vela la visión, pero nuestros corazones siguen unidos en el amor. Eternamente. Si algún día, por azar, algunos de vosotros estáis reunidos en torno a una mesa y pensáis en mí, bajad a la bodega, echad mano de una buena botella y vaciadla a la salud de mi recuerdo. Espero que riáis con gana de los caprichos de vuestro marqués y de la muerte extravagante que ha elegido. Pase lo que pase, la vida era bella.

Roland von Hoesslin era un aristócrata y había sido un *bon vivant*, gozador del vino, las mujeres y la ópera. Su sacrificio no era, ni mucho menos, el de alguien cansado o desganado de vivir, y esa última frase lo corrobora. Confirmando su pronóstico, lo condenaron a la pena capital. Tras cumplirse la sentencia, el tribunal presidido por Freisler le envió a su madre una notificación en la que se le daba fríamente cuenta de la ejecución «del antiguo comandante Roland von Hoesslin» y se le advertía que tenía prohibida la publicación de una esquela de defunción. También se le adjuntaba la factura: 300 *Reichsmark* por la condena a muerte, 125 por el verdugo, 75 por el abogado de oficio y 53 *Pfennige* por los sellos de correos. Según cuenta Von Kageneck, la madre, sin rechistar, acudió a la oficina de correos y pagó lo que se adeudaba por la muerte de su hijo.

Como él, habían caído todos los demás conjurados. He repasado sus historias, con ayuda de los varios libros que se publicaron con motivo del 75 aniversario de la operación *Walküre*, que también dio lugar a la muy mejorable película de Tom Cruise. Pero ninguna de ellas me impresiona tanto como la de Von Hoesslin, salvo la del general Henning von Tresckow (interpretado en la película, de forma olvidable, en mi parecer, por Kenneth

Branagh). Había sido el cerebro del golpe, en su calidad de jefe de Estado Mayor del grupo de ejércitos del Centro. No esperó a la Gestapo. El mismo 20 de julio de 1944 se adentró solo en la tierra de nadie del frente de Bialystok, con una granada en la mano, y la hizo explotar. Antes de acabar con su vida, le dejó a su ayudante unas palabras para la Historia:

Si en la antigüedad Dios prometió no destruir Sodoma si sólo se encontraban entre sus murallas diez justos, yo me atrevo a esperar que, gracias a nosotros, Él no perderá a Alemania. Ninguno de nosotros tiene derecho a lamentarse por su suerte; todo el que ha entrado en nuestro círculo se ha revestido con la túnica de Neso. El valor moral de un hombre se mide por su capacidad de sacrificarse por sus convicciones.

Gracias al general, un servidor, que no ha leído todo Sófocles, supo de Neso, un personaje aludido en *Las traquinias*. Se trata del centauro que le entrega a Deyanira un filtro con el que ésta impregna la túnica con la que quiere recuperar a Heracles. Pero el filtro es en realidad un veneno que lleva al héroe a descubrir su mortalidad. Las palabras de aquel militar valeroso e ilustrado, ejemplo de lo mejor de Alemania, subrayan la tragedia de un país rendido a quienes, con su alevosía brutal, representaban todo lo contrario. Los mismos que habían creado la tenebrosa milicia a la que una tarde de principios de noviembre de 1944, mediante su rúbrica del documento correspondiente en la oficina del jefe del sector de las SS de Viena, se incorporaron Laureano Grau, Jorge García Vallejo y el exiliado republicano Velasco. Con aquel pasaporte, quedaban liberados de la obediencia al coronel de Stockerau (que montó en cólera, pero nada pudo hacer para impedirlo) y pasaban a integrarse en la disciplina de las Waffen-SS. Donde Jorge, paradojas del destino, iba, como decía Henning von Tresckow, a terminar de acreditar su valor moral, es decir, su capacidad de sacrificarse por sus convicciones.

Antes de continuar, se me ocurre que no está de más que ofrezca al lector un par de informaciones complementarias. Al menos, a mí me ha venido bien recabarlas, para entender mejor la historia, por lo que me atrevo a creer que puede ser el caso de algún otro. Que me disculpen todos aquellos para los que sean cosa sabida.

La primera información se refiere a la organización que en aquellos primeros días de noviembre de 1944 acogió a Jorge García Vallejo en su seno: la *Schutzstaffel*, o «escuadra de protección», más conocida por sus iniciales, SS, y aludida a menudo en plural. Seguramente el uso introdujo esta forma a fin de reflejar mejor la variedad de cuerpos y dependencias que se acabó cobijando bajo las temidas siglas. Pero en sus orígenes la SS no era más que un pequeño grupo de hombres, escogidos entre la *Sturmabteilung* o SA, la milicia del partido nazi, para proteger a su máximo dirigente. La primera aparición de la SA, en 1921, fue fulminante. Aunque no eran ni cincuenta, se las arreglaron para neutralizar a golpes a varios cientos de militantes comunistas que habían acudido a reventar un mitin del entonces semidesconocido Adolf Hitler, quien pudo finalmente lanzar a su auditorio sus proclamas nacionalistas y antisemitas.

Durante varios años, la SS mantuvo una dimensión limitada, en la que prestó no obstante destacados servicios al líder. Su primer embrión, la *Stosstrupp Adolf Hitler*, fundada en 1923, se empleó a fondo en el golpe de Múnich de ese mismo año, donde algunos de sus integrantes se dejaron literalmente la vida para proteger al jefe, manchando con su sangre una bandera, la *Blutfahne*, que luego sería venerada como una reliquia. En 1925 adoptó el nombre *Schutzstaffel* y en 1929 Hitler puso al frente a un joven de

28 años, técnico agrónomo y frustrado aspirante a oficial en la Gran Guerra, en la que su juventud (o, según otros, su miopía) le había impedido tomar parte. Se llamaba Heinrich Himmler, y aunque era un tipo desmedrado, de aspecto incluso un poco ridículo, iba a hacer crecer las SS hasta límites insospechados. Su anacrónica pretensión de resucitar la orden de los caballeros teutónicos a través de su Orden Negra (por el color del uniforme), sus creencias vinculadas al viejo paganismo germánico y sus delirios esotéricos, que lo aficionaban a pamplinas como la búsqueda del Grial y del origen de la raza aria, hallaron su contrapeso en la fría mente organizadora de quien sería su mano derecha, el antiguo oficial naval Reinhard Heydrich. Gracias a él, el artefacto basado en aquel batiburrillo de ideas fútiles iba a ejercer un poder y una influencia impredecibles. Desde la minúscula partida de matones de sus orígenes, las SS evolucionaron hasta convertirse en una institución capaz de abducir a una buena parte de la élite alemana, con la que acabaron formando un estado dentro del estado.

Para 1944, cuando se unió a ellas Jorge García Vallejo, las SS no eran sólo el principal brazo ejecutivo del partido nazi, al que pertenecían sus militantes más fieles. Habían absorbido todo el aparato policial del estado (colocando en el centro a su temible policía secreta, la *Geheime Staatspolizei*, más conocida como Gestapo), habían creado una administración especial para gestionar la aplicación de las leyes raciales (incluido el exterminio de millones de judíos, sobre el terreno y en los campos de concentración, así como la explotación de la mano de obra esclava que suponían), desempeñaban las actividades de inteligencia interior y exterior (a través del SD, dependiente de la RSHA, u Oficina Superior de Seguridad del Reich) y, por si todo lo anterior fuera poco, habían formado un ejército paralelo, cuyos efectivos rondaban el millón de hombres, mejor armados y equipados que los del ejército regular, la Wehrmacht, y llamados, por voluntad expresa de su jefe, a estar siempre en el fragor del combate. Para distinguirlo del resto de la organización, a este ejército de soldados políticos, que no llevaban el uniforme negro, sino el gris de los militares, se le dio un nombre propio: las Waffen-SS.

Creadas a partir de las *Verfügungstruppen* (o SS-VT, las milicias creadas

tras la disolución de la SA) y las *Totenkopfverbände* (o SS-TV, las «unidades de la calavera», encargadas de vigilar los campos de concentración) con el refuerzo de la guardia personal de Hitler (o LSSAH, *Leibstandarte Adolf Hitler*), las Waffen-SS eran al principio de la guerra unas tropas insignificantes y bastante mal instruidas, que en las primeras campañas (Polonia y Francia) sólo destacaron por su torpeza en combate y por su crueldad con los prisioneros.

El fiasco llevó a Himmler a apretar las tuercas a sus subordinados, y gracias al impulso de jefes duros y curtidos, como Sepp Dietrich o Felix Steiner, en dos años se logró poner en pie un ejército formidable, al que iban destinadas, preferentemente, las mejores armas que producían las fábricas alemanas, desde los letales carros de combate Panther y Tiger hasta las ametralladoras y los fusiles más avanzados. Con el alistamiento, a partir de 1940, de voluntarios procedentes de pueblos «racialmente afines», en primer término alemanes de los países conquistados (o *Volksdeutsche*) y nórdicos (noruegos, daneses, suecos y finlandeses), y luego holandeses, belgas, franceses y bálticos, las Waffen-SS se promocionaron como una suerte de legión pangermánica. Su misión era protagonizar la defensa del Reich y de Europa frente a los *bárbaros*: los rusos y la pléyade de pueblos asiáticos que nutrían el Ejército Rojo. Frente a los soviéticos cayeron una y otra vez, y en inmenso número, aquellos voluntarios fanatizados, víctimas de tácticas suicidas y de su propia ceguera ideológica. A partir de cierto momento se sumaron a ellos los muchachos de las juventudes hitlerianas. Con tan sólo 16 o 17 años se incorporaban a su propia división, la *Hitlerjugend*, que fue la que se encontraron de forma inesperada los angloamericanos cuando desembarcaron en junio de 1944 en Normandía, donde la Orden Negra trataba de reorganizarse tras la terrible escabechina que había sufrido en el frente ruso.

Durante algún tiempo, a las Waffen-SS se les aplicaron las estrictas reglas raciales que regían el ingreso en las SS generales (o *Allgemeine-SS*). Lo que incluía no sólo la pureza aria de la raza, sino también toda una serie de directrices encaminadas a su extensión y robustecimiento, como las relativas a la procreación, que incluso se llegaba a exigir como mérito para

determinados ascensos. Sus oficiales, los más puros entre los puros, se instruían en la academia de Bad-Tölz, por donde pasó la flor y nata de la juventud alemana de su tiempo, excepción hecha, claro está, de judíos, medio judíos (o *Mischlinge*) y disidentes. Al igual que tantos ilustres profesores universitarios, juristas o científicos (como Wernher von Braun, el futuro padre de la coherencia espacial, que guardaba en el armario un uniforme negro de *SS-Obersturmbannführer*, aunque luego sus jefes norteamericanos extendieran sobre el particular un piadoso silencio), aquellos jóvenes aspiraban a estar entre los elegidos de la nueva Alemania. Y para ello era requisito ponerse la gorra con la calavera.

De haberse mantenido la norma de la pureza racial, Jorge García Vallejo nunca habría podido calzársela. Pero cuando la guerra se empezó a torcer, y la necesidad de disponer de nueva carne de cañón lo más motivada posible se hizo acuciante, las Waffen-SS relajaron las exigencias. Alistándose en su ejército, aquella pretendida legión paneuropea, los no arios podían redimir, en parte, su degeneración racial. Para morir tratando de contener a los soviéticos, sí se los juzgaba válidos, si bien se les distinguía de los arios en el grado. Por ejemplo, Jorge nunca fue *SS-Unterscharführer*, como habría sucedido si hubiera sido ario, sino *Unterscharführer der SS*; un ligero pero elocuente matiz del genitivo. Así fue como hubo SS italianos, ucranianos, tártaros, húngaros, albaneses, musulmanes bosnios (los de la división *Handschar*, cuyos integrantes se tocaban con un pintoresco fez gris adornado con la calavera) y, en fin, españoles.

Las Waffen-SS, con carácter general, eran tropas de choque, destinadas a cubrir los peores sectores del frente y, en cuanto la suerte de la guerra se volvió adversa para los alemanes, a intentar las maniobras estratégicas desesperadas e imposibles que se le ocurrían a Hitler para tratar de mantener en pie su cada vez más frágil castillo de naipes. Sus unidades de combate, y en especial las que formaban voluntarios extranjeros, eran distintas de las que efectuaban la limpieza étnica en retaguardia (los *Einsatzgruppen*, adscritos al SD) o vigilaban los campos de exterminio y masacraban a los prisioneros judíos (los regimientos SS de la calavera). Con todo, no pocas de las unidades de la Waffen-SS cometieron atrocidades, tanto en la lucha antipartisana,

como en el trato a prisioneros o incluso en algunas acciones puntuales contra comunidades judías. Pero no era ésta su función, y muchos de sus integrantes jamás participaron en ellas. Quien se apuntaba a las Waffen-SS sabía que su destino más probable era la primera línea. En algunos momentos de la guerra, la vida media de sus oficiales en el frente apenas superaba las dos semanas. Jorge nunca le aclaró a mi profesor en qué medida era consciente de dónde se metía, y del riesgo extremo de morir al que se estaba exponiendo, pero con la experiencia que ya tenía difícilmente podía ignorarlo. Y quienes fueron a buscarlo para sumarse a la *Wallonie*, que se había quedado en cuadro (por eso buscaba refuerzos), no debieron de engañarlo sobre las condiciones de la unidad: una nueva división destinada a acudir en seguida al frente, y a derramar su sangre copiosamente ante el enemigo. No sé hasta qué punto, a esas alturas, resistía el ideal anticomunista de Jorge; dudo, por lo que a sus dos compañeros atañe, que éste existiera siquiera. Pero lo último que puede decirse, en todo caso, es que al unirse a las filas de los voluntarios SS valones lo hicieran calculando un beneficio.

Léon Degrelle, el inspirador y jefe de aquella Legión Valona, al principio integrada en la Wehrmacht, con la que participó en las primeras campañas rusas, y más tarde en las Waffen-SS, bien daría para una novela. A un novelista, Jonathan Littell, le ha dado por lo pronto para un curioso ensayo titulado *Lo seco y lo húmedo*, que me pasó mi profesor y que leí con verdadera fruición. Se propone Littell indagar, a través de la figura de Degrelle, de su peripecia y de sus memorias, tituladas *La campaña de Rusia*, la condición psicológica del fascista violento, que asocia a una serie de desequilibrios y complejos, sobre la base del trabajo del sociólogo alemán Klaus Theweleit y su descripción, en un libro titulado *Männerphantasien*, del que denomina como *hombre-soldado*. Littell, siguiendo a Theweleit, caracteriza a Degrelle como un espécimen acabado de ese tipo psicológico o psicopático, definido (resumiendo mucho, y si lo he entendido bien) por la necesidad de proteger un yo blando con una coraza dura, que es la que proporcionan la fraseología y la imaginería fascista, así como el ejercicio de la violencia sobre los hombres reputados inferiores (o, lo que es lo mismo, sobre el otro al que se decide, en tanto que enemigo, deshumanizar). La

sequedad vendría a indicar que la coraza funciona y protege el yo vulnerable del fascista; la humedad (representada en el caso de la campaña rusa por el terreno pantanoso, trasunto de la raza inferior y bestial que lo habita), que la coraza se ha abierto y que el yo blando siente la amenaza de derramarse al exterior. No soy psicólogo e ignoro la consistencia científica de este discurso, pero desde luego me causó impacto y, acordándome de mi personaje, reconozco que me dio bastante que pensar.

Degrelle, jefe del partido ultranacionalista Rex, se puso a las órdenes de los invasores alemanes cuando Bélgica cayó bajo su dominio. Se ofreció como soldado raso para ir a luchar a Rusia y allí ganó condecoraciones y ascensos, hasta el de *SS-Standartenführer* o coronel que recibiría al final de la guerra. Su leyenda de bravura y valor, en la que le acompañaron sus voluntarios valones, lo convirtió en símbolo de ese *soldado europeo* al que pretendían atraer las SS. No sólo fue portada de *Signal*, la revista propagandística del régimen, sino que el propio Hitler lo condecoró personalmente dos veces, y según contó Degrelle en sus memorias (por lo que el dato pertenece a la categoría de lo inverificable) el Führer llegó a decirle, en su última entrevista, que era el hijo que le habría gustado tener.

En cuanto al rexismo, por lo que he podido averiguar, era un potaje ideológico no muy alejado en algunos aspectos del pensamiento joseantoniano, con su mezcla de irredentismo nacionalista, feroz anticapitalismo y anticomunismo e inclinación a las soluciones expeditivas. Por ejemplo, en un mitin que celebró en Charleroi a mediados de 1944, dentro de su campaña para reclutar nuevos voluntarios a fin de formar su deseada división, Degrelle llegó a decir:

Para nosotros, la guerra no acabará hasta que en las regiones obreras, en nuestro viejo país aún dominado por las mafias plutocráticas, el capital finalmente esté al servicio del pueblo, hasta que el trabajo sea el rey, hasta que los centenares de miles de familias obreras tengan el bienestar y el respeto. Es por todo ello, mis camaradas, por lo que habéis luchado. En estos tiempos difíciles, en esta época enferma donde se pueden ver tantos hombres insolentes, atiborrados de

riquezas, nuestro pueblo nos demanda saber quién se ocupará de él, quién le salvará un día. Aquellos que salvarán un día al pueblo, nuestro pueblo, ¡sois vosotros, mis soldados de Rusia!

Quizá convenga aclarar que Degrelle, que logró escapar milagrosamente de la quema, acabó convirtiéndose en un plutócrata propietario de una aparatosa mansión con torreón y todo, plantada en lo alto de una loma solitaria en la provincia de Sevilla, y que sus contactos en la España de Franco le permitieron darse durante décadas una vida de millonario, merced a contratos públicos obtenidos mediante tráfico de influencias (en el mejor de los casos). Pero volviendo al momento que nos interesa, finales de 1944, lo anterior sirve para delimitar el terreno ideológico en el que aterrizaron Jorge, Grau y su nuevo compañero Velasco cuando se incorporaron a las filas de la legión valona de las SS. Para cerrar el círculo, no está de más indicar el concepto que tenía Degrelle del enemigo, tal y como lo ilustra oportunamente Littell con citas de su propio libro, en las que, entre otras lindezas, hay reiterada alusión a las prácticas de canibalismo en que acabaron incurriendo los rusos prisioneros, a los que los alemanes mantenían sistemáticamente infraalimentados:

Abrimos la puerta de un vagón de prisioneros: unos asianos, voraces como morenas, peleaban y se arrebataban trozos de carne. El vagón se disputaba los restos de un mogol muerto. (...) Muchos de esos asianos, traídos desde sus estepas salvajes, preferían roer una costilla de calmuco o de tártaro antes de correr el riesgo de morirse de hambre. (...) Unos cuantos cerdos repulsivos patrullaban por delante de los puestos soviéticos y se comían sin escrúpulos los cuerpos vomitivos que se habían podrido rápidamente al sol. Los rojos miraban con envidia a esos cochinos creófagos que chapaleaban, a una distancia de veinte metros, en los intestinos verdosos de los compatriotas. Estaba claro que se morían de ganas de atraer hasta sus líneas a aquellos animales repugnantes. Consiguieron por fin

apoderarse de uno. Oímos sus gritos de felicidad. En Tieriákov la antropofagia soviética se practicaba por animal interpuesto.

Para completar el panorama, y el retrato del personaje, me parece oportuno traer a colación las palabras que Degrelle escribió después de la guerra, en el epílogo a un libro sobre la historia de las Waffen-SS, y donde analiza retrospectivamente su papel histórico:

La Waffen-SS fue un ejército continental como no se había conocido en época alguna (más del doble de la Grande Armée), un ejército que no era sólo militar sino ideológico, capaz de asegurar, gracias a su fuerza y a su doctrina, la reunificación y el renacimiento de los miembros dispersos de una Europa cuyos falsos demócratas de antes de 1940 le habían disecado la inteligencia y cortado los nervios. Un viejo rencoroso e impotente —Roosevelt— y un loco furioso de genio sombrío —Stalin— hicieron de Europa en 1945 un medio continente a merced de sus apetitos. Evocar el recuerdo de este millón de caballeros es justo y saludable. El héroe, dondequiera aparezca, no muere nunca del todo. Su espíritu marcha como un abanderado a la cabeza de los pueblos. La Waffen-SS, al sucumbir tras una lucha titánica, ha entrado para siempre en la inmortalidad.

Tal era el contexto, tal era el jefe. Y la aventura que esperaba a Jorge García Vallejo, a sus órdenes, iba a estar en consonancia.

Aquella cuarta mañana, el relato de Jorge García Vallejo progresa a un ritmo casi febril. El joven que le acompaña en el paseo por la Dehesa de la Villa madrileña, y que la víspera lo ha visto desfallecer en algún momento, lo siente hoy pletórico de fuerzas. Está llegando al momento que sabe más emocionante. Al ocaso de los dioses, al apocalíptico *Götterdämmerung* que vivió en primera fila, y que desde entonces constituye, y cómo no, la médula de su memoria.

Desde Stockerau, Jorge y sus compañeros, junto a su reclutador belga, se trasladaron hasta Alfeld, un pueblecito a orillas del río Leine y cercano a Hannover, en Baja Sajonia, donde por aquellos días se trataba de poner en pie la nueva división valona. A los españoles los recibieron como agua de mayo. A esas alturas, recurriendo a incorporar, incluso a la fuerza, a cualquier compatriota que se le pusiera a tiro (incluidos presos y trabajadores en suelo alemán), Degrelle apenas había logrado reunir 4000 de los 8000 hombres que como mínimo se exigían para poder considerar a su unidad una división con todas las de la ley. Encuadrarlos no era tarea menos ardua. Su jefe de Estado Mayor, Hellebaut, llegó a presentarle su dimisión por la ligereza del líder rexista al tratar de montar una división cuyos cuadros eran soldados ascendidos por méritos de combate o militantes con cierta preparación intelectual pero nula cualificación militar. Así las cosas, Jorge y sus compañeros no tuvieron grandes dificultades para que se les reconociera como suboficiales. A más no podían aspirar, porque el ascenso a oficial de las Waffen-SS requería con carácter general el paso, por breve que fuera, por una *Junkerschule*, una de las «academias de caballeros» de la Orden Negra.

En la *Wallonie* coincidieron los españoles con otros voluntarios de origen

variopinto, como un grupo de SS franceses que habían luchado como ellos en los Cárpatos y algunos rusos blancos, exiliados en Bélgica y Francia después de la revolución bolchevique. A los españoles los agruparon en una compañía, la 3ª, del I batallón del 70 regimiento, a las órdenes del SS-*Untersturmführer* Bal, un belga que dominaba el castellano por haber vivido en Argentina.

Entre noviembre y diciembre de 1944, Jorge y sus compañeros se instruyeron en el manejo de las nuevas armas que se suministraban a las unidades SS, todavía en buena cantidad pese a la deriva catastrófica de la guerra, y que apenas habían visto hasta entonces en las unidades de la Wehrmacht en las que habían servido. De este modo se familiarizaron, entre otras, con la ametralladora MG 42, el fusil G 43, el fusil de asalto StG 44 (el primero en la Historia de su clase, del que se derivaría el Kaláshnikov ruso y los fusiles de asalto modernos) y el lanzagranadas Panzerfaust. Medio siglo después, ante su joven interlocutor, Jorge recuerda así aquellos días:

—Después de la penuria de Rumanía y el aburrimiento de Stockerau, vernos con esos juguetes en las manos nos subió la moral. A nosotros y a nuestros soldados, muchos de ellos veteranos de cien combates en los que nunca habían estado tan bien equipados. La precisión, la potencia y la facilidad de uso del lanzagranadas eran increíbles. Al dispararlo por primera vez, pensé en lo bien que nos habría venido tener diez de aquéllos en Krasny Bor. Y los nuevos fusiles, automáticos o semiautomáticos, permitían una velocidad de disparo que resultaba inalcanzable con los fusiles de cerrojo. Sin embargo, Grau en seguida les vio la pega: «Tiran rápido, sí», me dijo, «pero con el máuser se hace mucha más puntería. Tú haz lo que quieras, yo me quedo con el chopo. Lento pero seguro». Y conservó su viejo fusil. Al final, yo hice igual. Porque, después de tirar mucho con los otros, tuve que darle la razón. No eran ni la mitad de fiables, aunque a primera vista impresionara su potencia de fuego.

Hacia diciembre, los trasladaron a un nuevo acuartelamiento en Renania, para completar su instrucción. La compañía española estaba al completo. En total, unos dos centenares de hombres. Muchos de ellos, bastante problemáticos. En palabras de Jorge:

—Había gente poco convencida de aquella lucha y muy inexperta, por un lado: tipos que habían llegado allí de rebote, desde las fábricas y por los vericuetos más insólitos. Y, por otro, sujetos de la peor catadura, criminales o medio tronados, con tanto fuego a las espaldas y tan poco que perder que resultaban un peligro. El propio Grau, que no dejaba de parecérseles un poco, y que conocía a varios de ellos, me avisó más de una vez acerca de alguno. Y también me echó una mano, cuando mi juventud les hacía pensar que no tenían por qué tomarse en serio mis galones. A veces me pregunto si habría podido con ellos, de no estar él allí. Pero estuvo, siempre.

A finales de diciembre de 1944, el alto mando alemán lanzó la ofensiva de las Ardenas, que pilló desprevenidos a los británicos y a los norteamericanos y en un primer momento pareció poder proporcionarle a Hitler una victoria inesperada y la reconquista de Bélgica. El propio Degrelle, recién nombrado *Volksführer* de Valonia, se acercó a la zona de operaciones, para no perderse la entrada triunfal cuando el Eje recuperara el control de su país. Pero, en apenas unos días, aquella ofensiva, de corte más propagandístico que efectivo, se desinfló por completo. Los carros se quedaron sin combustible, los claros que se abrieron en el cielo permitieron a la fuerza aérea aliada hacer uso de su humillante superioridad sobre la aviación alemana, la antaño orgullosa Luftwaffe, y Degrelle hubo de volver a Renania con sus soldados. Por esas fechas, las nuevas autoridades belgas lo juzgaron en rebeldía en Bruselas. En lugar de los honores que esperaba recibir, el flamante *Volksführer* fue agraciado el 27 de diciembre con una condena a muerte por traición.

Aquellas Navidades de 1944, Jorge y sus compañeros pudieron hojear una extraña revista llamada *Enlace*, que se editaba en Berlín para los trabajadores españoles en Alemania y que también, y en contra de la discreción que solían observar los alemanes al respecto, se hacía eco de la presencia de aquellos combatientes clandestinos. Fue Velasco, que había leído algunos números anteriores, el que se hizo con ella. Por lo que Jorge notó en la forma en que se la enseñaba, algo le había influido en su decisión de tomar las armas para defender a Alemania. La revista la publicaba el Instituto Iberoamericano, dirigido por el general retirado Wilhelm Faupel,

que había sido embajador de Hitler ante la España de Franco durante la Guerra Civil y que allí, tras algunas agrias discrepancias, había aprendido a no tragar al taimado general. Aquel número de *Enlace*, cuyo redactor jefe era un sacerdote vasco de antigua militancia *abertzale*, llamado Martín de Arrizubieta, contenía cosas tan exóticas como villancicos en catalán, en gallego y en euskera, destinados a los soldados y trabajadores de ese origen. Desde sus páginas se lanzaba un mensaje anticomunista furibundo, en la línea de presentar la cruzada de la Alemania nazi y de quienes la secundaban como una defensa de Europa, criticando con dureza la deserción de Franco.

—Confieso —admite Jorge, algo avergonzado— que en su momento leí aquello como si fuera una especie de ratificación del sentido de una lucha en la que por cansancio, por la evidencia de lo cuesta arriba que lo teníamos, y por alguna decepción que me habían producido los alemanes, empezaba a debilitarse mi fe. Luego he releído la revista, que conseguí gracias a un camarada. Y la verdad, como el cura que lo escribía, me pareció todo incoherente y estrambótico a más no poder. Pero en fin. La credulidad de la juventud.

Animado por aquella extravagante propaganda^[8], o simplemente por la descarga de adrenalina que le producía el regreso a la acción, Jorge García Vallejo emprendió en los últimos días de enero de 1945 la marcha hacia Stettin, en la región de Pomerania (actualmente, la polaca Szczecin). Los soviéticos, tras apoderarse de los países bálticos y Polonia, estaban ya en el territorio del Reich, y la velocidad de su avance hacía pensar que no tardarían en llegar a Berlín. La última barrera, el pomposamente llamado grupo de ejércitos del Vístula, a cuyo frente se puso personalmente el *Reichsführer* Himmler, a despecho de su nulidad como estratega, había de ofrecer la que sería la penúltima resistencia. Y allí le tocó ir a la *Wallonie*, con sus voluntarios españoles, para probar una vez más su fidelidad al Reich.

La batalla decisiva se iba a dar en la ciudad de Stargard (hoy la polaca Szczeciński), donde coincidirían, junto a valones y españoles, los flamencos de la división SS *Langemarck*, los daneses y noruegos de la *Nordland*, los holandeses de la *Nederland*, los letones de la *Letland* y los franceses de la *Charlemagne*. Algunos historiadores la presentan como una de las batallas

emblemáticas de las SS europeas, frente a la *amenaza asiática* encarnada por el ejército de Stalin. Por lo que toca a la *Wallonie*, hay un autor, Caballero Jurado, que destaca el hecho de que su emblema fuera la Cruz de Borgoña, bajo la que en otro tiempo lucharan juntos los europeos de diversas nacionalidades que formaban los Tercios de Carlos V y de sus sucesores, y que también defendieron un imperio europeo que acabó por sucumbir en Rocroi ante la fuerza combinada de sus numerosos enemigos. Incluso mucho después del desmoronamiento de ese imperio, recuerda este historiador, hasta el siglo XIX, hubo unas Guardias Valonas que se encargaban de la protección de los monarcas españoles, y a las que se incorporaba la crema de la aristocracia hispana.

Pero no es mi propósito ni mi inclinación darles una interpretación a estas coincidencias, y me atrevería a decir que tampoco en el recuerdo de Jorge García Vallejo tenían un peso especial. De hecho, a partir de su llegada a Stargard, su relato se vuelve cada vez menos ideológico. La perentoriedad y la violencia de los acontecimientos se imponen, y no dejan espacio para mayores disquisiciones.

—¿Qué puedo contarte de esos días? —se pregunta, mientras toma asiento en un banco al sol—. Puedo decirte que por el carácter de la gente que teníamos, y por las ganas de demostrar que no éramos menos que los belgas, al más puro estilo español, hicimos unas cuantas locuras, y que por hacerlas, ésa es la verdad, dejamos allí a muchos de los nuestros. Volvíamos a movernos por un terreno infame, una zona pantanosa, en ese momento del final del invierno en que la nieve empieza a perder consistencia. Pero no creas que por eso nos arrugamos. Todo lo contrario. Una vez tratamos de capturar un antitanque ruso, porque nos pareció que estaban con la guardia baja, y nos dieron cera de lo lindo. Otra vez rodeamos a unos rusos en una granja y, confiando en que la noche nos permitiría sorprenderlos, los atacamos, pero sus centinelas estaban alerta y nos hicieron tres muertos. Las dos veces tomó la iniciativa Grau, y los más temerarios lo siguieron. Velasco y yo nos encargamos de cubrirlos, lo que luego nos hizo sentir un poco culpables del fracaso.

Jorge carraspea. Su voz suena más firme cuando prosigue:

—En la siguiente machada, que fue atacar a una compañía de T-34 con nuestros lanzagranadas, nos la jugamos todos, y hasta cierto punto nos salimos con la nuestra, por fin. Acercándonos con desprecio de nuestras vidas, como se decía entonces, acabamos con cuatro de ellos, aunque nos discutieron la victoria, porque un cazatanques de la división Panzer que nos apoyaba, la *SS-Frundsberg*, la reclamó como suya. Yo lo que puedo asegurarte es que mi gente les dio a dos de ellos, sin ninguna duda. Pero qué importaba aquello ya.

El semblante del viejo adopta una expresión sombría.

—No era más que retrasar el final inevitable —explica—. Los carros nuestros, los Tigres, con los que nunca había luchado hasta entonces, asustaban de sólo verlos, con sus 70 toneladas de acero. Cuando les daban a los rusos los hacían saltar en pedazos, y los rusos, en cambio, no podían dañarlos salvo que les acertaran en alguno de sus pocos puntos vulnerables. Pero, por cada Tigre nuestro, ellos lanzaban treinta carros de los suyos, y esas oleadas de infantes contra los que podías cansarte de disparar sin que el fuego lograra pararlos. Al final, llegaba el momento en que mantener la posición equivalía a una garantía de morir o caer prisionero. Y llegado ese punto, nos retirábamos. Lo hicimos todos, nosotros y los belgas y los nórdicos y los alemanes. No te digo que no hubiera quien resistió hasta el final, como nos habían ordenado. Pero pasa algo con la desmoralización, como con el sentimiento opuesto, el fervor de la victoria: se contagia, y basta que se apodere de los que tienes al lado para que te arrastre también a ti. Cuando nuestros vecinos de sector echaban a correr, lo mismo hacíamos nosotros. El frente se hundía por todas partes, y no se podía decir que no hubiéramos hecho por impedirlo. Nos replegamos como pudimos, abriéndonos paso furiosamente con las ametralladoras y los lanzagranadas cuando nos cruzábamos con alguna de las patrullas de vanguardia del enemigo, sin saber siquiera si habría un lugar en el que se detuviera aquella desbandada. A ratos, me parecía estar viviendo de nuevo, como una pesadilla que se repetía, pero aumentada, la retirada de Rumanía, meses atrás.

En este punto, la memoria de Jorge peca de cierta inexactitud. Según todas las fuentes, la retirada de la *Wallonie* de Stargard, como la del resto del

III Cuerpo SS Germánico, que mandaba el *Obergruppenführer* Felix Steiner, fue bastante ordenada, como correspondía a la inteligencia de un general que llegó a desoír en más de una ocasión las órdenes suicidas recibidas de Hitler y de un alto mando secuaz de sus delirios. Si bien es cierto que a los valones, y con ellos a los españoles, se les dio más de una vez la orden de resistir a toda costa o hasta la llegada de refuerzos, para evitar el derrumbe del frente, no lo es menos que el repliegue final se hizo con autorización de Steiner, que vista la superioridad soviética resolvió reagrupar sus fuerzas en la línea del Oder, confiando en poder apoyarse en esa barrera natural. Pero se comprende que en su perspectiva limitada aquel sargento tuviera una impresión de mayor descontrol.

—A principios de marzo llegamos al Oder —evoca Jorge—. Los rusos nos seguían apretando y por esos días mataron a Bal, el oficial belga que nos había mandado y nos había ayudado a encajar en aquella división a la que llegamos en tan mal momento. Cayó durante un contraataque, en un pueblo a retaguardia de Stargard. En general, los jefes belgas daban el callo. Alguna vez llegué a ver al propio Degrelle en medio del fregado, junto a un peculiar personaje, el capellán de la división, que era monje trapense y SS-*Sturmbannführer*. Para que veas que no todos los SS eran ateos, como suele decirse. Pocos días después cayó alguien a quien, con mis respetos para Bal, que era un hombre valiente, me afectó mucho más ver morir. Y fue de la forma más puñetera, no pudo ni reaccionar. Haciendo la ronda por los puestos de centinela, Velasco tuvo la mala ocurrencia de asomarse para observar las posiciones enemigas. Un francotirador lo estaba esperando y lo mató de un solo disparo. Si no recuerdo mal, el sitio se llamaba Altdamm, en las afueras de Stettin. He pensado muchas veces en el camino que aquel hombre hizo en la vida. Desde Asturias, donde nació y se hizo socialista porque, como él decía, estaba en el aire que respiraba, hasta aquella trinchera en la última línea de resistencia de Alemania, donde, vestido con el uniforme de camuflaje de las SS, lo mandó al otro barrio alguno de esos guerreros de las estepas, acostumbrados a escudriñar a lo lejos.

El pueblo de Altdamm se llama ahora Dąbie. Las fronteras posteriores a la guerra lo adjudicaron a Polonia. Hasta allí llegó la aventura valona de

Jorge García Vallejo. Tras la retirada de Stargard, el jefe supremo del grupo de ejércitos del Vístula, el *Reichsführer* Himmler, fue destituido de esa responsabilidad por el Führer, que no pudo pasar por alto su notoria incompetencia. En la reorganización que siguió, Degrelle demostró una vez más su ambición postulándose como jefe común de valones, flamencos y franceses, con los que pretendía formar un cuerpo de ejército que, reducidas todas aquellas divisiones a poco menos que regimientos, ya sólo podía serlo sobre el papel. Pero los españoles supervivientes no formaron parte de aquella última quimera del caudillo belga. La *Wallonie* recibió la orden de entregarlos a todos. Según se les notificó, debían presentarse en Potsdam, a apenas veinticinco kilómetros de Berlín, donde se estaba formando una nueva unidad. Jorge, Grau y unas pocas decenas de hombres más emprendieron el camino hacia el oeste.

—Para serte sincero —confiesa Jorge—, cumplimos la orden con bastante poco entusiasmo. Hubo algo que pasó en Pomerania y que creo que debo contarte, para que lo entiendas mejor. Un día, pasando por un pueblo, en retirada, vimos a un oficial alemán, de la Wehrmacht, no de los nuestros, que estaba zarandeando a una mujer. Grau se le acercó para preguntar qué pasaba y los demás lo seguimos. La mujer, polaca, gritaba en mal alemán que ella no había hecho nada. El oficial, por lo que entendimos, la acusaba de haber robado unos sacos de patatas y estaba empeñado en llevársela para que la sometieran a juicio. Tal y como estaba la cosa, para que acabara fusilada. Grau se metió en medio, le agarró el brazo al oficial y le obligó a soltarla. Con un gesto, le dijo a la mujer que se fuera. El oficial hizo ademán de llevarse la mano a la pistola, pero fue sólo eso, un ademán, porque antes de que pudiera tocarla se encontró con que lo encañonábamos con diez armas, por lo menos. Impasible, Grau volvió a animar a la mujer a que se fuera. El oficial la vio marcharse, rojo de ira, y nos amenazó, mirando a Grau, con dar parte de nosotros al mando. Grau lo miró sin replicarle, dio media vuelta y echó a andar. Los demás lo seguimos, sin dejar de vigilarle. El oficial se quedó allí, jurando y vociferando como un poseso. A la salida del pueblo, Grau se volvió a dos de su pelotón. No necesitó decirles nada. Regresaron sobre sus pasos y no habría transcurrido más de un par de minutos cuando

oímos una ráfaga de fusil ametrallador. Cuando aquellos dos volvieron, nadie les preguntó nada. Y nadie protestó por la solución que se le había dado al problema.

He comprobado el incidente en los libros que se han escrito sobre aquellos días. Y alguno lo recoge, en términos similares, como referido por varios de los supervivientes. Pero otros historiadores lo ponen en duda, como una patraña inventada y puesta en circulación por los veteranos de aquella unidad SS española para tratar de dar la impresión de que ellos no sólo no cometían atropellos con la población civil, sino que incluso los evitaban. Al comentarlo con mi profesor, me ofrece su criterio, que me inclino por seguir:

—No me lo contó para jactarse. Más bien al revés, como una muestra de su desaliento, de la contradicción que al menos él empezaba a vivir, entre una causa que había abrazado por idealismo y aquel desmoronamiento, no sólo del poderío militar sino también del poco empaque moral que le quedaba a aquel ejército. Y lo que me contó no es inverosímil. Un oficial debe tentarse la ropa antes de amenazar a la tropa, incluso a la suya, en medio del desorden del combate. Es una de las maneras más eficaces de suicidarse, entonces y hoy. Darle motivos para liquidarte a alguien que tiene una ocasión inmejorable para quitarte de la circulación no es una conducta inteligente. No hace mucho me contaron que de cierta misión de paz, no me quisieron dar más detalles, un oficial español había vuelto de milagro. Su gente llegó a tener un AK-47 escondido en el vehículo por si los emboscaban y podían usarlo cargándole la baja al enemigo.

—¿De veras?

—No sé, es lo que me han dicho, y no tengo pruebas. —Se encoge de hombros—. A lo mejor es un embuste. Pero esas cosas pasan.

Sea como fuere, Jorge, Grau y el resto llegaron a Potsdam sin que aquella acción, si realmente la hubo, tuviera ninguna consecuencia. Allí, y no precisamente para su alborozo, les esperaba un viejo conocido. Lucía galones de *Sturmbannführer* (o comandante). Su nombre: Miguel Ezquerro. El alborotador de Stablack. Su nuevo jefe.

Entre Stettin y Potsdam, Jorge García Vallejo volvió a hacer uso, por penúltima vez, de los ferrocarriles alemanes. Lo que pudo ver desde la ventanilla le sirvió para ratificar sus peores augurios.

—Casi en cada ciudad que atravesábamos había edificios ardiendo —recordaría—. Y al llegar a Berlín, donde cambiamos de tren, nos encontramos un paisaje devastado, con barrios enteros reducidos a escombros. La gente convivía con la destrucción con una extraña indiferencia. Por aquellos días, los berlineses llevaban ya varios años de bombardeos. Tampoco parecían inmutarse demasiado por otro espectáculo: el de los militares alemanes colgados de farolas o árboles y con un letrero al pecho que proclamaba su cobardía ante el enemigo. El hundimiento era ya tan palpable que muchos empezaban a optar por la desertión. Para que no cundiera demasiado el ejemplo, los perros de presa de la *Feldgendarmarie*, la policía militar, les aplicaban tirando de soga el escarmiento correspondiente.

Son las mismas imágenes de las que da testimonio un por aquel entonces jovencísimo soldado que hizo ese mismo trayecto, unos meses antes, para unirse a una división blindada en reconstitución. Casualmente, la división en cuestión era la *SS-Frundsberg*, que acabaría combatiendo junto a los españoles en Stargard, y así nombrada en recuerdo de Jörg von Frundsberg, el caballero de origen suabo que a principios del siglo XVI fundó el cuerpo de los lansquenets y que en 1526 marchó con ellos sobre Roma (ciudad que sus mercenarios, contra sus órdenes, acabaron saqueando). Aquel muchacho, de nombre Günter, y Grass de apellido, no había cumplido los diecisiete años y había nacido en la ciudad de Danzig (actualmente la polaca Gdańsk). Allí se había alistado voluntario, tiempo atrás, para prestar servicio en los

submarinos o en el arma acorazada, fascinado por los noticieros que veía en el cine y que relataban las hazañas de los lobos de mar de la *Kriegsmarine* o mostraban los nuevos carros de combate Königstiger en impresionante formación. Al final, habiendo pasado la guerra en el Atlántico a un segundo plano, y siendo más apremiante cubrir las bajas en las unidades terrestres, la fortuna le deparó el destino de soldado de carros, lo que incluía en el paquete su incorporación a las Waffen-SS. Según su propia confesión, vestir ese uniforme, con las dos letras rúnicas en el cuello, no le produjo entonces una especial inquietud. Pero muchos años después, tras seis décadas de ocultar su vergüenza, resolvió contar todo en un libro titulado *Pelando la cebolla*, que le acarreó un linchamiento nacional y casi universal. Incluso llegaron a alzarse algunas voces pidiendo que devolviera el Premio Nobel de literatura.

Fue de nuevo el consejo de mi profesor el que me puso en la pista de este título, y debo reconocer que es una de las más valiosas que me ha dado. El libro es en muchos sentidos ejemplar, y su lectura me permite no sólo apreciar la injusticia y la hipocresía de la reacción que despertó, sino también conocer mejor aquellos oscuros días, tan importantes para mi historia. Por otra parte, me acerca a la peripecia de mi personaje, para tratar de comprender su conducta y avanzar, con algún fundamento, en ese delicado ejercicio que, no obstante haberseme vedado, me resulta casi imposible de eludir: el de enjuiciar sus acciones y su actitud posterior ante lo vivido.

Lo que cuenta Grass es memorable por su sinceridad y por su frecuente sesgo tragicómico: no en vano evoca, una y otra vez, las andanzas de Simplicissimus, el desastroso aventurero creado por Von Grimmelshausen. Por ejemplo, cuando describe cómo se vengaba de sus instructores, crueles suboficiales SS, orinando en las cafeteras que cada mañana tenía que llevarles, atravesando la nieve, hasta el pabellón en que desayunaban. O cuando narra su experiencia de combate, que consistió básicamente en protegerse de la artillería junto a sus compañeros bajo sus cazatanques Jagdpanther (que no sabían manejar, porque eran de cañón fijo y habían practicado con carros con torreta) y, una vez quedaron inutilizados, en sumarse a improvisadas unidades tácticas que se deshacían al primer bombardeo, sin llegar a disparar un solo tiro contra el enemigo. Enternecedor

es el último coloquio con el cabo que le ayuda a salvarse, y que le da, entre otros, el juicioso consejo de cambiar su guerrera mimetizada SS por una de la Wehrmacht. Heridos ambos por la metralla, el otro le pide que le ponga la mano en la entepierna para comprobar que, aunque tiene las extremidades tan destrozadas que será preciso amputárselas, lo que ahí debe estar sigue entero y en su sitio.

Pero lo que más me interesa, a mis efectos, es cómo describe el proceso por el que llega a alistarse voluntario, es decir, a implicarse, sin que se lo impongan, en la gran empresa criminal del nazismo. Sintomático es el modo en que da cuenta de su reacción al enterarse del atentado contra el Führer: en particular, su impresión, al desvelarse los apellidos de la conjura, casi todos ellos encabezados por la aristocrática partícula «von», de que el líder había sido objeto del ataque cobarde de una nobleza anacrónica y resentida, por el apego a sus viejos privilegios de casta que Hitler había abolido. O cómo veía al Führer, bajo el influjo de la omnipresente propaganda:

Creer en él no costaba ningún esfuerzo, resultaba sencillísimo. Él se mantenía incólume y aquello era lo que representaba. Su mirada firme, que impactaba a todos. Su uniforme gris de campaña, que renunciaba a toda la quincalla de las condecoraciones. Adornado sólo con la Cruz de Hierro de los tiempos de la primera guerra mundial, pintado en su sencilla grandeza, se encontraba por dondequiera que miraras. Parecía como si su voz viniera desde lo alto. Sobrevivía a todos los atentados. ¿No era que le protegía alguna cosa incomprendible, la Providencia?

Ni antes de incorporarse a filas, ni durante su adiestramiento, encontró el adolescente nada de lo que avergonzarse. Pero después, cuando empezó a ver a aquellos soldados propios colgados por todas partes, y más tarde, cuando en el campo de prisioneros al que acabó yendo a parar los norteamericanos le mostraron las primeras imágenes del Holocausto, se abrió paso en su corazón la ominosa sensación que habría de acompañarlo durante el resto de sus días.

Aquel campo estaba situado, casualmente, en los terrenos del antiguo cuartel de instrucción bávaro de Grafenwöhr, por donde cuatro años atrás pasara Jorge García Vallejo. Allí inició Grass su vía crucis particular, que durante décadas llevaría en secreto para acabar con aquella aparatosa crucifixión a ojos de todos, de la que sacó una depresión profunda y un dolorido poemario, *Payaso de agosto*. Porque no podía ignorar que él, como el resto de los que estaban allí prisioneros, alemanes todos, nacidos en el seno de un pueblo tan culto que en el campo se organizaron en seguida clases de latín, filosofía o poesía medieval, había sido cómplice de una partida de matarifes. Un oprobio que debía sentir, elevado a la máxima potencia, todo aquel que hubiera llevado al cuello las dos eses fatídicas.

El propio Grass lo explica así:

Si bien es cierto que durante la instrucción como tirador de carros no supe nada de aquellos crímenes que más adelante saldrían a la luz, esta ignorancia no podía paliar la conciencia de haber estado integrado en un sistema que había planeado, organizado y llevado a cabo la aniquilación de millones de personas. Aunque me pudiera convencer de que no había colaborado activamente, subsistía un estigma hasta hoy no eliminado y que demasiado fácilmente se denomina responsabilidad compartida. La necesidad de convivir con él está asegurada para los años que resten.

Tengo presente este ejemplo al pensar en la postura, ligeramente diferente o, por decirlo de un modo más claro, menos atormentada, de mi protagonista. ¿Quizá porque él no era alemán, y no sentía la necesidad de asumir la culpa nacional que recayó sobre ese pueblo tras la derrota? ¿Quizá porque él podía alegar la deficiente comprensión del extranjero, de alguien que no estaba integrado en el curso ordinario de aquella sociedad y tan sólo conoció la notoria excepción de la vida bajo el uniforme y en el campo de batalla? ¿Es esa excepcionalidad una excusa, o una agravante de su delito?

No es ni mucho menos una cuestión que haya resuelto, en el momento de

escribir esto, ni que espere resolver cuando termine mi relato. Pero no puedo dejar de planteármela, y plantearla, para que cada cual forme su juicio al respecto. Aparte del libro de Grass, hay otro que me ha dado mucho que pensar, porque contiene en cierto modo el alegato de otro arrepentido, si bien desde una situación notablemente más incómoda, dada la altura de su posición en el régimen hitleriano. El libro en cuestión se titula *Preguntas sin respuesta*, su autor es Joachim Fest y recoge sus conversaciones con Albert Speer, el que fuera ministro de Armamento del Reich y arquitecto personal de Hitler, autor entre otros proyectos de su colosal cancillería y de la aún más megalómana Alemania, el proyecto de reforma urbanística integral de Berlín que nunca se llevó a cabo.

Speer reconoce la culpa que le incumbe por haber sido activo y estrecho colaborador del inspirador de un genocidio, y hace una y otra vez hincapié en cómo, al final de la guerra, no sólo desoyó las órdenes que recibía del Führer de destruir las infraestructuras alemanas, para que el enemigo no pudiera utilizarlas y castigar a los propios alemanes por su debilidad, sino que en su última entrevista, en abril de 1945, se lo dijo abiertamente, exponiéndose a su cólera y a un probable fusilamiento. En esos días, y por bastante menos, Hitler hizo ejecutar a su propio cuñado, el general de las SS Fegelein.

Pero es curioso cómo, dentro de todo, Speer, ministro y alto jerifalte del Reich, salvado por los pelos de la pena capital en el juicio de Nüremberg, encuentra la excusa que el simple soldado Grass no acierta a suministrarse en su demorada pero en modo alguno soslayada autoinculpación. Desde las alturas en que se mueve, las que le proporcionan su brillantez profesional y sus consideraciones respecto de cómo Hitler, pese a su antisemitismo y su autoritarismo, había impulsado el engrandecimiento de Alemania, Albert Speer acierta a creer que su comportamiento tuvo alguna justificación. En particular cuando refiere cómo le halagó el trato atento y considerado que Hitler le prodigó mientras trabajaba en el proyecto de la nueva cancillería, que fue cuando lo conoció personalmente, y cómo sucumbió del todo ante el líder nazi cuando éste le propuso encargarse de la reforma de Berlín. Aquel encargo, dice Speer, le ayudó a tener fe en su talento artístico y en su competencia como arquitecto, un oficio que había elegido por complacer a su

padre. Y, a renglón seguido, le da forma a su singular razonamiento exculpatorio:

A partir de ese momento se acabó la inseguridad, y me gustaría saber qué joven ambicioso, antes de cumplir la treintena, no habría tomado en serio semejante distinción procedente del hombre más poderoso del país. Un mundo a mis pies... ¿A quién no marearían estas perspectivas? Antes de que pasara mucho tiempo ya estaba rendido a los pies de Hitler.

Lo cierto es que aun después de dejar de ser joven, y cuando ya tenía abundantes muestras de su verdadero carácter y alguna sospecha más que fundada sobre las actividades de Heydrich y Himmler, Speer siguió rendido a Hitler y colaborando activamente en el funcionamiento de la industria que le suministraba el material para sostener su guerra de agresión y armar a sus esbirros. Pero el deslumbramiento inicial le sigue proporcionando una coartada con la que el hombre hecho y derecho se alivia de su responsabilidad.

Qué contraste con el adolescente Grass, quien en vez de escudarse en los fenómenos alucinógenos de que podría haber echado mano para disminuir su culpa, reforzando el argumento con la inocencia de sus pocos años (trece menos que Speer en el momento de su *seducción*), hace constar, contrito, que antes de alistarse leyó *Sin novedad en el frente*, la novela antibelicista, y a la sazón prohibida, de Erich Maria Remarque, y que pese a la advertencia que encerraba aquel libro, al describir todas las maneras en que puede morir un soldado en la guerra, decidió seguir adelante con su propósito. Y qué esclarecedor y qué amargo, dicho sea de paso, es el relato de su encuentro posterior con el novelista, muchos años después, cuando acude a entrevistarle en su casa de Suiza y, frente al espejo plateado del lago Maggiore, omite confesarle el nulo efecto disuasorio que obró en él aquel texto que al viejo Remarque le fastidia recordar, porque ninguno de sus libros posteriores tuvo tanto éxito.

Pienso ahora en Jorge, entrando en un tren sin luces en Potsdam, la antigua capital de los príncipes prusianos, la ciudad repleta de cuarteles y rodeada de hermosos lagos donde siempre se adiestraron sus ejércitos. Trato de imaginar sus pensamientos, de adivinar si en ese momento tenía ya conciencia del despropósito atroz del que formaba parte. Pero a ese respecto sólo puedo fantasear. Todo lo que tengo son los hechos o, mejor dicho, su versión de ellos. A eso me atenderé en las páginas que siguen, sin más digresiones.

No era fruto de la casualidad el que Miguel Ezquerra estuviera en Potsdam, y menos aún que se le hubiera encomendado la creación de una unidad SS íntegramente formada por españoles. Habían sido sus propias gestiones, respaldadas por Faupel, el director del Instituto Iberoamericano, las que habían conducido a ese resultado. Con el apoyo del viejo general, se las había arreglado para convencer a los alemanes de que los combatientes españoles sólo darían un resultado óptimo si eran mandados por oficiales de su misma nacionalidad. Después de alcanzar el grado de comandante (según su no muy creíble libro de memorias, *Berlín, a vida o muerte*, por méritos de combate contraídos en escenarios tan variopintos como Normandía o las Ardenas; si nos dejamos guiar por las sospechas de algunos historiadores, por su habilidad para intrigar en la retaguardia) no le costó postularse como el candidato ideal. Con los poderes que obtuvo del mando, reunió a cuanto español encontró, entre los que ya combatían en diversas unidades militares alemanas y los civiles residentes. Si hay que darle crédito, hasta llegó a contar con prisioneros sacados de cárceles y campos de concentración.

Con todos ellos formó la que se dio en denominar *Einheit Ezquerra*, integrada por un número de hombres imposible de precisar. Según su jefe podían ser tres centenares, pero es muy posible que apenas fueran unas pocas decenas. Sobre la existencia real de esta unidad, y sobre su papel en la defensa de Berlín, hay polémica entre los historiadores. Alguno de los especialistas en esos días finales de la Alemania de Hitler, como el británico Anthony Beevor, niega lisa y llanamente que existiera, por no haber encontrado vestigios de ella en los archivos alemanes ni soviéticos. Otros autores, en cambio, justifican esa ausencia en el hecho de que la burocracia

militar alemana, en aquellos instantes terminales, había dejado de funcionar con la eficacia que le era característica. Y por lo que toca a los soviéticos, pocos prisioneros hicieron entre los SS que defendían Berlín. No es de extrañar que no tuvieran oportunidad de hacer constar la nacionalidad de todos ellos, y menos la de quienes representaban el colectivo menos numeroso entre las filas de sus adversarios.

Para lo que contaré a continuación, me baso en lo que escribieron historiadores que tuvieron como fuentes a algunos de los propios SS españoles supervivientes, como Caballero Jurado, en el testimonio de Ezquerra, siempre con las debidas reservas, y, en fin, en lo que a mi profesor le contó Jorge García Vallejo. Aunque he tratado de discriminar, y recoger sólo lo que me parece verosímil, no soy un experto ni estuve allí, por lo que no puedo garantizar que sea la verdad de lo ocurrido. Es tan sólo una historia probable, hasta donde alcanza a decirme mi intuición. Como lo son todas, al final.

Lo que sí está contrastado, y respaldado por abundante documentación, es la evolución del frente en aquellos dos últimos meses de la guerra. Cuando Jorge y sus compañeros llegaron a Potsdam, a mediados de marzo de 1945, los alemanes se encontraban atrincherados en la línea de resistencia del Oder. Después del desgaste sufrido en los combates para la conquista de Pomerania, el alto mando soviético, siguiendo el criterio del mariscal Zhúkov, impuso una pausa para reorganizar sus fuerzas. El 16 de abril de 1945, el Ejército Rojo lanzó su ofensiva. Los alemanes le plantaron batalla en los altos de Seelow, a las puertas de Berlín, donde pudieron detenerlo hasta el día 20. Esas cuatro semanas fueron todo el descanso de que disfrutó Jorge tras los combates de Pomerania, y todo el tiempo de que dispuso Ezquerra para formar su unidad. El 21 de abril recibió la orden de presentarse con ella en el centro de la ciudad para reforzar la defensa de la llamada *Zitadelle*, el barrio gubernamental donde se encontraba la cancillería del Reich, en cuyo búnker estaba atrincherado junto a los más fieles un Adolf Hitler ya resuelto a morir.

De aquellas semanas en Potsdam, Jorge no guardaría un buen recuerdo. La instrucción de los soldados, ante la escasez de suboficiales, dejó mucho

que desear. El ánimo de la tropa era bajo, tirando a inexistente. Con el transcurso de los días, Jorge comprobó que muchos de aquellos hombres habían sido prácticamente reclutados a la fuerza. Alguno de ellos llegó a contarle que Ezquerra se había presentado con su guardia pretoriana en el local donde solía reunirse con otros españoles y de allí lo habían arrancado por las bravas, al más puro estilo de las antiguas levas de marineros de la armada británica. Varias decenas de reclutas se apresuraron a aprovechar el salvoconducto que les ofreció la embajada española para dejar el país y ser repatriados. No tenían la más mínima intención de dejarse matar para defender una causa en la que no creían y que daban por perdida. En las calles de Potsdam, en las contadas ocasiones en que tuvo ocasión de pasear por ellas en su tiempo franco de servicio, Jorge se cruzó con los integrantes de otras unidades en proceso de formación, así como con numerosos miembros del recién creado *Volkssturm*, con el que ya había tenido algún contacto en los combates de Pomerania. Se trataba de una milicia organizada a la desesperada y constituida, principalmente, por chavales de las juventudes hitlerianas y por hombres demasiado mayores para ser llamados a las filas del ejército regular. Aquella mezcolanza de ancianos y de niños disfrazados de combatientes daba una impresión desoladora. Los demás soldados, demasiado novatos o demasiado cansados ya de luchar, no ofrecían un aspecto mucho más alentador.

Uno de aquellos primeros días de la primavera de 1945, en un bar de Potsdam, Grau y Jorge coincidieron con dos suboficiales veteranos que también habían estado en el frente oriental y que, igual que ellos, se hallaban en la antigua capital prusiana como instructores apresurados de futura carne de cañón. Al principio notaron en ellos cierto recelo: eran de la Wehrmacht, donde no existía una gran simpatía hacia los soldados de la calavera. Pero al oírlos hablar en español e identificarlos como extranjeros se olvidaron del emblema que adornaba su gorra y se animaron a entablar conversación. A aquellas alturas, y de tanto rozarse con los alemanes, Jorge ya chapurreaba el idioma. Grau, en cambio, se mostraba bastante reacio al aprendizaje. No tenía excesiva facilidad, y tampoco le resultaba imprescindible. Jorge hizo de intérprete en el diálogo que siguió, acerca de sus respectivas experiencias del

frente. Al final, gracias a la cerveza y al *Schnaps*, llegó el momento de las confidencias. Los alemanes no les ocultaron su estupefacción ante el hecho de encontrarse a unos españoles allí, jugándose la vida para defender a Alemania, que estaba ya irremisiblemente vencida. No era corriente para Grau y Jorge, como voluntarios, escuchar a alemanes uniformados proclamando abiertamente tales cosas, y más les sorprendió que lo hicieran tal y como estaba el panorama, con los gendarmes militares ahorcando a las primeras de cambio a cualquiera que mostrase signos de derrotismo. Pero aquellos dos, que llevaban cinco años guerreando, desde Francia hasta el Cáucaso, estaban ya de vuelta de todo. Uno de ellos, que guardaba en el cuello y parte del rostro el recuerdo de un lanzallamas ruso, se animó incluso a contarles un par de chistes.

—Para que digáis en España, si volvéis, que había alemanes con sentido del humor —explicó— y que no todos nos creíamos la propaganda del pelmazo de Jupp Goebbels. Por cierto, ¿sabéis por qué sigue con sus chorradas triunfales mientras los yanquis y los ingleses nos entierran en escombros y los *russkis* nos pasan por encima? El pobre es como esa orquesta del barco que se hunde y sigue tocando música de fiesta porque es la única partitura que tiene a mano. Y a ver, uno de Adolf... Sí, el del manicomio. Hitler visita un manicomio, y todos los locos le saludan con el brazo en alto. De pronto, se fija en uno que está con las manos en los bolsillos. «¿Por qué no me saluda usted como todo el mundo?», le dice, furioso. El tipo le responde: «Mi Führer, yo soy un celador, no un chiflado».

Mientras Jorge se esforzaba por traducirle a Grau, y ambos por encontrar el modo de reír aquellas bromas que bien podían costar la muerte, el otro alemán, más taciturno, tomó la palabra:

—También inventamos adivinanzas. ¿Qué es lo que tiene oro en la boca, plata en el pelo y plomo en los huesos? Vamos, hay un par ahí mismo. —Y se respondió, señalando a uno—: Un *Volkssturm*.

Por esos mismos días, en Viena, el jefe supremo de la organización a la que ahora pertenecía Jorge, el *Reichsführer* Himmler, se entrevistaba con Sepp Dietrich, el más condecorado de sus generales. El objeto de la reunión era insistirle en la última orden de Hitler: todos los hombres del Sexto

Ejército Panzer SS bajo su mando debían despojarse de la banda que llevaban cosida al brazo. El motivo, la insuficiente resistencia que en opinión del Führer le habían opuesto al enemigo sus divisiones *Das Reich*, *Leibstandarte* y *Totenkopf*, y que había dejado a merced de los rusos los campos petrolíferos de Hungría, esenciales para la pervivencia del Reich. Al recibir aquella orden por escrito, Dietrich se había negado a cursarla a sus unidades. Como respuesta, había elevado una sarcástica consulta al alto mando: si también debía arrancarles la banda a los miles de combatientes SS que habían quedado sobre el campo de batalla del lago Balaton, defendiendo al Führer hasta el último aliento.

El momento resultó tan embarazoso para el propio Himmler que en medio de la reunión, cuando le pasaron por teléfono a Hitler, y éste le ordenó pedir a los oficiales del Sexto Ejército Panzer SS que devolvieran también sus condecoraciones, le dijo que habría que ir a recoger la mayoría allí donde habían quedado muertos, y que los SS no podían darle ya más. Dietrich, fuera de sí, se arrancó su Cruz de Caballero con hojas de roble, espadas y diamantes y, antes de abandonar la sala, la arrojó a un rincón. Otros muchos oficiales le enviaron a Hitler sus medallas y sus bandas de brazo; incluso se cuenta que llegaron a mandarle un brazo cortado con una de ellas. Pocos días después, a Dietrich lo nombraron responsable de la defensa de Viena, al frente de su Sexto Ejército. Con la misma ironía que mostraban los estragados veteranos de la tropa, observó: «Lo llaman Sexto Ejército Panzer porque todo lo que tengo es eso, seis tanques». El 10 de abril, los rusos alcanzaban el centro de Viena.

Tanques apenas había ya en ninguna parte, pero a los españoles que estaban en Potsdam armas y municiones no les faltaban. Fusiles, lanzagranadas, fusiles de asalto. De todo en cantidad suficiente para armar hasta los dientes a aquella minúscula unidad que casi cada día registraba bajas y altas y que mal podía, así, lograr la mínima cohesión necesaria para dar algún resultado en combate. Ezquerria iba y venía de Berlín, gestionando sus influencias y recolectando voluntarios a menudo más que dudosos. Siempre acompañado por un legionario descomunal, lleno de tatuajes, que reforzaba con su estampa patibularia la autoridad del *Sturmbannführer*. En

cierta ocasión, según Jorge, tuvo un enfrentamiento con él a cuenta de unos soldados que habían faltado a la lista. El legionario se lo recriminó, y Jorge, harto del ambiente irrespirable que reinaba allí, le respondió que él no era culpable de tener que instruir a gente que no mostraba la menor voluntad de combatir. Cuando casi iban a llegar a las manos, Grau, a quien el otro sacaba una cabeza casi entera, se plantó en medio. El incidente lo solventó el propio Ezquerro, a quien no le interesaba prescindir de dos de los pocos sargentos que tenía.

Sobre el carácter de Ezquerro, todo lo que puedo decir es que existe una foto de sus últimos años que lo muestra como un anciano de mirada altiva, y que en sus memorias se revela como alguien con un elevado concepto de sí mismo y sus logros. En cuanto a Jorge García Vallejo, no resulta en este punto una fuente muy esclarecedora. Acerca de aquel hombre, optaría por mostrarse así de parco:

—No me gusta hablar mal de los muertos. A mí no me inspiraba mucha simpatía, no te lo oculto: ni él ni la gente de la que se rodeaba. Hay quien dice que era un espía, y que estaba allí por encargo de Franco para vigilarnos. Pero yo no lo sé, ni me interesa hacer cábalas. Me lo pusieron de jefe y traté de respetarlo. Eso es todo.

El contrapunto a Ezquerro lo ponían algunos mandos, como los alféreces Ocaña y Botet, a quienes Jorge recordaría siempre con aprecio. El primero, que terminó cayendo prisionero de los rusos, dejó unas memorias, tituladas *Yo, muerto en Rusia*, menos proclives al exceso fantasioso que las de su superior. Del segundo se conserva una de las escasas fotografías existentes de españoles con el uniforme de las Waffen-SS. Ambos tenían en común con Jorge su paso por la División Azul y la convicción anticomunista, que a aquellas alturas de la lucha mantenían como único argumento para seguir defendiendo una bandera cada día más ajena. Acaso para fortalecer su empeño, en un gesto que en aquellas circunstancias resultaba casi surrealista, muchos miembros de la unidad llevaban cosida a la guerrera de las SS la enseña rojigualda. También Jorge.

Me pregunto por qué siguió allí hasta el final. Por qué no aceptó, en cuanto se le presentó la ocasión, el salvoconducto que desde la embajada le

servían en bandeja. Lo más parecido a un motivo que salió de su boca, según mi profesor, fueron estas palabras:

—Me dio vergüenza echarme atrás. Sobre todo, porque no vi que Grau se lo planteara en ningún momento. El día que cruzamos la frontera juntos, habíamos emprendido un camino sin retorno. Ahora había que andarlo entero. Hasta que ya no se pudiera más.

«La situación es mala, pero no es grave», decía otro de los hallazgos del humor berlinés de aquellos días. «Será grave cuando se pueda ir en *U-Bahn* [metro] al frente oriental.» Aquel 21 de abril de 1945, no fue el metro lo que tomaron los miembros de la *Einheit Ezquierda*. Sus líneas no llegaban hasta Potsdam. Utilizaron el *S-Bahn*, el tren de cercanías. Éste los depositó a apenas dos kilómetros de aquel frente oriental que, desde el punto más avanzado en que lo habían defendido, las afueras de Leningrado, había retrocedido más de 1300 kilómetros hasta situarse en el casco urbano de Berlín.

La víspera, Adolf Hitler había celebrado su 56 cumpleaños condecorando a varios combatientes de las SS y de las juventudes hitlerianas que se habían distinguido en la defensa de los alrededores de la capital. Son sus últimas fotografías públicas, muy conocidas, en las que el dictador prematuramente envejecido acaricia la mejilla de aquellos chavales recién premiados con la Cruz de Hierro. Otro soldado adolescente, Günter Grass, recuerda que ese día hacía cola ante una cocina de campaña para recibir su ración de potaje, en medio de un revoltijo de oficiales y soldados de unidades desbaratadas. Uno de los veteranos, al reparar en la fecha, empezó a gritar: «Eh, que hoy es el cumpleaños de Adolf. ¿Dónde están las raciones extra? ¿El Scho-Ka-Kola, los cigarros, la copita de coñac? *Heil*, mi Führer». Las carcajadas se extendieron entre la tropa. En ese momento, anota Grass, entre las nubes se había abierto un claro, y un tibio sol de abril acariciaba a los soldados de aquel ejército sin esperanza.

Es el mismo tiempo que imagino que tendrían Ezquierda y los suyos, en la mañana del día 21. Nubes que se abrían y cerraban, dejando a veces que el

sol los agasajara con la dulzura de una primavera que muchos de ellos ya no iban a ver terminar, ocultándolo luego para dar paso al estorbo de la llovizna o descargar un chaparrón. Según los archivos rusos, ese día se produjo un intenso bombardeo del sector gubernamental de Berlín, en el que participaron medio millar de cañones pesados. La devastación con que se encontraron los españoles a su llegada era casi absoluta. A esa fecha, más de dos tercios de los edificios de Berlín habían dejado de existir. Desde el Reichstag y la Puerta de Brandemburgo hasta la cancillería, los obuses soviéticos habían golpeado duramente todos los símbolos del poder germánico, reduciéndolos a miserables ruinas.

No tengo certeza de la secuencia de acontecimientos desde la llegada a la capital de la unidad de Izquierda hasta el día 27 de abril, en que los españoles se ven implicados en los primeros combates. Durante esos seis días debieron de mantenerse a la espera de órdenes. El tiempo era desapacible, con intensas lluvias que se prolongaron hasta el 25, en que volvieron a abrirse algunos claros. Los rusos todavía no habían llegado hasta el segundo anillo defensivo, donde se habían instalado Jorge y sus compañeros, en un acuartelamiento improvisado en una zapatería situada en los bajos de un edificio próximo a la Anhalter Bahnhof. Nada le contó a mi profesor de esos días, en los que muy cerca de allí, en el búnker de la cancillería, desde donde Hitler se empeñaba aún en seguir dirigiendo la guerra, se produjeron algunos acontecimientos dignos de reseñarse.

El día 23 de abril, por ejemplo, acudía a despedirse Albert Speer. Tras confesar a su jefe que había desobedecido sus órdenes de destrucción, un Hitler inusualmente abatido le dejó marchar, no sin antes hacerle una amarga confesión: infravalorar a los rusos y sobrevalorar a los alemanes, le dijo, habían sido los dos errores fundamentales de su vida. Esa misma tarde el Führer conocía la deslealtad de su lugarteniente, Hermann Göring, a quien destituyó y ordenó arrestar. Pocas horas después, sería el mismísimo Himmler, *el fiel Heinrich*, como todos le llamaban, el que lo traicionara intentando negociar su entrega y rendición con los Aliados. En esa soledad, abandonado por los que habían sido sus más serviles lacayos, Hitler supo del fracaso de la ofensiva in extremis de las vapuleadas tropas que mandaba el

general SS Felix Steiner, su última baza para impedir el cerco de Berlín. Tratando de remediar lo irremediable, ordenó que el 12º Ejército del general Wenck, en realidad un conjunto informe de unidades no menos maltrechas, intentara romper el cerco desde las posiciones que ocupaba, al sudoeste de la capital. La orden fue cursada y Wenck trató de cumplirla, pero fracasó en el empeño.

El 26 de abril, los rusos inundan Berlín de octavillas que anuncian a sus defensores que la ciudad está totalmente rodeada y que dos tercios de su superficie se encuentran ya en su poder. A esa información, Goebbels responde con una propaganda más escuálida de lo habitual: ese día ya no se publica su periódico, el *Völkischer Beobachter*, sino una hoja volandera de cuatro páginas llamada *Der Panzerbär* (o, lo que es lo mismo, *El Oso Blindado*, en alusión al animal símbolo de la ciudad). Promete la inminente llegada de refuerzos y proclama que Berlín sigue siendo alemana. En medio de estos mensajes contradictorios, los combatientes atrincherados en la última línea de defensa se aprestan a recibir el embate del enemigo.

En las primeras horas del 27 de abril, mientras aguarda con sus compañeros en el antiguo cuartel del *Sicherheitsdienst* donde se alojan ahora, y donde tiene también su sede eventual un batallón SS, Jorge sujeta tenso su fusil de asalto StG 44. El paisaje que le rodea es sobrecogedor. Los impactos de la artillería se suceden sin tregua. El polvo suspendido en el aire, procedente de las explosiones y los edificios derrumbados, tiene la consistencia de una extraña neblina. Los dedos de Jorge se crispan sobre su arma, que huele todavía a nuevo. Ha sido Grau, el que canta las excelencias del máuser, quien le ha animado con su ejemplo a armarse con un fusil ametrallador:

—Esto no es el campo, compañero. Para disparar en una calle o al doblar una esquina, mejor poder pegar una buena rociada que afinar el tiro. Cógete uno de éstos, y todos los cargadores que puedas colgarte del cinto y echarte al macuto. Me lo agradecerás.

Y, una vez más, aquel soldado que parece haber nacido para serlo demostrará tener razón. Antes de salir, los voluntarios españoles hacen acopio de ejemplares de lanzagranadas tipo Panzerfaust, literalmente «puño

antitanque», aunque ellos prefieren llamarlos «puño de hierro». Este simple y efectivo artilugio es el anticarro del pobre, que Grau y Jorge ya probaron en la batalla de Stargard y que volverá a prestarles buen servicio en las calles de Berlín. Y no sólo a ellos. Muchos tanquistas rusos no volverán a casa por culpa del dichoso puño de hierro, que hace poderoso al infante y temible al enemigo inferior, sobre todo en terreno urbano. Andando el tiempo darán fe de ello todos los militares occidentales que, gozando de una teórica superioridad, tendrán el disgusto de toparse con su imitación soviética, el RPG-7, en manos de toda clase de insurgentes. No puedo dejar de acordarme, aquí, del sargento español que en 2004 vio empuñarlo a un chaval iraquí en la ruta de Diwaniya a Nayaf.

Una imagen muy semejante, salvando algunas distancias, a la que se van a encontrar Jorge García Vallejo y Laureano Grau, cuando, cumpliendo las órdenes que han recibido del mando, acuden con el resto de su unidad a reforzar el sector de la Moritzplatz, por donde una sección acorazada rusa trata de encontrar una vía de penetración hacia el distrito gubernamental. Los T-34 rusos están ya a apenas dos kilómetros de la cancillería, y las instrucciones que tienen los españoles son impedir a toda costa que se abran paso.

En las inmediaciones de la plaza descubren quiénes son los que hasta ese momento asumen la defensa, y a quienes acuden a reforzar. Son niños de las juventudes hitlerianas, más algunos elementos del *Volkssturm*. Pero de éstos apenas sostienen la posición los más jóvenes. Sus componentes maduros, en cuanto tienen ocasión, se escabullen del combate y regresan a sus casas para hacerse cargo de sus familias ante la catástrofe que se avecina, aunque ello los exponga a una ejecución sumaria a manos de los comandos de las SS que recorren la ciudad en busca de desertores. Cuando los españoles llegan al sector batido por el fuego enemigo, ven que uno de los puentes lo defiende un chaval de no más de trece o catorce años.

La estampa se le quedará grabada a Jorge en la memoria para el resto de sus días. Acurrucado en un cráter abierto por un proyectil de artillería (el lugar más seguro a ojos de un soldado, por la poca probabilidad de que coincidan exactamente dos obuses), con las botas semienterradas en el barro,

que también tizna su uniforme negro y su rostro, el niño abraza con fuerza su Panzerfaust. Pero lo hace con un solo brazo, el derecho. El otro, el izquierdo, está rematado por un muñón envuelto en un vendaje sanguinolento. La sangre se ve marrón, no es reciente, pero eso no quiere decir que el dolor sea menos intenso, sino probablemente todo lo contrario. Ni el dolor, ni su limitación física, ni el miedo a que la gangrena acabe con él, merman un ápice la resolución del niño de detener al enemigo. En sus ojos de color azul cielo brilla una fiereza como Jorge nunca ha visto antes, ni volverá a encontrar en toda su vida. Las pecosas mejillas infantiles están endurecidas en un rictus que hiela la sangre. Cuando llegue el momento, con su único brazo, el niño alzaré el tubo, apuntará y si controla el retroceso enviará al infierno a cuatro o cinco hombres. Ha seguido con aprovechamiento la breve instrucción que debe de haber recibido, y sabe que desde donde mejor se tira con el Panzerfaust es lo más a ras de suelo posible, para que la granada describa una trayectoria de abajo arriba, que es la que más puede dañar la estructura del carro de combate contra el que se utiliza. Los otros defensores, los hombres, también lo saben, pero ninguno de ellos tiene las agallas de tumbarse a esperar al monstruo blindado ahí, donde si fallan el tiro los aplastará como a cucarachas.

La imagen del niño provoca a Jorge una conmoción tras la que nada volverá a ser lo mismo. Por primera vez, en sus pocos años, se siente como el hombre que debería amparar a alguien más joven, pero no sabe cómo hacerlo ni está en condiciones de cumplir con esa obligación. También en Grau, puede apreciarlo, la aparición del niño obra el efecto, nada común, de sumirlo en el desconcierto. Pero no hay tiempo de abandonarse a esa sensación. Enardecidos, o quizá avergonzados por el ejemplo del muchacho, los SS españoles se despliegan y toman posiciones. Despreciando el peligro que representan las ametralladoras de los carros, que barren metódicamente la calle, cubren todo el sector. En uno de los flancos empiezan de pronto a recibir fuego: son SS alemanes, que los confunden con avanzadillas rusas. No será la primera ni la última vez, en el curso de la batalla de Berlín, que alguien tome al aliado por el enemigo, y viceversa. El intérprete del comandante se las arregla para advertirles a los alemanes que son de los

suyos, pero el fuego se ha llevado por delante a tres españoles a los que hay que evacuar al hospital más próximo, instalado en los sótanos de la cancillería. Los que quedan se aprestan a acabar con los carros que ya avanzan.

Lo que sigue es el caos en estado puro. Cuando llegan a tiro del Panzerfaust, los carros soviéticos empiezan a explotar. Les tiran desde ventanas de sótanos, desde los agujeros abiertos en la calzada por la artillería o desde los costados, cuando rebasan una esquina que su infantería no ha podido limpiar previamente. Jorge dispara su puño de hierro desde demasiado lejos y falla. Grau le acierta a uno de los carros, pero en una de sus superficies inclinadas, donde la granada no lo daña apenas. Son los niños, que reptan entre los escombros, los que hacen más daño. Los hombres se concentran en mantener a raya a los infantes con sus fusiles ametralladores. Jorge gasta en esta tarea todos los cargadores, menos uno, que guarda para proteger el repliegue. Cuando acaba la refriega, media docena de carros carbonizados se amontonan en la calle. Los rusos no han pasado de la Moritzplatz, la misión está cumplida. A media tarde, se corre la voz de que Ezquerro ha caído herido y lo han evacuado al hospital. Antes del anochecer, llega el relevo. Les ordenan reagruparse en el Ministerio del Aire, la antigua sede del destituido mariscal Göring, un edificio de nueva construcción que es de los pocos que permanecen relativamente intactos. No deja de ser un cruel sarcasmo, ya que desde él se ha estado dirigiendo una defensa aérea que ha sido impotente para detener los continuos bombardeos aliados.

En sus enormes sótanos, habilitados como refugios, los españoles coinciden con civiles, miembros del *Volkssturm* y un batallón de SS letones, al mando de un comandante llamado Wallis, amén de restos de otras unidades alemanas de todas las armas. Los del *Volkssturm*, algunos de ellos vestidos con sus viejos uniformes de la Gran Guerra, detalle que proporciona un aire patético al grupo que forman, permanecen sombríos y taciturnos. A los letones, que le recuerdan a Jorge a aquella chica que quedó en Riga, donde ahora mandan los rusos, y de la que no sabe o prefiere no saber qué habrá sido, se los ve resignados. Forman parte de la división *Lettland*, con la que Jorge ya coincidió en Pomerania. Uno de ellos les confiesa que han quedado

atrapados en el cerco soviético mientras trataban de huir hacia el oeste, para no caer en manos de los rusos. Otros dos batallones han tenido más suerte y han conseguido pasar. Ellos, en cambio, se ven ahora obligados a hacer de héroes. Poca piedad pueden esperar de los rusos, que tienen buena memoria de cómo se han comportado los letones como carceleros de los suyos. Por esa razón, y no por su convencimiento, están dispuestos a resistir hasta el final.

Entre los alemanes hay de todo. Tropas de aviación, SS, miembros de la Wehrmacht. También algún bromista, que en la tensa espera nocturna, mientras otros tratan de conciliar el sueño bajo el ruido amortiguado de las explosiones, hace gala de su ingenio:

—Espero que a los rusos les guste el potaje, porque mañana les daremos más. De otra cosa no, pero de eso tenemos de sobra.

Sus compañeros estallan en una risa cínica. Uno de ellos, viendo que los españoles no entienden, se aviene a explicarles el chiste.

—*Volkssturm*. Son como el potaje: verdura fresca y carne rancia.

En el Berlín sitiado, todo se vuelve brutal. Muchos de los hombres allí hacinados se largarían si pudieran. Casi todos cuentan con que serán afortunados si llegan a ver el día de pasado mañana.

A la mañana siguiente regresa el comandante Ezquerria. Le han atendido de unas heridas de metralla, pero no parece que sea nada grave. Tras conferenciar con el jefe de los letones, les explica que el general jefe del sector ha decidido que estén a su disposición como fuerza móvil para acudir a los puntos del frente que en cada momento necesiten refuerzos. La jornada del 28 se la pasarán en los alrededores del Hotel Kaiserhof, en las inmediaciones de la Wilhelmsplatz, manteniendo a raya a los tanques rusos. Ese mediodía, apostado tras un resto de pared, Jorge se apunta su primera caza con el puño de hierro. Una hazaña que no volverá a repetir. Todo sucede de forma irreal: la salida de la granada, su viaje en el aire dejando una estela grisácea, la deflagración que desencaja la torreta del carro y a continuación el humo negro, los alaridos atroces, el olor de carne quemada. Jorge se queda paralizado por la extraña fascinación que le provoca el espectáculo, hasta que alguien tira de él.

En una tregua del combate se refugian en el sótano del hotel, única parte

que se mantiene habitable después de los severos destrozos producidos por las bombas de aviación. Allí ve Jorge algo que también recordará siempre: unas mujeres semidesnudas se entrelazan en actitud inequívoca con otros tantos hombres con los pantalones bajados. Las botas de caña alta impiden que las piernas de uno de ellos queden al descubierto más allá de las rodillas. Esos muslos velludos sobre los que cabalga la mujer, con la desesperación que le da saber que pronto estará a merced de los deseos del enemigo, se le quedan desagradablemente impresos en la retina. Todavía los ve cuando cierra los ojos horas después, en los sótanos del Ministerio del Aire, adonde se les ordena que vuelvan a guarecerse.

Ezquierda va y viene. Jorge lo pierde de vista esa noche, pero por la mañana, cuando abre los ojos, ya imparte instrucciones a sus hombres. El general ordena que acudan a la Potsdamerplatz, donde desde primeras horas del día 29 de abril los rusos atacan con profusión de medios blindados. Los defensores no lo saben, pero dos mariscales rusos, Zhúkov y Koniev, rivalizan por alcanzar el objetivo que representa la gloria para el que consiga tomarlo: las ruinas del Reichstag, el viejo parlamento prusiano, cuyos recios muros decimonónicos aguantan aún en pie el castigo de la artillería. Las tropas del primer frente ucraniano de Koniev presionan desde el sur, al oeste del sector que ocupa la unidad de Ezquierda. Pero al final serán los soldados del primer frente bielorruso de Zhúkov, desde el este, los que se hagan con el trofeo. A ellos se enfrentan los españoles.

El tercer día de lucha es para Jorge una reedición de los dos anteriores. Recurriendo al uso intensivo del lanzagranadas, los defensores detienen a los carros, para luego barrer a los infantes con el fuego de ametralladoras y fusiles ametralladores. En la Potsdamerplatz la labor resulta algo más sencilla gracias al apoyo de los restos del 503 batallón Panzer SS, que ha venido luchando contra los rusos desde Seelow. Dos inmensos carros Königstiger se emplean a fondo contra los asaltantes, y cada impacto de sus cañones del 88, ya sea sobre los más ligeros T-34 o sobre los carros pesados IS-2, significa un adversario fuera de combate. Al final del día, los rusos no han logrado pasar: la resistencia de letones y españoles y de los restos de otras unidades que ocupan el sector retrasa, aunque ya por poco tiempo, el triunfo de Zhúkov y

la frustración de Koniev.

Cuando regresan a su refugio en el Ministerio del Aire, Ezquerra vuelve a desaparecer. Según sus memorias, lo conducen por la red de subterráneos hasta la cancillería, donde será recibido nada menos que por Adolf Hitler, que le impone la Cruz de Caballero y le concede una nacionalidad alemana que él rechaza por su irrenunciable españolidad. Este episodio, así como su ascenso a teniente coronel la víspera de tan alto encuentro, suscita serias dudas. Según el testimonio de varios ocupantes del búnker, que permite reconstruir casi minuto a minuto los últimos días del Führer, en esos momentos el líder nazi está enfrascado ya con las disposiciones previas a su inminente suicidio. Poco probable resulta que se entretenga a repartir medallas. Pero eso es lo que sostendrá Ezquerra, y debo hacerlo constar.

El día 30, Jorge acude de nuevo a tomar posiciones en la Potsdamerplatz. Después del revés de la víspera, los rusos atacan con rabia, pero también con astucia. Mientras avanza hacia ellos, bajo el fuego de los Tigres que siguen defendiendo la plaza, un T-34 queda envuelto en llamas. Creyendo haberle acertado, desde las posiciones alemanas dejan de disparar. Pero el carro ruso, extrañamente, sigue progresando. Al cabo de unos segundos, su cañón empieza a vomitar fuego. Han sido los propios tripulantes los que lo han incendiado, para hacer creer a los alemanes que le han dado y así poder acercarse y hacer mejor puntería. Uno de sus disparos destroza la cadena de uno de los Königstiger, que habrá que remolcar fuera de la plaza. Para los defensores, ya al límite de sus fuerzas, el golpe es desmoralizador. Aun así, siguen manteniendo la resistencia.

Hacia mediodía, un impacto de artillería alcanza las posiciones donde están atrincherados Grau, Jorge y otros SS españoles y letones. Tres caen muertos y otros dos, heridos de gravedad. Jorge, que ha resultado ileso, está todavía aturdido por la explosión y por los gritos de sus compañeros. Grau, cubierto de polvo, le quita el correa a uno de los heridos y le hace un torniquete en la pierna. Luego se dirige a él. Aunque lo intenta, no puede oírle. Un zumbido le martiriza los oídos. Grau grita hasta que logra entenderle:

—Vamos a llevarlo al hospital. Tú y yo.

Apenas conoce a aquel hombre al que ayuda a cargar a hombros. Pero secunda el movimiento de su compañero, sin entender aún lo que significa. Bajo el fuego enemigo, avanzan hacia la Vosstrasse, donde se halla la cancillería. En su búnker, a las 15.30 de ese 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se pega un tiro en la cabeza. Jorge podrá decir que no dejó de defenderle, hasta el final.

Jorge y Grau entregan al herido al personal sanitario que en condiciones ínfimas, sin anestesia y a la luz que alimentan dinamos de bicicleta, trata de remendar como puede a los heridos que se amontonan en el improvisado hospital de los sótanos de la cancillería. El olor a carne chamuscada y a heces resulta insoportable, y por un instante Jorge está a punto de perder el conocimiento. Grau tira de él y regresan a la calle. Los proyectiles de artillería caen sin cesar a su alrededor. Pasan junto al patio de la cancillería, donde están quemando algo. No sabrán lo que es hasta mucho tiempo después. Quien sí lo sabe es el guardia de las SS que en esos instantes, desde la entrada del búnker, observa a Joseph Goebbels, Martin Bormann y los generales Krebs y Burgdorf, que despiden brazo en alto a su líder, mientras sus restos se consumen en la pira alimentada con varios bidones de gasolina. Medio borracho, baja los escalones y al primero que se encuentra le suelta, sin el menor respeto:

—El jefe está ardiendo. ¿Vienes a verlo?

Grau y Jorge corren ya entre las explosiones. El veterano legionario marca el rumbo, y pronto Jorge comprueba que no se dirigen hacia las posiciones que dejaron un rato antes en la Potsdamerplatz, sino hacia el Tiergarten, el enorme parque que ocupa el corazón de la ciudad, al oeste del barrio gubernamental. Jorge le sujeta:

—Eh, no vamos bien.

—Sí vamos bien. Nos largamos de aquí.

—¿Cómo?

—Por eso te pedí que me ayudaras con el herido, para escabullirnos sin tener que dar explicaciones. Esto no da más de sí. Ahora toca salvarse, y eso

quiere decir ir hacia donde no están los rusos.

—No nos dejarán. Nos matarán, por desertar.

Grau sonrío y muestra su StG 44.

—Tenemos esto. Y he repuesto cargadores.

De repente, a Jorge le asalta el pánico. Ha experimentado el miedo antes, en Krasny Bor, en Rumanía, en Stargard. Pero lo que ahora siente es algo distinto. Algo que lo anula, que vuelve sus rodillas tan frágiles como si en vez de hueso estuvieran hechas de flan. La perspectiva de la muerte cierta, a manos de los suyos en cuanto descubran que están huyendo, o de los rusos que cercan la ciudad si es que logran eludir a los primeros, se apodera de su entendimiento y aniquila por completo su voluntad. Grau lo nota y le sacude.

—Eh —le grita—. No estamos muertos aún. Sígueme.

Cuando van a cruzar la calle Hermann Göring, descubren que están expuestos al fuego enemigo. Hay infantes rusos apostados en las inmediaciones y la artillería enemiga martillea de forma sistemática. Al otro lado de la calle, asoma una mujer con un niño en brazos. No se ha dado cuenta y se dispone a cruzar por una zona batida por los cañones rusos. Antes de que puedan avisarla, una explosión la levanta por los aires. Cuando el humo se disipa, la ven reptando con el cuerpo del niño todavía en brazos. Falta la cabeza, que la mujer, enajenada, busca entre los escombros. La visión supera a Jorge. Deja caer el arma al suelo y empieza a cabecear, idiotizado. Grau lo abofetea y le vuelve a poner en las manos el fusil.

—Voy a correr hacia allá —le anuncia—. Los rusos están a tu izquierda. Si quieres que llegue vivo al otro lado, tendrás que ponerte de pie y cubrirme. Luego te cubro yo. Voy a contar hasta tres.

Uno, dos, tres. Ni un segundo después, Grau salta y corre como alma que lleva el diablo. Jorge reacciona automáticamente: la vergüenza puede más que el terror y vacía el cargador de su arma para proteger a su compañero, que consigue ganar sano y salvo el otro lado. Toma posiciones, monta su arma y le hace una seña. De nuevo sin pensar, Jorge cruza a su vez, mientras Grau le cubre.

A partir de ahí, la pesadilla. Al llegar al parque, descubren que los rusos ya están dentro, avanzando a la altura de la Siegestäule, la columna de la

Victoria, rumbo al Reichstag, sobre el que pocas horas después ondeará la bandera roja. Sobre la marcha, Grau propone dar un rodeo por el sur. Poco después de rebasar los límites del parque se tropiezan con tres SS que, ajenos al cataclismo, acaban de colgar a un desertor de una farola. Junto a ellos hay un chaval de las juventudes hitlerianas que contempla insensible las últimas convulsiones del hombre ahorcado, a quien la orina le empapa ya los pantalones. Al verlos, corriendo en dirección sospechosa, el niño advierte a los verdugos. Uno de ellos, un teniente, les da el alto.

—Sin piedad, compañero, nos va la vida —dice Grau.

Y a la media vuelta, antes de que los otros puedan reaccionar, los acribilla con su fusil ametrallador. Como si se tratara de otra persona, Jorge se sorprende disparando a su vez. Los ve caer a los cuatro. El impacto de las balas lanza al niño contra la pared, contra la que queda doblado como un muñeco de trapo. Neutralizada la amenaza, Grau le toma del brazo y le hace notar lo que resulta evidente:

—Vamos, no nos quedamos a firmar. Ellos se lo han buscado.

Al doblar una esquina, oyen gritos que salen de un sótano. Es una voz de mujer. Grau le conmina a continuar, pero Jorge, cuyos actos parecen dictados por una fuerza superior y escapar a su control, se precipita al interior del edificio. Al llegar al sótano, se ofrece ante sus ojos el espectáculo que en esos días, y en los anteriores y en los que vendrán, es moneda corriente en la Alemania vencida. Dos rusos forcejean en el suelo con una mujer, mientras un tercero, de pie, con el subfusil terciado a la espalda y las manos en los bolsillos, observa pasivamente la escena. Es éste, el que está de pie, el que se vuelve y se percata de su presencia. Durante una fracción de segundo, Jorge ve su rostro, los pómulos de mongol, lampiño, apenas un adolescente. La materialización física más pura y perturbadora del Otro, de ese invasor asiático al que lleva cuatro años combatiendo. No siente placer al apretar el gatillo y aserrarlo por la mitad con una ráfaga de su arma. Es el primer enemigo al que tiene la certeza de haber matado en la batalla de Berlín, y será el último al que quite la vida en lo que le resta de existencia. Aquel cuyo rostro le acompañará por siempre, en la negrura vulnerable de sus noches.

Será Grau, sin andarse con contemplaciones, quien ordene a los otros dos

que suelten a la mujer y, cuando lo hayan hecho, los liquidará con dos ráfagas cortas, para economizar la munición.

—Dile que se largue —le pide a Jorge—. Y que se esconda bien.

Jorge obedece, en su alemán de modestas prestaciones. Pero, dadas las circunstancias, sobra. La mujer desaparece al instante.

Caminarán toda la tarde, sorteando al enemigo. Ya de noche, toman contacto con una columna formada por restos de diversas unidades de las SS y de la Wehrmacht cuya intención coincide con la suya: atravesar al cerco y escapar hacia el oeste. Es lo mismo que en esos momentos hacen miles de militares alemanes, los que no han perdido del todo el juicio. Como el general Wenck, quien después de comprobar la inutilidad de su contraofensiva para tratar de salvar Berlín, no sólo retira a sus tropas hasta el Elba, sino que tiende pontones sobre el río para que sus soldados y cientos de miles de civiles lo crucen y puedan entregarse a los norteamericanos. O como el SS-*Oberstgruppenführer* Sepp Dietrich, desalojado de Viena por los rusos, quien se preocupa de ordenar que los restos de sus divisiones se retiren más allá del río Ybbs para rendirse a las tropas del general Patton y, tras recoger a su esposa Ursula, acaba entregándose junto a ella a un sargento de la 36ª División de Infantería de los Estados Unidos. O, en fin, como el aguerrido *Volksführer* de Valonia, Léon Degrelle, quien, tras abandonar a sus hombres a orillas del Báltico, logra llegar a Noruega y desde allí toma un avión Heinkel-111 con el que emprende la huida hacia el sur. Al límite del combustible, el aparato hará un aterrizaje forzoso en la playa de San Sebastián, en la España de Franco, que será hospitalaria con él y le permitirá eludir la condena de muerte que pesa sobre su cabeza en Bélgica.

En cuanto a Jorge y Grau, logran atravesar las líneas rusas sin excesivas dificultades. En la noche del 30 de abril al 1 de mayo, los soviéticos, que se concentran en el asalto final al centro de Berlín, no pueden atajar la huida de todos los que tratan de salir de la ratonera. Por los túneles del metro consiguen llegar hasta el barrio de Steglitz, al suroeste de la capital, donde a un oficial de las SS que marcha en la columna, un ruso blanco que se sabe perdido, como los pocos hombres que le quedan, en caso de que los soviéticos los capturen con su identidad actual, se le ocurre una idea brillante.

Entran en las abandonadas oficinas del ayuntamiento y roban impresos y sellos oficiales. Con ellos fabricarán documentación falsa que los acredita como trabajadores civiles. A continuación se deshacen de sus armas y cambian sus uniformes por ropas de paisano que obtienen del saqueo de algunas viviendas de las inmediaciones. Jorge y Grau siguen su ejemplo. Tan sólo conservan una pequeña pistola Walther, por si algo se les tuerce. A partir de este instante, han dejado de ser soldados y quedan expuestos a la suerte de los fugitivos.

Mientras escribo esto, miro las fotografías que tomé en Steglitz hace unos días. Otra sorpresa de mi profesor. El jueves se presentó en el taller con un billete de ida y vuelta a Berlín y una reserva de una noche de hotel a mi nombre. Ante mi estupor, me explicó:

—Me han salido asquerosamente baratos. Eso sí, sólo podrás llevarte el cepillo de dientes y los gayumbos de repuesto, si no quieres que te claven 100 euros en el *check-in*. Y en la habitación del hotel es probable que tengas que entrar de canto y ducharte en un tubo.

—Pero, esto, yo no puedo... —balbuceé.

—Claro que puedes. Mira, es una inversión que hago. Y, créeme, he hecho alguna que otra ruinosa, a lo largo de mi vida. Pero sé que ésta va a ser rentable. Invierto en un valor seguro.

Dicho esto, no me quedaba otra que aceptar. Y así me vi a las cinco y media de la mañana del sábado siguiente tomando un avión con destino a Tegel, sin más equipaje que una pequeña mochila con mi muda, mis útiles de aseo y una cámara de fotos. Me pasé el sábado recorriendo la ciudad, con el mapa que había utilizado para hacerme una idea de dónde sucedía cada uno de los episodios de la aventura berlinesa de Jorge García Vallejo. Descubrí así que en la Vosstrasse, donde antes estaba la cancillería que le hizo a Hitler su arquitecto Speer, ahora hay unas viviendas edificadas en la época de la RDA y un restaurante chino. Vi el Reichstag rehabilitado por Norman Foster, a mayor gloria de Norman Foster, como es costumbre en los arquitectos de renombre a los que tan inexplicablemente se someten en los últimos años las autoridades municipales. Visité el antiguo Ministerio del Aire de Göring, que hoy es el Ministerio de Economía del gobierno federal, y que luce como si lo

acabaran de inaugurar, idéntico a las fotos que de él se conservan de hace setenta años. Es una de las dos muestras de arquitectura nazi que mejor han resistido el paso del tiempo. La otra es la imponente embajada española, construida en tiempos del idilio de Franco con Hitler, y situada en un rincón de ensueño bajo la espesura del Tiergarten. Éste vuelve a ser el corazón verde de la ciudad, como lo recordaba el berlinés Walter Benjamin, para quien fue el edén de su infancia, en lugar del erial carbonizado por los bombardeos que conoció Jorge.

Paseando desde el antiguo palacio de Göring llegué hasta la Moritzplatz, dos kilómetros que debieron hacérseles eternos a aquellos SS españoles cuando los cubrieron entre escombros y bajo las bombas de la artillería rusa, pero que para mí fueron un apacible interludio bajo el sol de principios de junio. La plaza en sí es poca cosa, un desangelado espacio rodeado de edificios anodinos, muestras desgastadas de arquitectura comunista, un parquecillo sin gracia y algunos solares en espera de destino. Hace falta esforzarse para sentir que es el escenario de un pasaje épico, y poder recobrar la emoción, tan intensa como desasosegante, de aquellos niños jugándose la vida para defender a un viejo perturbado que decidió contagiarlos de su nihilismo suicida en vez de dejarlos vivir y crecer.

También, en fin, visité la Potsdamerplatz, durante mucho tiempo fantasmagórica tierra de nadie entre el Berlín oriental y el occidental, seccionada en dos por el muro de la vergüenza (lo que viene a ser una redundancia: qué muro no tapa o encarna algo de lo que avergonzarse). Ahora es uno de los emblemas de la nueva capital de Alemania, con edificios modernos y pretenciosos que han aprovechado el espacio vacío para generar una impersonal estampa urbana. Tengo fotos de la antigua Postdamer Bahnhof (alguna de ellas, con la silueta en primer término de un Königstiger inutilizado y abandonado por su tripulación tras su tenaz resistencia) y de los hoteles y comercios que rodeaban la plaza. No eran los más bonitos de Berlín, pero oso dudar que el cambio haya sido ventajoso.

Por la noche decidí explorar en soledad la legendaria noche berlinesa, sin grandes frutos. Todo lo que puedo contar es que logré pegar la hebra con una alemana que hablaba inglés en los jardines (por llamarlos de algún modo

piadoso) del Tacheles, el antiguo templo okupa, hoy en manos de una oscura cooperativa de presuntos artistas que sostiene una pugna con el banco que compró el edificio y quiere convertirlo en euros negociables en lugar de la ruina pintarrajeada y con olor a meados que ahora representan sus títulos de propiedad. Pero la muchacha en cuestión, una valquiria rubia que me sacaba media cabeza, tasó en quince minutos, ni uno más ni uno menos, la distracción exótica que yo podía proporcionarle. Luego se separó cordialmente de mí y voló hacia otra flor. El resto del tiempo, sujeté mi vaso en solitario, resistiéndome a la tentación de pegarme a alguno de los grupos de Erasmus españoles que pululaban por allí. Mi orgullo, y lo poco que le queda a uno de dignidad mientras está solo con un *gintonic* aguado en medio de una multitud que se divierte, me impidieron llegar a caer tan bajo como eso.

La mañana del domingo tomé el *S-Bahn* a Potsdam. Un trayecto la mar de agradable, en el que pude comprobar que la capital alemana está rodeada de bosques hasta un punto apabullante para un habitante del páramo mesetario como yo. La ciudad me encantó, con sus casitas de reminiscencias holandesas, sus lagos, sus palacios y hasta sus cuarteles, repartidos por doquier. Lamenté no disponer de más referencias del que ocuparon los españoles: sólo sé que era un antiguo colegio o academia militar. Me gustaron mucho los alrededores del Cecilienhof, el suntuoso chalecito que se hicieron los Hohenzollern al final de la dinastía, y donde se firmaron los acuerdos de Potsdam, por los que Stalin y los aliados terminaron de repartirse el botín de Europa. Me pregunté si mis personajes habrían llegado a visitarlo, durante las semanas que pasaron allí.

A la vuelta, mientras trataba de ponerme en el pellejo de Jorge García Vallejo, y reconstruir sus sensaciones de aquel 21 de abril de 1945 en que hizo el mismo trayecto en el mismo tren, decidí bajarme en Wannsee. Allí, mirando el apacible lago, la playa de Berlín, me tocó recordar que fue frente a sus aguas donde se tomó la decisión de resolver el problema judío por la vía de la supresión total de quienes lo encarnaban. Nunca un topónimo cargó con tanto.

Y antes de dirigirme hacia el aeropuerto, hice escala en Steglitz. Un

bonito barrio periférico, de los varios absorbidos a lo largo de su crecimiento por la capital prusiana. Busqué, cómo no, el ayuntamiento, en el que me imaginé la escena de los soldados vestidos de camuflaje abriendo cajones y robando papeles y sellos oficiales para travestirse de civiles refugiados. A un costado del edificio consistorial está la Grünewaldstrasse, a cuyo número 13 me acerqué por recomendación y encargo de mi profesor. Es un pequeño chalet de tres plantas. Allí, según recuerda una lápida de mármol sufragada por el gobierno austríaco, vivió en 1924, poco antes de su muerte, el que según la leyenda fue *der österreichischer Dichter* Franz Kafka. O, lo que es lo mismo, el *poeta austríaco* Franz Kafka. Ciertamente es que nació como súbdito del Imperio austrohúngaro y que escribió en su lengua, el alemán, pero uno calcula que poca gracia le hará la placa a sus vecinos praguenses, que lo reclaman como icono de su ciudad. Claro que, antes de picarse, que hubieran puesto ellos una.

Allí vivió sus últimos días, por excepción felices, aquel hombre de clarividencia dolorosa, según mi profesor el más grande (a mucha distancia del segundo) escritor contemporáneo. Lo pasó con la mujer a la que amaba, 20 años más joven que él, sumido en una pobreza tan extrema que su compañera, Dora Dymant, le cocinaba en una lata de conservas que calentaba sobre un infiernillo. Eran los tiempos de la hiperinflación que, según recuerda Sebastian Haffner en su *Historia de un alemán*, obligaba a los funcionarios, como su padre, a gastarse todo el sueldo el día que lo cobraban, porque al día siguiente su poder adquisitivo se había dividido por 10 o por 100. Pero allí, en la Grünewaldstrasse, Kafka saboreó la dulzura de la vida, lejos al fin de su odiada Praga, exento del rutinario trabajo como jurista en el que había desperdiciado (o así lo sentía él) las energías de su juventud, entregado nada más que a la escritura, el paseo y la lectura. Allí escribió, muy posiblemente, *La construcción* e *Investigaciones de un perro*, dos de sus últimos relatos, llenos de sabiduría e ironía. Allí le leía a Dora en voz alta, todas las noches, a su querido Von Kleist, el poeta romántico que se suicidó en 1811 a orillas del Wannsee junto a su musa Adolfine Vogel. Allí, seguramente en el parque contiguo a la propia Grünewaldstrasse, conoció a una niña que había perdido una muñeca, y para la que inventó cartas que la muñeca le enviaba a la niña

desde los lugares por los que viajaba, porque en realidad no se había perdido y estaba dando la vuelta al mundo. Allí, en fin, tenía el encargo de mi profesor de leer estos versos, los únicos que según él se conservan de Kafka, pese al título que le otorga la lápida austríaca, y que recité como mejor supe:

Vamos y venimos,
nos separamos
y, a menudo, no volvemos a vernos.

Así es Kafka, según mi profesor: sencillo, insondable y siempre oportuno. Y así lo sentí, tras leerlo. Porque allí, en Steglitz, después de tanto ir y venir envuelto en sus asperezas, Jorge García Vallejo se separó, para siempre, de su encallecida piel de soldado.

Es un radiante mediodía de junio. No demasiado caluroso, pero el sol pica y deslumbra en este lugar, el más grande de los cementerios de Madrid. No hemos encontrado otro día ni otra hora que nos encajara a los dos, y mi profesor, al saber que mi relato ya llegó hasta la huida de Berlín de Grau y de Jorge, ha insistido en hacer esta excursión, en la que me facilitará, anuncia, lo que me falta para ponerle el verdadero punto final a mi historia. Algo que no me ha contado hasta ahora, me dice, para que no me hiciera desfigurar, con alguna interpretación retrospectiva, los hechos de entonces.

Por qué venimos para esto al cementerio, el mismo donde asistimos a la incineración de Jorge García Vallejo, dicho sea de paso, es algo que no se me revela, conforme a la costumbre de mantener el suspense que ya va siendo la tónica de este tipo de expediciones. Intuyo que se trata de algún afán de simetría, por poner punto final al ejercicio allí donde empezó, y poco más. Pero me equivoco.

Antes de explicar hasta qué punto, tal vez debería contar los hechos que, mientras camino entre las lápidas del cementerio de la Almudena, conozco pero no me ha dado tiempo todavía a poner por escrito. No son muchos, ni añaden a lo narrado hasta aquí nada que altere su sentido decisivamente. Sin embargo, creo que resumirlos antes de seguir será beneficioso para el orden de mi cuento.

Disfrazados de civiles, Grau y Jorge consiguieron llegar hasta el Elba. Tras cruzarlo, en alguno de esos primeros días de mayo, alcanzaron el territorio ocupado por los estadounidenses. Por el camino supieron del suicidio de Hitler y de la rendición incondicional de Alemania, que tuvo lugar el 7 de mayo de 1945. Al final, apenas sostenían la lucha en Berlín unos

cuantos SS nórdicos y franceses, a los que es posible que se sumaran, como últimos y casi absurdos defensores del Reich, algunos restos de la unidad española. Pocos sobrevivieron. Ezquerria, según su propio testimonio, cayó prisionero de los rusos, logró fugarse y haciéndose pasar por ciudadano argentino llegó hasta España. Después, y siempre según su versión, vivió una peligrosa vida de espía, en África y América. Pero nada de eso, sea cierto o una fabulación, interesa ya a efectos de mi historia.

De cómo llegaron hasta España Grau y Jorge, atravesando Francia, no dispongo de demasiados detalles. En medio del desbarajuste de aquellos días, sus papeles falsificados cumplieron su función la única vez que hubieron de exhibirlos. Fue al acogerse a un campo de refugiados bajo tutela de los norteamericanos, a la sazón tan preocupados por tener que dar de comer a tantos miles de desplazados que no fueron muy estrictos con las comprobaciones. Ni siquiera los registraron, ni les hicieron mostrar la cara interior del brazo para descartar la posibilidad de que fueran lo que en realidad eran, esto es, extranjeros alistados en las Waffen-SS. Pero si lo hubieran hecho tampoco habría representado un problema. Grau había tirado la Walther a las aguas del Elba, una vez cruzaron a la orilla segura, y su incorporación a las SS se había producido en un momento de descomposición galopante de la organización, en el que algunos de los protocolos férreos de otro tiempo, como tatuar en el brazo a los reclutas el grupo sanguíneo, habían dejado de observarse.

Un día de junio, esto es todo lo que sé, Grau y Jorge llegaron caminando hasta la frontera de Portbou. Esta vez la pasaron por una senda de contrabandistas, eludiendo por puro milagro a una patrulla fronteriza de la Guardia Civil. Si aquellos guardias hubieran logrado sorprenderlos, acaso habrían vuelto a verse las caras, en el cuartelillo, con algún viejo conocido, lo que muy plausiblemente habría desencadenado una áspera represalia por la manera en que habían cruzado la raya en sentido contrario, un año atrás.

Hasta aquí llega lo que me ha contado mi profesor. Y hasta esta mañana, mis esfuerzos por averiguar lo que hubo a partir de ahí se han encontrado con un muro infranqueable de cuatro palabras: «a su debido tiempo». No ocultaré que me siento impaciente por conocer lo que vaya a decirme, ahora que el

tiempo parece haber llegado.

Pero de lo que elige hablarme, mientras buscamos ignoro el qué, es algo que lo tiene muy afectado. Anteanoche se murió otro escritor, Jorge Semprún, al que dedica un culpabilizado elogio:

—Confieso que al principio no le presté mucha atención, que lo que durante años percibí de él fue poco más que su aura afrancesada y el asunto de la militancia comunista, reemplazada luego por el agravio hacia los ex camaradas, como en tantos otros. El afrancesamiento no me es antipático, pero me distancia, y lo otro me produce mucha pereza. Me salté en su día la tabarra comunista y la tabarra de signo opuesto me ha parecido siempre que también tengo derecho a ahorrármela. Esta miopía me duró hasta que me leí *La escritura o la vida*, sus memorias de Buchenwald. Allí me encontré con un escritor mayúsculo, al que sentí la necesidad de investigar a fondo. Por eso estuve muy atento cuando leyó su discurso, en alemán, en la celebración del 65 aniversario de la liberación del campo.

Detiene la marcha y sincroniza esta parada física con una pausa en su parlamento. Lo conozco, está creando una atmósfera.

—No se me olvida —prosigue— la imagen que evocó en ese discurso de sí mismo con poco más de veinte años, desfilando ante sus libertadores norteamericanos junto a los demás prisioneros, con las armas arrebatadas a los guardianes de las SS. Según recordó, llevaba al hombro un Panzerfaust, que imagino que nadie le había enseñado a usar, pero que al minuto siguiente de dejar de ser un prisionero ya estaba dispuesto a empuñar contra el enemigo. Otro joven de dientes apretados con los trastos de matar, al que Semprún, en su discurso, le envió un abrazo fraterno. Como convendrás, la imagen no nos puede venir más al pelo, aunque el bando sea el contrario.

—Desde luego.

—Hay algo además que dejó dicho Semprún, sobre el horror nazi y la manera de evitar que se repita. Según él, no sirve para eso la memoria, ni mucho menos llenarse la boca con el lugar común de que los nazis eran unos malvados. Lo que sirve es tomar medidas que impidan en su raíz que brote la mala hierba. En fin, volviendo a lo nuestro. No hemos llegado aún a nuestro destino, pero me vas a permitir que nos detengamos aquí. Antes de

enseñártelo, quiero contarte lo que me falta por decirte. Lo que me queda hasta el aquí y el ahora, que es donde siempre mueren las narraciones.

Amparados bajo la sombra de unos cipreses, se me confía, pues, el resto de la historia. No he tomado notas, pero he prestado atención, lo estoy escribiendo en caliente y creo que puedo reproducirla con la suficiente fidelidad como para ponerla en cursiva, como si fuera él, quien la recibió de primera mano, el que os la contara.

Según me dijo Jorge, fueron caminando hasta Figueras, donde se sintieron ya lo bastante seguros como para buscar un transporte que los llevara a Barcelona. Allí, en una tasca cercana al puerto, Grau contactó con un tipo que les dio un trabajo con el que pudieron costearse el billete a Madrid. En el largo trayecto de tren, el viejo legionario le reveló a Jorge cuáles eran sus planes inmediatos: presentarse a las autoridades militares y afrontar el consejo de guerra que le abrirían por su desertión. Jorge le pidió que lo reconsiderase y le sugirió la posibilidad de emigrar ambos a América.

—Yo no voy a hacer eso, y tú, mucho menos —le respondió Grau—. Volverás a tu casa, y aguantarás a los tuyos hasta que termines tu carrera. Tú tienes la oportunidad de ser otra cosa, y la obligación de intentarlo.

—¿Y tú? —dijo Jorge—. Te meterán en prisión.

—No creo que por mucho tiempo. Algún servicio puedo alegar.

—¿Y cuando salgas?

—Al Tercio otra vez, hasta que me dejen.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Yo ya no puedo ser otra cosa. Bueno, sí, lo que son los legionarios retirados, cuando ya no pueden con su alma y los acaban echando a la calle. Guardas en una obra, o borrachos sin oficio ni beneficio. Pero a mí todavía me queda guerra que dar. Y además, es lo que quiero.

Jorge debió de discutírselo. Pero Grau insistió. Y le contó algo:

—Nunca te dije cómo llegué a la Legión. Fue en el 26, mala época para meterse allí. En el Rif andaba aún Abd el-Krim dando por saco. Me alisté sabiendo que iba a la guerra, y si lo hice fue porque mi vida valía todavía

menos que eso. Tenía veinte años y nunca había conocido nada que mereciera la pena. No sé quiénes fueron mis padres, ninguno de los dos se ocupó jamás de mí. Crecí en un hospicio, y desde que me fugué de él, en la puñetera calle, aprendiendo todo lo malo y nada bueno. Me apunté a la guerra para morir por algo, aunque no supiera qué, antes de acabar muriendo por nada una noche cualquiera. Me tocó pegar tiros apenas puse el pie en África y no dejé de pegarlos hasta el 27, cuando terminamos con el último de los rebeldes. Abd el-Krim ya se había rendido, poco después de llegar yo, pero quedaba un jefe moro que se llamaba Slitán y al que hubo que ir a buscar a la puta montaña, al lado de Ketama. Subimos dos columnas de legionarios: una la mandaba Mola y la otra, la mía, Pozas, un coronel que luego, de general, se hizo rojo. Las pasamos canutas, porque nos cayó encima una nevada del carajo, que hasta entonces yo creía que en Marruecos no nevaba nunca, y nos dejamos a un montón de gente en la refriega. Pero deshicimos al enemigo y, en medio de todo eso, mira tú, se me metió el gusanillo de la mili y de la Legión de tal modo que sé que ya no se me saldrá nunca. Porque allí te exigían y te sacaban hasta el tuétano de los huesos, pero te respetaban. Te llamaban caballero y te daban el calor de una familia. Lo que yo no había tenido nunca. Por eso tengo que volver allí, porque no soy de otro sitio, y porque ahora que ya se acabó la guerra grande, si es que hay alguna guerra chica, será la Legión la que la haga. Y allí es donde tengo que estar yo. Con los míos. Arrimando el hombro.

La Historia, que tiene querencia por las paradojas, enfrentó el 18 de julio de 1936 a aquellos dos coroneles a los que recordaba Grau combatiendo a una contra los últimos rescoldos de la resistencia rifeña: Mola fue el cerebro del alzamiento, y Pozas, el artífice de la entrega de armas a las milicias populares para detenerlo. Aunque en esa ocasión Grau siguió al primero, me da la impresión de que no habría tenido inconveniente en seguir al mismo jefe al que ya había seguido por los riscos nevados de Ketama, si hubiera sido a las órdenes de éste a las que hubieran estado los legionarios.

En Madrid, los caminos de Jorge y Grau se separaron. Jorge terminó la carrera, y aunque su tío le ofreció usar sus influencias para colocarlo, él

prefirió jugársela por libre y poner una placa de abogado en el portal. Prosperó y ejerció la profesión durante más de cuarenta años. Ahora puedes apreciar la ironía que se ocultaba en sus palabras cuando me preguntó, el día que nos conocimos, si no había ya demasiados picapleitos. Se casó, tuvo una hija, enviudó, tuvo dos nietos. Pero acerca de esta parte se limitó a los hechos desnudos, sin más detalles. Era su vida privada, me dijo.

Grau salió relativamente bien parado del consejo de guerra, como el resto de los pocos SS españoles que vivieron para contarlo y regresaron para rendir cuentas ante la justicia española. Sus servicios en la División Azul y antes en el Tercio, y la simpatía que despertaba en el régimen su aparente contumacia anticomunista, le permitieron volver a vestir el uniforme antes de un año. Con él aguantó hasta principios de los 50. De su regreso a la Legión y de su licenciamiento supo Jorge por sendas cartas. Pero Grau, contra lo que barruntó al leer la segunda, nunca le pidió nada. Sobrevivió por sus propios medios y estuvo desaparecido hasta el año 1971, cuando Jorge recibió una llamada telefónica en su despacho. La secretaria le anunció a un tal Laureano Grau. Le pidió que se lo pasara en seguida, dijo dígame y, con el corazón a galope tendido, oyó su voz al otro lado de la línea:

—Mein Unterscharführer, soy yo, Grau. Encontré tu número en el listín de los abogados. Ya me perdonarás. Me estoy muriendo, y antes de cerrar el macuto me gustaría darte un abrazo. Sólo eso, te lo juro.

Fue a verlo al hospital Doce de Octubre, que entonces se llamaba Primero de Octubre. Grau estaba agonizando en una habitación compartida. Lo vio consumido, amarillento, pero con la sonrisa de canalla intacta.

—Hasta aquí llegué —le dijo—. Te he mentado, ya sabes que soy un cabrón. Quiero pedirte algo más, aparte de ese abrazo. No me lo niegues.

Y no se lo negó. Para aquel entonces, a Jorge le quedaba muy atrás su aventura juvenil. Apenas iba a los actos de la hermandad de ex divisionarios, por más que su presencia, como uno de los legendarios irreductibles, fuera reclamada una y otra vez. Respondía a ese interés con la cortesía justa para no parecer desagradecido. Porque lo cierto era que no sólo sentía repugnancia hacia el régimen que encarnaban el general ya decrépito y su rebaño de untuosos aduladores, sino que también había perdido aquella

antigua pasión que le llevara a tomar las armas, y que en los actos de los veteranos se hacía continuo alarde de mantener incólume. No se arrepentía de haber combatido el comunismo y, mal que bien, lograba absolverse del genocidio contra los judíos, del que él no había sido consciente (los dos parapetos mentales comunes a todos los ex integrantes de la División). Pero, cuando cerraba los ojos y pensaba en Berlín, se le aparecían aquellos niños arrojados bajo los tanques y lo invadía un malestar lo suficientemente intenso como para no disfrutar de las exhibiciones de nostalgia.

Sin embargo, estuvo en el entierro de Grau y se ocupó de cumplir su última voluntad. Con lo que llegamos a donde me interesa y a lo que tengo que enseñarte. Pero, antes, quiero contarte algo más, para que sepas todo lo que tienes que saber. Algo que pasó hace unos meses, poco antes de que muriera Jorge García Vallejo. Una noche, revisando el correo electrónico, me encontré con un mensaje que me mandaba un tal Jorge Ruiz García. Me contaba que su abuelo me había conocido muchos años atrás, cuando yo todavía no era un escritor de renombre, esa categoría me otorgaba, y que aún vivía y tenía mucho interés en volverme a ver. El mensaje me sacudió como un mazazo. No te lo he dicho hasta ahora, pero aquellos días de 1989, después de separarme de él, corría a casa a apuntar febrilmente todo lo que me había contado. Guardé las notas desde entonces, con vistas a un libro que nunca escribía, porque otras historias se me cruzaban y porque no encontraba el tono ni el enfoque para contar ésta de manera que no resultara contraproducente hacerlo. Esas notas, que me han servido para contártela a ti, y que releí varias veces en estos veinte años, habían mantenido fresco en mi mente el recuerdo de aquel hombre. Calculé la edad que tendría y pensé que la entrevista con él vendría a resumirse en un reproche por mi indolencia. Así y todo, acudí.

Estaba ya muy débil. No se levantó del sillón en el que resistía, las piernas cubiertas por una manta. No me recriminó nada en absoluto. Al revés: me dijo que entendía que no hubiera escrito su historia. Que había leído un par de libros míos, y que le parecía un escritor demasiado inteligente para pisar ese charco. Le aseguré que no era ése el motivo, sino mi incompetencia, o a lo mejor mi cobardía. Pero sacudió la cabeza y me

dijo:

—No seas tan severo contigo mismo. Al final, de una manera o de otra, todos la cagamos. Basta con que sepamos verlo. Quería hablar contigo porque me apetecía poder felicitarte en persona por lo que has conseguido, pero también porque tengo algo que rectificar sobre lo que te dije hace veinte años. Por si alguna vez lo escribes, que eso ya es cosa tuya. Primero, no utilices mi nombre real. A mí me da lo mismo, pero tengo nietos, y no quiero que pasen un mal rato por la juventud impulsiva y atolondrada de su abuelo. A Grau le puedes conservar el nombre, si quieres. Él no dejó a nadie, que yo sepa, y tampoco creo que le importara. Lo segundo es decirte que me arrepiento. Que he comprendido que me equivoqué, que no conseguí nada y que estuve donde no debía estar. Ni yo, ni nadie. Me he empeñado toda la vida en defender aquello, pero los años me han echado abajo el intento. Mi padre me señaló el camino en su carta de despedida, que en mala hora desoí. No había razones para hacer lo que hice, sólo fui un idiota que mató y a punto estuvo de morir por nada. Todos estos años he seguido acordándome de los niños. Y los he visto en la televisión, en las guerras de ahora. A los de doce y a los de veinte. A los que van sin uniforme y a los que lo llevan. Incluso a los nuestros de ahora mismo, esos pobres que vuelven muertos o sin piernas de Afganistán sin que a nadie le importe un pimiento. Quiero decirte que ahora sé que mi vida es un ejemplo de lo que no debe ser. De cómo los hombres, en vez de dar la cara, se sirven de quienes aún no lo son. Y que al lado de eso, lo que pudiera defender, justo o injusto, es insignificante. No sé ya si defendimos Europa, si luchamos contra los malos, como te dije entonces, o si éramos nosotros el mal y nada más que el mal. Lo que sé es que éramos niños y que nos matábamos, y que eso es una vergüenza, y más vergüenza es que pasen los años y los niños sigan matándose.

Eso me dijo. Y eso cierra la historia. Lo siguiente que supe de él fue que había muerto. Ese mismo día, cuando me dijiste que no tenías una historia para escribir tu novela, pensé que ésta era más tuya que mía. Que tú podías lograr lo que yo, primero por falta de distancia histórica, y luego por exceso de edad, no había sido capaz de hacer de ella. Y estoy convencido de que su

legítimo dueño, el que me la entregó, estaría de acuerdo conmigo.

Aquí es donde me toca aclarar que en efecto Jorge García Vallejo no se llamaba Jorge García Vallejo. Empecé escribiendo la historia con su nombre verdadero, el que le oí decir al cura en el funeral, pero después de esta confidencia de mi profesor no me ha quedado otra que buscarle un sustituto que me sonara más o menos bien y usar la función de *reemplazar* del procesador de texto. Menos mal que escribir en el siglo XXI, aunque la vida resulte un poco más insípida, trae aparejadas estas soluciones instantáneas.

Concluido su relato, mi profesor se pone en pie. Antes de echar a andar, me alarga un librito. Está nuevo, diría que recién comprado, probablemente en la Feria del Libro, donde firma por estos días. Leo el título: *La metafísica de la juventud*. El autor, Walter Benjamin.

—¿Y esto? —pregunto.

—Para ti —responde—. Es una especie de símbolo. Hasta aquí llega, también, nuestro camino como profesor y alumno. No tengo nada más que enseñarte. Estás listo para andar solo, más que listo, diría yo, y me lo has demostrado. Con permiso de Benjamin, esté donde esté, la última lección, por así decir, he querido tomársela prestada a él. La tienes ahí señalada. Mira la página ciento treinta y seis.

Lo abro por la página que me indica. Y leo:

Cada uno ha de encontrar una disciplina que le proponga máximas exigencias en su vida. De esta manera, a partir de su forma espiritual ahormada en el presente, reconocerá el futuro liberándolo.

—Creo que lo pilló —comento.

—Yo también creo que lo pillas. —Sonríe—. No dejes nunca de disfrutar del placer de tener un deber. Cúmplolo. Y ahora, vamos.

Lo que viene a continuación ya no es una sorpresa. Lo he deducido hace rato, y él, que sabe que sé, no pretende en ningún momento darle al acto un aire de revelación. Tan sólo me explica:

—Me trajo aquí él, hace veinte años, después de contarme toda la historia. Quiso que lo viera, porque era todo lo que podía enseñarme del camarada. Esto fue lo que le pidió, antes de morir.

Miro la lápida, que es una de tantas, desde luego no la más nueva ni la mejor cuidada del cementerio civil, donde reposan los réprobos, los descreídos, los suicidas. Sobre ella se lee lo siguiente:

LAUREANO GRAU

1906-1971

LOS LEGIONARIOS NO MORIMOS
NOS REAGRUPAMOS EN EL INFIERNO

La observo, absorto. Forcejeo durante unos segundos contra el impulso de decir algo obvio y al final le pregunto a mi profesor:

—¿Tú tienes pensada tu lápida?

—No. Pero pondría algo muy distinto, creo.

—¿Por ejemplo?

Me mira, con gesto inquisitivo.

—No me importaría que me enterraran como a Benjamin, en un cementerio de otro país. Con ese solo título: *extranjero*. Que es lo que somos todos, al final, por más que gastemos en banderas.

Recuerdo de pronto la playa de Portbou y el Tiergarten de Berlín, donde ahora también habita mi alma. Y siento que debo reconocerle, acaso por última vez, su repelente tendencia a tener razón.

Y ahora que todo está contado, viene la tentación o la necesidad de creer que la novela está al fin escrita. Pero confieso que tengo mis dudas sobre cómo hay que considerar la suma de los fragmentos, lugares e historias que quedan reunidos en estas páginas. En cierto modo, temo que he perpetrado el insatisfactorio engendro habitual, sólo que lo he hecho cuarenta veces y el resultado lo he amalgamado en esto que pretendo llamar libro. Mi profesor, que ha leído el manuscrito hasta aquí, disiente. Dice que esto, aunque yo me resista a creerlo, es mi novela. En los dos sentidos: porque es mía, y porque es en efecto una novela, si yo quiero y así lo quiere el lector. El autor, me dice, tan sólo puede responder del primer afán; el segundo, y decisivo, lo pondrá otro, a quien debo ya encomendarme.

Pero me siento en la obligación de añadir algo, aunque tal vez no sea pertinente. Necesito creer que aparte de unos hechos y unos personajes, reales o fingidos, una novela es algo más, un sentido y un propósito, y he de dilucidar el que pueda tener el esfuerzo que queda hecho hasta aquí. Sé que hay un límite, mi profesor no ha dejado de insistir en él ni un solo día: no me compete juzgar, ni tampoco ofrecer una explicación o una enseñanza moral explícita. Una novela no es un manual y menos aún un veredicto, sino una tentativa de asomarse al misterio, que siempre se queda por decir.

He pensado mucho, durante los últimos días, sobre los protagonistas de mi historia y sobre lo que significan. Mi sensación es ahora muy diferente de la que tenía al principio: cuando al reunir las primeras informaciones pensé que se me invitaba a hacer, simplificando, una novela de nazis, donde para mayor inri éstos serían quienes representaran el punto de vista, y por lo tanto aquellos con quienes al lector, de una u otra forma, se le animaría a

empatizar.

Ahora no lo veo así. Esa circunstancia, con todas sus implicaciones, y con todos los reproches que pueda suscitar, en los que no abundaré, es una vertiente de la historia. La otra, la que ahora se me antoja esencial, es la de la juventud empujada al campo de batalla, y cuya energía, en lugar de motor de progreso y construcción de un futuro, es transformada en potencial de destrucción. Esa juventud que encarnaba el Jorge García Vallejo que se alistó voluntario para ir a luchar a Rusia en el verano de 1941. Pero también Laureano Grau, cuando en 1926 decidió que la rabia por su abandono infantil contribuyera a doblegar la resistencia del Rif a la dominación española. Y aquel lampiño y vehemente Günter Grass que, enardecido por las imágenes bélicas de los noticieros de la UFA, se incorporó en el otoño de 1944 a las filas de la división acorazada *SS-Frundsberg*. Y los adolescentes alemanes y rusos que en abril de 1945 se encontraron en las calles arrasadas de Berlín y allí mataron y murieron (uno de cada, bajo las balas del propio Jorge). Y los jóvenes iraquíes y españoles que en abril de 2004 se enfrentaron en Nayaf. Y los españoles y los afganos que ahora mismo se acechan en Badghis, aguzando todos los sentidos para que sea el de enfrente el que muerda el polvo. Y tantos otros como ellos, ayer y hoy, y bajo tantas banderas.

He hablado de ellos, de su drama eterno y recurrente, y en parte, sólo en parte, de sus motivos, que para mí, como ciudadano criado entre los algodones de la sociedad de consumo, mantienen todavía un reducto impenetrable y por tanto inexplorado. Pero hay otros, a quienes mi relato no puede eludir: los hombres que desde detrás de un despacho confortable y protegido tomaron la decisión de exponer a los muchachos, con la convicción de que esta exposición era indispensable. Es fácil adoptar una actitud frente a Hitler, un genocida demente y ya certificado como megavillano por la Historia. O frente a Stalin, que con algún retraso ha pasado a disputarle el podio. No cuesta mucho, tampoco, distanciarse del fervor pronazi de ese Serrano Súñer llamando a la juventud española a la masacre desde el balcón de la calle de Alcalá, o de la calculada aquiescencia de su nada fervoroso jefe hacia la aventura, mientras jugaba a varias barajas. Nada de esto lo reivindicaría hoy día nadie (o, bueno, casi nadie). Nosotros no somos así: el

holocausto de los jóvenes a los que esos hombres arriesgaron y acabaron sacrificando es algo que nos pilla muy lejos, el recuerdo de un ayer vil y repudiable.

El distanciamiento viene a complicarse cuando uno mira al presente. La excepción, reconfortante, son los nuevos villanos que encarnan nuestra concepción del horror. Como ese Sadam Hussein que usaba gases tóxicos contra los suyos. O ese Osama Bin Laden que se embelesaba consigo mismo en su guarida, repasando con el mando a distancia los vídeos con los que amenazaba a Occidente. O el torvo Muqtada Al Sadr, que se rodeó de escudos humanos y se acogió a la mezquita de Nayaf en julio de 2004 para que los norteamericanos no pudieran atraparle y hacerle responder de sus desmanes.

Pero no es de ellos de quienes me interesa hablar, porque dos ya están amortizados, para empezar, y porque en sus razones y en sus estrategias nadie medianamente sensato podría acompañarlos. Con la intención de ponérmelo un poco más difícil, el otro día me fui a una librería de esas donde le dejan a uno curiosear los libros. Me dije que debía buscar otro punto de vista, el de quienes decidieron atacar desde el mundo y el bando al que pertenezco, y que no me cabe duda de que resulta preferible al que representan los fanáticos impulsados por delirios teocráticos o por el simple afán de saquear y ejercer el despotismo sobre sus pueblos. De las tres opciones que me ofrecía esa foto ahora celeberrima, tomada en marzo de 2003 en las Azores, escogí la que intuí más dura de rebatir. Los tres integrantes de aquella foto, corresponsables de una de las guerras de ahora mismo, han puesto por escrito sus motivos y sus justificaciones. Puedo equivocarme, porque uno nunca conoce bien a sus semejantes, y menos a quienes sólo ve a lo lejos, pero me pareció que el libro que debía leer, donde hallaría la inteligencia más acerada y el verbo más persuasivo, era el del ex *premier* británico Tony Blair.

Me senté en la cómoda grada disponible para los lectores de gorra en la librería en cuestión (así de generosos son con nosotros los insolventes, o así de calculadores para con nuestra gratitud futura cuando hipotéticamente dejemos de serlo) y me hincó un buen pedazo del libro. En particular, los capítulos donde el ex *líder mundial*, como se refiere a sí mismo una y otra

vez, demostrando que la falsa modestia no se cuenta entre sus defectos, habla de su decisión de iniciar una guerra. Y he de admitir que tiene la decencia de empezar declarando su consternación por todas las muertes de británicos e iraquíes causadas por esa decisión, que asegura que le acompañará toda su vida, y que su alegato está construido con brillantez dialéctica y no se queda en la superficie de las consignas huecas.

Afronta todas las cuestiones incómodas, sin ahorrarse ninguna. Desde la inexistencia de las armas de destrucción masiva aducidas como razón para la invasión de Irak hasta la desastrosa posguerra, que en ningún momento acertó a prever. A lo que ha de sumarse el alto precio pagado por el pueblo iraquí por su liberación todavía en trámite, y que reconoce que no baja de 100 000 fallecidos. La decepción viene cuando uno sopesa sus argumentos: la necesidad estratégica de acompañar a los aliados norteamericanos, en una acción que éstos ya tenían decidida; la conveniencia de neutralizar a Sadam, para ejemplarizar, porque era un tirano al que ya se había avisado y que en vez de someterse como Gadafi (qué desafortunada resulta ahora esa alusión al libio como *buen alumno*) seguía desafiando a la comunidad internacional; o el admonitorio precedente del primer ministro británico que decidió no acompañar a los estadounidenses en su aventura en Vietnam y luego perdió las elecciones.

Me pregunto si consideraciones de ese tipo bastan para aliviar la conciencia de tantos miles de muertos, pero eso no es asunto mío y me cuidaré mucho de decirle al interesado cómo lo ha de resolver. Lo que me llama la atención es que pertrechado con este material, y después de haber constatado tales errores, el líder se niegue a arrepentirse en absoluto de lo que en su día decidió. Y, según reconoce él mismo, se niega por no darles a sus enemigos el gusto de verlo retractándose. O dicho de otro modo: por preservar, en ese trance de toma de posición moral, algo tan nimio como su imagen.

Insisto en que mi juicio, además de indocumentado, es absolutamente irrelevante, y por eso me cuidaré de formularlo, aunque se sobreentienda. Lo que me importa, lo que nos permite una historia, es observar analogías y señalar contrastes. La analogía que me viene ahora mismo a la mente,

salvando todas las distancias, por lo demás abrumadoras, es la de Albert Speer. Otro hombre maduro e intelectualmente brillante, tratando de salvar a toda costa su decisión de unirse a un aquelarre del que para él, entre otras cosas, se derivó el disfrute de un considerable poder y de una riqueza muy superior a la de sus conciudadanos. Y el contraste, abrupto, me lo brinda cualquiera de esos jóvenes lanzados a las armas por su inconsciencia y el ardor de su corazón, y que se abstuvieron de negociar consigo mismos un autorretrato compasivo: como Günter Grass, arrastrando su madero hacia el Gólgota sin invocar eximentes; o como Jorge, acarreando íntegra su memoria del espanto para acabar renegando de toda excusa para sus acciones; o como Grau, que hizo grabar en su lápida un epitafio que le rehusaba cualquier misericordia.

Me subleva esta contradicción: que los que deciden, en plenitud de su juicio, con alta recompensa y en circunstancias favorables, se absuelvan con tanta soltura, y que aquellos que erraron desde la inmadurez, la ofuscación y la indigencia, acaten en cambio la responsabilidad. Tiendo a pensar que unos y otros, los hombres ambiciosos y los niños feroces, son, en definitiva, dos de los más poderosos instrumentos del mal sobre la tierra, y que ninguno de ellos merece alabanza ni protagoniza epopeya digna de ser celebrada. Pero, así como la verdad no pertenece a nadie, cada uno es dueño por entero de sus simpatías. Y, si me fuerzan a elegir, lo tengo claro.

Pensando en todas estas cosas, probablemente peregrinas, pero que a mí me incumben y por tanto doy en creer que le incumben a mi novela, camino una tibia noche de junio por las calles de Madrid. Y no puedo evitar acordarme de algo que leí esta mañana en el prólogo al librito de Walter Benjamin que me regaló mi profesor. Según cuenta la autora del prólogo, para el joven filósofo, cuyos escritos recoge el volumen, resultaba crucial la idea del *espíritu*, que vendría a identificarse con esa fuerza incontaminada, no mediatizada todavía por el adocenamiento y la sumisión a la rutina de los adultos, que permitía a los jóvenes de cada tiempo y lugar hacer progresar el mundo y el conocimiento. Quien le inculcó la idea fue su maestro Wyneken, pero cuando éste, allá por 1915, publicó un panfleto exhortando a los jóvenes alemanes a alistarse para combatir en la Gran Guerra, invocando ese mismo

espíritu, Benjamin sintió que aquello era una manipulación intolerable y rompió con su mentor, que había intentado pervertir esa fuerza superior poniéndola al servicio de los cálculos ruines y los sentimientos inferiores que se confrontaban en aquella contienda. La ruptura se materializó en una carta, en la que el joven Benjamin expresaba así su rechazo:

Querido doctor Wyneken, le ruego considerar este escrito, con el que me separo de usted enteramente y sin reservas, como la última prueba de fidelidad, y sólo como tal. Fidelidad porque no podré decir nada a aquel que ha escrito esas líneas sobre la guerra y la juventud, y todavía quiero hablarle a usted, a quien aún no he podido libremente decir que ha sido el primero en despertarme a la vida del espíritu. La teoría en usted se ha vuelto ciega. Al Estado que le ha arrebatado todo, ha terminado sacrificando la juventud. Pero la juventud pertenece sólo a aquellos que la miran, que la aman y aman en ella, sobre todo, la idea. Ésta se ha caído de sus manos, que no han sabido retenerla, y continuará sufriendo anónima. Vivir con ella es el reto que le arranco.

Un ruido de sirenas me saca de mis cavilaciones benjaminianas. Doce furgonetas policiales pasan a toda velocidad por el paseo del Prado, por donde camino. Al llegar a Neptuno giran a la izquierda, haciendo chirriar sus neumáticos. Pocos minutos después, descubro adónde se dirigen. Hay tres furgonetas, con sus dotaciones correspondientes, a cada extremo de la carrera de San Jerónimo, y seis a la puerta del Congreso de los Diputados. Deduzco que han recibido el soplo, probablemente de alguno de los policías de incógnito infiltrados en la Puerta del Sol, de que los manifestantes allí acampados desde hace casi un mes planeaban llevar su protesta ante la sede parlamentaria, como ya han hecho en alguna otra ocasión en días anteriores. La reacción policial descarta con contundencia la maniobra. Decenas de fornidos agentes, a quienes observo mientras subo por la calle, han formado una barrera que exigiría mucho empuje y determinación a los manifestantes

para poder atravesarla.

A la Puerta del Sol, precisamente, es adonde me dirijo. Ya he estado un par de veces antes, observando el movimiento que ha dado en denominarse de los *indignados*. Me pregunto ahora si ellos representan, en estos días, el espíritu del que hablaba Benjamin, ese que le llevó a oponerse a aquella atroz guerra de trincheras de 1914-1918 para acabar muriendo, como fugitivo apátrida, en esa otra guerra aún más terrible que se prendió con los rescoldos mal apagados de la anterior. Su lucidez, su valor cívico para objetar, en medio de la borrachera belicista que arrastró no sólo a sus compatriotas, sino a la mayoría de los europeos, se revelaron al fin inútiles. Los sucios intereses, las ideas más sórdidas que florecen en el estercolero de las bajas pasiones humanas, impusieron su ley y lo arrollaron, como a tantos otros, como a tantos de los mejores. Y vienen a mi mente la sutil, la profunda Edith Stein, o el valeroso y alegre Roland von Hoesslin, a quienes siento imbricados en mi narración, y tan necesarios de pronto para ella, que bendigo el azar, así pueda reputarse arbitrario, que los ha traído a sus páginas y a mi conciencia. No puede construirse la memoria de aquella Europa, ni aquilatarse el oprobio de quienes contribuyeron a incendiarla, sin la evocación de todas esas nobles víctimas que no pudieron sobrevivirla.

Pero vuelvo a mi pregunta, acaso insidiosa. ¿Son estos indignados que ocupan pacíficamente la vía pública madrileña, en esta primavera de 2011, los legítimos herederos de ese espíritu, de esa juventud y de esa idea que, parafraseando a Benjamin, se ha caído de las manos de sus mayores, y que ellos levantan para recordar de dónde venimos, quiénes somos y dónde está el verdadero camino? Me gustaría poder responder de forma tajante, pero me temo que mi naturaleza es demasiado escéptica, o demasiado poco proclive al entusiasmo (lo que en absoluto me enorgullece). Leo eslóganes que me complacen, que me parece que ponen el dedo en la llaga o señalan las expuestas vergüenzas del emperador bajo su traje inexistente, como el niño del cuento. Leo, en cambio, otros que me parecen banales, o incoherentes, o burdas imitaciones. Observo a gente cuya expresión y cuya forma de estar y actuar me invitan a pensar que aquí hay algo nuevo, algo de veras digno de ser tenido en cuenta y que puede servir para sacudir la abulia de mi

generación y acabar con la estafa impune a que nos someten las anteriores. Es ciertamente alentador ver a personas maduras y chavales compartiendo sus preocupaciones, rompiendo la incomunicación y el desentendimiento habituales. Pero, cuando uno discurre al lado de un tipo emporrado que baila el *Aserejé* sonriéndole al vacío, forzoso es preguntarse si esto es después de todo una revolución como Dios manda.

En cualquier caso, no vengo aquí este sábado 11 de junio del 11 a certificar, desde mi manifiesta incompetencia, la solidez o inconsistencia de este movimiento de descontento popular, que por lo pronto ya es algo y que sólo el tiempo permitirá situar en sus justas y debidas proporciones. He quedado, o algo semejante, con Lorena, a la que parece que esta noche vuelve a apetecerle jugar conmigo. El hecho de que acuda a su llamada acredita la nula autoridad que puedo arrogarme para enjuiciar la coherencia de mi prójimo.

Llego a la plaza y, como las otras veces, lo primero que llama mi atención es el extraño icono que preside la fachada central: una gran fotografía de Heinrich Himmler, al que le han añadido unas orejas de ratón Mickey y un signo del euro en el centro de su gorra de plato, justo en el lugar donde debería ir la calavera. Me sigue desconcertando la elección de esa figura, que no parece, precisamente, alguien demasiado familiar para quienes constituyen el grueso de la protesta. Cuando lo veo ahí, no puedo evitar acordarme de mis SS, que es a quienes debo el que para mí sea un personaje próximo, o, mejor dicho, todo lo próximo que puede resultar un sujeto que dejó tras de sí semejante reguero de cadáveres y de abyección.

Lorena aparecerá cuando le dé la gana, como en ella es costumbre, así que aprovecho la espera para mirar a mi alrededor. En esta plaza llena de gente, en esta noche casi veraniega, percibo el latido intenso del espacio que acoge el ajeteo humano, y que guardará su huella invisible cuando todos los que hoy respiramos aquí no seamos más que polvo y olvido. Pienso, de nuevo, en la historia que acabo de escribir, y que es también una historia de lugares, por donde pasaron personas que ya no existen. Madrid, Grafenwöhr, Nóvgorod, Krasny Bor, Riga, Portbou, Versalles, Stablack, Viena, Vatra Dornei, Stockerau, Stargard, Potsdam, Berlín, Steglitz, Madrid...

Lamento no haber podido visitarlos todos, y siento que he contraído el deber de algún día poner el pie en los que me faltan y buscar el rastro de aquellos hombres que me llevaron a hacerlos míos. Quizá, se me ocurre, ésa sea otra función y no desdeñable de las historias: ayudarnos a sentir como nuestro este mundo en el que todos, como dice mi profesor, venimos a ser al final extranjeros.

Como lo es Himmler en esta plaza, como lo fue Jorge en Berlín, y como lo soy yo mismo a esta hora y en este apostadero desde el que veo pasar la vida y espero, para variar, lo que seguramente no me corresponde. He decidido que esta noche me cargaré de valor y le diré a Lorena que si me cita aquí, y si cree que todo este carnaval pancartero es tan estupendo como lleva días pregonando, tenga la vergüenza de derribar su propia mentira y marcar el número del aspirante a notario para dar por zanjado su compromiso. Que sólo bajo esa condición accederé a verla fuera de las horas de clase, y que si no lo hace me consideraré relevado de la obligación de prestarle mayor atención a mis sentimientos y mi atracción por ella.

Francamente, no espero demasiado de Lorena. Lo más posible es que esta noche duerma solo, pero, si ése es el caso, aprovecharé para poner todas estas tonterías por escrito y cerrar con ellas mi novela, o lo que demonios sea. Bien puedo permitirme este capricho personal, después de haber gastado tantas horas olvidándome de mí para tratar de reconstruir el mundo y las vivencias de otra gente.

Y, ahora sí, esto es todo. Dice Walter Benjamin, en su metafísica de la juventud, que el contenido de una conversación es reconocer el pasado: un encuentro de nuestra juventud y nuestra vejez ante el campo en ruinas de nuestro espíritu, donde notamos lo que hemos destrozado y levantado sin saber. Me parece una buena descripción de la conversación que he tratado de reflejar aquí y, en el fondo, de todas las conversaciones con alguna enjundia. Dice, también, que la grandeza es el eterno silencio que sobreviene tras haber conversado. Aquí se me presenta, al fin, la oportunidad de alcanzarla.

Viladecans-Getafe-Portbou-Versalles-

*Le Bois Dieu-Brooklyn-Madrid,
5 de octubre de 2010 - 26 de junio de 2011*

Agradecimientos

Para que este libro llegara a existir han sido importantes varias personas. Vaya por delante mi gratitud a Noemí, Carlos, mis padres Juan José y Francisca, y mi hermano Manuel, que leyeron como de costumbre el manuscrito y me sugirieron alguna que otra pertinente rectificación. Igualmente a mi agente Laure y mis editores Emili y Silvia, por el mismo motivo, desde el lado más profesional.

Agradecimiento especial debo, en el caso de este libro, a Lorenzo Rodríguez. Sin su inteligente lectura no habría sido lo que es, y quizá tampoco habría llegado a existir alguno de sus personajes: la generosidad de su aportación es inolvidable para mí. Junto a él, quiero recordar al resto de los jóvenes alumnos de los talleres de narrativa del Centro de Poesía José Hierro de Getafe, de quienes me cupo el honor de poder aprender entre los años 2003 y 2007.

Otro agradecimiento especial le corresponde a Pilar Lucas, que estuvo ahí, como siempre y aunque las circunstancias no fueran ya las mismas, para pensar cómo acercar la novela a sus posibles lectores. Durante quince años lo hizo una y otra vez, sin desmayo y con inventiva constante. Sin ella las cosas tampoco serían lo que son.

Mi gratitud, por otros motivos, a mi amigo y compañero Luis Miguel Francisco, y a su colega Daniel Garrido, a quienes entre otras cosas debo buena parte de la pólvora de verdad que impregna estas páginas. Y a Carlos Caballero Jurado, que me acogió en su casa de Alicante para compartir conmigo su documentado y directo conocimiento de la historia de los combatientes españoles en la segunda guerra mundial, y más en particular en

el frente del Este (donde estuvo el meollo del conflicto, como él bien dice) y en Berlín. Ya que ellos son contrastados especialistas, procede advertir aquí que cualquier error que en términos históricos o militares puedan contener estas páginas es de la exclusiva responsabilidad de su autor y fue cometido pese a contar con su competente asesoramiento.

Mi agradecimiento debe extenderse, además, a un grupo de militares españoles en activo, veteranos de Irak, por la información que en su día me facilitaron para el libro *Y al final la guerra*, y que convenientemente reciclada para la ficción asoma en parte a esta historia. Los militares españoles de la novela no han de considerarse reflejo de ninguno de ellos, pero a ellos les debo las experiencias que me han permitido construirlos. Todos aparecen identificados con su nombre y/o apellidos en el libro citado, al que me remito.

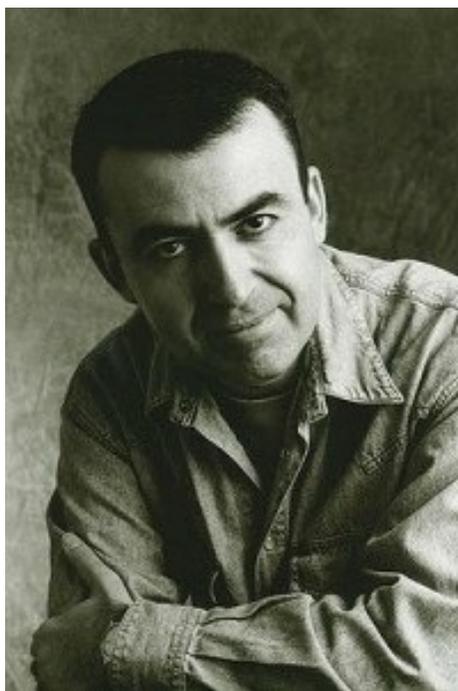
Para evitar esas confusiones a las que ahora es usual jugar, y que en alguna ocasión he generado sin la menor intención de causarlas, aprovecho para aclarar que los dos Lázaros, Jorge García Vallejo, todos los miembros de su familia, la enfermera letona Daina, la casquivana Lorena, el aprendiz de escritor Raúl, el videojugador Saúl, el ex combatiente republicano Velasco y Laureano Grau son personajes nacidos de mi imaginación, inspirados en gente que existe o existió de verdad, pero a la que no representan ni en sus dichos ni sus hechos exactos. El resto de los personajes que salen con nombre propio son reales, así como (salvo error u omisión) los hechos y la sustancia de los dichos que en la novela se les atribuyen.

Para poder escribir este libro, me ha resultado providencial el trabajo de numerosos escritores e historiadores que abordaron los tiempos y los episodios en que se enmarca la acción. Citarlos a todos sería fatigoso y quizá impropio de lo que a fin de cuentas es simplemente una narración literaria que trata de recrear una peripecia semiescondida y apasionante, pero que, con el rigor histórico necesario, corresponde a otros explorar y restituir a la memoria colectiva. De todos he aprendido y me he nutrido, en aspectos a veces esenciales para entender y darle forma a lo que estaba contando. Muchos, como Walter Benjamin, Sebastian Haffner, August von Kageneck, José Aramburu, Jonathan Littell, Patrick Hennessey, Joachim Fest o Günter Grass, aparecen aludidos en el lugar correspondiente. Otros, como Rudolph

Herzog (autor del libro titulado en su versión norteamericana *Dead Funny. Humor in Hitler's Germany*, sobre el humor en la Alemania de Hitler), Charles Messenger (autor de *Sepp Dietrich: Hitler's Gladiator*, una sorprendente mirada al oscuro y complejo mundo de las Waffen-SS) o Robin Lumsden (autor de la monumental *Historia secreta de las SS*, la obra imprescindible sobre la Orden Negra), merecen cita expresa aquí por la calidad y poder de sugestión de su trabajo, que me fue de inestimable ayuda. Respecto de la División Azul, que tan copiosa bibliografía ha generado (y que por ser bien conocida no creo necesario detallar aquí), me permito destacar por su peculiaridad y humanidad, que lo elevan por encima de su aparente modestia, el jugoso diario del ex divisionario Alfredo González Díez, *Alegres soldados*, disponible en Internet.

En cuanto a la historia de los *irreductibles*, los voluntarios españoles que contra las órdenes de Franco cruzaron la frontera para unirse a la derrotada Alemania hitleriana, la magra y a veces dudosa referencia la siguen constituyendo los trabajos de Miguel Ezquerro (*Berlín, a vida o muerte*), Jean-Pierre Sourd (*True Believers: Spanish Volunteers in the Heer and Waffen-SS, 1944-45*), Fernando Vadillo (*Los irreductibles*) y Carlos Caballero Jurado (*El batallón fantasma*), a los que se ha sumado recientemente, a guisa de compendio de la información existente, el de Eduardo M. Gil Martínez (*Espanoles en las SS y la Wehrmacht, 1944-45*). Entre los autores anglosajones, se han ocupado del episodio Wayne H. Bowen (*The Ghost Battallion. Spaniards in the Waffen-SS*) y, con un enfoque más escéptico, Kenneth W. Estes (*An European Anabasis. Western European Volunteers in the German Army and SS, 1940-1945*). Un aspecto parcial, el que tiene que ver con el paso de los españoles por la Legión Valona de Degrelle, queda reflejado, entre otras, en la obra de S. Erik Norling (*SS-Brigade Wallonie. Guerreros de Borgoña*). Con todo, el libro definitivo sobre la paradójica aventura de estos hombres está todavía por hacer.

No es una historia ejemplar, pero sí aleccionadora. Si algún día algún investigador audaz y comprometido con la verdad de los hechos decide abordarla, puede contar con un seguro lector.



LORENZO SILVA (Madrid, 1966) ha escrito, entre otras, las novelas *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Noviembre sin violetas*, *La sustancia interior*, *El urinario*, *El ángel oculto*, *El nombre de los nuestros*, *Carta blanca* (Premio Primavera 2004) y la *Trilogía de Getafe* —compuesta por *Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*, *El cazador del desierto* y *La lluvia de París*—, el libro de relatos *El déspota adolescente* y el libro de viajes *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*. En 2004 editó, junto a Marta Cerezales y Miguel Ángel Moreta, *La puerta de los vientos*, una antología de narradores marroquíes contemporáneos. En 2006 publicó con Luis Miguel Francisco *Y al final, la guerra*, un libro-reportaje sobre la intervención de las tropas españolas en Irak, en 2008 un ensayo sobre *El Derecho en la obra de Kafka* y en 2010 *Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil* (Premio Algaba). También es autor de la serie policíaca protagonizada por los investigadores Bevilacqua y Chamorro, iniciada con *El lejano país de los estanques* (Premio Ojo Crítico 1998), y a la que siguieron *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000), *La niebla y la doncella*, *Nadie vale más que otro*, *La reina sin espejo* y *La*

estrategia del agua. En 2011 publicó la novela *Niños feroces*.

Notas

[1] «Cuando todo se hizo añicos, / a los jóvenes, el último reemplazo, / ya no nos tatuaron el grupo sanguíneo / en la cara interior del brazo. / Eso debe ahora subsanarse; / los héroes de hoy porfían en ello. / Pero el mío no lo ofreceré; / marcado estoy ya para cualquiera que quiera leer». Günter Grass, *Payaso de agosto*. <<

[2] Frase escrita antes del 15 de mayo de 2011. Después de esa fecha, y tras mucho pensarlo, lo más oportuno me ha parecido ponerla entre paréntesis. <<

[3] «Aun teniendo en gran aprecio el criterio táctico de la revista *Rolling Stone*, me fío más de los pájaros.» <<

[4] Pájaros traidores, fuera, / apartaos de la carretera. / Una nube de polvo
levantamos, / al galope los caballos avanzan.<<

[5] Ojos negros, ojos apasionados, / ojos ardientes y espléndidos, / cómo os amo, cómo os temo.<<

[6] Y para vivir en soledad / en la paz y en el silencio / en los confines de la realidad / mientras en Auschwitz / soplaba fuerte el viento / y aventaba la piedad.<<

[7] ¿Dónde estará, Edith Stein? ¿Dónde estará...?<<

[8] Quien tenga curiosidad sobre el tono de *Enlace*, hallará minuciosa noticia en el trabajo del historiador X. M. Núñez Seixas titulado *¿Un nazismo español?* Junto a referencias a Ganivet, Joaquín Costa, Miguel Servet o José Antonio, Arrizubieta adobaba su caótico pensamiento con soflamas de corte obrerista y préstamos del nacionalismo vasco, como el vínculo con la tierra. Todo con el fin de denigrar la tibieza franquista, a cuyo efecto, por ejemplo, publicaba cartas como la de un voluntario que a fines de 1944 escribía: «Nosotros, hoy encuadrados en las filas del Ejército alemán, y en contra de una paz de pacotilla, continuamos la lucha emprendida en España el 18 de julio de 1936, lejos de España y bajo otra bandera». Tras una rocambolesca peripecia, Arrizubieta terminó como cura párroco en una barriada humilde de Córdoba, donde llegó a officiar misa para Franco y, tras un viraje ideológico que lo llevó al PCE, murió en 1988.<<